



JENNY DISKI

EXTRAÑA EN UN TREN



de

Lectulandia

En su primera adolescencia, Jenny Diski pasó largas horas en la Circle Line del metro de Londres, recorriendo el perímetro interior de esta ciudad mientras se entregaba a la lectura y a la observación de los demás pasajeros. Años más tarde, optará por una manera parecida de desplazarse al viajar por los Estados Unidos en ferrocarril. Diski refleja sus impresiones partiendo de una premisa muy poco frecuente: éste es un libro donde no ocurrirá nada, el libro de una viajera que se confiesa poco amiga de los viajes y amante, sobre todo, de la tranquilidad... Pero por fuerza tienen que suceder cosas cuando contamos con un testigo de privilegio como Jenny Diski. Resultado de varias semanas y de muchos miles de kilómetros, por las páginas de «Extraña en un tren» desfilan los variados panoramas de Norteamérica y su no menos variado paisaje humano; al igual que ya hiciera en «Patinando a la Antártida», la autora también visita un lugar no menos apasionante: el país interior de sus recuerdos.

Lectulandia

Jenny Diski

Extraña en un tren

ePub r1.0

Titivillus 22.08.17

Título original: *Stranger on a Train*
Jenny Diski, 2002
Traducción: Gian Castelli
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Ian



CÍRCULOS Y LÍNEAS RECTAS

Numerosos escritores han imaginado que la historia es cíclica, y que el actual estado del mundo, tal y como se encuentra exactamente, habrá de repetirse tarde o temprano. ¿Cómo presentar esta hipótesis desde nuestro punto de vista? Habremos de decir que el estado posterior es numéricamente idéntico al estado anterior; y no podemos afirmar que dicho estado tenga lugar dos veces, toda vez que ello implicaría un sistema de datación que la propia hipótesis hace imposible. La situación sería análoga a la de un hombre que viaja alrededor del mundo: no dice que su punto de partida y su punto de llegada sean dos lugares diferentes pero exactamente iguales, sino que se trata del mismo lugar. La hipótesis de que la historia es cíclica puede expresarse como sigue: formemos el grupo de todas las condiciones contemporáneas con una condición dada: en algunos casos, el conjunto de dicho grupo se precede a sí mismo.

An Inquiry into Meaning and Truth,
BERTRAND RUSSELL, 1940

Un mes después de iniciar mi viaje en torno a la circunferencia de Norteamérica me encontraba de regreso en el punto de partida, en el bullicioso vestíbulo de la Penn Station de Madison Square Garden, Nueva York...

Detesto los finales precisos. Me produce antipatía el acto de concluir algo en general. La última página, los ecos postreros de un acorde, el telón que cae cuando aún resuenan las palabras del monólogo conclusivo, la expresión «y vivieron felices»... todo eso me molesta. Las finalizaciones son falsas, porque ahí sigues tú, el lector, el observador, el oyente, frente a un vasto abismo, privado de la resolución de esa historia que había logrado hacerte creer que formabas parte de ella. A partir de ahí, se acabó y adiós muy buenas: te toca continuar por tu cuenta, como el primo al que acaban de timar. Un final siempre te deja inmerso en el ensordecedor vacío de un paisaje carente de argumento. No hay final que no saque a la luz esa paradoja intolerable —el anhelo de completación, el miedo a la terminación— que, como una herida abierta, se encuentra aún demasiado sensible para desnudarla. Pero los finales precisos son los peores; son ese colofón bien rematado que suena tan sincero y al mismo tiempo tan falso, esa armoniosa conclusión que da sentido al comienzo y a todo lo que luego ha ocurrido entremedias y que convierte en mentira aquello que sabes acerca del curso de tu vida, que te convierte en mentira a ti.

Existen dos clases de finales precisos: el satisfactorio círculo que concluye donde empezó, y la línea recta que termina en un punto. Nuestra vida, pensamos con frecuencia, es como esta última, mientras que el mundo es como el primero. El artificio —el arte, si así lo prefieren— inscribe a menudo al círculo, llevando la línea recta a su conclusión deseada: el punto se transforma en metonimia del círculo completado. El artificio convierte al círculo en el trazo que subyace oculto por la línea recta. Todo de lo más gratificante. Es como si nuestros cerebros estuvieran sintonizados en esa longitud de onda y esperáramos la conclusión como quien espera la nota definitiva que consuma una sinfonía. Y si la vida y el artificio intentan rebelarse contra esa tendencia, todo cuanto pueden hacer es subvertirla: negarnos aquello que esperamos, aquello que nos mostramos dispuestos a desear, de tal modo que lo que experimentamos es una sensación de *falta*. Pero a la postre eso sólo nos

recuerda una vez más lo que anhelábamos. Exponiéndonos a la subversión no hallamos escapatoria, sino que tan sólo experimentamos el desasosiego de vernos privados de lo que ansiamos. Deberíamos andar prevenidos al respecto, conscientes al menos de que el hecho de brindarnos voluntarios a la desazón contiene una afirmación encubierta del *statu quo*.

Cuando tenía trece años pasaba muchos días de mis vacaciones y fines de semana enclaustrada en mí misma. En aquella época detestaba mi hogar. Tras huir de mi torturada y torturante madre, y falta de otro lugar al que acudir, vivir con mi padre era el último recurso. Mi padre se había esfumado un año antes sin dejar rastro y no había vuelto a aparecer hasta hacía poco, instalado en la casa de una mujer llamada Pam. Ni yo deseaba estar allí ni ellos deseaban tenerme, y más tarde descubrí que Pam había alcanzado un acuerdo secreto con mi madre después de que yo me presentara en su casa: haría cuanto pudiera para hacerme sentir incómoda y así lograr que prefiriera marcharme y volver junto a ella. Pero nada me habría persuadido de hacer tal cosa, y el resultado fue un enfurruñamiento monumental por mi parte. Vivía encerrada en un microclima, en un oscuro nubarrón de amargura y penitencia. Sufríamos todos. Yo no me hablaba con nadie, comía en silencio y luego me retiraba a mi habitación de la planta superior de la casa. Los días en los que no tenía que ir a clase acudía a la biblioteca local, sacaba tres libros —tres novelas, o lo que me apeteciera en ese momento— guiándome exclusivamente por sus títulos y sus cubiertas (leía a Nabókov, Somerset Maugham, Edgar Allan Poe, Nevil Shute y Margaret Mitchell con idéntica pasión e inocencia literaria) y me los llevaba a la estación de metro más cercana, que era la de Notting Hill Gate. Para mi considerable fortuna, Notting Hill pertenecía a la Circle Line, un fenómeno londinense que ha sido la salvación de incontables vagabundos, borrachos, escritores anhelantes de soledad y adolescentes emberrinchados. La Circle es la única línea del metro londinense que describe un círculo continuo y completo, aunque tal y como aparece representada en los modernos mapas de la red su forma recuerda más a la de una botella dibujada de costado. Todas las demás líneas se extienden de Norte a Sur o de Este a Oeste, y comienzan y finalizan en extremos opuestos de las afueras de la ciudad, pero la Circle Line, con su color amarillo brillante, ocupa el centro del entramado del metropolitano y encierra en su contorno el corazón de Londres. Constituye el perímetro de la ciudad, así como una ruta que incluye la mayoría de las principales estaciones de transbordo. El caso es que en lugar de tener que bajarte en una estación determinada y tomar otro tren de regreso podías instalarte en uno de sus mullidos aunque raídos asientos y viajar en círculos durante todo el día por el ínfimo precio de la tarifa necesaria para trasladarte hasta la siguiente estación. Era la manera más barata de pasar un día en Londres, y también el mejor modo de mantenerte seco en los días de lluvia y caliente en los días de frío. Cualquiera a quien le sobrara el tiempo y no quisiera quedarse en casa o simplemente careciera de ella podía, a cambio de unos peniques, utilizar la Circle Line como despacho (cuentan que Naomi Mitchison la

utilizaba para escribir sus novelas), vía de escape o incluso, dada la inagotable alternancia de personajes, fuente de entretenimiento. Si, como yo, viajabas sin destino fijo o proyectabas retomar finalmente al punto de partida, podías optar al subir por desplazarte en el sentido de las manecillas del reloj o al contrario: lo mismo daba. En aquella época yo era capaz de enumerar las paradas en ambas direcciones, pero hoy tengo que ayudarme con el mapa. Notting Hill Gate, Bayswater, Paddington (para transbordos hacia el Oeste), Edgware Road, Baker Street (en la que solía bajarme en los viejos tiempos para visitar el museo de Madame Tussaud con mi padre), Great Portland Street, Euston Square (muy cerca del bloque de pisos en el que me crié hasta que nos desahuciaron tras la marcha de mi padre), King's Cross St. Pancras (para enlazar con el Norte), Farringdon, Barbican (que aún no se llamaba así en mis tiempos de viajera), Moorgate, Liverpool Street (para dirigirse a los distritos del Este), Aldgate, Tower Hill (ésta también frecuentada durante las excursiones que hacía con mi padre en los viejos tiempos), Monument, Cannon Street, Mansion House, Blackfriars, Temple, Embankment, Westminster (a partir de aquí uno sale de la City), St. James's Park (dando de comer a los patos y, a mis tres años, cruzándome en el camino de la vieja reina Mary, que asomó una mano vestida de encaje por la ventanilla de su carruaje y me obsequió con una cariñosa mamola bajo la barbilla), Victoria (para ir al Sur), Sloane Square (acceso a un elegante territorio para mí desconocido), South Kensington (museos con mi padre algún que otro domingo), Gloucester Road, High Street Kensington y Notting Hill Gate (de vuelta a casa, aunque tampoco la considerara como tal).

La gente se subía y la gente se bajaba. Cada cierto tiempo veías a otra persona que, al igual que tú, tampoco se apeaba, pero hasta que no completaba una vuelta entera no podías tener la certeza de que estuviera haciendo lo mismo, ya que podía simplemente haber montado en el sentido equivocado. Raro era el día en que no coincidías con un par de exhibicionistas que se sentaban enfrente de ti para exhibir su pálida lombriz a través de una hendidura del pantalón tan pronto como el vagón se vaciaba lo suficiente. Una amiga mía, a la que conocí con posterioridad a mis viajes, solía escrutar aquellos miembros con atención y luego exclamaba a voz en grito: «Pues sí, se parece a las de verdad sólo que más pequeña». Yo, a mis trece años, me sentía demasiado avergonzada para decir nada. No asustada, pero sí avergonzada ante aquellos adultos patéticos. Y también irritada por el hecho de tener que levantarme y cambiar de vagón. En aquellos tiempos el exhibicionismo no pasaba de ser un fastidio con el que, sin embargo, te podías topar en cualquier sitio. Yo no hablaba nunca con nadie, y nadie se dirigía tampoco a mí. Así es el transporte urbano. Gente inmersa en sus propios pensamientos, cavilando sobre su vida o la de otros, acerca del trabajo o del amor o de lo que sea que piensen los que se trasladan de aquí a allí y no están en ninguno de los dos sitios. Cuando tenía cigarrillos fumaba (vivíamos encima de un local del edificio de Pam que hacía las veces de despacho de prensa y estanco, y a veces bajaba a hurtadillas en mitad de la noche para birlarles un paquete

de veinte). Y leía vorazmente. No tenía necesidad de alzar la mirada para comprobar en qué estación nos encontrábamos porque lo mismo me daba, de modo que podía mantener la cabeza hundida (según la despectiva expresión de Pam) en mi libro. Normalmente había acabado con mis tres libros a la mañana siguiente, salvo que diera con algo imposible de digerir, pero eso era muy raro. En aquella época el simple hecho de que algo pudiera leerse ya lo hacía para mí legible. Yo vivía en los libros, pero no por mi afición a la lectura, sino porque todo el mundo necesita un lugar al que regresar, y el mío se encerraba entre las tapas de un libro. Si me entraba hambre y tenía dinero me bajaba en alguna parada y compraba chocolate o almendras en una máquina dispensadora, y de camino a la estación siempre me hacía con algo de beber. Hoy en día se estima que el recorrido completo tarda en realizarse unos cuarenta y ocho minutos, y yo me pasaba dando vueltas y más vueltas el día entero. Nunca las conté, pero dado que permanecía en la Circle Line desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde —hora en que volvía a casa para cenar, meterme en mi cuarto y terminar mi tercer libro mientras me fumaba un cigarrillo junto a la ventana abierta— supongo que debía de completar el circuito nueve veces. La Circle Line fue mi salvación hasta el día en que se me ocurrió el modo de conseguir que los servicios del Ayuntamiento me devolvieran al internado del que me había visto expulsada debido a que mi madre no hacía más que presentarse continuamente y gritar a todo el mundo.

... En realidad hice dos viajes por Norteamérica, y no uno solo meticulosamente planeado y satisfactoriamente estructurado en forma circular. La segunda excursión a lo largo del contorno de Estados Unidos fue una idea posterior, concebida como el proyecto de un libro inscrito en el territorio de Norteamérica y circunscrito a los horarios del sistema ferroviario de Amtrak. El primer viaje fue improvisado. Mi intención era unir aquí ambos periplos en uno para simplificar, pero no creo que lo haga después de todo. El primero y más accidental fue delicioso, y mientras lo realicé me sentí como una desconocida; pero con el segundo, éste ya planificado, mi deliberado anonimato se me hizo más extraño y, al mismo tiempo, más familiar de lo que era mi intención. Cuando lo inesperado se torna en algo a la vez esperado y conocido, y lo conocido se convierte en raro y descorazonador, ha llegado el momento de volver a casa y analizar qué creía uno estar haciendo exactamente.

Otra cosa. *El proyecto de un libro*. Yo soy sobre todo escritora de obras de ficción. Las labores de investigación, que a veces exigen viajar, tan sólo derivan de la necesidad de incluir ciertos detalles en esa novela que yo he concebido básicamente en mi mente. En una fiesta a la que asistí en cierta ocasión, un novelista le preguntó a un periodista si conocía el World Bank de Nueva York. El periodista respondió que así era y comenzó a hablarle de los mecanismos del banco y de su presencia e influencia a nivel internacional, pero el novelista le interrumpió a mitad de la frase.

—No, no. Sólo me interesaba saber de qué color es la puerta principal.

En eso consiste exactamente la labor de investigación para una novela. Algunas

cosas se las inventa uno, y de otras te enteras por los libros, pero hay pequeños detalles cruciales que no pueden estar equivocados.

Un libro de viajes tampoco es no ficción. Es otra cosa, aunque no tengo en absoluto claro qué. Presumo que los escritores especializados proyectan un viaje para escribir sobre él. Del por qué, no estoy del todo segura. Una película brindaría al curioso una idea mucho mejor del terreno, de modo que debe de tratarse de algo relativo al hecho mismo de viajar, a las aventuras y encuentros que se producen a lo largo del camino. Los escritores de viajes deben de dar por supuesto que se producirán esas aventuras y esos encuentros y, así, confiarán en el carácter inevitable del incidente.

Yo no soy en absoluto una persona muy viajera. Cuando viajo es para no moverme del sitio. Intento ocupar o recorrer espacios vacíos en circunstancias en las que no habrá de suceder gran cosa. Cuando salgo de vacaciones busco una playa desierta y un horizonte despejado. La última vez que acudí a una playa así, me hallaba sentada a la mesa de una taberna cuando mi acompañante, el Poeta, depositó su vaso de cerveza sobre la mesa que había ante nosotros.

—Perdona, pero ése es mi horizonte —protesté.

Ahí está el problema de viajar en compañía.

En consecuencia, salir de viaje y escribir un libro al respecto es para mí algo extraño. El primero constituye para mí un concepto totalmente desprovisto de acontecimientos y, en consecuencia, lo mismo le sucede a su hipotética crónica.

—Bueno —le explico a mi editor—, será un libro en el que no pase nada.

Este libro en el que no pasa nada es el libro perfecto que tenía pensado. Escribo teniéndolo como objetivo pero no lo alcanzo, tanto si lo que escribo es ficción o no ficción. Mi editor asiente benévolo y respeta el concepto, al menos para darme gusto. Personalmente, estaría encantada de realizar todos estos viajes porque sí, pero tengo que ganarme la vida. Quiero decir que no soy una escritora de viajes en ningún sentido aceptable de la palabra. No experimento el impulso de acercar el mundo a la gente ni de descubrir personajes interesantes, ni tampoco de ampliar mi círculo de conocidos. Me apetece sencillamente navegar sin rumbo por los actuales paisajes de mis ensoñaciones. Pero navegar, salvo que se lleve a cabo con la imaginación, resulta caro, por lo que pergeño el proyecto de un libro acerca de mi monótona deriva. La sucesión de acontecimientos no constituye el procedimiento del escritor de ficción, o al menos el que yo empleo para hacerlo: los acontecimientos se presentan, sencillamente, a lo largo del camino. Así, lo que el escritor de viajes ansía —el incidente— es lo que yo más temo. Mi método ideal para escribir un libro de viajes, entiendo, consistiría en quedarme en casa con el teléfono descolgado, el timbre de la puerta desconectado y las persianas bajadas, y confieso que aún sigo perpleja de haberme expuesto a semejante riesgo de incidentes. Perpleja y absolutamente encantada de estar en casa con las persianas bajadas.

En cuanto al hecho de que haya escogido Norteamérica para describir mi

círculo... bueno, tampoco ha sido del todo fortuito. Cuando era una niña, en el Londres de los cincuenta, América era para mí una realidad tan distante como el antiguo Egipto, a pesar de lo cual se hallaba presente en mi vida en un grado que jamás podrían alcanzar quienes habían tallado los grandiosos restos escultóricos que yo conocía de mis visitas al Museo Británico. Y «distante» tampoco es la palabra exacta. América era como la luna: su lejanía era lo de menos; lo que importaba era la luz con la que me bañaba, su alcance universal y a la vez privado. La luna era la luna, y era mía: algo familiar y personal que, independientemente de donde me encontrara, siempre veía relucir sobre mi cabeza cada vez que alzaba la mirada hacia ella. América también era luz. Una luz que destellaba asimismo sobre mi cabeza desde la cabina de proyección de los cines, colmada de partículas que danzaban en sus rayos y tan inaprensible como un fantasma, pero que finalmente se resolvía en la pantalla mediante gigantescas imágenes de un mundo que yo anhelaba pero en el que creía sólo a medias. Si me situaba justo delante de la pantalla y me dejaba atrapar por su luz veía proyectarse allá arriba mi propia sombra en compañía de la belleza y del poder, de los amantes, de los aventureros, del submundo, de los callejones, de las avenidas, de las calles prometedoras e implacables, de las canciones, los bailes, las risas y los llantos de ese mundo al que entonces nos referíamos como «las pelis». Algunos de los asistentes me gritaban que me agachara y que me quitara de en medio como si no me hubiera dado cuenta de lo que ocurría, pero yo era perfectamente consciente de lo que estaba haciendo. Quería formar parte de todo eso.

PRIMERA JORNADA

La mágica monotonía

Una cosa sigue a la otra. Acababa de pasar tres semanas cruzando el océano Atlántico en un carguero que tenía que transportar 25 toneladas de potasa desde Hamburgo hasta Tampa, Florida, para luego dar media vuelta y rodear la punta de Florida con una partida de caolín destinada a Port Royal, un puerto situado en un sinuoso brazo de mar próximo a Savannah, Georgia. Durante el trayecto observé o percibí cada metro de los aproximadamente 9.600 kilómetros que recorrimos a una majestuosa media de 24 kilómetros por hora. Mi capacidad de contemplación se había desarrollado hasta rebasar incluso mis propias expectativas. Conrad escribe sobre «la mágica monotonía de la existencia entre el cielo y el agua. Nada hay tan atrayente, tan decepcionante y tan esclavo como la vida en la mar». Sentada en la pequeña cubierta que, a modo de terrado, remataba la popa del navío, el *MV Christiane*, escrutaba el océano como un vigía a medida que lo surcábamos, reacia a perderme una única ola o juego de luz de cuantos retexturizaban las aguas, lo que me obligaba a dobligar la mirada hacia el libro que reposaba en mi regazo o a forzarme a mí misma a retornar a mi camarote para trabajar o dormir. Incluso de noche, aquella miríada de estrellas exigía ser contemplada, y ¿cómo hacer caso omiso del efecto que ejerce el fiero fulgor de la luna al alumbrar su brillante senda en la omnipresente negrura del mar circundante? La noche en cubierta era algo especial, como yacer despierta y de madrugada en la oscuridad de un hospital, observando a las enfermeras del turno de noche sentadas a la mortecina luz de sus mesas o deslizándose en silencio de aquí para allá para velar el sueño de los pacientes. Mientras yo paseaba y la mayoría de los miembros de la tripulación croata descansaban, uno de los oficiales hacía guardia en el puente y un ingeniero vigilaba los manómetros en las traqueteantes profundidades de la sala de máquinas del buque. Saber que alguien permanece despierto y alerta bajo un charco de luz en lo más lóbrego de la noche resulta muy reconfortante.

Cuando estás viajando tan lejos a paso de caracol y sin ninguna necesidad apremiante (o, en mi caso, sin necesidad de ningún tipo) de llegar adonde te diriges, te conviertes en un entusiasta del detalle al cabo de muy poco tiempo. Yo asumí la tarea de otear el mar, como si alguien, en algún lugar, debiera permanecer constantemente alerta a sus cambios y matices, y ello fuera, allí y entonces, responsabilidad mía. Mientras me cepillaba los dientes mantenía un ojo puesto en la portilla por miedo a que se me escapara algo. No es que temiera perderme la cabriola de un delfín, o el salto de una ballena, o un tornado que se replegara hacia el interior de su nube a varios kilómetros de distancia, aunque sí tuve ocasión de presenciar todos esos acontecimientos a lo largo de mi guardia. Lo que temía perderme era toda esa nada que estaba teniendo lugar. Cuanto más mar observaba, más mar necesitaba observar, tal vez para asegurarme de que aquello seguía y seguía sin que el horizonte se aproximara en lo más mínimo. Pero la simple contemplación no es tarea fácil y,

con creciente irritación, comencé a percibir la necesidad de describir y definir lo que observaba, cuando lo único que de verdad quería era que el mar fuera simplemente mar. Constantemente me sorprendía pensando en él como si se tratara de algo distinto, como si estuviera estudiándolo en busca de significado, algo que no creía que fuera mi deseo en absoluto. El mar era como un fango destellante, me oía pensar a mí misma, reluciente como la laca, gris como la pizarra, untuoso, como un pesado tejido de seda henchido por la brisa... era de un modo, y luego de otro. Cierto es que cambiaba continuamente, pero su rasgo más notable era que su aspecto era constante y exclusivamente suyo; sin embargo, no me era posible mantener esa reflexión fija en la mente, una mente que por su condición de humana también era como era y probablemente no podía evitarlo.

Me dedicaba a vigilar los más pequeños cambios en el mar o en el tiempo, así como los progresos de la incesante labor de pintura de la tripulación en su inútil esfuerzo por frenar los ataques que la sal, el viento y el agua descargaban sobre el metal de la embarcación. Dos veces al día, si no más, examinaba las cartas de navegación para establecer la longitud y la latitud y comprobar nuestro avance y nuestra situación exacta en medio de aquel océano por completo desprovisto de rasgos distintivos. No me sentía aburrída, sino cautivada por el viaje y por los pormenores del paso de la distancia y el tiempo. Veía ensancharse la estela que, como el rastro de un caracol, dejábamos a nuestro paso, alterando con ella la superficie del mar a modo de registro visual del lugar que habíamos ocupado en un entorno que no ofrecía ningún otro vestigio de nuestro avance. Pero invariablemente, en la distancia que se extendía tras el barco, el mar volvía a cerrarse sobre aquella anómala agitación y retornaba a su habitual estado indiferenciado hasta el horizonte. La espumosa turbulencia de la estela daba testimonio de nuestro movimiento, pero la prueba de su existencia se perdía continuamente, difuminada por esa vasta masa de agua que borraba todas las cicatrices que en ella dejaban los cuerpos que la surcaban.

He aprendido que nunca se alcanza la soledad perfecta.

—La veo siempre sentada, leyendo o mirando al mar, pero no parece usted triste ni solitaria —me dijo el tercer ingeniero como si con ello me estuviera formulando una pregunta.

Ninguno de los miembros de la tripulación alcanzaba a comprender por qué los escasos pasajeros que transportaban habrían querido brindarse voluntarios para una experiencia semejante. Todos ellos tenían bastante claro que eran marineros por necesidad. En la Croacia de la posguerra no había trabajo. El capitán, Bruno Kustera, era un hombre panzudo que vivía por completo a merced de la gravedad. Todo en él tendía a descender: su vientre, su barbilla, sus mofletes y las comisuras de sus ojos y de sus labios. Hacía de la tristeza su manera de ser.

—He querido ser capitán de navío desde que leía historias de piratas —me dijo—. Pero ahora todo es pura rutina: ir y venir de un costado a otro del Atlántico. ¿Y qué voy a hacer? En mi país no es posible encontrar un trabajo bien pagado. Me paso la

vida yendo y viniendo en busca de algún otro empleo. Me gustaría trabajar con alguna naviera, pero desde tierra. Nadie ama la mar. ¿No conocería usted en Londres a alguien que tuviera relación con el mundo marítimo?

Le dije que no, y él se encogió de hombros.

—¿Sabe? Lo de la Guerra Fría era algo estupendo. Si uno no te caía bien, podías creer en el otro. Ahora todo es lo mismo.

Había estado cuidando de un par de palomas que aterrizaron a bordo en busca de un merecido descanso después de internarse cientos de kilómetros en el océano. Se aseguraba de que las aves dispusieran de suficiente comida y bebida en el puente, y ambas vivieron allí satisfechas durante un par de días hasta que un navío que pasaba en dirección contraria de regreso a Europa puso fin a sus vacaciones y partieron.

—¿Por qué no se hace con un gato? —le pregunté al verle sacudir tristemente la cabeza por la pérdida de las palomas—. Sería el gato del barco.

Sus enormes ojos adoptaron una expresión lánguida.

—No; no sería fácil. Un animal tiene que pertenecer a un solo hombre. Y, además, en el mar siempre te encuentras con algún loco que acabaría torturando al gato.

Concluida la travesía aguardamos en un terso desierto de agua reverberante de sol a la espera de que el práctico local acudiera para remolcarnos por una ría a través de la tórrida desolación de aquella ciénaga infestada de caimanes hasta Port Royal, pues tal era el inverosímil nombre de nuestro destino de Carolina del Sur. El capitán Bruno se detuvo junto a mí, asomada a la barandilla. No había nada a la vista salvo el agua verdosa y absolutamente inmóvil. No soplaba un hálito de viento, y con las máquinas en reposo el único sonido que se percibía era el zumbido de aquel calor que todo lo ensopaba. Yo llevaba un rato maravillándome en silencio de haber sido finalmente capaz de viajar hasta un lugar en el que me sentía con la mierda al cuello.

—Esto parece el fin del mundo —murmuré.

Él sonrió burlonamente al vacío que nos rodeaba por doquier y se lanzó a entonar un sardónico himno a su propia existencia.

—Nuestros jefes son expertos en descubrir lugares maravillosos a los que enviarnos. Supongo que jamás en toda su vida se le ocurrió a usted pensar que acabaría viniendo a Port Royal. A mí tampoco. ¡*Port Royal!* —exclamó, juntando los dedos y llevándoselos a los labios como si quisiera ensalzar el exquisito *bouquet* de una cosecha poco habitual—. Estos americanos... Ya verá usted lo que hay allí. Nada. Nada salvo el *Last Chance Saloon*, la Taberna de la Última Oportunidad. No, lo digo en serio. Lo encontrará al final de lo que ellos gustan de llamar el puerto. Nos hallamos en un sueño, o en una pesadilla. Esto es el Macondo de García Márquez. El mundo perdido. Verá, en Port Royal cuentan con una variedad de caolín muy especial. Regresaremos a Europa con dos bodegas de caolín de Port Royal además de las seis bodegas del caolín normal que hemos cargado en Tampa. Es mejor que no se mezclen. Somos especialistas en no dejar que se nos mezclen los caolines.

—Deben de sentirse muy orgullosos —reí yo.

—Oh, mucho —gruñó el capitán Bruno, y siguió repitiéndolo en voz cada vez más baja a medida que daba media vuelta y encaminaba su sudorosa mole al relativo confort de su camarote.

Durante el trayecto no me supuso el menor problema convivir con la melancólica ironía de aquellos hombres mientras contemplaba el paso de los minutos y los kilómetros. Eran, a pesar de sus frustraciones y de sus sueños de agua dulce, auténticos marinos capaces de comprender y aun apreciar la necesidad de ese tedio cuya presencia significaba que estaban consiguiendo llegar sanos y salvos a buen puerto. Algunos cargueros son ya muy viejos, me había dicho con su mejor voluntad un amigo antes de embarcarme, y todos los meses se pierden varios en el mar. Aparte de los oficiales, los miembros de la tripulación comían juntos ante una enorme mesa de madera instalada en la cubierta inferior de popa; allí gastaban sus bromas o guardaban silencio, aceptando cada uno la idiosincrasia de los otros y bebiendo con moderación, pues eran conscientes de que sus vidas dependían de su capacidad para mantenerse alerta y para trabajar y vivir juntos en armonía. Limpiaban y engrasaban las máquinas, lijaban y pintaban las distintas partes del buque, sustituían los cables desgastados y comprobaban las raciones de emergencia de los botes salvavidas con absorta concentración en su tarea. Trabajaban porque el trabajo que realizaban era esencial. Acicalaban el barco, lavaban y planchaban sus ropas, fregaban las cubiertas y mantenían todo bien almacenado y estibado, porque el orden era el único medio de sobrevivir en alta mar durante meses cuando hay que compartir un espacio tan reducido con unas treinta personas más. Cada viaje era un cursillo de convivencia institucional, y ellos comprendían a fondo la necesidad de todo aquello. La mar es peligrosa, y en un barco proliferan las posibilidades de que se produzca un accidente mortal. Aquellos hombres cuidaban de su embarcación y se cuidaban entre sí. Si entre ellos había un torturador de gatos no resultaba evidente quién pudiera ser, lo que, claro está, no significa que no lo hubiera.

Nos hallábamos a algo más de 300 kilómetros al sur de Bermuda, en el mar de los Sargazos, cuando un día, a las cinco de la madrugada de un sofocante mes de junio en el que el termómetro solía alcanzar los treinta y tantos grados ya a la siete de la mañana, me despertó un ruido terrible. El chirrido del metal al partirse tenía algo de infernal, como si Neptuno y todos sus trasgos marinos estuvieran descuajeringando el buque. Se oían gritos, hombres llamándose unos a otros y las pisadas de las deportivas que pasaban corriendo por delante de mi camarote. Alarmada pero soñolienta, me pregunté si no estarían gritando «Abandonen el barco» en croata, pero la noche anterior había sufrido una jaqueca por insolación y me había tomado un somnífero. Decidí que prefería hundirme con el barco antes que abandonarlo a una hora semejante, pero al final resultó que el ventilador del aire acondicionado se había aflojado drásticamente, desalineándose y provocando la rotura irreparable de una de

las palas. Según explicó el jefe de máquinas durante el desayuno, carecían de un ventilador de repuesto a bordo, pero hacía demasiado calor como para que la pérdida del sistema de aire acondicionado pudiera considerarse una mera incomodidad. El día anterior había bajado a la sala de máquinas y era como descender a las profundidades de mi propio dolor de cabeza en lo más hondo del corazón del navío. El calor y la falta de aire eran apabullantes, y el omnipresente martilleo de las máquinas se convertía en un ensordecedor estruendo junto a la hilera de gigantescos pistones que impulsaban el enorme eje que a su vez hacía girar la hélice. Con todo, la atmósfera no era demasiado opresiva. La sala de máquinas, pálida catedral verdosa y horno abrasador al mismo tiempo, aparecía increíblemente limpia; era un vasto espacio que ascendía de las entrañas del buque hasta las escotillas abiertas cuatro cubiertas más arriba, a través de las cuales era posible distinguir el firmamento. En pleno día, la temperatura reinante se aproximaba a los 48 grados. Sencillamente, tendrían que construir una nueva pala para el ventilador.

—¿Podrán? —le pregunté.

—Tendremos que poder —repuso él.

El jefe de máquinas y media docena de miembros de la tripulación se afanaron durante todo el día en torno a un horno de la cubierta inferior, enderezando los restos de la pala rota y forjando una nueva pieza de metal que pudiera encajar con ella. Comenzaba a anochecer cuando por fin la instalaron en su lugar, pero poco después de poner en marcha el sistema se elevó en el aire una nueva salva de gritos. Ellos regresaron a su cubierta y a su forja artesanal, y yo dormí a rachas bajo el calor sofocante. A la mañana siguiente, cuando desperté, reinaba en mi camarote la refrescante atmósfera del aire acondicionado. Durante el desayuno supe que habían trabajado durante toda la noche, y el jefe de máquinas, hueco de orgullo, se despidió con un gesto soñoliento de la mano mientras partía a acostarse por vez primera desde las cinco de la madrugada del día anterior. Sus compañeros, rebosantes de satisfacción por su heroico logro, alzaban triunfalmente las manos al fresco aire cada vez que me cruzaba con ellos por los pasillos. Yo correspondía con mi reconocimiento en forma de aplausos, que ellos saludaban a su vez con una reverencia. Todo ello, ni que decir tiene, había constituido un estimulante reto que había venido a romper el tedio general que supone el cuidado de una embarcación ya vetusta en medio del mar. La energía resultante de haber resuelto un problema en apariencia insoluble proporcionó a todo el equipo un aire de alborozo que tardó varios días en desaparecer. Durante algún tiempo parecieron razonablemente satisfechos con su destino como marinos, e incluso el lúgubre capitán Bruno («Son una buena tripulación. Trabajan duro. Pero no, no pienso decírselo. Les escribiré cuando concluya el viaje») expresó su satisfacción por la labor realizada convocando una velada de pesca para la tarde siguiente a nuestra entrada al golfo de México.

Cuando desperté de mi avanzada siesta vespertina noté que reinaba un silencio inquietante, y tardé unos instantes en advertir que el buque se encontraba inmóvil. El

incesante latido de las máquinas se había detenido («Ah, la música de la sala de máquinas», ronroneaba el capitán Bruno). Era como si se hubiera producido una muerte. Un fallo cardíaco. Al asomarme desde el pequeño puente al que se abría mi camarote vi que la mayoría de los hombres, unos veinticinco entre tripulantes y oficiales, se alineaban a lo largo de las barandillas de popa de la cubierta principal ocupados en lanzar sedales al agua entre gritos y bromas. Marco, el segundo maquinista, un hombre de cabeza puntiaguda que lucía una camiseta con un enorme sol amarillo sobre su vientre descomunal y vestía unos holgados pantalones cortos que le llegaban hasta la mitad de las pantorrillas —un zopenco disfrazado de niño—, me saludó con la mano.

—Venga a pescar.

La propia cubierta, que siempre se fregaba y aclaraba a diario y presentaba un aspecto por lo general immaculado, era un degolladero sanguinolento. Por doquier podían verse cubos y baldes llenos de pequeños peces plateados que en las capas superiores aún se retorcían y aleteaban asfixiados por el aire. La cubierta bullía de pescados jadeantes que habían empleado sus últimas reservas de energía en saltar de su prisión sin conseguir con ello otra cosa que una muerte solitaria, o de ejemplares que sus captores desenganchaban del anzuelo y arrojaban al suelo para no perder ni un minuto de pesca. El joven grumete se deslizaba de un lado a otro recogiendo las escurridizas y arqueadas criaturas y arrojándolas al interior de los cubos, y de vez en cuando corría en busca de nuevos recipientes en los que albergar tan copioso botín. A mi alrededor yacían cientos y cientos de peces muertos y agonizantes que aguardaban su turno para ser eviscerados por el risueño y jovial cocinero o por su ayudante. El cocinero, sentado sobre un cubo puesto del revés, blandía su cuchillo como un *chef* especializado en *sushi* y, con tan sólo uno o dos mandobles extirpaba lo que hubiera que extirpar y arrojaba sobre la cubierta los sangrientos despojos, dejando a su ayudante la tarea de recoger de vez en cuando en un cubo la creciente pila de entrañas. De cuando en cuando, alguno de los hombres se volvía a gritarle, y él, entonces, interrumpía la preparación de las piezas cobradas el tiempo necesario para cortar unas cuantas tiras más del calamar que había descongelado para su utilización a modo de cebo. Su empeño era imposible: nadie podía mantener ese ritmo de trabajo, pero él sonreía y proseguía su labor. A cada poco, los hombres capturaban tres o cuatro peces con cada sedal, peces que en aquella zona se comportaban como suicidas.

—Compréndalo —dijo Marco al ver la expresión de espanto de mi semblante mientras me abría camino entre la masa de cadáveres—, les encanta que los atrapen. Es su destino.

Me alargó su sedal, un gesto generoso porque aquello era una competición informal entre hombres que se aprestaban a proclamar sus respectivas puntuaciones para que las oyeran los otros. Los campeones indiscutibles eran Marco y el segundo oficial que, con gesto ceñudo, bregaba como un poseído, cobrando sus capturas y

relanzando de inmediato el anzuelo, no fuera a ser que se le escapara algún pez cuyo destino fuera caer en él. Marco me enseñó a lanzar el sedal a buena distancia del costado del buque, y al cabo de unos instantes noté un tirón y proferí un grito de incertidumbre mientras él me instruía en la correcta técnica que debía emplear para cobrar la pieza. Tres peces danzaban prendidos a los anzuelos, y al verlos me sentí paralizada. Nunca había pescado antes, y cuando Marco me dijo que los desenganchara de sus respectivos garfios yo gemí desconsolada al verme causante de aquel suplicio, horrorizada sin remedio ante la perspectiva de tener que sujetar a aquellas criaturas desesperadas y moribundas para arrancarlas de sus púas. Marco estaba decepcionado, y yo también. Ambos habíamos depositado esperanzas más elevadas en mí. Me preguntó si me gustaba pescar, y le dije que sí, aunque no había disfrutado del acto concreto de cobrar mis capturas. Pese a ello, todos me felicitaron por haber obtenido tres piezas en mi primer intento, y yo acepté su paternalismo como algo merecido, di por concluida mi lección de pesca y, tras sentarme en un cubo instalado boca abajo entre todos aquellos peces agonizantes, me entretuve en contemplar a los hombres que, ya relajados, se dedicaban a provocarse mutuamente en la justa medida, tampoco mucho.

Tan sólo Marco parecía satisfecho de su vida en el mar. En su hogar le aguardaban una esposa, un gato y un hijo que formaba parte del principal equipo de waterpolo de Croacia. Él parecía orgulloso de todos ellos, en especial del gato. Y también de la tripulación. No era Marco un zopenco después de todo, sino casi un sentimental.

—¿Ha visto qué bien se llevan los hombres? Ahora se divierten, pero cuando hay un problema todo el mundo se pone serio. Todo el mundo presta atención. Me gusta esta vida. Es tranquila.

Se diría que la tarea de Marco, con su atuendo de Rey Sol y sus refunfuñones comentarios, consistía en hacer reír a la gente.

—Nunca como pollo —vociferó, dirigiéndose a Franju, el camarero, a la vez que apartaba de sí el plato de la cena (todos los hombres detestaban el pollo, pues a menudo era lo único que habían podido comer durante la guerra. Era el alimento de los desesperados)—. Es un animal demasiado estúpido, y yo no como cosas estúpidas. Tampoco como huevos. ¿Qué hay más estúpido que un huevo? Al cabo de unas horas se convierte en un pollito, y al cabo de unas cuantas horas más en un pollo grande. Eso es todo.

Se encogió de hombros con un gesto de desdén. Sin embargo, sí comía pescado. Al poco rato la barbacoa ya estaba caliente, y los primeros peces fueron depositados sobre su superficie. Del mar a la sartén. Aquel pescado («¿Qué pescado es éste?». «Pues pescado») me pareció de los más deliciosos que había comido nunca. Con todo lo melindrosa que me había mostrado a la hora de capturar y matar a aquellas criaturas anónimas, devorarlas no me supuso el menor problema. Marco, mientras aún seguía sacando peces del agua ante mis ojos, me había explicado la diferencia

entre Norteamérica y Croacia.

—En Croacia hay comida fresca, vino casero y buenas mujeres. En Estados Unidos las mujeres están faltas de cariño, las flores carecen de aroma y la comida no sabe a nada.

Su película favorita era *Alguien voló sobre el nido del cuco*.

—Ese indio... —decía con una sonrisa—. Ese indio...

Lo dicho, un sentimental.

Todos ellos habían vivido la guerra contra los serbios, pero a ninguno le apetecía demasiado hablar de ello. Había una piscina, pequeña pero profunda, que se llenaba cada mañana con agua de mar, y un día estuve nadando en ella con uno de los miembros de la tripulación que acababa de terminar su turno de servicio. Era un hombre reservado al que yo ya había sorprendido de vez en cuando observándome con tímido interés. Mientras chapoteábamos nos pusimos a charlar. Era un hombre de cuarenta y tantos años, y al preguntarle por la guerra se le crispó el gesto.

—Luché durante tres años, y ¿para qué? Ahora, en Croacia, no hay dinero, no hay trabajo y no hay comida. Ese Tudjman... —dijo, sacudiendo la cabeza con gesto asqueado—. Tuve que luchar. Tengo mujer y tres hijos. Pero no odio a nadie. Yo iba a la escuela y estudiaba ingeniería, geografía e historia. Y entonces me llegó una carta en la que me decían que tenía que coger un arma y matar gente. A mí me gusta la gente. Tito estaba bien. Antes de la guerra, serbios y croatas vivían juntos. Y seguirán viviendo juntos después de la guerra. Cuando Croacia formaba parte de Yugoslavia no éramos independientes, pero teníamos trabajo. ¿Podemos hablar de otra cosa? ¿Algo que nos permita sonreír?

Durante un rato guardamos silencio.

—Es usted muy guapa. ¿Le gustaría tomar el té a medianoche, cuando acabe mi turno?

Rehusé, y él asintió: no pasa nada. Al cabo de un rato salió de la piscina y yo me quedé un rato remoloneando en el agua de espaldas a él. De repente oí que me llamaba y me volví a mirarle. Se hallaba junto al borde de la piscina y sostenía en el aire uno de sus zapatos, del número 50, y uno de los míos, del número 36. Sonrió levemente. Nostálgicamente, tal vez. Con tristeza. Con melancolía.

—Mire —dijo.

Antes de partir de Londres una conocida se había mostrado horrorizada cuando le hablé del viaje que proyectaba emprender.

—¿Pero no te da miedo pasar semanas y semanas tú sola en compañía de tantos hombres?

Se trataba, al fin y al cabo, de *hombres*, y el hecho de pasar tres semanas sin mujeres pero con una a la vista bien podía, suponía ella, convertirlos en bestias salvajes. Sin embargo, la supervivencia en una comunidad aislada sometía el trato con las mujeres a las mismas reglas que aplicaban a la convivencia entre ellos y al cuidado de la nave, y todos se esforzaban (como yo) por no alterar el equilibrio del

grupo. Sí advertí alguna que otra mirada subrepticia por parte de algunos de los hombres, pero ni se adivinaban en ellas francas invitaciones ni eran de esas miradas prolongadas y agresivas que pueden desembocar en cualquier cosa, sino más bien vistazos pensativos e interesados que a veces sorprendía inadvertidamente y que no requerían reacción alguna por mi parte. Existía además, entre Marco y yo, una especie de coqueta camaradería que ambos cuidábamos bien de mantener por debajo del nivel crítico. La invitación a tomar el té me resultó algo chocante dentro de tan cautelosa atmósfera, pero mi negativa se aceptó con el mismo desenfado con que se había formulado la oferta, y me pareció apreciar en todo ello incluso un toque de flirteo a la antigua usanza. En otras ocasiones en que coincidimos en el comedor, mi amigo me habló de su vida, de sus esperanzas de fundar una pequeña fábrica de ingeniería y de la clase de música que le gustaba. Acudía a menudo a la piscina cuando yo estaba nadando, y me preguntaba por mí y por mi vida. Evidentemente, no me habría resultado difícil intensificar aquel contacto de haberlo deseado, pero creo que él mismo confiaba en que no lo hiciera, al menos hasta el final del viaje. Mis relaciones con el resto de la tripulación eran agradablemente formales, como si todos fuéramos capaces de vivir épocas anteriores en las que esta clase de cosas se hallaban sometidas a procesos mejor ordenados. Al parecer, unos y otros sabíamos cómo respetar los límites sin dejar que los peligros del sexo se interpusieran en nuestras buenas relaciones. Para ellos era más importante llevarse bien entre sí. El sexo podía esperar hasta que arribaran a Tampa. El día anterior a nuestra llegada se dedicaron a lavar y planchar su indumentaria de tierra, a afeitarse a fondo y, en el caso del primer oficial, a despojarse de su anillo de boda. Luego, mientras el barco atracaba y las muchachas saludaban y reían desde el muelle, los hombres se alinearon ante la barandilla como el día de la pesca para escoger cada uno la acompañante con la que habría de visitar la ciudad.

—Cuando estoy en Tampa no soy un hombre casado —dijo antes de atracar el primer oficial, mostrando su dentadura blanca y reluciente con una amplia sonrisa cuando Roz, otra de las pasajeras, le preguntó durante el almuerzo qué había sido de su anillo de boda.

—Y mientras usted está en Tampa, su mujer, en Split, ¿tampoco está casada? —inquirí yo.

Él sonrió jovialmente.

—No. Ella siempre está casada. Tiene dos —y extendió los brazos a ambos lados como si estuvieran suspendidos en el aire— botes salvavidas... dos niños que la mantienen a flote.

Concluida la comida, Roz y yo coincidimos en que probablemente había querido decir dos piedras al cuello.

Entre mis momentos de silencio y mis encuentros delicadamente limitados con la tripulación me dedicaba a leer a Conrad y a coincidir con él en lo relativo a la vida de

la mar. Mágica monotonía. Atracción. Esclavitud. ¿Decepción?

Viajar sin propósito determinado es en sí un acto de determinación. Me había empeñado a mí misma en una prolongada travesía por mar. El destino era lo de menos. De hecho, al organizar el viaje, la ruta inicial del *MV Christiane* pasaba por hacer escala en Río de Janeiro antes de subir a Georgia, y fue cuarenta y ocho horas antes de mi partida cuando supe que los planes habían sido alterados: el buque zarparía varios días después y prescindiría de la etapa sudamericana. Los planes de navegación de los buques de carga varían con notoria frecuencia, pues trabajan con márgenes de beneficio críticos y las compañías suelen revisarlos de un día para otro y a veces, incluso, a mitad de la jornada. Quien viaje en un carguero hará bien en no haberse forjado un plan definitivo ni contar con un destino fijado de antemano. Yo lamenté que se hubiera anulado la escala sudamericana, pero únicamente porque ello suponía acortar el trayecto. Contaba con seis semanas, o más, de viaje antes de llegar a Savannah, Georgia, y a partir de ahí no había establecido otro plan en firme que el de adquirir un billete abierto con el que volar de regreso al Reino Unido. El único objeto del viaje era precisamente el de realizar una larga travesía por mar. ¿Por qué? Supongo que a modo de ejercicio de privación sensorial. Para descubrir qué ocurría cuando un día sucedía a otro, y un kilómetro seguía a otro, y cada uno de ellos era exactamente igual que el anterior. ¿Qué le quedaba a una persona cuando no había otro paisaje que no fuera la curva del horizonte y se carecía de la expectación por llegar a un lugar anhelado? ¿Qué se sentía cuando el día a día proseguía sin cesar, cuando sólo la rutina que exigía la necesidad humana de alimentarse y dormir te diferenciaban de un entorno cuyo único ritmo dependía de la salida y la puesta del sol? Si hay que ser precisos no se trataba tanto de la curiosidad que todo ello me producía como del deseo de encontrarme en tales condiciones. Y así y todo, inmersa en ese silencio y en esa ausencia de toda interferencia, ¿no habría algo que escuchar? Siempre he imaginado que si lograra acallar lo bastante las cosas terminaría por oír algo que me interesara. Al igual que los peces ensartados en sus anzuelos, intento escabullirme de la actividad, de la camaradería, ansiosa por precipitarme hacia una nada en la que habré de hallar... ¿qué? Los peces terminan boqueando en la cubierta, fuera de su elemento, asfixiados por un aire venenoso y hostil. Yo, de algún modo, he desarrollado la noción de ser algo más que un pez, pero sin duda eso es lo que también piensan ellos. Sal del agua, aléjate de lo circunstancial y *entonces* veremos qué pasa.

Nunca se alcanza la soledad perfecta, y quien se lance en su busca es un necio. O, cuando menos, es un necio si se siente frustrado por no encontrarla.

Aparte de mí viajaban dos parejas en calidad de pasajeros. Fogey y Roz habían cumplido ya los setenta y regresaban a casa después de unas vacaciones lejos de su granja de Arizona. Ella, una corpulenta y pulcra matrona norteamericana, iba siempre hecha un pincel, y Fogey permanecía callado la mayor parte del tiempo, aunque había

quien aseguraba haberle oído pedir que le pasaran la mantequilla de cacahuete si la tenía fuera de su alcance durante el desayuno. No eran personas comunicativas, pero ambos se mostraban amistosos. Eran norteamericanos insulares que se habían asomado a Europa pero que se sentían incómodos en un mundo extraño y en compañía de desconocidos. Durante el desayuno, la comida y la cena los pasajeros nos sentábamos con los oficiales, y ellos, tras un razonable intervalo de conversación —el tiempo, qué tal habían dormido, dónde nos encontrábamos—, se sumían de nuevo en el silencio.

La pareja alemana, Stan y Dora, procedentes de Lake Constance, eran de la misma edad, pero en absoluto de pocas palabras. Viajaban con su casa rodante —nuevecita, excelentemente equipada y dotada de todos los adelantos— atada a la cubierta superior, y planeaban pasar un año viajando por Estados Unidos. Los dos hablaban sin cesar, diríase incluso que sin pensar. Estaban resueltos a hablar tanto inglés como les fuera posible antes de desembarcar y emprender su aventura en el Nuevo Mundo. Sin embargo, daba la impresión de que tanto sus temas de conversación como la respuesta que pudieran despertar en sus interlocutores les resultaban irrelevantes. Vivían, como los niños, inmersos en una burbuja formada por las necesidades que percibían. Y también ellos eran personas atildadas. Acicaladas, incluso. Stan y Dora gastaban varias tallas menos que la pareja norteamericana, y mostraban cuerpos bien alimentados y cabellos blancos, cortos e imaculadamente peinados. Habían llegado equipados para un crucero: ella lucía bufandas de seda estampadas con emblemas navieros, y él vestía pantalones de corte estudiadamente deportivo, camisas de manga corta planchadas y adornadas a la altura del bolsillo con la imagen de un ancla o un nudo, y zapatos de suela de esparto. Ninguno de los dos tenía la menor idea de cómo convivir con extraños, y ambos revoloteaban como moscardones sin preocuparse de respetar ni aun las limitaciones más sutiles. Yo tenía la sensación de que me acechaban constantemente, y no podía refugiarme en ningún rincón, por recóndito que fuera, sin que tarde o temprano me localizaran.

—Ah, conque ahí estabas.

Dora parloteaba sin freno. Explicaba cosas del todo inconsecuentes y mientras tanto clavaba en mí sus ojos, intensamente azules e intensamente vacuos. «Yo me cepillo los dientes después de todas las comidas. Debemos cepillarnos los dientes después de las comidas». «Me encantan las patatas de todas las maneras. Cocidas, asadas, fritas, guisadas...». «Esta mañana no acudiste a desayunar. ¿Dónde estabas? Se lo pregunté a Stan: “¿Dónde estará?”». «Estás leyendo un libro. A mí me gusta leer libros». «Bah, no se puede cambiar el pasado». «Mi madre siempre dijo que Hitler nos perjudicaría». Todo ello con una voz monótona y la misma expresión de estupor en la mirada, como si estuviera esforzándose por recordar y practicar frases extraídas la tarde anterior de su libro de inglés. Tal vez eso era exactamente de lo que se trataba, pero sus ojos tenían algo de misterioso. Tras sus lentes, parecían hundirse en los extremos, azules y apagados como el agua estancada. Nada lograba

iluminarlos. Cuando Stan, quien gustaba de pensar que hablaba mejor inglés que su mujer, proclamaba su visión del mundo —«Está bien, esto», «No está bien, esto»—, ella le contemplaba con sus ojos yertos, de pescado, por más que el resto de su semblante expresara el más rendido interés. Stan hablaba tanto como ella, sobre todo para evocar sus periplos europeos de treinta años atrás. Contó a los croatas todo cuanto sabía (y ellos desde luego también) sobre Dubrovnik, y a mí todo cuanto conocía de Londres, como si aquellos lugares que no había pisado desde la generación anterior aún le resultaran de lo más familiares. Durante las horas de las comidas solía quejarse de la situación en la que se encontraba Europa, y más especialmente Alemania. Se estaba viendo invadida por los «Árabes. No me fío de árabes», decía, frotando entre sí sus bien cuidadas manos. «Dinero. Sólo dinero. Y ahora viven en nuestras ciudades con sus minaretes y su *wawawa*».

Llegado ese punto abandoné la mesa, pero Roz me dijo luego que él había proseguido como si tal cosa, quejándose de que Berlín estaba cada vez más dominado por los rusos.

—Bueno, siempre es un cambio —había observado ante aquello Fogey, por lo general tan poco comunicativo.

Una mañana Dora me encontró sentada en cubierta, leyendo, y tras reprenderme por no haber comido fruta durante el desayuno («Tienes que comer fruta. La fruta es buena.») me preguntó qué edad tenía.

—Ah, eres un año mayor que mi hija. Podría ser tu madre —anunció, sus ojos tan monótonos y azules como siempre.

Si bien cronológicamente posible, aquello resultaba no sólo inane, sino tan desatinado desde un punto de vista histórico y geográfico que hube de esforzarme por ahogar la exclamación que pugnaba por brotar de mi garganta. Ella, a continuación, depositó una mano sobre mi mejilla derecha con ademán firme e, inclinándose, me estampó un beso en el carrillo opuesto. Yo acepté inmóvil el maternal gesto y, finalmente, me las arreglé para pronunciar un «Gracias» algo frío e inapropiado para la ocasión. Con todo, no conseguía liberarme de la sensación de pánico. A la tarde siguiente me encontraba en la lavandería, preguntándome por qué demonios se me habría ocurrido planchar una camisa en un día de calor tan sofocante, cuando Dora me localizó de nuevo.

—Ah, estás planchando.

Yo asentí y noté que el sudor me resbalaba por la barbilla. Ella no pareció satisfecha con mi técnica.

—No, no, para hacerlo bien tienes que desabrochar todos los botones —dijo, y se aproximó a la tabla de planchar con la mano extendida, dispuesta a corregir mi descuidado procedimiento.

Apenas había comenzado a desabrochar el primer botón cuando sentí como si el paso de la realidad se tornara más dilatado, y tuve que llevar a cabo un verdadero esfuerzo físico para no apartar sus dedos de un manotazo.

—¡NO! —le grité literalmente a la inofensiva anciana como quien grita a un niño para no tener que propinarle un sopapo—. Déjela en paz. No la toque. No. La. Toque.

Mi rostro debía de corresponderse con el tono de advertencia de mi voz, porque Dora dio un respingo y retrocedió. Parecía alarmada y del todo desconcertada por la desmesurada reacción que había provocado en mí su solicitud. En cuanto a mí, para nada me apetecía explicarle hasta qué punto resultaba imposible que hubiera podido ser mi madre.

—Sí. Es su plancha. Sí —dijo, con tono apaciguador mientras retrocedía, y abandonó la estancia sin volverme la espalda.

Su sorpresa, sin embargo, no era mayor que la que yo experimentaba ante mi propia expresión de cólera. Mi admiración por la capacidad de convivencia de los miembros de la tripulación se incrementó considerablemente.

El desapasionamiento y la inexpresiva insensibilidad de Dora y Stan alcanzaban un grado en verdad monumental. Ambos hablaban sin importarles quién estaba escuchándoles ni lo que los demás pudieran pensar o sentir al respecto. Era la suya una característica inusual e infantil que normalmente debería haberme deleitado poder observar, pero su brutal desprecio por los demás resultaba demasiado intolerable en tan enclaustradas condiciones y, como en todo momento quedó de manifiesto, *nada* de lo que nos ocurriera a los demás dejaba en ellos la menor huella.

Yo iba apreciando tanto más los modales cortésmente distantes de Roz y Fogey a medida que pasaban los días en compañía de la pareja de alemanes. Fogey, que resultó ser un buen radioaficionado, había instalado una antena en el exterior de su camarote, y sin yo pedírselo instaló otra junto a mi portilla para que pudiera sintonizar el World Service de la BBC. Él se pasaba la mayor parte del tiempo rastreando las ondas y conversando con desconocidos por medio de su aparato de onda corta, y Roz, entretanto, se sentaba a hacer crucigramas. Roz había enviudado algún tiempo atrás, y al cabo de dos o tres años había contraído matrimonio con su cuñado Fogey. Parecían tan a gusto juntos. Nos faltaban tres días para llegar a Tampa cuando, por primera vez, los dos se presentaron a desayunar con retraso. Se les veía inequívocamente desconsolados, y sus rostros mostraban una expresión lúgubre y extenuada, a pesar de lo cual Roz, sentada junto a mí, aparecía tan pulcra y cuidadosamente vestida como siempre.

—¿No habéis dormido? ¿Qué ha sido, el calor? —pregunté, y en ese momento comprendí que se trataba de algo más que eso.

—Anoche recibimos malas noticias. Muy malas noticias.

La noche anterior, a las diez, Fogey había recibido una llamada de radio desde Arizona. El hijo de Roz —que tenía cuarenta y ocho años y era también sobrino y ahijado de Fogey— había muerto súbitamente aquella mañana, probablemente a causa de un ataque al corazón. Roz me lo comunicó en un susurro con el que logró a duras penas alcanzar el final de la frase y, aunque advertí que sus ojos se humedecían, logró suprimir las lágrimas. Nada podían hacer salvo aguardar a que el barco arribara

a Tampa y de ahí volar a casa de su hijo, en California, para asistir al funeral. El lujo de la distancia se había convertido en el tormento del tiempo. La inmensidad del Atlántico, la inmutable oceanidad del océano, aquel perpetuo horizonte con su constante promesa de más y más de nada, todo aquello que yo, en fin, tanto estaba disfrutando, dejó en un instante de ser ese kilómetro tras kilómetro para convertirse en el minuto tras minuto que tenía que vivir una mujer atrapada en medio de ninguna parte, aislada de donde más urgentemente necesitaba estar y obligada a padecer una pérdida inimaginable en compañía de extraños. Ahora, el mar no era sino un espacio intolerablemente inhumano que había que salvar antes de que Roz pudiera regresar junto a su familia para el funeral de su hijo mayor.

—Lo siento —dijo Roz con insoportable cortesía—. Intentaré no mostrarme deprimida durante el resto del viaje.

Fogey, como de costumbre, guardó silencio y siguió masticando su tostada con mantequilla de cacahuete hasta que Stan preguntó si alguien sabía dónde nos encontrábamos.

—Estamos en los *doldrums*^[1] —dijo Fogey con geográfica precisión, y retornó nuevamente a su mutismo.

Aquella misma mañana Stan y Dora habían sido instruidos sobre cómo debían rellenar sus formularios de inmigración en Estados Unidos, algo que, por algún motivo, les irritaba. En consecuencia, se pasaron el desayuno quejándose sonoramente de las autoridades estadounidenses y del hecho de que durante un año no se les permitiera partir desde ningún puerto de su conveniencia, protestando inagotablemente de la burocracia norteamericana y explicando que en Alemania nunca podría pasar algo semejante. Así siguieron y siguieron sin cesar, invitando al resto de los comensales a solidarizarse con sus excepcionales calamidades. Ni la conducta de Roz ni mi reacción a sus noticias hicieron lo más mínimo por silenciarles, pero más tarde, cuando salimos a cubierta, le conté a Dora lo ocurrido.

—Claro, ya noté yo el ambiente algo triste durante el desayuno. Pero qué molestos son esos procedimientos de inmigración. En efecto, no está bien eso de que un hijo se muera antes que la madre pero, en fin, así es la vida.

Sus ojos, en todo momento, tan ausentes como siempre. Tuve la impresión de que seguía recurriendo a frases extraídas de su libro de citas.

Antes de marcharse, Roz me dijo que si bien todos los miembros de la tripulación les habían expresado su condolencia, bien con palabras, bien mediante un silencioso apretón de manos, Dora y Stan no le habían dicho nada con respecto a la muerte de su hijo. Sin embargo, Dora, con la que tan irracionalmente furiosa me sentía y a la que en verdad, debo decirlo, tanto detestaba, tenía razón en lo que había dicho. Así era la vida. Pero aquélla no era la única muerte que había tenido lugar durante la travesía.

Udi llevaba ya varios meses muriéndose cuando partí de Hamburgo para embarcar en el *MV Christiane*. Aunque hacía años que le conocía, nuestra amistad era bastante reciente. Solíamos coincidir a la mesa de amigos comunes, y una o dos veces

tuve ocasión de asistir a las cenas que organizaba en su casa. Sin embargo, de vez en cuando me llamaba sin venir a cuento —o eso me parecía— para contarme que le había gustado algo escrito por mí y explicarme el motivo. Yo aceptaba sus cumplidos con un cierto embarazo y me mostraba reservada. Udi, no. Udi poseía una propensión, una insistencia incluso, por la amistad, que llegaba a ponerme nerviosa. Una o dos veces me llamó tan sólo para decirme que le caía bien, algo que me desesperaba porque no tenía la menor idea de cómo reaccionar ante una declaración semejante. Al igual que luego me sucedió con el beso de Dora, en aquellas ocasiones tan sólo fui capaz de responder con un cortés «gracias». Udi estaba casado y profundamente enamorado de su mujer, pero se comportaba con la gente como un seductor innato. Sus flirteos no constituían una verdadera demanda de relación sexual, sino que formaban parte de una estrategia general, de una negativa a permitir que alguien que él hubiera decidido añadir a su círculo de amistades se refugiara en la reticencia. Como ya he dicho, sus francos ofrecimientos de amistad me resultaban incómodos, pero también atractivos. Lograba que el interés por una persona y el deseo de incorporarla a su vida —algo que yo encontraba inexplicablemente difícil— pareciera de lo más sencillo. Rara vez he establecido relación de ninguna clase con nadie que no haya llevado a cabo para ello un esfuerzo superior al mío; que no haya, de un modo u otro, insistido. Es como un sistema de seguridad de mi psique. Me paraliza la idea de que me digan que no. Si en este mundo hay seductores compulsivos, también hay quienes buscan de forma compulsiva dejarse seducir. Dentro de la escala de cosas en las que personalmente me resistiría a correr riesgos, la amistad alcanza un grado más elevado que las relaciones sexuales. Es algo que me resulta más misterioso y más peligroso que una aventura sexual, relación ésta que puedo relegar fácilmente a la categoría de juego y abandonar sin mayores problemas. Tal vez se debe a que soy hija de los sesenta. O algo así. El sexo puede ser algo serio, pero no necesariamente. La amistad se me antoja como algo mucho más denso, algo a lo que nunca he llegado a cogerle el truco. Las veces que más intensamente he experimentado ese desmayado y enloquecedor vértigo que surge al verse traicionado (o al traicionar) se han producido en el contexto de la amistad.

Diez meses antes de mi periplo por mar Udi y Judy acudieron a mi fiesta de cumpleaños endomingados de arriba abajo y cargados de regalos y de sonrisas de celebración. Al llegar, me encontraron apoltronada en el sofá frente al televisor con una camiseta vieja y unos vaqueros raídos.

—¿Nos hemos adelantado?

—Sí. Una semana.

Nos fuimos a cenar al indio del barrio, ellos de punta en blanco y yo con mis pintas, todos de algún modo encantados con los contratiempos de su error y con el hecho de haber interrumpido mi ociosa soledad. Aquélla fue la tarde en la que verdaderamente dio comienzo nuestra amistad. Una semana después, el día de la fiesta, Judy acudió sola. Udi no se encontraba bien y tenía cita con el médico a la

mañana siguiente. Era cáncer. Una intervención exploratoria reveló la presencia de un voluminoso tumor en el estómago. A través de médicos amigos y de todo cuanto pudo hallar en Internet al respecto, investigó las características de su dolencia en particular y el grado que había alcanzado, y concluyó que si bien no cabía duda de que acabaría matándole acaso aún pudieran quedarle entre tres y cinco años de vida. Tenía entonces cincuenta y seis, y lo primero que hizo a su regreso del hospital fue comprarse una Harley.

Su mujer cargó con el grueso del impacto emocional de su sentencia de muerte, y Udi analizó la cuestión con sus amigos. Hablamos, él y yo, sobre su absoluta convicción de que el fin era el fin. De lo terrorífico y a la vez reconfortante de esa certeza. No había nada que temer, salvo la nada; la amargura provenía de un final tan abrupto de la vida, de la interrupción de su matrimonio, del hecho espantoso de no ser capaz de ver crecer a su hijo pequeño, del efecto que todo ello tendría sobre su familia. Pero entre nosotros surgió a menudo la cuestión del vacío posterior al final. Él mostraba una certidumbre inquebrantable acerca de la realidad de su muerte, y se negaba a fantasear en torno a nada que pudiera sucederla. Tal vez —casi con seguridad— su aceptación no era tan completa como parecía. Era como si estuviera probando hasta qué punto se sentía cómodo con ella y al mismo tiempo intentando adaptarse a sus monumentales dimensiones. Nuestras conversaciones eran apacibles tanteos de los sentimientos que nos producía aquello que, en unas u otras circunstancias, había de sobrevenirnos —o no— a él antes y a mí después. Yo me sorprendí a mí misma reflexionando mucho sobre la condición previa al nacimiento, algo que difícilmente podía considerarse como una condición, sino más bien como un estado de inexistencia que todos habíamos ya no-experimentado. Ambos nos reíamos de lo absurdo que resultaba el lenguaje cuando intentaba abarcar un vacío para el que no se hallaba equipado porque había sido desarrollado por y para los vivos.

—De modo que tú ya has no existido. ¿Qué tal te fue? —le pregunté.

—No me perturbaba mientras duró.

Ni que decir tiene que en aquella inexistencia sí existía, o habría de existir, el tiempo, pues llegado el momento tendría lugar el comienzo. La otra inexistencia, por el contrario, abolía el tiempo para siempre. No obstante, cuanto más pensaba en ello, cuanto más me esforzaba por emplear el tiempo anterior a mi nacimiento como un concepto que pudiera hacer la muerte más tolerable, más me irritaba haberme visto excluida de los acontecimientos que habían tenido lugar en la historia, que es como denominamos al período anterior a nuestra propia llegada a este planeta. El hecho de no haber nacido durante todo ese tiempo me inspiraba la misma clase de pánico y de defraudación personal que me producía la noción de que el mundo prosiguiera sin mí después de mi muerte. Aborrecía la idea de que los que habían de formar parte de mi vida hubieran existido antes de mi llegada tanto como me molestaba pensar en que la gente —tanto los individuos como las grandes fuerzas sociales y políticas— seguirían ocupándose de sus asuntos tras mi desaparición. Experimentaba a la vez la ira del

aún-no-nacido y la que asalta al moribundo ante su propia extinción. Podremos intentar consolarnos pensando que la muerte no es el fin del mundo, pero el hecho mismo de que no lo sea es lo más cegadoramente difícil de procesar. Yo me limité, apenas, a mencionar mis cavilaciones ante Udi, cuya perspectiva sobre el tema era, en aquel momento, mucho más pragmática que la mía.

Al cabo de un par de meses, Udi estaba de regreso en el hospital. Esta vez las cosas tenían peor aspecto, y él mismo redujo los entre tres y cinco años que había calculado que podía vivir a tal vez dos. A lo largo de las semanas siguientes, sin embargo, su esperanza de vida se redujo de manera espectacular. Su futuro menguaba con cada nueva intervención médica y, finalmente, tras una operación quirúrgica en principio destinada a brindarle algún respiro, le comunicaron que nada más podía hacerse salvo controlar los dolores, y que apenas le quedaban unas semanas de vida. Aunque en ningún momento se había deshecho de la Harley, para entonces estaba demasiado débil como para sostenerla en pie, y se la revendió al dueño del concesionario, que se mostró desconsolado ante la noticia.

—Me siento destrozado por dentro —dijo.

—Yo también —repuso Udi.

Pasó las últimas semanas en su casa concediendo audiencia, lo que dio lugar al establecimiento de una suerte de fiesta permanente a medida que centenares de amigos acudían para visitarle y pasar un rato con él antes de su muerte. Judy tuvo que organizar un sistema de horarios para acomodarlos a todos, de tal manera que no se presentara demasiada gente a la vez y que su familia siguiera teniendo ocasión de pasar algún tiempo a solas con él. La suya fue la muerte más testimonial con la que me he encontrado nunca, como un velatorio presidido por el anfitrión aún vivo. En el hospital se habían visto obligados a proporcionarle una habitación aparte a causa del número de visitantes que acudían a verle, pero en casa Udi nos recibía en su sofá, manipulando el dosificador de morfina con el que mantenía a raya sus padecimientos y permitiéndonos brindarle un regazo en el que acomodar sus doloridas piernas, tras lo cual solía pedirnos que le diéramos masaje en los pies y reanudaba su vitalista seducción del mundo que le rodeaba. Fumaba de nuevo. Había abandonado el tabaco al enfermar, y luego había abandonado el esfuerzo al conocer su estado terminal.

—Pues pégueme un tiro —respondió un día en el hospital a una enfermera que le indicó que se encontraba en un pabellón en el que estaba prohibido fumar.

La última vez que le vi fue el día anterior a zarpar en mi carguero. Había salido del hospital. Estuvimos sentados a la mesa de la cocina, fumando y tomando café. Al cabo de una hora advertí que se fatigaba, pero me resultaba imposible levantarme de la silla. Hasta entonces nunca me había despedido de nadie, o al menos no de un modo tan consciente y tan irremediabilmente definitivo. Ignoraba por completo la manera de hacerlo. Para mí, las dificultades de concluir una amistad eran tan enormes como las de iniciarla. No sabía de qué modo aproximarme a la persona de Udi para besarle y luego salir de la habitación y de la casa a sabiendas de que nunca volvería a

verle porque iba a morirse antes de que yo volviera. Aquello era algo intolerable, algo que ni mi mente ni mis músculos eran capaces de asimilar. Algo monstruoso. Nos pasamos sentados otra media hora, como si dispusiéramos de todo el tiempo del mundo, hasta que por fin me las arreglé para ponerme en pie y caminar hasta el extremo de la mesa. Una vez allí, me incliné y le besé.

—Sé que estás seguro de que no va a haber nada, y personalmente opino que estás en lo cierto, pero por si acaso resultara que sí lo hay... eres libre de aparecérteme cuando quieras si descubres que puedes hacerlo —le dije.

Hablaba en serio. No quería entregar al olvido a aquel hombre, a aquel amigo que hacía de la amistad algo tan fácil. Había sabido abrirse un lugar en mi memoria, pero yo no quería perder el que ocupaba en la suya. La muerte, incluso cuando se trata de la muerte ajena, es algo que siempre implica una pérdida de nuestra propia identidad.

Al cabo de tres semanas recalamos en el puerto comercial de Tampa. La descarga de la potasa se prolongaría durante tres días. Roz y Fogey partieron en busca del avión que había de conducirles al funeral de su hijo, y los componentes de la tripulación, atildados e impacientes, se internaron en la ciudad en compañía de las muchachas que habían encontrado esperándoles en el muelle, ansiosos por recorrer los bares y por comprarles bicicletas norteamericanas a sus hijos. Yo, después del tiempo que había pasado en el mar, recorrí con paso incierto la desnuda superficie del desembarcadero en dirección a una pequeña construcción de madera situada en el extremo opuesto del muelle a la que acudían los estibadores para tomar café y jugar al billar y en la que había un teléfono público. Sobre mi cabeza pasó una pequeña y espumeante caricatura de nube de un tono rosa asalmonado. Flamencos, comprendí de pronto, sintiéndome más sorprendida por las aves en sí que por la nube de color salmón con la que previamente las había identificado. En el macizo de flores que se extendía frente al modesto edificio crecían diversas especies exóticas de brillantes colores y extrañas formas, y una bandera de Estados Unidos ondeaba perezosamente en un mástil instalado junto a la puerta. A poca distancia, como otros tantos caballos que aguardaran atados a que sus jinetes apuraran sus copas en el *saloon*, podían verse estacionados varios camiones Mack: relucientes leviatanes que, amorosamente bruñidos por sus dueños, esperaban el momento de su carga. Los cables del telégrafo restallaban con su canto agudo e inarmónico bajo aquella atmósfera bochornosa, y a medida que me aproximaba al edificio pude a oír a Stan, que desde el otro lado de la puerta profería una sucesión de gritos —alaridos, de hecho— en alemán. De repente, la puerta se abrió de golpe y vi que salía de estampida seguido por Dora. Con ambos brazos y ademán aniquilador hendía reiteradamente el aire que se extendía ante él, pero al advertir mi proximidad optó por expresarse en inglés.

—Es inútil. América no funciona. En Alemania los teléfonos funcionan. En América no funciona nada. Es inútil. Inútil.

Era como ver a un niño con un berrinche. El teléfono operaba mediante tarjetas

que las muchachas que aguardaban en el muelle vendían a los marineros para que pudieran comunicarse con sus casas antes de emprender su noche en la ciudad. Stan no había conseguido hacer funcionar la suya, y en consecuencia todo el sistema telefónico era defectuoso, las tarjetas constituían un timo y Norteamérica era, ya de entrada, un sueño frustrado. Yo me brindé a ayudarlo, pero él se negó a intentarlo de nuevo. No tenía sentido. Era todo inútil. Finalmente, regresó al barco a grandes zancadas seguido de Dora, que mostraba unos ojos tan gélidos e inexpresivos como de costumbre.

Mi tarjeta funcionaba perfectamente, y telefoneé a la Universidad de Edimburgo para hablar con mi hija por primera vez después de casi un mes. Ella pareció complacida de oírme, y dijo que todo marchaba bien, lo que disipó la acechante ansiedad que sentía. A continuación marqué el número de Udi. Respondió Judy: ¿Desde dónde estaba llamando? ¿Qué tal había ido el viaje? ¿Marchaba todo como yo esperaba? Después de un período de silencio el hecho de telefonar a alguien desde un lugar lejano no deja de ser un acontecimiento. Y, por fin —¿cómo habíamos podido evadirlo durante tantos instantes?—, ¿qué tal está Udi?

—Ay, Jenny. Udi murió hace una semana.

No me sorprendió. «Oh, Judy», exclamé, haciéndome eco de su suspiro. Probablemente le dije cuánto lo lamentaba. Ninguna de las dos nos expresábamos como si hubiera sucedido algo inesperado, y Judy me contó cómo había sido el final. Udi había pasado diez días sometido a cuidados paliativos y concediendo audiencias como era habitual. Según Judy, parecía imposible que fuera a morir. Sin embargo, durante los dos últimos días sufrió un deterioro que le postró en coma y finalmente murió de madrugada en compañía de Judy y de sus dos hijas mayores. El funeral tendría lugar al cabo de un par de días.

Salí del pabellón de los estibadores, regresé al barco y pasé el resto del día en cubierta, observando con mis prismáticos el comportamiento de las aves y las operaciones de los trabajadores que extraían con grúas la potasa de las bodegas para depositarla en cintas transportadoras que, a través de una tolva, iban vertiéndola en los depósitos de los almacenes. Si en algo pensaba era en que mis semanas y más semanas de monotonía en un carguero marítimo no se habían visto tan desprovistas de incidentes después de todo. No para los demás. Ni para mí. Pero en fin, así es la vida. A las cinco, cuando ya comenzaba a anochecer, me dirigí a la cocina para preparar una taza de té. Conecté el calentador y fijé la mirada en el exterior de la ventana a la espera de que hirviera el agua. Y entonces, como si hubiera recibido un golpe en el plexo solar, me doblé explosivamente sobre mí misma y mis ojos se llenaron de lágrimas. De repente, la realidad de la muerte de Udi, de su desaparición definitiva de este mundo, me asaltó de un modo que percibí literalmente con la violencia de una coz. Para cuando regresé a mi camarote, las lágrimas resbalaban con libertad por mis mejillas, pero cerré la puerta y me refugié en mi intimidad. Comencé a sollozar. Lloraba sobre todo por mí misma y por la pérdida de mi amigo Udi. Me

sentía destrozada por la amargura, inconsolable y por completo incapaz de contener mi llanto. Así seguí durante cosa de una hora, hasta que alguien llamó a mi puerta. Aun con escasa eficacia, me enjuagué los ojos y abrí. El tercer maquinista, que ocupaba el camarote contiguo al mío, me contemplaba desde el pasillo con expresión intranquila.

—¿Está usted enferma?

Le conté que acababa de enterarme del fallecimiento de un amigo mío, y él se mostró apesadumbrado y me dijo que lo lamentaba. Yo le expliqué que ya sabía que iba a morir, pero que así y todo el hecho de saber que por fin había sucedido...

—Sí. Siempre es algo terrible. ¿Estaban muy unidos?

—Éramos amigos.

Él asintió con expresión solemne.

—Esta noche voy a ir a la ciudad. He llamado un taxi. Venga usted también. Iremos a un bar, tomaremos una copa y veremos América.

Le di las gracias, pero dije que prefería quedarme a bordo y pasar una velada tranquila. No me sentía con demasiadas ganas de hacer vida social. El semblante sonriente de mi amigo adoptó una expresión sombría y preocupada. Meneó la cabeza.

—No está bien quedarse solo cuando uno está triste. Tiene que hacer un esfuerzo. Salga a tomar una copa. Diviértase.

No, le dije, agradecida por su inquietud. Me encontraba bien, y esa noche deseaba quedarme sola y en paz.

—Es malo estar sola. No debe sentirse triste y llorar. Sí, su amigo ha muerto, y es terrible, pero usted está viva. Debe vivir. La vida sigue. Debería salir y disfrutar de ella.

Hablaba con insistencia, casi con acrimonia. Ya no se trataba tan sólo de salir conmigo a dar una vuelta por la ciudad. Yo, procurando no ofenderle, empleé el tono más definitivo y tajante que me fue posible para reiterar que agradecía sus palabras pero que prefería quedarme a bordo. Él sacudió la cabeza una vez más para manifestar su desacuerdo con alguien que prefiere llorar lo que ha perdido en lugar de aferrarse a lo que aún tiene. Yo quería recordar; él, no. Y no me cabe duda de que tendría sus razones.

—En fin —dijo—. Tengo que prepararme.

Al día siguiente llamé a mi amigo John, de Phoenix, Arizona, a quien había conocido en un viaje anterior a la Antártida. Desde entonces nos manteníamos en contacto por medio del correo electrónico.

—Vente y quédate el tiempo que quieras —dijo.

Me quedaban otro par de días a bordo del *Christiane* para llegar a Savannah, pero a partir de ahí no tenía ningún plan definitivo.

—Dinos en qué vuelo llegas. Iremos a recogerte al aeropuerto.

—No, no creo que vaya en avión. Tomaré el tren.

No había pensado en ello hasta que lo dije, pero al parecer aún no me había

cansado de ver pasar los kilómetros.

Regresé al *Christiane*, a mi camarote y a mi litera, encantada de experimentar de nuevo la amable incertidumbre de mi existencia acuática. Aún me esperaban uno o dos días antes de verme permanentemente de regreso en tierra firme, y me pasé el resto de la tarde sin hacer nada, recordando un mensaje que en cierta ocasión, mucho tiempo atrás, me había dejado a mí misma, sin haberlo recogido luego hasta tiempos muy recientes.

Tengo nueve años y estoy en la cama, en mi dormitorio, a oscuras. Los pormenores de la estancia se me aparecen con absoluta claridad. Estoy tendida de espaldas, cubierta por un edredón de satén acolchado de tonos dorados y verdosos. Acabo de calcular que cumpliré cincuenta años en el año 1997. Por mucho que lo intento, «cincuenta» y «1997» no significan nada para mí, salvo la respuesta a la pregunta aritmética que me había planteado. Lo intento de otro modo diferente. «Yo tendré cincuenta años en 1997». El año 1997 es lo de menos, y no sirve más que para complicar el pensamiento que intento asimilar. «Tendré cincuenta años». Qué proposición tan absurda. Tengo nueve. «Tendré diez» aún guarda sentido. «Tendré trece» sugiere una madurez onírica. «Tendré cincuenta» no es más que una paráfrasis de otra aseveración igualmente descabellada que me hago a mí misma por las noches: «Un día estaré muerta». O, «Un día no existiré». Me siento del todo decidida a percibir esa frase como una realidad, pero siempre me elude. «Estaré muerta» viene acompañada de la imagen de un cadáver tendido en una cama. Pero es la mía, es mi cama, y el cadáver es un cadáver de nueve años. Cuando construyo la imagen del cuerpo de una persona vieja se convierte en el cadáver de alguien que no soy yo. Me es imposible imaginarme a mí misma vieja o muerta. No soy capaz de imaginarme agonizante, y quién sabe si por el esfuerzo o por la incapacidad de hacerlo experimento una sensación de pánico.

Tener cincuenta años no es estar muerta, pero para mí, al menos a mis nueve años, equivale a ser vieja, inconcebiblemente vieja. Sé que hay otras personas que tienen cincuenta años, y que yo también los tendré si no me muero antes, pero lo único que consigo, como mucho, es imaginar a alguien que no sea yo (y que yo no conozca) alcanzando esa edad. El aspecto de la persona que veo es el de una anciana; es el aspecto que tenían entonces las ancianas. Es otra persona. No logro enlazar mi vocación de ella con el hecho de que yo misma *seré* ella al cabo de cuarenta y un años. Esa mujer ha vivido y ha conocido cuarenta y un años a los que yo no tengo acceso. No puedo creer que vaya a convertirme en ella por más que objetivamente sepa que eso ha de ser así. No puedo vestirme con sus ropas ni transfigurarme en su piel para saber qué se siente al ser ella del mismo modo que ahora sé lo que se siente al ser yo. Resulta todo inmensamente frustrante, así que opto por la segunda mejor cosa que se me ocurre: lanzo un mensaje al futuro, grabando en mis neuronas una comunicación destinada a esa otra persona que *seré* yo con cincuenta años para que recuerde este instante, este preciso momento, este segundo exacto en el que tengo

nueve años y estoy en la cama, en la oscuridad de mi habitación, esforzándome por imaginar que ya tengo cincuenta.

En mi camarote del barco atracado junto al muelle de Tampa, Florida, hace ya un año que tengo cincuenta, y recuerdo a la niña de nueve años que intentaba imaginarme. Quiero decir que la recuerdo cuando intentaba imaginarme en aquel momento, en la cama, en la oscuridad de su habitación, hace aproximadamente cuarenta y un años. A pesar de todo lo que he aprendido acerca de la falibilidad de la memoria, me resulta a mí más fácil aceptarla y reconocerla a ella de lo que sucedía entonces al contrario, porque yo he vivido esos cuarenta y un años que a ella le faltaban y de los que no podía saber nada. Para mí hay un sendero recorrido. El recuerdo de aquella niña anotando mentalmente que debe recordar ese instante cuando en el futuro cumpla cincuenta años se me hace desconcertantemente vívido. Sin embargo, no se trata de un vínculo simple y directo. Poseo el momento, pero la persona con la que entro en contacto es alguien cuyo futuro conozco. Sin embargo, no conozco para nada a la niña de nueve años tal y como era entonces, a esa niña que aún no había experimentado la vida que se ha desarrollado entre ella y yo. No soy capaz de imaginarla como algo real ni de imaginar su esfuerzo por comprender qué clase de mujer de cincuenta años podría llegar a ser, porque su existencia no es sino un punto en el tiempo. Sin embargo, ahora posee conmigo a través de ese mismo tiempo una relación indeleble que aún no podíamos disfrutar cuando ella anticipaba este momento. Experimento una sensación de vértigo, de cierto mareo, provocada por el hecho de haber alcanzado ese punto inimaginable que ella intentaba concebir, de haber recordado su mensaje y de encontrarme —aun sin poder hacerlo— capacitada para responder a su pregunta: aquí estoy, esto es lo que se siente.

No es sólo la ilusoria realidad de esa niña de nueve años lo que me impide responder, sino también mi propia incapacidad actual para imaginar, ya con cincuenta años, qué se siente al tener cincuenta años. Sé lo mismo que ella. He oído hablar mucho al respecto, he leído mucho, y he conocido a numerosas personas de mi edad, tanto descritas como en la vida real, pero eso en nada me ayuda, y no me sorprende. Los cincuenta años que intento comprender para responder a su pregunta son los mismos cincuenta que tanta curiosidad me producían de niña, y ahora resulta que no tiene nada que ver con el hecho de haber vivido cincuenta años o más. No sé lo que significa tener cincuenta años. No tengo la menor idea de qué puedo decir a esa misma «yo» que, a sus nueve años, confiaba en que sabría lo que se sentía a mi edad una vez la alcanzara. Y supongo que la otra pregunta que se hacía, relativa a la realidad de la muerte, seguirá sin contestar, a pesar de lo cual grabo ahora en mis neuronas un mensaje destinado al momento de mi propia muerte para recordarme a mí misma en ese momento tal y como soy ahora, en este instante, tendida en mi camarote junto a los muelles de Tampa, preguntándome cómo será todo.

Only the Lonely^[2]

—Imagine que fuera usted De Tocqueville. ¿Qué pensaría de nosotros, los norteamericanos?

Imaginen que están realizando una reserva de tren por teléfono desde Inglaterra. E imaginen que alguien les formulara esa pregunta. Me hallaba de regreso en el pabellón de los estibadores, al que había acudido para llamar al teléfono de reservas de Amtrak y preguntar por un tren que pudiera llevarme de Savannah a Phoenix. Algo no imposible pero tampoco factible en un único trayecto. Tenía que tomar un tren que tardaba dos horas en ir de Savannah a Jacksonville, Florida, donde transbordaría al *Sunset Limited*, que operaba tan sólo tres días a la semana y hacía escala en Jacksonville en su trayecto desde Orlando, Florida, hasta Los Ángeles, California. La conexión de Jacksonville no podía ser más reposada: llegaría allí a mediodía y tendría ante mí un intervalo de diez horas hasta la llegada del *Sunset Limited*, prevista para las 10.06 de la noche. En él viajaría hasta el punto más próximo a Phoenix al que podía llegar por tren: Tucson, Arizona, adonde arribaría cuarenta y ocho horas más tarde. Tras desembarcar del *Christiane* tendría que pasar tres días en Savannah, hasta el sábado por la mañana, y llegaría a Tucson a las diez de la noche del lunes siguiente. En otros tiempos había existido una conexión ferroviaria entre Tucson y Phoenix, pero ya no funcionaba, por lo que Amtrak había dispuesto un servicio de autocares para trasladar a sus viajeros hasta esta última. Llegaría allí en la madrugada del martes, poco después de la medianoche, me explicó el encargado de reservas de la oficina de Chicago, tras lo cual volvió a detallármelo todo otra vez desde el principio para que en esta ocasión le prestara la debida atención y fuera anotando las laberínticas maniobras en lugar de limitarme a dejar vagar la mente a través de las sonoridades de aquellos lugares míticos y de la vastedad de tiempo y de espacio que sugería mi proyectado viaje.

—De modo que es usted inglesa. Lo digo por su acento. ¿Tiene usted un minuto? Deduzco que está usted viajando por el país y tengo curiosidad. Imagine que fuera usted De Tocqueville. ¿Qué pensaría de nosotros, los norteamericanos?

Se llamaba Mike. Se encargaba de informar a los viajeros de los horarios de trenes y de anotar sus reservas mediante tarjeta de crédito. También se preguntaba qué opinión les merecían los norteamericanos a los europeos, y trabajaba en el sitio idóneo para averiguarlo. Yo, sin embargo, le expliqué que no había estado recorriendo el país, sino que acababa de desembarcar de un carguero y me encontraba en los muelles de Tampa.

—¡Vaya!

Aquello sí que pareció excitarle. Le atraían poderosamente los viajes por mar. De hecho, estaba leyendo *Tifón*, de Conrad, un libro que yo también había leído durante la travesía. ¿Qué me parecía Conrad?, preguntó. ¿Y Melville? ¿Qué tal había sido el

viaje? ¿Y los americanos? A buen seguro, no era la primera vez que visitaba Estados Unidos. Hablamos de las diferencias entre el modo de hablar de los ingleses y los norteamericanos. De ese formalismo que para mí encerraba el habla norteamericana y que tan peculiarmente sabía convivir con su vívido lenguaje coloquial. Una mágica mezcla de desenfado y desazón. Así veía yo, en realidad, a los norteamericanos. Hablamos de la pequeñez de Inglaterra, y de lo insólito que resultaba para mí subirme a un tren que tardaba tres días completos en llegar desde un extremo al otro del país. Él dijo que nunca lo había pensado.

—¿De verdad que allí se tarda menos de un día en cruzar el país de arriba abajo? Demonios, pues sí que debe de suponer una diferencia en el modo de entender el mundo.

Seguimos hablando del mar, y me dijo que acababa de leer *La tormenta perfecta*. Yo había visto y grabado un documental basado en el libro justo antes de abandonar Inglaterra, y prometí que se lo enviaría cuando regresara a casa (aunque se vería obligado a transferirlo al sistema de vídeo norteamericano). Él me dio su dirección y nos despedimos. Mi reserva de tren me había llevado una media hora, pero al cabo de tres semanas de conversaciones insustanciales había sostenido con un desconocido llamado Mike que trabajaba en un centro de reservas de Chicago una charla razonablemente apasionada e interesante acerca de cosas que me parecían bastante importantes. Bienvenida a Norteamérica.

Me pasé tres días soportando el calor exudante y enloquecido de Savannah y ajustándome a la vida en tierra firme. Mi hotel («El Magnolia Place Inn, situado en el corazón del barrio histórico de Savannah [...] Construido en 1878 [...] Cada habitación cuenta con su propia decoración, y todas se encuentran amuebladas con antigüedades inglesas, grabados de época y porcelanas procedentes del mundo entero [...] Tal y como nuestros clientes pueden admirar en las páginas de *Southern Living*») constituía un paradigma de la tan celebrada distinción del Sur. Era un establecimiento elegante, afectadamente embellecido y diseñado al estilo del viejo mundo en un grado que llegaba a resultar tedioso. Todas las tardes, a las cinco, se servía té de menta en el salón (en el *living*), todas las camas tenían dosel, los dueños mostraban un trato encantador pero distante, y tanto en las habitaciones como en los espacios públicos estaba prohibido fumar.

Mucho de cuanto describo en este libro se ve influido por el hecho de que yo soy fumadora. Los cigarrillos y mi deseo por fumarlos iban alimentando el rumoroso curso de mis pensamientos a medida que viajaba. Lo que hacía, las personas con quienes hablaba, las cosas que tenía que decir, todo se veía a menudo directamente relacionado con mi deseo de fumar. Algunos viajeros tienen un objetivo, un misterio que desean desentrañar, un lugar que anhelan alcanzar, una tarea mental que intentan llevar a cabo o un mundo que intentan describir, pero yo carecía de todo eso. En gran medida, eran los cigarrillos los que dictaban mis actos. En aquellos sitios en los que

la dificultad de fumar es algo tan omnipresente —en los que obedece, de hecho, a un imperativo moral—, la adicción a la nicotina y el placer de encender un cigarrillo se convertían en un sistema tan bueno como cualquier otro de hallar la relación que te une a un lugar y a sus gentes.

He fumado desde que tenía catorce años. Cuando no estaba viajando en la Circle Line estaba sentada frente a un espejo de mi dormitorio practicando mis ilícitas habilidades tabaqueras del mismo modo que me ejercitaba en adornar mis ojos con *kohl* o sombra plateada o en posar desnuda y sugerente ante mi propio reflejo en preparación de futuras situaciones en las que no me encontrara a solas. A los catorce años una joven pasa gran parte de su tiempo ante el espejo. Hay que ensayar la vida. En el internado en el que estaba —y al que regresé después de lograr que los asistentes sociales me reingresaran de nuevo— había un cuarto de calderas junto a las plantaciones de hortalizas orgánicas. En el espacio que quedaba libre frente a las siseantes máquinas podían reclinarsse contra la pared dos o tres personas para charlar tranquilamente. Era un lugar cálido en invierno y aislado en verano, y constituía el emplazamiento ideal para fumar un cigarrillo entre clase y clase o para refugiarse en aquellas ocasiones en las que el mal tiempo imposibilitaba el desplazamiento hasta un agreste campo próximo en el que era posible disfrutar sin interrupciones no sólo del tabaco sino también del sexo. Yo fumaba cigarrillos de la marca Black Russian, caracterizados por su papel de color negro y su filtro dorado, y a veces también Abdullahs, turcos y ovalados. Un paquete costaba el importe de toda mi asignación semanal, pero cuando una se veía obligada a practicar la más sofisticada de sus actividades al ignominioso abrigo de un cuarto de calderas era importante hacerlo, cuando menos, con clase. En aquella época, la «clase» era algo que yo asociaba fundamentalmente con lo negro, lo dorado, las formas ovaladas y los aromas exóticos. A veces jugaba con la idea de utilizar una boquilla, pero con ello me habría visto obligada a ocultar otro objeto más en las bragas, y decidí que aquel despliegue de *glamour* tendría que esperar. Aquel año abrieron un café en la ciudad. Ni que decir tiene que teníamos prohibido visitarlo. Servían *espresso* y *cappuccino* en tazas de cristal, algo que por entonces se antojaba extremadamente peligroso a los adultos y, de hecho, venía a anunciar la conclusión definitiva de los años cincuenta. Había también un tocadiscos de monedas en el que podías escuchar *I Can't Stop Loving You* de Ray Charles, *Crying* de Roy Orbison, *Cathy's Clown* de los Everly Brothers y *Take Five* de Dave Brubeck. Yo me sentaba allí con mis ojos pintados de *kohl*, mis vaqueros y mi jersey varias tallas más grande y me dedicaba a fumar (¿no llegué a utilizar una pequeña pipa durante un breve período?), a remover ociosamente la espuma de mi *cappuccino*, a escribir poemas en una libreta y a esperar una palabra amable del primer amor de mi vida, Tub^[3] (que no era gordo pero tenía unos dientes torcidos que me conmovían hasta el punto de dejarme sin aliento), uno de los periodistas noveles del periódico local. Él invertía la abreviatura de mi nombre y me llamaba Nej —lo que no dejaba de resultar apropiado toda vez que andaba de cabeza

por él— y me permitía, digamos, ser su novia, aunque cuidaba en todo momento de mantener una actitud ajena y distanciada. La mayor parte del tiempo era como si no me tuviera ahí, como si yo no fuera otra cosa que una sombra que revoloteaba en torno suyo o permanecía sentada en silencio mientras él debatía con sus amigos importantes cuestiones relativas a la vida y la muerte. Mi existencia se limitaba a los breves momentos de aliento con que me obsequiaba de vez en cuando. En tales ocasiones me sonreía abierta e inesperadamente o, después de levantarse sin decir palabra, se volvía al llegar a la puerta, murmuraba «¿Vienes?» y salía sin molestarse en comprobar si le seguía o no. Yo, durante la noche, podía pasarme varias horas tendida en mi cama, recordando y reviviendo la singularidad de aquel instante, de la consciencia desnuda de que en ese momento me quería a mí, a mí sola, puesto que era a mí a la única que se había dirigido. O al menos que *no* me rechazaba. Transcurrían horas durante las que paladeaba su tono de voz, la efímera calidez de su inclusión y el hecho incuestionable (si lograba pensar en ello con la suficiente intensidad como para convencerme) de que no quería marcharse sin mí, todo lo cual me compensaba de que no me hubiera hecho el menor caso durante el resto del tiempo que habíamos pasado juntos. Todo ese desdén, esa aparente ausencia de mi vida que demostraba cuando estaba en su compañía, esos interminables períodos de espera en el café que a menudo concluían (después de todo) sin que él apareciera antes de la hora en que me veía obligada a regresar al colegio, esos momentos terribles en los que no me era posible acudir siquiera al café y pensaba que él podría estar allí esperándome y pensando que le había dejado plantado... todo eso, la mayor parte de todo aquel tiempo angustioso y atormentado, se reducía a una fugaz nada en comparación con el recuerdo de sus estímulos momentáneos: «¿Vienes?». Ésos sí que eran reales; lo demás era simple reserva y resistencia, un juego de reticencias que los chicos practicaban por motivos entonces ignotos. Pero entre los instantes que más atesoraba y que luego desenvolvía en mi dormitorio bajo la oscuridad de la noche para que alentaran el fulgor de mi esperanza, ninguno era tan valioso como esas ocasiones en las que, después de extraer un cigarrillo para sí mismo de mi paquete de cinco, sacaba otro y lo encendía para luego depositarlo entre mis labios mientras Roy cantaba *Only the Lonely*.

En fin... el tabaco. Más tarde, cuando cumplí veinte años, pasé cinco meses en el pabellón psiquiátrico del ala norte del hospital de St. Pancras. Para entonces los cigarrillos ya no eran algo accesorio; eran una adicción, así como una constante fuente de problemas, toda vez que el único dinero del que disponía era la asignación de diez chelines semanales que el hospital entregaba en calidad de dinero de bolsillo a aquellos pacientes que carecíamos de otros ingresos. Ni mucho menos lo suficiente para permitirme fumar en un mundo en el que fumar constituía un modo de pasar el rato.

El Hombre Misterioso acababa de ser ingresado por la policía después de detenerle en King's Cross, errabundo y confuso. Había perdido la memoria. No sabía

cómo se llamaba, ni de dónde venía, ni nada relativo a su vida. Era como una página en blanco de cuarenta años de antigüedad. Yo, ya digo, tenía veinte, y me convertí en su primera amiga. Jugábamos al póquer y apostábamos con cigarrillos. Su incapacidad para recordar le provocaba de cuando en cuando estallidos de furia, pero en general era un hombre extraordinariamente afable que escuchaba con atención todo lo que le decías y cuyo interés en los demás equivalía para él, carente de una existencia que pudiera recordar, a todo un proceso de aprendizaje. Hablábamos mucho. Él intentaba imaginar quién podía ser, y entre los dos le concebíamos toda una diversidad de vidas. Se trataba de un juego a lo largo del cual iba aceptando o rechazando mis sugerencias según le atrajeran o no. En el fondo no se hallaba en absoluto ansioso por averiguar quién era, si bien el hecho de carecer de acceso a su pasado le impulsaba a veces a darse de cabeza contra las paredes. Considerábamos la posibilidad, la probabilidad, de que en algún lugar tuviera una esposa o, desde luego, unos familiares que le conocieran, pero la idea se le hacía intolerable: era como un estrechamiento visual que redujera la perspectiva de todo un paisaje a un único rayo de luz que tan sólo conducía adonde conducía. Parecía preferir otras versiones más fantásticas de sí mismo: era un espía, un supervillano, un detective, un príncipe perdido procedente de algún país lejano. A buen seguro aquellas historias que yo le contaba sobre sí mismo le atraían porque eran las que con toda probabilidad más se alejaban de la verdad. Al final, la policía terminó por averiguar su nombre, así como el hecho de que cuando le localizaron llevaba aproximadamente una semana desaparecido. Era un constructor procedente de cierta ciudad del Norte, estaba casado y tenía una hija de diecinueve años. Una mañana había salido de casa con el dinero del alquiler y había desaparecido. Tanto la policía como su médico pensaron que tal vez le habían atracado para robarle el dinero, o bien que se había gastado el importe del alquiler —al parecer le gustaba apostar en las carreras de caballos— y a continuación había perdido la memoria en un intento por resolver su sentimiento de culpa. John (desde el principio le habíamos llamado John, nombre que al final resultó ser verdaderamente el suyo) me contó todo aquello cuando regresó de visitar al médico. Nada tenía para él significado alguno. Aquella historia le resultaba tan ajena como todas las demás que le habíamos inventado. Su mujer y su hija tenían planeado llegar a Londres al cabo de uno o dos días, pero para él sería, a todos los efectos, como si las viera por primera vez. Parecía aterrorizado, y se le veía sudar literalmente ante la perspectiva, lo que en absoluto me extrañaba.

—Llevamos casados veinte años. ¿Qué hago yo ahora si no me gusta?

Yo me hacía perfecto cargo de la enormidad de todo ello. Resultaba mucho más estremecedor que ser un espía o un supervillano. Ser una persona corriente, un hombre casado y dotado de sus virtudes y sus defectos, un esposo, un padre, un ser ordinario que había vivido una historia íntima en compañía de otros, era algo terrible. El hecho de descubrir ese pasado de repente y de tener que reconciliarse con él no en cuarenta años sino en cuestión de días era increíblemente espeluznante. Más aún: mi

amigo John iba a resultar ser alguien, alguien que tenía una vida propia; y yo, su coinventora, la que durante un tiempo había sido la primera y más importante persona de su existencia, habría de convertirme en apenas un instante de esa vida pasajera, en parte de un episodio de olvido que él mismo querría probablemente borrar. John estaba asustado, y yo también. Me sentía tan desconectada de mi vida y tan desencajada de mi pasado como él del suyo. Éramos dos proscritos, dos seres nuevos y diáfanos. Su «Jenny» tenía apenas unas pocas semanas de edad y carecía de historia. Allí, en la seguridad que nos proporcionaba el hospital, el presente era para los dos infinitamente preferible a ninguna verdad en curso.

En un principio se negó a reencontrarse con su mujer y con su hija sin estar yo presente, pero su doctor, claro está, se lo prohibió.

—¿Y si no me gustan? —repetía él, que se sentía atormentado por un pasado invisible y a la vez amenazado por el futuro.

Cuánto deseaba yo que no le gustaran, aunque era consciente de lo espantoso de todo ello. De descubrir, pongamos por caso, que había llevado una vida de infortunio a la que debía regresar y al mismo tiempo comprender que la intensidad de esa amistad sin pasado y sin futuro que habíamos desarrollado durante las pocas semanas transcurridas en el hospital era algo insostenible. El médico le dijo que se estaba forjando castillos en el aire, que no sólo tenía un pasado sino que yo también lo tenía, y que la vida real terminaría por desengañarnos. Su intento por vivir en un presente completamente nuevo era una opción impracticable. Yo era una persona difícil y caprichosa, y le sería imposible soportarme. Él, sin embargo, se negaba a admitirlo. Ya nos apañaríamos. Teníamos una relación especial a la que no afectarían nuestras viejas heridas. De lo que se trataba era de que nunca nos habíamos hecho daño el uno al otro, y al carecer de pasado tampoco había motivo para que nos lo hiciéramos. Me dijo que si no le gustaba su familia no volvería con ellos; que encontraríamos un piso al que irnos a vivir juntos, aunque no llegamos a especificar en calidad de qué. Pero ¿y si ocurría que sí le gustaba su familia? Muy sencillo: me adoptaría y yo me trasladaría a vivir con ellos. A mí se me hacía insoportable el solo hecho de que pudiera considerar siquiera la posibilidad de que sus familiares le gustaran. Era consciente de que nuestro tiempo tocaba a su fin, y la tarde anterior a la llegada de su mujer y de su hija me refugié en mi pabellón sin salir de la cama, negándome a verle, dejándole en paz. El pasado, al menos en mi caso, había logrado darme alcance.

Cuando se marcharon vino a hablarme de ellas. La entrevista no le había ayudado a recordar nada, pero las dos le habían caído bien. La hija tenía mi edad y era una muchacha inteligente, y su mujer le había parecido atractiva y amena. Sin duda, pensaba, debía de haber sido un buen matrimonio, y no podía creer que hubiera huido voluntariamente de él. Por fuerza tenían que haberle atracado. Se habían programado nuevos encuentros, ya que tardaría aún algún tiempo en regresar a casa, pero lo cierto es que estaba despidiéndose de mí. No volvió a hablarse de la posibilidad de adoptarme y, aunque en ausencia de su nueva familia seguía pasando la mayor parte

del tiempo conmigo, podía notar cómo nos íbamos separando. Él me hablaba de lo que le habían contado acerca de su vida, como si intentara ir adaptándose a ella. Era una existencia de lo más corriente, pero resultaba obvio que había estado llena de afecto, y cada vez parecía agradecerle más y más la idea de regresar a ella.

—¿Pero por qué huiste? —le pregunté.

Él sacudió la cabeza.

—No; estoy seguro de que no huí. Debieron de golpearme.

Me resigné a devolverle a su antigua vida, pero seguimos fumando y jugando al póquer juntos hasta el día en que su mujer se presentó con una maleta para llevarle de regreso a casa. John me la presentó. Parecía muy simpática.

El tabaco es un amor que nunca se ha torcido y que nunca ha atendido a razones. Confío en los cigarrillos. Treinta y siete años después de la primera vez que ensayé mi modo de fumar frente al espejo del dormitorio me hallaba sentada en la terraza del hotel, frente a un exuberante jardín de Savannah, escuchando los sonidos de la noche sudorosa y ya avanzada mientras fumaba y aguardaba la llegada del sábado, que traería consigo la reanudación de mi viaje. A la mañana siguiente me desperté, me lavé y salí de mi elegante dormitorio para desayunar en el porche delantero, lo que me permitiría fumar mientras tomaba café y observaba a los deportistas que hacían *jogging* aislados tras sus auriculares, solos pero conectados con el resto del mundo mediante el teléfono móvil, algunos con perros, otros empujando el cochecito del niño, y otros escoltados por sus parejas o por acompañantes que los animaban a seguir; los había jóvenes, viejos, gordos, flacos, negros y blancos, pero todos corrían, unos sofocados y otros sin aparente esfuerzo, dando vueltas y más vueltas al parque Forsthye, que se extendía al otro lado de la carretera. Yo, caminando con lentitud porque cada paso era un esfuerzo bajo aquel calor saturante, fui atravesando plazas elegantemente ajardinadas, rodeadas de mansiones de estilo gótico y bordeadas por robles chorreantes de líquenes en dirección a la librería Shriner. Quería comprar algo de Faulkner para leer en el restaurante Clary's —«zona de fumadores, por favor»— durante mis almuerzos a base de gazpacho o de emparedados de carne de vaca, tras los cuales solía pasear hasta el río o nuevamente por las plazas, pero siempre muy despacio y sin alejarme demasiado. Observaba a la gente, aprendía el nombre de los lugares, examinaba las nobles placas que adornaban los viejos caserones y que proclamaban como motivo de orgullo no el nombre de sus habitantes sino su fecha de construcción, me detenía en algún café (prohibido fumar) para tomar una taza de té de menta y me sentaba en los bancos desocupados de las plazas para encender un cigarrillo mientras leía o contemplaba a las ardillas que infestaban la ciudad. En uno de los bancos puede leerse que ése es lugar preciso que ocupaba Tom Hanks en la película *Forrest Gump*, aunque el auténtico ha sido devuelto a Hollywood por los estudios. Con todo, los turistas acuden para contemplar y fotografiar el sustituto. Y aunque se trata de un banco falso, se encuentra en el lugar adecuado. De regreso al hotel, solía ducharme y a continuación volvía a sacar mi taza de té del salón al porche

principal para fumar y observar a los corredores vespertinos mientras llevaban a cabo los circuitos programados en torno a aquel sofocante parque cuyo principal propósito cívico parecía no ser otro que el kilómetro y medio de su perímetro. Luego volvía a la terraza posterior del primer piso para contemplar la luz, cada vez más mortecina, y el creciente fulgor de mi cigarrillo cada vez que lo aspiraba en la oscuridad. Un día, dos, tres... de paz absoluta. Sola por completo en aquella ciudad extraña, pero en ningún momento solitaria. Nunca solitaria mientras sostuviera un cigarrillo en la mano.

Y cuando pensaba en algo era tan sólo para preguntarme, con una lasitud derivada del calor, qué estaba haciendo en aquella remota población sureña, qué estaba esperando en aquella pausa entre una travesía marítima y un viaje por tren, ninguno de los cuales obedecía a otro motivo que al deseo teórico de desplazarme a través de espacios formidables e inmensos.

En la estación de Savannah un tipo larguirucho se situó detrás de mí en la cola de pasajeros que aguardábamos a que el revisor recogiera nuestros billetes para subir al tren.

—¿Conoce usted Jacksonville? —me preguntó nervioso tras acomodarnos en los asientos designados. Mi billete le había revelado que pensaba transbordar al *Sunset Limited* al llegar a esa ciudad—. Tendremos que esperar diez horas. ¿Qué piensa hacer durante todo ese tiempo?

—Esperar. Algo habrá que se pueda hacer en Jacksonville.

No pareció muy convencido. Se llamaba Troy, y al igual que yo iba a realizar aquellas dos horas de viaje para enlazar en Jacksonville con el *Sunset Limited*, que le llevaría a Sanderson, Texas, desde donde aún le quedarían seis horas por carretera hasta la pequeña población en la que vivía y trabajaba como maestro. Había decidido pasar un largo fin de semana en Savannah después de leer *Medianoche en el jardín del bien y del mal*, un relato de amores homosexuales y de muerte en la amanerada sociedad del Sur. Era la primera vez que pasaba un fin de semana solo lejos de casa, y para él representaba una auténtica aventura, una ruptura y un reconocimiento (por más que no lo confesara de modo tan explícito) de su propia sexualidad. Se había dedicado a pasear por la ciudad vieja, y había pasado varias horas sentado en Madison Square, contemplando la casa en la que tenía lugar el drama de la novela. Había llegado al extremo de llamar a la puerta, pero nadie salió a abrirle. Había recorrido los bares de ambiente, y quién sabe si no habría establecido contacto con otros gays, aunque por algún motivo se me hacía improbable. Tenía la sensación de que por el momento le bastaba con el hecho de haber sido capaz de visitar en solitario aquella ciudad de pecado. Troy andaba mediando la veintena y, según dijo, tenía intención de regresar a Savannah ahora que sabía que era capaz de hacer algo así. La ciudad en la que vivía era la misma en la que se había criado. Su padre, ya viudo y jubilado, había sido maestro en la misma escuela primaria en la que él enseñaba ahora, y aún vivía allí. Troy había tenido que hacer un considerable esfuerzo para

salir de su hogar, y él era el primer sorprendido de sí mismo. Así y todo, se mostraba alarmado ante la perspectiva de pasar diez horas solo en Jacksonville.

—Bueno, ya encontraremos algo que hacer —dije para reconfortarle, lo que medio equivalía a la promesa de permanecer junto a él.

—Dicen que es una ciudad peligrosa.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros con gesto incómodo y desazonado.

—Bueno, ya sabe...

La estación de Jacksonville eran cuatro paredes destinadas a ese único uso específico: contaba con unos cuantos asientos, una máquina de Coca-Cola y poco más, salvo un jefe de estación que, con cierto orgullo, nos hizo saber que por allí cerca no había ninguna otra cosa. La estación estaba a varios kilómetros de distancia de la ciudad. ¿Qué hacían, pues, los viajeros que se encontraban con diez horas por delante? Él se encogió de hombros. Estaba el Jacksonville Landing, un complejo de tiendas situado junto al río al que podía llegarse en un autobús que pasaba cada cuarto de hora. La respuesta a qué podía hacerse en Jacksonville durante las diez horas que el *Sunset Limited* tardaría aún en ascender traqueteando desde Orlando hasta donde nos encontrábamos era, pues, un centro comercial.

—Esperadme, que voy con vosotros —oímos que decía a nuestra espalda una mujer de voz ronca y gangosa.

Bet pisó lo que quedaba de su cigarrillo con la punta de una de sus botas vaqueras de color negro y se dispuso a esperar con nosotros en la parada del autobús. Acabábamos de ser adoptados por una dama menuda de aspecto esbelto y delicado que tendría sesenta y pocos años e iba pulcramente ataviada con unos tejanos ajustados, una camisa blanca de popelín anudada al cuello con un cordón negro y una elegante chaqueta negra. Su rostro, surcado de arrugas y levemente ajado, poseía sin embargo una serena belleza subrayada por dos grandes ojos azules nítidamente perfilados con kohl y adornados por puntiagudas pestañas retocadas de rímel. Sus delgados labios estaban pintados de rosa y lucía colorete en las mejillas, y sus cabellos, rizados y rojizos pero teñidos de castaño claro, aparecían recogidos en una pequeña coleta anudada a la altura de la nuca. Caminaba contoneándose, lo que prestaba a su porte un ademán conscientemente masculino que contrastaba con la fragilidad de su aspecto físico.

Los tres nos sentamos en el autobús junto con otras tres o cuatro personas que se dirigían a la ciudad, y el vehículo, que durante el trayecto al centro de Jacksonville debía atravesar lo que obviamente eran los suburbios negros de la población, se detuvo varias veces para recoger a otros pasajeros. Para cuando ya nos aproximábamos al centro comercial, éramos los únicos pasajeros blancos de un autobús que viajaba casi lleno. Yo reparé en ello vagamente, pero no se me hacía más extraño de lo que habría sido atravesar el barrio londinense de Brixton. Troy y Bet, sin embargo, habían enmudecido, y me era posible percibir su tensión. Nuestros

compañeros de viaje formaban el habitual abanico de pasajeros: había entre ellos ancianos, gente de mediana edad, jóvenes, obreros y adolescentes bulliciosos. Componíamos, en fin, la habitual mezcolanza urbana, con nosotros como únicos turistas. Cuando llegamos al Landing, Bet dejó escapar un profundo suspiro de alivio, y Troy asintió y exclamó: «Bueno». Su frente aparecía perlada de sudor, y no sólo por la temperatura reinante.

—Dios mío —dijo Bet, dejando escapar el aliento contenido.

También ella sudaba.

—¿Qué? —inquirí.

—Qué miedo he pasado.

—¿Por qué?

—No me siento a gusto en semejante inferioridad numérica. Y menos en una ciudad que no es la mía.

—Yo tampoco —dijo Troy.

—¿Pero de qué teníais tanto miedo? ¿Qué inferioridad numérica? —insistí yo mientras nos encaminábamos a la entrada del centro.

—Éramos los únicos blancos del autobús. Estamos en una ciudad negra, y la gente como nosotros... blancos y turistas... es peligroso —dijo Bet en voz baja.

Que yo recordara ninguno de los pasajeros del autobús nos había prestado la más mínima atención, pero la amenaza no provenía de la actitud de la gente: lo que tan profundamente desasosegaba a Bet y a Troy era la idea de ser un forastero y formar parte de una minoría blanca. La negritud era peligrosa. Nuestro aspecto no era mucho más próspero que el de la mayor parte de los viajeros del autobús, por lo que cualquier riesgo proveniente de la mayoría negra tenía que proceder de nuestra blancura y de su odio. Se trataba de un miedo histórico. E histórico. Ninguno de ellos vivía en el corazón de una ciudad. Troy procedía de una pequeña población tejana, y Bet vivía sin salir de la periferia suburbana de Albuquerque. En su América, un autobús lleno de negros no pasaba de ser un rumor, una historia que habían oído contar acerca de otra América en la que ellos no vivían y se alegraban de no vivir. La pesadilla de Jacksonville era un mal sueño hecho realidad. A todos los efectos podíamos haber estado viajando en un autobús lleno de extraterrestres, de tragos vengativos o de algunas de esas criaturas de las películas que encarnan nuestro temor a vernos desbordados por lo ajeno: hasta tal punto era para ellos extrañamente peligrosa, peligrosamente extraña, aquella situación. Y puede que también fuera el hecho de tratarse de una urbe, tanto como su proporción racial, lo que atemorizaba a mis compañeros. Ninguno de los dos había visitado nunca Nueva York, y ninguno de los dos habría considerado siquiera la posibilidad de hacerlo. Norteamérica podrá aparecer vasta sobre el mapa, pero para muchas personas es tan reducida como los límites de su población local, más allá de la cual se extiende un territorio ignoto habitado por monstruos. Tan pronto como abandonamos las calles y penetramos en las galerías del centro comercial, con su aire acondicionado y sus guardias de

seguridad, Bet y Troy se tranquilizaron. Los comercios, los restaurantes y el ambiente respondían a parámetros familiares o a versiones próximas a lo familiar y aparecían poblados en proporción mucho mayor por personas de piel blanca. Así y todo, fuera seguía acechando el peligro.

—Tenemos que asegurarnos de tomar el autobús de regreso antes de que anochezca. Si nos separamos nos reuniremos de nuevo a las cinco en la puerta de entrada, ¿de acuerdo? —dijo Bet a Troy, el cual, encantado de hallarse bajo la protección de tan resuelta amazona, asintió vigorosamente y consultó su reloj.

—Necesito una cerveza —anunció Bet.

Fuera, junto al río, había una rotonda adoquinada en la que uno podía escoger entre media docena de establecimientos para comer mientras disfrutaba del rumor de la fuente que adornaba su centro. Escogimos el que nos pareció menos saturado y buscamos una mesa para fumadores. Troy no fumaba, pero se plegó de buen grado a las necesidades de sus dos compañeras más veteranas. Bet apuró una botella de cerveza en un abrir y cerrar de ojos y pidió otra. Yo, más concentrada en el placer de la nicotina, iba bebiendo la mía a pequeños sorbos. Troy pidió un plato de pollo frito con patatas al estilo del Sur y lo atacó con apetito.

—Decidme, pues: ¿adónde vais? —preguntó Bet.

Troy, los ojos desmesuradamente abiertos ante su propia proeza, volvió a contar su historia. Bet pareció igual de admirada.

—¡Bien hecho!

Yo les expliqué que era de Londres, que acababa de desembarcar de un carguero y que me apetecía atravesar el continente sin prisas en dirección a Phoenix, adonde me dirigía para visitar a unos amigos.

Troy me miraba estupefacto.

—¿Tú sola?

Había conseguido llegar hasta Savannah, pero no era capaz de imaginar siquiera la posibilidad de atravesar todo un océano y trasladarse a otro continente en compañía de desconocidos. Al oírle, recordé aquellas mismas palabras. —«¿Tú sola?»— pronunciadas con un tono de voz muy similar al de Troy por mis sofisticados amigos de Londres y por primera vez me pregunté si lo que estaba haciendo no sería realmente un poco inusitado.

Les conté que estaba escribiendo acerca del viaje para un periódico británico y que me gustaba viajar en solitario. Troy, aún incrédulo, sacudió la cabeza, pero Bet se mostró del todo entusiasta:

—Yo soy una fanática de los trenes. Viajo en ellos siempre que puedo y luego escribo artículos para los periódicos locales.

Nos sentimos vinculadas. Tanto su padre como su madre eran hijos de inmigrantes irlandeses, y ella había trabajado durante veinticinco años en el departamento de personal de unas oficinas gubernamentales de Albuquerque. Ahora tanto ella como su marido estaban jubilados y vivían de una pequeña pensión en la

misma casa que habían comprado unos treinta años atrás. Antes de eso él había estado en el Ejército, y ella, en su calidad de mujer de militar, le había acompañado por todo el mundo, aunque sin salir de la América de las bases.

—¿Qué tal fue la travesía? —preguntó Bet.

Yo les hablé de mi intención inicial y de cómo me había puesto en marcha con la idea de escribir respecto a las tres semanas de travesía atlántica carentes por completo de acontecimientos para luego descubrir que la tragedia nos persigue allá donde vayamos.

Bet asintió con gesto sombrío y aspiró una profunda bocanada de humo de su cigarrillo.

¿Estaba ella también escribiendo sobre su viaje en tren?, quise saber.

—No, ésta es otra clase de viaje. Tuve que ir a Carolina del Sur para asistir a un funeral y decidí regresar en tren para tener tiempo de recuperarme —dijo, y sus labios adquirieron una expresión endurecida a medida que hablaba—. Supongo que lo que me ha ocurrido es precisamente uno de los motivos por los que tanto me ha afectado este último trayecto en autobús.

Bet tenía un hermano que vivía en una pequeña población de Carolina del Sur. De joven había pensado en hacerse monje, pero según Bet aquello no habría funcionado. Le gustaban demasiado las chicas y, quién sabe si precisamente por ello o a pesar de ello, nunca se había casado. Le faltaba poco para cumplir los sesenta, era el propietario de la ferretería de la localidad y vivía solo.

—Bebía un poco —dijo Bet—, pero no se metía con nadie y atendía bien su negocio.

Su descripción me hizo evocar a un hombre avejentado y solitario. Una noche —hacía de ello una semana más o menos— cerró su tienda, se tomó una copa en el bar y caminaba ya de regreso a casa cuando tres chavales jóvenes le dispararon varios tiros por la espalda.

—Tres *negros* —dijo Bet con un susurro dramático tras lanzar una ojeada a las mesas que había a nuestro alrededor—. El más joven tenía trece años, y cuando la policía les detuvo dijeron que no tenían nada especial contra él, que tan sólo querían saber qué se sentía al matar a alguien. Ni siquiera le conocían. Para ellos no era nadie. Querían matar a alguien y resultó ser mi hermano. Asesinaron a un perfecto desconocido para divertirse. Mi hermano. Tampoco estábamos tan unidos, pero era mi hermano pequeño, y le he enterrado anteayer. Si supieras la ira que despierta en mí... ¿En qué se han convertido los críos hoy en día? ¿Qué demonios está pasando en este país?

La pesadilla de Norteamérica, aun distante todavía, se hallaba más próxima a Bet de lo que había imaginado. Troy la contemplaba horrorizado.

—Dios mío, uno lee que pasan esta clase de cosas, pero... —la casa de *Medianoche en el jardín del bien y del mal*, que con tanta fascinación había contemplado, era lo más que había llegado a aproximarse a la pesadilla, y ahora se

encontraba allí, prácticamente en el centro de una tragedia que podía alargar la mano y tocar, que no era tan sólo una historia ambientada en el pasado—. Oh, Dios mío...

Había empalidecido literalmente ante la idea de su proximidad a la tragedia. Bet se encogió de hombros, apuró lo que le quedaba de cerveza y encendió otro cigarrillo con mano temblorosa.

—Quiero olvidarlo. Pero ese trayecto en autobús... me lo ha traído de vuelta...

No me pareció apropiado observar que tres asesinos de una pequeña población de Carolina del Sur no tenían nada que ver con un autobús lleno de ciudadanos de Jacksonville ocupados en sus propios asuntos. Ni siquiera se me antojaba decente.

—Voy a echar una ojeada por las tiendas —dijo Troy.

—¿Te apetece ir de compras? —me preguntó Bet.

—No especialmente.

Permanecimos allí sentadas mientras Troy se internaba de nuevo en el centro.

—¿Te parece que es... ya sabes?

—¿Gay? Desde luego. Y viene de un lugar en el que no debe de ser precisamente fácil serlo.

—Cielo santo, esos pueblos pequeños. Apuesto a que su padre no lo sabe. Ésta debe de ser la primera vez que se muestra abierto al respecto incluso ante sí mismo. Personalmente, no tengo nada contra ellos siempre y cuando se comporten con discreción. En fin, me alegro de que se haya decidido a salir. Ha debido de representar un verdadero esfuerzo para el pobre chico. Se le ve tan asustado...

Troy regresó para informarnos sobre las tiendas. No había gran cosa, pero había estado conversando con un tipo en el quiosco de los helados y al parecer los acontecimientos se precipitaban. Le apetecía regresar y charlar un poco más, y consultó el reloj con ademán nervioso.

—¿No os marcharéis sin mí antes de lo previsto, verdad?

—Desde luego que no.

—Iríamos a cogerte por los pelos, chato.

Él sonrió de oreja a oreja y retornó al centro.

—Ah —dijo Bet con tono arrullador—. Me siento como si fuera su madre y le viera partir a su primera cita.

Aún nos quedaban varias horas. Había que matar el tiempo, y descendimos paseando hasta la orilla del río.

—¿Cómo se llama el río? —pregunté.

—Es el Jacksonville —repuso ella, y observamos las embarcaciones que remontaban la corriente o descendían por ella.

Era un río bien transitado y bordeado en ambas márgenes por nuevas construcciones, y sus aguas, sosegadas y anchurosas, mostraban un extraño y herrumbroso color rojizo.

—¿Por qué no damos un paseo en barco? —sugerí.

Había un pequeño transbordador que iba y venía, apenas un barquichuelo dotado

de un toldo contra el sol y flanqueado por sendos bancos en los que podían acomodarse unas doce personas. Acabábamos de abandonar el aire acondicionado del establecimiento, y el calor resultaba extenuante.

—Estaremos más frescas.

Permanecemos un par de horas en el transbordador, yendo y viniendo de una orilla a otra y pagando cada vez los dos dólares de la tarifa. De vez en cuando nos apeábamos para que Bet se comprara otra cerveza.

—¿No bebes alcohol? —me preguntó al ver que pedía una Coca-Cola baja en calorías.

—No mucho —respondí con tono de disculpa.

—Ya, pues yo sí. Bebo mucho.

Pasamos en el río una tarde maravillosa, yendo y viniendo sin rumbo y disfrutando de la brisa fluvial, y nos felicitamos mutuamente por haber descubierto el modo ideal de ocupar el tiempo que había de durar nuestra escala.

—¿Cómo se llama el río? —quise comprobar con el capitán del barco durante uno de los trayectos.

—Es el St. John's.

—¿El *Jacksonville*, decías tú? —inquirí, volviéndome hacia Bet.

—Y qué diablos sé yo cómo se llama el condenado río. No quería dejarte sin respuesta.

Tampoco hablamos gran cosa, pero nos reíamos de todo como colegialas. Bet iba a tomar el *Sunset Limited* hasta El Paso.

—Mi héroe va a venir a recogerme con el coche para llevarme a casa. No hay enlace con Albuquerque.

—¿Tu héroe?

—Mi marido, Jim. Le llamo así porque es mi héroe.

A mí me pareció estupendo.

—¿No te ha acompañado al funeral?

—Tenía que quedarse en casa con Mikey.

—¿Mikey?

—Nuestro hijo pequeño. No puede quedarse solo. Padece una lesión cerebral.

Mikey estaba en las postrimerías de la veintena y acababa de aprobar las oposiciones al cuerpo de Policía cuando sufrió un accidente de tráfico que le dejó en coma durante ocho semanas y le produjo unas secuelas que le hacían depender por completo de Bet y de su héroe cuando ambos estaban ya a punto de jubilarse.

—Es un encanto. Tiene la edad mental de un crío. Se olvida de todo de un día para otro. Qué demonios, de un momento a otro. Hay que estar pendiente de él todo el tiempo. Siempre está intentando hacer cosas que le resulta imposible realizar, y entonces se enfada porque recuerda que no es capaz de llevar a cabo tareas que antes sí podía hacer. Pero es muy cariñoso. Y muy divertido. Es un humorista en toda regla. Da gusto vivir con él. El resto de nuestros hijos ya están crecidos y tienen sus propias

familias, pero nosotros seguimos teniendo a nuestro bebé.

Tan sólo sus palabras resultaban sentimentales. Bet hablaba con tono duro ante la realidad de lo que era una tragedia permanente. Vivía con Mikey sin cuestionarse cómo estaba, y admiré su fortaleza, si bien me pregunté hasta qué punto ésta se encontraba arraigada.

Cuando regresamos a la estación de Jacksonville aún nos quedaban varias horas por delante. Bet y yo salimos al andén y nos acomodamos en un banco a cielo abierto para fumar. A nuestro lado se sentaba una joven negra de veintitantos años que hablaba con una voz tan estentórea que su sonido era como un puñetazo en el plexo solar. No había otro lugar en el que sentarse, y al principio me pareció percibir físicamente el desasosiego de Bet, que parecía mantenerse en guardia ante la aparatosidad de nuestra vecina. La mujer se había arrellanado perezosamente en el asiento con sus gruesos muslos separados para mayor comodidad mientras vigilaba las idas y venidas de sus dos críos, un niño de seis años y una niña de tres o cuatro que se entretenían en entrar y salir corriendo del recinto de la estación. Cada vez que el tiempo que se hallaban fuera de su vista rebasaba los límites de sus cálculos internos, la madre gritaba sus nombres, y los niños, a pesar de hallarse en el extremo opuesto de la estación y separados por una pared de vidrio y por una puerta cerrada, regresaban a la carrera. La mujer no se volvía en ningún momento a mirarlos: parecía tan sintonizada con ellos que sabía exactamente cuándo reclamar su presencia antes de que acabaran con la paciencia de la gente. Los pequeños, entonces, retornaban contentos y veloces junto a su madre y permanecían un rato junto a sus rodillas mientras ella los acicalaba, los peinaba y limpiaba sus labios al mismo tiempo, previniéndoles de que no debían ensuciarse. Luego, reconfortados al igual que su madre, salían corriendo de nuevo.

—Y nada de molestar a la gente, ¿me oís?

Los niños lucían prendas de diseño elegante y formal, mientras que ella vestía un voluminoso chándal rojo y unas deportivas que parecían machacadas por el peso que habían de soportar. Sus dos hijos se mostraban obedientes, pero en ningún momento asustados ni intimidados por la voz tonante y la monumental presencia de la madre.

Bet se relajó, y tanto ella como Troy y yo entretuvimos nuestra espera observando las maniobras de la familia.

—Qué buenos son sus niños —dijo Bet a la mujer.

—Más les vale —tronó la madre con fingida fiereza— si no quieren vérselas conmigo.

Pero tanto el orgullo que mostró ante el cumplido como su sonrisa sugerían que rara vez era el caso, y que fuera cual fuese el castigo que recibían en tales ocasiones, no era nada comparado con el afecto que recibían. Para entonces Bet parecía sentirse completamente cómoda con aquella mujer que a pesar de su color, su juventud, su estridencia, su tamaño y su aspecto, a primera vista peculiar y potencialmente peligroso, demostraba a sus ojos una adecuada comprensión del control social y del

correcto comportamiento público en el trato con sus hijos. Aquellos niños nunca se convertirían en caprichosos asesinos movidos por la falta de afecto y de moralidad. Nos presentamos. La mujer se llamaba Gail, venía de la casa de Virginia Beach en la que vivía con su marido y se dirigía a Los Ángeles para visitar a una amiga suya. Había tenido que soportar las mismas diez horas de espera que nosotros, pero la labor de mantener entretenidos a dos niños pequeños la había dejado exhausta. Habían pasado la tarde en el cine y luego habían estado mirando escaparates y comprando provisiones y bebidas para los tres días que duraría el viaje en tren. Había regresado a la estación una hora antes que nosotros con la esperanza de que los críos, agotados, cayeran vencidos por el sueño. Ella misma se habría quedado dormida en un abrir y cerrar de ojos, pero a los pequeños aún les quedaba energía suficiente para varias horas. Al igual que Troy, tenían billetes de butaca, lo que suponía pasar tres noches acomodados en asientos reclinables que podrían considerarse cómodos en un avión comercial pero que no dejaban de obligar a sus ocupantes a viajar sentados. Bet y yo ocupábamos compartimentos de coche cama. Viajar en tren resulta bastante barato salvo que uno quiera una cama y un espacio propio para pasar la noche. En tal caso el precio se incrementa considerablemente y rebasa con mucho los medios de una familia trabajadora con mejores cosas en las que gastarse el dinero antes que el lujo de un compartimento privado. Personalmente, había pasado un día muy agradable en Jacksonville en compañía de mis nuevos amigos gracias a la certeza de que cuando llegara el tren contaría con una cama y una puerta que cerrar a mis espaldas. Así y todo, estaba encantada por cómo se había desarrollado mi escala. Bet y Troy eran dos personas a las que jamás habría conocido viajando de otra manera o alojándome en un hotel, ni tampoco pasando una temporada en casa de algún amigo. Me intrigaban las contradicciones de Bet, así como su conducta, y me sentía conmovida ante Troy y sus solitarios esfuerzos por ser quien era.

Un tren atravesó al estación sin detenerse. Ya desde la distancia hizo sonar el silbato para disuadir a cualquiera de aproximarse a las vías, situadas al mismo nivel que el andén, y a continuación pasó frente a nosotros como un tornado. Troy lo vio llegar y partir sin apartar la mirada de él.

—De niños solíamos frecuentar la estación y mis amigos ponían monedas en la vía antes de que pasara el tren. Las aplastaba como si fueran tortitas. ¿Vosotras nunca lo habéis hecho?

Yo, al menos, no. Los trenes nunca me habían sido tan accesibles en el centro de Londres, y las vías por las que pasaban siempre estaban hundidas. Aquello era una tradición exclusivamente norteamericana.

—Yo nunca conseguí hacerlo —dijo Troy—. Siempre me asustaba en el último momento.

—Bueno, aún tiene que pasar otro tren antes que el nuestro —dije yo—. Hazlo ahora.

Troy sacudió la cabeza con expresión alarmada.

—Olvídalo, estaba de broma —dije.

Él guardó silencio. Los altavoces anunciaron la inminente llegada del siguiente tren, que aminoraría la marcha pero tampoco se detendría, por lo que no debíamos aproximarnos a los raíles. Gail nos contó que aquella mañana había perdido el tren porque su marido no oyó el despertador, por lo que le había obligado a llevarlos en coche a toda velocidad hasta la siguiente estación a tiempo para alcanzarlo.

—Si no, os aseguro que él sí que habría perdido *algo*. Pero estaba muerto de miedo, así que lo conseguimos —vociferó, riéndose con unas carcajadas que sacudieron todo su cuerpo e hicieron trepidar el banco bajo la tenue luz del crepúsculo.

Estaba ya bastante oscuro, y Troy se incorporó de improviso y avanzó unos pasos, pero se detuvo de repente.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Bet.

Hasta entonces siempre nos había informado de sus intenciones cada vez que iba al cuarto de baño o a comprar algo de beber. Esta vez, sin embargo, no respondió. Permaneció donde estaba, de espaldas a nosotras, hasta que oímos el silbato del tren en la distancia. El sonido pareció impulsar a Troy a tomar una decisión y siguió caminando hasta las vías sin mirar atrás.

—Dios mío, ¿qué va a hacer? —pregunté, alarmada por la resuelta firmeza de sus zancadas.

El tren, que se encontraba ya mucho más cerca, hizo sonar nuevamente su silbato, y Troy se introdujo una mano en el bolsillo.

—¿Sabes lo que va a hacer? Aplastar una moneda... —dijo Bet con un hálito de voz.

Las tres nos quedamos mirándole con muda admiración mientras él se inclinaba y depositaba algo directamente sobre la vía más próxima, tras lo cual retrocedió justo en el momento en que llegaba el tren. Luego, mientras la locomotora aminoraba el paso, se volvió a mirarnos con una expresión de absoluta satisfacción en el rostro. Bet, Gail y yo prorrumpimos en vítores, aclamaciones y aplausos ante su proeza, y el resto de las personas que ocupaban el andén e incluso el vestíbulo de la estación nos miraron, sobresaltadas por tanto alboroto. Cuando por fin hubo pasado el tren Troy recogió su moneda de la vía y la sostuvo en alto a medida que regresaba al banco. Al llegar junto a nosotros me la enseñó. Se había convertido en un óvalo alargado en el que podían apreciarse marcas distorsionadas, y las ruedas del tren la habían pulimentado hasta el punto de que brillaba como si fuera nueva. Su cuerpo se había tornado delgado como una hoja, y al verla me sentí orgullosa de Troy.

—Estupendo. Bien hecho.

—¿A que es magnífico?

—Ya lo creo. Lo conseguiste.

Su semblante dibujó una amplia sonrisa.

—Uf, estaba verdaderamente asustado. Era como volver a ser un niño: tenía el

corazón desbocado mientras me acercaba a las vías. Pero esta vez estaba decidido a hacerlo. Me ha servido para conmemorar mi fin de semana. Toma —añadió, sosteniendo la moneda en la palma de la mano y alargándomela—. Es para ti.

—Oh, debes conservarla de recuerdo.

—No, quiero que la guardes tú como testimonio del día que pasaste en Jacksonville con Bet y conmigo.

Me estaba dejando seducir. Era como si Norteamérica se tumbara de espaldas y agitara las patas en el aire ofreciéndome su suave vientre para que se lo acariciara. Y yo, claro está, a pesar de mi rechazo a tan vergonzosas maniobras, me dejaba embaucar por sus encantos como lo habría hecho ante un gatito callejero por más resuelta que me hallara a resistir la tentación de adoptarlo. Hoy, la moneda de Jacksonville descansa orgullosamente sobre el tablón de corcho de mi estudio a modo de monumento en honor de lo que una persona es capaz de hacer llegado su momento, a la vez que recordatorio de que de vez en cuando, y en las circunstancias adecuadas, la gente llega realmente a gustarme.

Pero más vale que confiese y que admita que la circunstancia adecuada, la circunstancia esencial, es el desconocimiento. El desconocimiento, diría yo, es lo único que necesito para ver con claridad a las personas y dejarme seducir por ellas. En conjunto, habría preferido ser Jane Goodall. Bueno, no exactamente Jane Goodall, pero sí una versión a lo Jane Goodall de mí misma que hubiera pasado su vida en una selva, observando a los chimpancés y relacionándose con ellos. En lugar de eso me convertí en escritora, lo que tampoco es muy distinto, con la diferencia de que tienes que imaginarte la selva y los chimpancés y de que te ves obligada a soportar muchas menos incomodidades. En cierta ocasión dije algo parecido durante una cena y me llevé una reprimenda de una mujer que a continuación manifestó su sospecha de que esa clase de personas prefieren los animales a los seres humanos. Le respondí que yo misma podía confirmar sus sospechas, ya que desde luego en mi caso eran ciertas. Sin duda, de tener que elegir entre una familia humana y un grupo de chimpancés, escogería a estos últimos. Ella mostró un gesto de desaprobación que yo comprendí perfectamente: de hecho, también yo me desapruero a mí misma, pero se trata de un hecho que no veo manera de evitar.

Hasta ahora apenas me había referido a mi afición por los animales. Tengo tres gatos que he ido acumulando más o menos a regañadientes como resultado de los ruegos de mi hija, y no porque haya pretendido sentar con ello las bases de ningún zoológico doméstico. Yo intento mantener bajo control mis impulsos más cuestionables, pero ahora mi hija se ha marchado de casa y los gatos han pasado a ser aparentemente míos, ya que según ella fui yo la que desde el principio se empeñó en tenerlos. Quién sabe si no tiene razón.

A veces, cuando tengo a uno de ellos sentado en el regazo, experimento una de esas extrañas vivencias en las que percibes que existes por completo en el momento

presente y captas la realidad del instante con una claridad cegadora y con la sensación de formar parte de algo extraordinario. En tales casos, me siento maravillada de que una criatura de otra especie completamente distinta de la mía haya decidido honrarme con su presencia y su confianza sentándose en mis piernas y permitiéndome que la acaricie. Es algo notable. Mis manos alisan el pelaje del felino y al hacerlo perciben sus músculos bajo la piel flácida y dibujan la estructura de su esqueleto. Mis dedos recorren su espina dorsal, sus omóplatos y su cráneo, y el gato responde ronroneando ante el placer del contacto físico y estimula el movimiento exploratorio de mis manos restregando contra ellas la cabeza y el cuerpo o haciendo girar el rostro a uno u otro lado para reforzar las caricias que desea recibir aquí o allá. Se trata de una escena del todo cotidiana, pero a veces me deja sin aliento el hecho de que otro ser viviente me haya admitido en su vida.

En esos momentos me sorprendo de mi propia sorpresa. No es que *deje* de resultarme maravilloso y extraordinario el hecho de que un gato decida hacerme compañía, sino que se me ocurre que la misma estupefacción podría producirme el contacto con otros seres humanos que optaran por entrar en contacto conmigo a través del abismo que separa nuestras conciencias individuales. Desde un punto de vista racional soy consciente de que tanto los gatos como las personas poseen una necesidad innata de establecer contacto con otros seres, pero no por ello me resulta menos extraordinario dicho contacto. Así y todo, siempre fracaso cuando intento trasladar ese estado de consciencia a la relación con mi propia especie. No logro aplicar esa milagrosa sensación a las personas, y lo atribuyo a un defecto personal similar tal vez al hecho de ser daltónico o de padecer una deficiencia espacial propia que me impidiera transferir la información bidimensional de los mapas a su representación geográfica. Lo que más experimento junto a otras personas es el alejamiento que me aparta de ellas, la distancia de esa singular separación mutua que las palabras o el tacto nunca logran salvar. A diferencia de los gatos, las personas estorban mi aprehensión de la realidad, enturbian las posibilidades de conocerme a mí misma y confunden mi autopercepción, siempre centrada en torno a la noción de que la soledad es un estado de perfección y de la simplicidad de anhelar el objetivo de estar sola. Por supuesto que nunca me he encontrado completamente sola. Siempre he tenido, y aún tengo, personas en mi vida, personas a las que amo y cuya compañía disfruto. Pero las personas complican las cosas: depositan su vaso de cerveza en la mesa y alteran mi panorama del horizonte al incluirse a sí mismas en el paisaje. Un gato podría cruzar la mesa con total impunidad, pero un amante que coloca su vaso frente a mí en una taberna playera está proclamando su presencia en mi vida y quebrando con ello mi ininterrumpida perspectiva de una nada perfecta.

Mi problema, si es que así debo denominarlo —que es lo más probable— consiste en que nunca me siento solitaria cuando estoy sola pero sí, a menudo, distanciada cuando estoy en compañía. Sola puedo llegar a experimentar toda clase de incomodidades, pero rara vez una incomodidad que pudiera mitigarse mediante la

compañía de otros. La incomodidad llega cuando me encuentro con otras personas, y en tales casos el impulso por remediar la situación se vuelve arrollador. La solución mejor y más eficaz que conozco para tales casos consiste en volver a quedarme sola. El problema es que estar sola no es un problema. La idea de que la persona —él o ella— que está conmigo crea conocerme despierta en mí un irritable estado de ansiedad en torno a qué creen saber o a quién creen conocer, y en tales casos mi propio sentido de lo que sé de mí misma se ve amenazado. Sentir la consciencia de uno mismo cuestionada mediante el contacto con otros constituye una aventura humana perfectamente lógica, pero yo carezco de un impulso interno que me atraiga a tales aventuras. Así, la familiaridad es para mí algo difícil, mientras que el distanciamiento resulta comparativamente sencillo.

Un día, en el barco, la reticente Roz mencionó la facilidad que percibía en mis relaciones con los miembros de la tripulación.

—Pareces capaz de entablar conversación con todo el mundo. Y a ellos también les apetece hablar contigo. Se te dan bien las personas.

Me callé la respuesta: sí, pero sólo en compañía de extraños que ineludiblemente habrán de desaparecer y retornar a sus vidas. Tampoco venía a cuento una revelación tan íntima.

Cuando eres una desconocida

El *Sunset Limited* se retrasó. El reloj señaló las diez y seis minutos, su hora de llegada, y las diez y treinta y siete, su hora de partida, y la noche siguió avanzando sin que nadie pareciera sorprenderse. Eran ya las doce y media cuando el reluciente tren de aluminio, que con sus dos pisos más parecía una versión gigante de esas elegantes tostadoras estilo retro, se detuvo en la estación de Jacksonville. Había salido a las 18.50 de Orlando, Florida, de modo que había perdido más de dos horas a lo largo de un trayecto de cuatro horas y media, un fenómeno tan habitual que nadie se molestó en explicar los motivos.

Lo primero que uno aprende acerca de los trenes norteamericanos es que llegan tarde. Los viajeros habituales suelen competir entre sí para determinar quién ha sufrido el mayor retraso. Pero la gente que viaja en tren no lo hace acuciada por compromisos urgentes. Una vez que has adquirido tu billete y has entrado en la estación te encuentras a merced del horario de Amtrak, que mantiene con el horario oficial de la nación una relación deliciosamente excéntrica. La información impresa que aguarda sobre tu asiento o en tu compartimento de coche cama se convierte en un agujero de gusano que conecta los mundos paralelos de Amtrak y de Norteamérica. Con la ayuda de la tabla de horarios, un reloj y una calculadora puedes ir recorriendo el trayecto que teóricamente habrás de realizar, y determinar así dónde estarás en cada momento, pero luego, según se vaya afianzando la realidad de Amtrak, tendrás que calcular y recalcular las diferencias a medida que el tren se adelante o se retrase sobre el horario previsto. Nunca puedes estar seguro de cuándo llegarás a tu destino, pero sí puedes realizar una estimación en cada parada de cuál sería tu hora de llegada si el tren no sufriera ningún retraso adicional a partir de ese momento. El resultado no guarda relación alguna con la realidad, pero se convierte en una especie de pasatiempo, en una terapia incluso, en un ejercicio de autoconvencimiento de la existencia de un mundo más allá del de Amtrak. Claro está que también hay que tener en cuenta los husos horarios e incluir en los cálculos el hecho de que la Eastern Time cambia a Central Time entre Tallahassee y Chipley, Florida, para luego convertirse en Mountain Time en algún punto situado entre Alpine y El Paso, Texas. Dos paradas después, entre Lordsburg, Nuevo México, y Benson, entra en vigor la Mountain Standard Time, un huso exclusivo de Arizona que finalmente da paso a la Pacific Time al salir de Yuma y llegar a Indio, California. Comprueba, pues, la hora oficial en que el tren tiene prevista su llegada, recuerda que se le han añadido sesenta minutos por cada uno de los husos mencionados (salvo en lo que respecta a la Mountain Standard Time, que constituye un misterio aparte), anota la hora de llegada a la siguiente estación, calcula la diferencia entre la hora que indica tu reloj y la que figura en el horario impreso y te hallarás en situación de adivinar cuándo has de llegar a tu destino final.

Se trata, por supuesto, de una suposición inservible, porque quién sabe qué

retrasos no habrán de tener lugar entretanto, pero así y todo el pasajero sigue escrutando los horarios y realizando infatigables cálculos del mismo modo que una viajera británica en tierras extrañas sintonizaría el World Service para asegurarse de que, por improbable que parezca, el reino que acaba de dejar atrás sigue existiendo. Dentro de la cápsula de tiempo de un tren Amtrak se te ofrece la alternativa de entregarte por completo a los mecanismos de un sistema que escapa a tu control o de esforzarte por seguir la pista de lo que otrora fue —y habrá de ser nuevamente— aquello que denominas realidad. El pasajero curtido en largos viajes de ferrocarril comprende la futilidad de aferrarse a un horario ajeno a su universo temporal. Mientras te encuentras en tránsito da igual. Todos nos dirigimos a un destino final, pero entretanto no vamos a ningún sitio, y nuestras vidas se ven confinadas a un estrecho pasillo, a un largo camino desprovisto de desvíos que oscila y traquetea a lo largo de su ruta predestinada o, a veces, se detiene simplemente en mitad de cualquier lugar. No hay salida posible, ni puede uno tomar el mando de la situación de modo que lo único que pueden hacer las personas que se encuentran en tránsito y no tienen prisa es permanecer donde están durante el tiempo que haga falta. Ser un pasajero de tren en Norteamérica supone encontrarse en un estado alterado en el que uno pasa a convertirse en el quincuagésimo primer estado de la Unión, el único dotado de naturaleza móvil.

En cualquier caso, e independientemente de los caprichos del horario, tardaría en llegar a Tucson desde última hora de la noche del sábado hasta, como pronto, ya avanzada la noche del lunes o primera hora de la mañana del martes, y para alcanzar mi destino tendría que pasar a través de siete estados: Florida, Alabama, Misisipí, Luisiana, Texas, Nuevo México y Arizona. Era como una nueva travesía del Atlántico, sólo que esta vez con paisajes. Durante dos días y dos noches, casi la totalidad de la envergadura de Norteamérica había de desfilar frente a mi ventanilla como un folleto de viajes en tiempo real, y yo permanecería sentada en mi cápsula espacial y me dedicaría a observar su tránsito.

Los cuatro miembros de nuestro amigable grupo nos dispersamos a medida que los revisores nos conducían a nuestras correspondientes plazas. Troy, Gail y los niños desaparecieron a lo largo del andén en dirección a sus asientos en los vagones regulares, mientras que Bet y yo fuimos orientadas en sentido opuesto hacia la sección de coches cama. Una vez allí, subimos al tren con ayuda de un escabel portátil de color amarillo igual a los que conocíamos de escenas similares vistas en el cine (el mismo que Judy Garland utilizaba para encaramarse al Atchison, Topeka y Santa Fe en *The Harvey Girls*, y el que empleaba también Joseph Cotten en *La sombra de una duda* para subir al tren cuando se trasladaba a provincias para visitar a su hermana y a los familiares de ésta mientras la policía buscaba al alegre asesino de viudas) y que los revisores colocaban en el andén para facilitarnos el acceso al elevado escalón inferior. La inmensa y reluciente lata de conservas que era el tren por

fuera tenía un aspecto fascinante, pero tan pronto como subías a él su aspecto exterior se desvanecía y te convertías en habitante exclusivo de su interior, como un viajero dispuesto a trasladarse a través del tiempo en la multiforme Tardis^[4]. Bet y yo nos despedimos temporalmente y ella ascendió por la escalera espiral que conducía a su compartimento mientras yo buscaba el mío, situado en el piso inferior. Acordamos vernos de nuevo a la mañana siguiente.

—Ven a buscarme para ir a desayunar —me dijo, a la vez que me indicaba su número de compartimento, y yo asentí—. Pero que no sea demasiado pronto —añadió, ya desde el escalón superior.

Después de más de doce horas en compañía, me encontraba nuevamente sola en un espacio propio, con una puerta que podía cerrar y una cortina que podía correr para evitar que miradas curiosas pudieran invadir mi intimidad. El compartimento poseía la anchura de una cama sencilla y unos pocos centímetros más. La cama, situada bajo la ventanilla, ya estaba preparada, y encima de ella había una estante que me proporcionaba un lugar en el que depositar mi equipaje de mano mientras buscaba mi neceser de aseo y algo que ponerme para dormir. Entre la cama y la puerta corredera había un armario de 15 centímetros de anchura dotado de una barra y dos perchas en las que colgar la ropa que llevaba puesta. El espacio en general no podía ser más reducido, pero mientras me sentaba en la cama para probarla me sentí completamente feliz. Me encuentro muy a gusto en lugares cerrados, siempre que sea yo la única persona que albergan. Me agrada sentirme como si estuviera en el interior de un capullo, y disfruto también del hecho de que tales espacios requieran un orden propio. Junto a la cama discurría una estrecha repisa que podía servir de soporte a mi neceser y a mi despertador, pero mi bolsa de mano tendría que viajar en el fondo del estrecho armario junto con mis zapatos. Mi procesador de textos encajaba debajo de la cama, que el revisor plegaría a la mañana siguiente para convertirla en dos asientos opuestos separados por una mesita abatible. Los interruptores de la luz y los controles del aire acondicionado se encontraban situados encima de lo que luego serían los respaldos de los asientos. La ventanilla tenía unas cortinas que podían correrse y asegurarse para huir de la distracción de las estrellas y del desplazamiento de la luna a través de las tinieblas de la noche, así como de cualquier mirada indiscreta que pudiera penetrar en las estaciones en las que pararíamos durante la madrugada. A lo largo del pasillo había varios aseos equipados con lavabos en los que acicalarse y cepillarse los dientes, así como dos duchas para aquellos verdaderamente empeñados en una completa higiene viajera. Aquella medianoche avanzada, en mi tren de Florida, EE.UU., todo se me antojaba perfectamente manifiesto y manifiestamente perfecto.

La revisora llamó a la puerta con los nudillos y se presentó como Ashley. Me comunicó que a partir de las seis, en el piso de arriba, tendría café y zumo de naranja a mi disposición, y me preguntó si quería recibir algún periódico matutino. El desayuno se servía en el comedor desde las seis y media hasta las nueve y media.

¿Me encontraba cómoda? ¿Necesitaba alguna cosa? Ella estaría toda la noche de servicio, de modo que en tal caso no tenía más que hacérselo saber.

—¿Dónde puedo fumar?

Existen diversas disposiciones para los fumadores, dependiendo de cada ruta. En algunas de ellas fumar está prohibido por completo, pero en otras los bares tienen horas designadas para los fumadores, y la mayoría cuentan con un pequeño compartimento estanco situado junto al bar. Tal era el caso del *Sunset Limited*. Para llegar a él tenía que subir al piso superior y recorrer el coche cama y dos vagones de asientos para luego descender en mitad del tercero: allí encontraría el bar a mi izquierda y la puerta de la sala de fumadores a la derecha.

—¿Y no hay ningún otro sitio en el que pueda fumar?

—No, señora.

—¿Ni siquiera en mi habitación con el aire acondicionado a plena potencia?

—No, señora.

—¿Tampoco junto a la portezuela de salida en mitad de la noche, cuando no haya nadie por las inmediaciones?

—No, señora.

—¿Ni aun con la ventanilla abierta?

Ashley se mostraba comprensiva pero firme, y pensé que sería mejor no arriesgarse a enfadarla.

—De acuerdo. Sé cuando ha llegado el momento de rendirse.

—Sí, señora —sonrió ella, reafirmando graciosamente su absoluta autoridad sobre el vagón M-. Que pase una muy buena noche.

Pero, queridos lectores, yo ya había cumplido los cincuenta. Era demasiado vieja para fumar en los lavabos o directamente bajo el ventilador del aire acondicionado, o en los cuartos de calderas. No se trataba tanto de la falta de dignidad que una percibe en ese acto subrepticio como la sensación de ridículo que experimentaría si me sorprendieran. La humillación de verme atrapada es lo que durante todos estos años me ha mantenido relativamente dócil y respetuosa con las leyes, ya que aunque el impulso de transgredir las normas simplemente porque existen ya no alcanza un grado compulsivo, aún experimento una innata y mal resuelta antipatía hacia cualquier forma de autoridad. Me pongo a destilar bilis automáticamente. Vivo siempre en la acuciante tentación de saltarme las reglas, y tengo un verdadero problema con la virtud. Nunca, ni en los demás ni en mí misma, he admirado demasiado los comportamientos virtuosos. La noción de estar portándome bien, de estar haciendo lo que se me dice o lo que debo, de estar satisfaciendo las expectativas en mí depositadas o mostrándome a la altura de mis promesas, sigue provocando inequívocamente en mí unos efectos físicos que recuerdo haber padecido desde siempre. La palabra «ira» serviría para describirlos. La ira nace detrás del esternón (en un emplazamiento levemente superior a aquel que alberga la depresión), y es como un pequeño muelle estrechamente comprimido en espiral que de repente

despertara a la vida, desplegándose y enderezándose como una serpiente para luego remontarse a lo largo del pecho y atacar por fin, golpeándote como una cobra en un punto de la cabeza situado entre los ojos y extendiéndose por todo tu cerebro como un charco de sangre roja, cálida y cegadoramente colérica. Una furia cegadora. Lo anterior no es ni una aproximación lejana ni la representación física de una experiencia mental, sino la descripción más precisa que soy capaz de concebir de la realidad de la ira a medida que ésta se desarrolla. Pero no imaginen el desdoblamiento del muelle o la cabeza de la serpiente al atacar como metáfora de un *sentimiento*. Es cierto que no existe ningún mecanismo ni ningún reptil interno, pero interpreten sus efectos físicos como la realidad que yo experimento. Que siempre he experimentado. Y nunca tanto como en el campo de la bondad y la maldad.

Mi primer recuerdo vívido de esta clase de ira se vio recientemente confirmado cuando una mujer que reconoció la descripción de niñez que hacía de ella y de mí misma en mi libro *Patinando a la Antártida*^[5] me llamó para organizar una cita. Había sido amiga mía cuando ambas éramos muy pequeñas, y quedamos en una cafetería para vernos por primera vez desde que teníamos diez años. Yo, personalmente, no estaba convencida de que fuera muy buena idea, pero al recordar nuestra amistad recordé haber hecho algo terrible y quise disculparme. Mis excusas llegaban con un poco de retraso —cuarenta y cinco años—, pero era una oportunidad de la que por lo general no disponemos para reconocer las maldades que hemos hecho a otros.

—Tendríamos cinco o seis años y estabas sentada en el dormitorio de mi casa —le recordé a S-. Yo estaba enferma; tenía el sarampión, creo, y recuerdo que en la lámpara lucía una bombilla roja porque me habían prohibido soportar luces brillantes. Te pedí que me alcanzaras algo, y cuando te negaste me abalancé sobre ti y te mordí en la mejilla. Aún me parece ver las señales que te dejé. Mi madre entró y se enfureció. Me dio un bofetón y me obligó a pedirte perdón.

Mi madre era especialista en enfurecerse, pero en aquella ocasión tenía un buen motivo.

—Sí —dijo mi antigua amiga—, me acuerdo. Pero no pensaba mencionarlo.

Yo le dije que lo que había hecho era imperdonable y que lo lamentaba mucho, pero ignoro hasta qué punto es válida una excusa semejante. La mujer de más de cincuenta años se siente efectivamente avergonzada por haberse comportado de un modo semejante, pero dudo de que la niña de seis años que se disculpó con los labios apretados después de recibir un cachete y un castigo lo deplorara en lo más mínimo, y al evocar la intensidad de su cólera tampoco creo que lo hiciera ahora. Lo que con más claridad recuerdo acerca de aquel ataque a mi mejor amiga es la sensación de lanzarme *volando* desde la cama hasta el extremo opuesto de la habitación para hundir mis dientes en su piel. Así, me veo salvando el espacio que nos separaba sin perder la horizontalidad y sin que mis pies toquen el suelo en ningún momento. Aunque es cierto que la habitación no era muy grande, me abalancé desde la cama

animada por una furia más poderosa que la fuerza de la gravedad. Recuerdo aquel ataque de cólera y de obstinación cegadoras con verdadero asombro ante la energía que me propulsaba. Las dos mujeres de mediana edad, una de ellas contrita y la otra compadecida, no estaban, por supuesto, en condiciones de actuar en nombre de las criaturas iracundas y dolidas que habían sido en otro tiempo, salvo acaso en el sentido de que todos nos hallamos *in loco parentis* de nuestras respectivas identidades infantiles. Aparte de eso, resultó —como yo me temía— que apenas conservábamos ya nada en común del pasado. De hecho, salió a relucir que siempre habíamos estado de algún modo enfrentadas, incluso en la niñez.

Se había leído mis recuerdos de infancia en *Patinando a la Antártida* y se había quedado perpleja ante la historia que en ellos se narra.

—Pensaba que tenías de todo. Tenías de todo y al final... resulta que no tenías nada —repetía, como si no lograra salir de su asombro.

El padre de S había abandonado a su madre, y ésta, que se quedó a cargo de S y de su hermano, tenía que dejar a los niños con la abuela para irse a trabajar. S envidiaba por entonces tanto la presencia temporal de mi padre como el crónico estado de desempleo de mi madre. Lo que yo experimentaba como una agria situación de guerra familiar en el ámbito de un piso minúsculo era para S algo completo, presente y solícito. *Anhelaba* ser yo.

Los cabellos de S eran finos y lisos, y yo, que poseía una cabellera larga, encrespada y con tendencia a enredarse, sentía envidia de ellos.

—Recuerdo que todas las mañanas veía a tu madre mientras te arreglaba el pelo —dijo S-. Sumergía el peine en agua y te lo peinaba una y otra vez hasta que te había deshecho todos los nudos, y luego te lo cepillaba para apartarlo del rostro y te lo ataba con unos lazos de satén que siempre estaban recién planchados.

También yo recuerdo aún las sesiones diarias de cepillado, pero de un modo distinto. Me acuerdo de los tirones del peine cada vez que tropezaba con un nudo, de los cabellos arrancados de raíz, de mis lloros y de los gritos de mi madre, por no hablar de la maldita humillación que suponía llevar esos lazos de satén en la cabeza. Entonces soñaba con poseer una cortina de cabellos lisos que me cubrieran el rostro como a S. Ella envidiaba mi madre obsesiva, y yo envidiaba su desaliño. Ella no sabía nada de la violencia y el miedo que impregnaban mi vida, dominada por el carácter espeluznantemente errático de mi madre y por las peleas que mantenían de continuo ella y mi padre; yo, por mi parte, sabía igual de poco de su vida, marcada por la privación, la falta de un padre y la ausencia diaria de su madre. Al encontrarnos después de tantos años lo que descubrimos fue que a pesar de ser amigas íntimas nos habíamos visto atrapadas en una maraña de celos y enemistad en la que cada una perseguía su propia y errónea interpretación de la libertad y el amor. Ese «todo» que según S yo poseía eran para mí unos progenitores que se aborrecían entre sí y que, en ocasiones, me aborrecían también a mí. El «todo» que yo perdí no había sido esa perfecta seguridad familiar que percibía S. Ahora, sin embargo, ya

como adulta, se me ocurrió que tal vez a S se le hubiera dado mejor que a mí la tarea de ser hija de mis padres, y pensé que también ella debía de pensar algo similar mientras charlábamos encaramadas a nuestros taburetes de la cafetería. Mi furia contra S debía de haber sido el resultado acumulado de todos aquellos momentos que ahora recuerdo en los que mi madre me gritaba, a veces en presencia de la propia S: «¿Por qué no puedes ser como ella? S es una niña amable y cariñosa que nunca protesta cuando le cepillo el pelo. ¿Por qué no habré podido tener una hija como ella? ¿Qué he hecho para que Dios me castigue con alguien como tú?».

Tampoco es que me importara que mi madre me considerara mala, pero detestaba la idea de que S fuera buena. Supongo que ansiaba consumir su bondad, mascarla hasta la desintegración y luego escupirla. No sólo averigüé que no quería ser buena, sino que tampoco quería que S (o nadie más) lo fuera. Envidiaba el lugar que S ocupaba en las fantasías de mi madre acerca de lo que es una buena hija, pero no por ello quería sustituirla en ese papel. Descubrí que no ser buena era una característica que debía perseguir, ya que la idea de mi propia bondad despertaba en mí una ira exacerbada.

El hecho de tener que adaptarse a un mundo de no fumadores pertenecía al mismo terreno emocional. No se trataba simplemente de una cuestión de adicción física (los productos sustitutivos de la nicotina funcionan razonablemente bien en ese sentido) lo que me impedía, aun temporalmente y por motivos pragmáticos, abandonar la lucha cada vez que tenía que enfrentarme a las dificultades de fumar en el puritano entorno norteamericano, sino ese mismo puritanismo. No quería obedecer lo que me ordenaban, no quería sentirme más cómoda a base de adaptarme o de rendirme —así lo veía yo— a la presión de una política antitabaco que se veía reforzada por una serie de imperativos morales. Una postura sumamente infantil. Sí, eso era, exactamente. Y tampoco quería convertirme en una ex fumadora, al menos si ello suponía convertirme en alguien que chasqueaba la lengua y suspiraba cada vez que captaba un efluvio de humo en el aire. La tensión de mi plexo solar comenzaba a hacerse notar tan pronto como pensaba en ello. Mi deseo de no transformarme en una no fumadora virtuosa y justiciera era algo casi orgánico. Sentía que en lo más profundo y esencial militaba en la otra parte, lo que resultó una suerte, ya que esa otra parte consistió en una aventura de tres días que en modo alguno habría querido perderme.

El compartimento para fumadores era un oasis de mal gusto, un tugurio situado en el corazón de un tren que por otra parte parecía diseñado en su totalidad para complacer al cliente. Incluso en los vagones que no portaban camas los asientos se hallaban tapizados y eran reclinables, los suelos estaban alfombrados, las ventanillas habían sido limpiadas cuando menos al inicio del viaje y el aire acondicionado funcionaba. El vagón panorámico y el restaurante, con sus sillones giratorios, sus mesitas auxiliares, su barra y unos ventanales diáfanos desde los que se podía admirar

el discurrir de Norteamérica, imitaban el confort y la hospitalidad de los trenes antiguos. Los coches cama añadían a esas comodidades los detalles de sus jarrones de flores y de sus antimacasares almidonados. Se advertía en todo el tren la intención de atraer a los viajeros a una antigua forma de desplazamiento a base de ofrecerles un cierto grado de atención física que les compensara el hecho de no llegar a su destino en el plazo establecido. Pero el compartimento de fumadores era el pozo del pecado, la celda de castigo, una burbuja de degradación en la que los incorregibles habrían de sufrir las consecuencias de su impenitencia. Era fantástico.

Todo era de color gris cárcel: el suelo de linóleo, las paredes de apagados tonos masilla y las sillas de plástico que se alineaban a lo largo del pequeño vagón: ocho a cada lado, atornilladas en su base a una reluciente estructura de acero sujeta al suelo. Entre cada dos o tres sillas había una pequeña mesa de plástico igualmente fijada al suelo, y sobre ella reposaba un amplio cenicero de aluminio reciclable y color gris pecado. Gris humo. He aquí el entorno que os merecéis. Un entorno que no podréis echar a perder con vuestro sucio hábito. Algo que no se verá menoscabado por vuestra evidente incapacidad para apreciar unas condiciones ambientales dignas. La estancia contaba únicamente con dos pequeñas ventanillas en cada extremo, mientras que las secciones centrales que en otros vagones están formadas por ventanas parecían haber sido cegadas deliberadamente. En la pared del fondo, junto a la única puerta existente (pues el compartimento de fumadores se hallaba al final del tren), podía verse un soporte de color negro para bolsas de basura sobre el que un letrero rezaba: «Se prohíbe introducir bebidas en la sala de fumadores». Otro cartel, éste escrito a mano, decía: «Se ruega no permanezcan más de quince minutos seguidos. Sólo se permite fumar cigarrillos». Los ceniceros estaban siempre llenos a rebosar, las mesas aparecían alfombradas por una capa de ceniza, el contenido de la bolsa de basura oscilaba entre las tres cuartas partes y el lleno total, y el suelo era una colección de arañazos y cicatrices. En el aire flotaba una grisácea capa de humo que a veces era lo bastante espesa como para asfixiar al recién llegado, y en la parte superior de la pared del fondo se abría una pequeña reja de ventilación para el aire acondicionado que, misteriosamente, nunca parecía funcionar. El vagón permanecía cerrado una hora de cada veinticuatro, supuestamente para que lo limpiaran, pero nunca había una hora del día o de la noche en la que se apreciara en su interior una pulcritud mayor que en otros momentos, y al revisor encargado de su mantenimiento sólo se le veía cuando asomaba por la puerta para asegurarse de que se cumplía la norma de no introducir bebidas. En esos casos escrutaba el interior a través del mugriento vidrio de la puerta para luego apartarse con gesto de repugnancia al contacto con el escaso aire que aún rezumaba de su interior. «Dios mío», gemía, para a continuación zaherir a los contraventores que no habían sabido ocultar a tiempo sus vasos o sus botellas de plástico transparente.

—¿Han visto el cartel? —decía, indicando el letrero con un gesto del pulgar—. Saquen las bebidas de aquí.

Al cabo de un rato volvía y se encontraba con que todo estaba igual que antes.

—¿Acaso quieren que cierre el compartimento? No quiero ver esas bebidas.

—Vamos, hombre —le decía alguien, intentando invitarle a vivir y dejar vivir—.

¿Qué importancia tiene?

Pero él mantenía el gesto hosco.

—Miren, a mí tampoco me gusta este trabajo. Aténganse a las normas y así no tendré que venir a este agujero y tragarme yo su cáncer.

Bet tenía su propia manera de enfrentarse a la prohibición: allí donde fuera llevaba en el bolso una pequeña botella de Coca-Cola medio llena de ginebra que previamente había cubierto con una funda aislante de color plateado diseñada para mantener las bebidas frescas. Algunos se volvieron bastante duchos en el arte de ocultar las bebidas debajo del asiento e inclinarse de espaldas a la puerta para dar rápidos tragos de modo subrepticio.

Otros se limitaban a sostener sus latas de cerveza o sus vasos de plástico llenos de licor procedentes del bar a la vista de cualquier autoridad que se acercara, con lo que se arriesgaban a desatar las iras del revisor y a ser temporalmente expulsados. Como tantas otras cosas, todo dependía probablemente de la clase de infancia que hubiera tenido cada uno. El disimulo, la doblez, el riesgo y el desafío son hábitos adquiridos que aprendemos en las primeras etapas de la vida. En cierto modo, era de agradecer que las autoridades de Amtrak mantuvieran un precepto que los fumadores exiliados, tolerados y neutralizados pudieran, cada uno a su manera, transgredir, pues ello prestaba cierta chispa a un mundo cuidadosamente ordenado.

Los inadaptados y los bribones del tren, que en el mundo real constituíamos obviamente todo un abanico social, nos veíamos reducidos en nuestra condición de usuarios del compartimento para fumadores a un grupo homogéneo dotado de una escala de valores fundamental. Fuera cual fuese nuestro papel social en el exterior, en tanto que viajeros del tren éramos como los Shakers o los Albigensians^[6]: una comunidad despreciada que sobrevivía con gran sufrimiento en un mundo que ya no se permitía el lujo de quemar a sus herejes. Tanto entre nosotros como de cara a los demás, representábamos la defensa de algo, aliados como estábamos en la determinación de persistir en nuestros deseos a pesar de todos los esfuerzos de la mayoría moral y de las bienintencionadas personas que con tanto gusto nos habrían salvado de nosotros mismos para su propia satisfacción. Aquello nos proporcionaba una sensación de hermandad e incluso de objetivo común que venía a enriquecer el mero trayecto que todos, fumadores o no, estábamos realizando. Allí no existía, como en tantos otros grupos, la percepción de que los recién llegados debían probar su valía o verse reemplazados por otros aún más bisoños antes de ser aceptados. El simple hecho de penetrar en el vagón y de saludar la niebla reinante con una carcajada aprobadora antes de encender tu propio cigarrillo bastaba para convertirte en miembro de pleno derecho. En el compartimento de fumadores la noción del tren como la más larga avenida de Norteamérica quedaba reducida al concepto, mucho

más esencial, de una Norteamérica en la que todos los tipos y grupos humanos podían coexistir a pesar de sus diferencias en cuanto a categoría social, religión o credo político gracias a la certidumbre de una causa común subyacente. Eso mismo (con perdón de los nativos del país) era lo que América había representado en un principio.

Bet y yo nos encaminamos al compartimento para fumadores nada más desayunar. Para llegar a él teníamos que pasar junto al asiento de Troy, que nos saludó con la mano al vernos. Nosotras le devolvimos el saludo, pero sin detenernos. Troy no fumaba, lo que ya de entrada nos situaba en bandos distintos. Al llegar nos encontramos a Gail, vestida con lo mismo que llevaba puesto la noche anterior y con sus enormes muslos desplegados sobre el borde del estrecho asiento de plástico que solía ocupar junto a la puerta.

—Hola —dijo Bet con tono alegre.

Gail dejó escapar un gruñido y alzó el brazo con gesto flácido para aspirar una nueva calada, como si el cigarrillo a medio fumar que sostenía entre sus dedos pesara una tonelada o dos.

—¿Ya es hora de desayunar? —nos preguntó.

No había descansado. Los niños estaban dormidos en sus asientos, pero ella se había mantenido despierta por culpa de sus meneos y de sus vueltas y de esa determinación inconsciente de los niños de ocupar todo el espacio que necesitan. La madre había pasado la noche entrando y saliendo del compartimento para fumadores.

—¿Dónde estamos? —dijo con voz áspera mientras nosotras nos sentábamos frente a ella para encender nuestros cigarrillos.

A lo largo de la noche yo había ido tomando nota de las estaciones por las que pasábamos a medida que la inusual sensación de hallarme en un dormitorio que frenaba y se detenía me despertaba de mi zarandeado sueño. En tales ocasiones abría los ojos y advertía que nos encontrábamos en Lake City, Madison, Tallahassee, Chipley, Crestview o Pensacola: nombres escritos sobre letreros mal iluminados que colgaban en la oscuridad de la noche en estaciones en las que una o dos personas aguardaban con expresión soñolienta la llegada del *Sunset Limited* y el sonido ultraterreno de su silbato a tan intempestivas horas. Al detenerse, los viajeros subían o bajaban y la locomotora arrancaba de nuevo. Las ruedas emitían un chirrido al comenzar a rodar y yo me reclinaba de nuevo en mi litera junto a la ventanilla nuevamente ennegrecida para ver desfilar las estrellas a una velocidad cada vez mayor.

Íbamos, por supuesto, con dos horas de retraso. Nuestra primera escala de Alabama —Atmore— estaba prevista para las 7.05 de la mañana, pero acabábamos de dejar atrás la estación a las nueve y algo.

—Estamos a una hora de Mobile —le dije a Gail—, aunque a estas alturas ya teníamos que haber llegado a Misisipí. De todos modos, no hemos acumulado más retrasos durante la noche.

Gail se encogió de hombros. Aún quedaba un largo recorrido hasta llegar a Los

Ángeles y poder disfrutar de una cama confortable. Se levantó del asiento con esfuerzo, apagó la colilla y con un breve «Nos vemos» se marchó a despertar a los niños para el desayuno.

A aquella hora el compartimento de fumadores estaba tranquilo. Sentada en un extremo había una mujer vestida con un traje dorado de punto que parecía ocupada en propinar golpecitos a la punta de su cigarrillo. Encorvada frente a ella, una chica sumamente joven que llevaba unos vaqueros holgados y un *top* que dejaba al descubierto su abdomen aspiraba con fuerza de su Marlboro. Separado de ella por dos asientos, un joven negro de complexión delgada y considerable estatura que lucía una gorra de béisbol con la visera hacia atrás leía el libro que mantenía apoyado entre sus piernas cruzadas y estiradas. Vestido de Oro y Gorra de Béisbol habían alzado fugazmente la mirada y habían dicho hola al vernos entrar a Bet y a mí, pero la Chica Marlboro había permanecido agazapada en su rincón con la cabeza agachada y el rostro oculto tras una cascada de tenues cabellos rubios. A los pocos minutos de nuestra llegada, estábamos ocupadas en fumar apaciblemente mientras veíamos desfilar los pantanos cuando un individuo corpulento y arrebolado, que vestía una camisa deportiva de cuello abierto y unos pantalones bermudas, abrió la puerta corredera con el codo cuidando de no derramar el contenido del vaso de plástico que portaba en la mano.

—Por lo que más quieras —murmuró con tono agrio—, calla la boca. Siéntate, fúmate un cigarrillo a ver si se te quita esa cara de estúpida y cállate.

Se dirigía a la mujer que entraba tras él, elegantemente vestida con unos pantalones a medida y una hermosa blusa. Llevaba un pañuelo arrollado en tomo al cuello, y sus muñecas y sus dedos aparecían adornados por diversas pulseras y sortijas de oro.

—A mí no me hables así —repuso ella, pero ni su rostro ni su tono de voz denotaban la menor indignación.

Hablaba con un tono tan monótono como si él le hubiera dicho la hora sin ella pedírselo, como si él se pasara la vida anunciándosela sin que a ella le interesara saberlo. Su «a mí no me hables así», automático y cansino, no había dejado traslucir ningún pensamiento o emoción. Pero si ello ya resultaba peculiar, más extraordinaria aún era su voz, que sonaba como un martillo neumático que golpeará el pavimento, con una suave y áspera vibración que sólo se reconocía como voz humana porque pronunciaba palabras, y tan masculina que no podría haber procedido de ningún hombre.

—Te hablaré como me dé la gana —replicó el hombre, aunque aparentemente tan desinteresado por la conversación como ella misma—. Buenos días, señoras —añadió con tono algo más jovial a la vez que alzaba el vaso a modo de saludo.

Su descuidado acento americano poseía un leve matiz irlandés.

—Hola —ladró la mujer bien vestida como si fuera un pregonero de feria.

Los recién llegados se sentaron frente a nosotros. Él, con sus gruesas pantorrillas

desnudas, se instaló separando bien las piernas, rematadas por sendas zapatillas náuticas; ella, calzada con unas costosas deportivas, cruzó discretamente las piernas y encendió su cigarrillo con un Dunhill de oro.

—Enciéndeme uno a mí —dijo él.

—Deja de beber aunque sólo sea un momento y enciéndetelo tú —dijo ella con voz uniforme.

—Esta encantadora mujer es mi esposa, Virginia —dijo él inclinándose hacia mí—. Yo me llamo Conal. Encantado de conocerlas.

—Hola —respondí yo débilmente, atónita ante el espectáculo.

—Oh, *houla* —remedó él, adoptando un selecto acento inglés—. Virginia, querida, convendrá que hagas gala de tus mejores modales. Tenemos entre nosotros a una educada dama británica. Abstente de recurrir a tus sucios tacos de marinero, si eres tan amable.

—Por lo que más quieras, compórtate como una persona decente —se revolvió ella—. Les ruego que disculpen a mi marido. Es un cerdo.

Se puso en pie y vino a sentarse junto a mí. Era una mujer alta y apuesta, pero comenzaba ya a encorvarse, como si su estatura y su elegancia estuvieran convirtiéndose en una pesada carga. Había en su rostro cuidadosamente maquillado un matiz ceniciento e insano. Fumaba inhalando a fondo el humo de su cigarrillo, y encendió otro antes de concluir la mitad del primero. Nos contó a Bet y a mí que viajaban de regreso a su casa de Los Angeles. Habían estado de vacaciones en Florida, y siempre viajaban en tren porque le daba miedo volar, lo que a Conal, en cualquier caso, le proporcionaba más tiempo para beber. Su estancia en Florida había sido para recuperarse.

—Perdonen mi voz. Acabo de sufrir una operación de cáncer de esófago —dijo con un susurro gutural, y se señaló el pañuelo—. Se supone que no debo hablar en absoluto. Me han quitado lo que han podido, y dicen que me pondré bien. O eso creen.

Dicho aquello, guardó silencio.

—¿Qué, contándoles lo de tu cáncer, tesoro mío? —exclamó Conal—. Adelante, no te lo guardes para ti sola. Seguro que a nuestra encantadora dama británica le interesa mucho.

Virginia le dirigió una mirada de desprecio y se volvió hacia mí. En un gesto de intimidad, depositó una de sus manos cargadas de anillos sobre la mía y aproximó sus labios a mi rostro.

—No quiero morirme —murmuró con su voz de lija.

Su expresión era intensa, pero parecía que no se estuviera dirigiendo a mí. Hablaba con un tono que era de asombro ante el sonido de sus propias palabras y a la vez suplicante, como si el hecho de confiar aquella reflexión a una persona desconocida pudiera tener el efecto de una especie de oración.

—En ese caso podías probar a apagar el cigarrillo, a dejar de beber como un pez a

escondidas y a *callarte la boca* —silabeó Conal, apurando sus últimos restos de whisky.

Quién sabe si aquello no era una expresión de amor. Dos borrachos unidos por la vida y aterrorizados ante la llegada del final. El dramatismo de su aborrecimiento me devolvió a un estado de ánimo sentimentalmente vulnerable, pero resultó demasiado para Bet.

—Dios mío —susurró para sus adentros, y se puso en pie—. Tengo que marcharme —me dijo—. Avísame al pasar la próxima vez que te apetezca un cigarrillo.

El joven alto de la gorra de béisbol terminó el suyo pocos instantes después de que Bet partiera y se dirigió a la puerta con largas zancadas. Antes de salir nos dirigió un saludo general con la cabeza.

—Hasta luego —dijo.

Sostenía en la mano un ejemplar de *Ser y tiempo*, de Heidegger.

—Oye, foca —dijo Conal, levantándose de su asiento y aferrando a Virginia por el brazo—, vas a asustar a nuestra refinada señorita inglesa. No creo que quiera mezclarse con sucios irlandeses como nosotros.

Ella se desasíó de su mano, pero tras dirigirme un gruñido de despedida le siguió al exterior del vagón como si aún la llevara sujeta.

—Adiós Conal —dije, dedicándole un desfallecido saludo con la mano mientras salía por la puerta.

Acababan de marcharse cuando la Chica Marlboro alzó la mirada y me sonrió tímidamente.

—Hola —dije yo.

—Dios mío, ¿ha visto qué tipo más espantoso?

Yo sacudí la cabeza, sin salir de mi asombro ante alguien tan impresentable. La muchacha se levantó de donde estaba y vino a sentarse junto a mí. Parecía tan joven que le pregunté si viajaba sola. Al oírme, su semblante dibujó una expresión de puro terror infantil.

—Tengo dieciocho años —dijo, como si con ello quisiera tranquilizarme—. Me llamo Maddy y vivo en Los Ángeles. Vuelvo a casa porque he tenido un accidente.

Era singularmente guapa, de una belleza moderna que llamaba la atención por sus grandes ojos, su ancha boca, su desmadejada estatura y su cimbreante delgadez. Parecía un cervatillo anoréxico, y recordaba poderosamente a Julia Roberts. Vestía harapos de marca: unos pantalones de tono pálido tan amplios que apenas se sostenían en sus incipientes caderas y que dejaban ver una franja de ropa interior de estilo masculino y una generosa porción de piel bajo la breve y ajustada camiseta. Cultivaba consciente e inconscientemente un aire de niña abandonada y parecía sentirse del todo cómoda con su estudiada belleza.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Había ido a Florida para una sesión de fotografía de modas —dijo,

aparentemente complacida de lanzarse a hablar—. Soy modelo. —Vaya sorpresa—. Creen que he sufrido algún daño cerebral.

Ocho días antes alguien había abierto una puerta de golpe y sin mirar y la había golpeado en la cabeza. Sangró abundantemente y permaneció desmayada unos segundos, tras lo cual la llevaron al hospital y le realizaron un escáner: tenía un coágulo de sangre.

—Una mancha oscura, dijo el médico, o algo parecido. Me enviaron de regreso al hotel y me dijeron que esperara unos días a ver si desaparecía. Por lo que se ve, cabía la posibilidad de que no fuera nada, tan sólo algo que se solucionaría por sí mismo. Pero no ha sido así. Esta mañana me hicieron otro escáner y me dijeron que no había mejorado. Se ha hecho más grande. Me han dicho que tenía que regresar a casa para operarme. Me he pasado ocho días en la habitación del hotel sin moverme, con miedo de caerme muerta de un momento a otro. Es como para volverse loca. Prefiero estar en el tren, con gente a mi alrededor, sabiendo que estoy de camino a casa.

—¿Y tus padres?

—Hablaba por teléfono con ellos todos los días. Me están esperando. Los médicos no me han dicho nada. Tan sólo que el coágulo ha crecido y que necesito operarme. A esos doctores les vendría bien un cursillo de psicología. Qué miedo he pasado. En realidad no me han dicho nada, y no sé ni qué está ocurriendo ni qué podría ocurrir...

—¿Y por qué el tren? Es un viaje muy largo para hacerlo tú sola en tren.

—Me dijeron que no podía volar. Los cambios de presión podrían hacer que el coágulo... ya sabe. Y no quedaban plazas en coche cama. El tren es más lento pero más seguro. Me han dicho que no debía hacer nada que pudiera incrementar mi presión sanguínea.

—¿Y no deberías abstenerte de fumar?

—Algo tengo que hacer. Este asunto me ha echado a perder el viaje por completo. Hace seis años que trabajo de modelo, y era un trabajo realmente bueno. Para *Vogue*.

Meneó lentamente la cabeza y enmudeció, quién sabe si considerando cuán insignificante era la pérdida de tan valiosa oportunidad en comparación con el coágulo de sangre que crecía en su cerebro.

—Si quieres dormir, puedes utilizar mi compartimento.

Dijo que no, que se sentía mejor cuando estaba con gente.

La puerta se abrió repentinamente y entró un joven que andaría por los veintipocos años. Era negro y de aspecto *hip*, y vestía unos pantalones aún más holgados que los de Maddy con las perneras arrugadas como un acordeón en torno a los tobillos. Llevaba una boina de color negro, y al ver a Maddy se abalanzó sobre el asiento contiguo y le ofreció un cigarrillo que ella aceptó y que él le encendió con un chasquido de su Zippo transparente para luego prender uno propio con una profunda bocanada. Maddy pareció reverdecer un poco ante la nueva e interesante compañía.

—Tío —gimió él—, no me puedo creer que aún tenga que pasarme dos noches

metido en este tren. Claro está que en un tren pueden pasar muchas cosas.

Maddy y yo le escuchamos con cortés atención.

—Soy *disc-jockey*. Mi agente de Los Ángeles me llamó y me dijo vente para acá, que aquí sobran curros y guarrillas y hace sol todos los días, y pensé, qué cojones, para allá que me voy. Puedo pinchar en LA, en NY, en donde sea, ¿no? Oye, ¿qué coño eres tú, una modelo o algo así? ¿Te hace una birra?

Maddy parecía francamente animada, mientras que yo, apenas un par de horas después de levantarme, me sentía completamente exhausta. Decidí que necesitaba una siesta.

—Me vuelvo a mi compartimento —le dije a Maddy, y le precisé su localización por si más tarde le apetecía echarse.

—Vale —dijo ella distraídamente.

Dormí hasta eso de las once de la mañana, hora en la que llegamos a Pascagoula, Misisipí. Oí que llamaban discretamente a la puerta y a continuación la voz de Bet comunicándome que se encaminaba al compartimento de fumadores. Le respondí que me reuniría con ella al cabo de un minuto. DJ y Maddy aún seguían allí, fumando, bebiendo cerveza y charlando sin parar. Vestido de Oro había vuelto y estaba sentada en el mismo sitio. Conal también estaba presente, equipado con un vaso de whisky y un cigarrillo, pero no había rastro de Virginia. Aparte de ellos y de Bet había dos o tres hombres a los que no había visto anteriormente, un mexicano sonriente, otro negro alto y desgarrado con la gorra de béisbol encajada del derecho y un tipo de mediana edad que, tocado con un sombrero vaquero y dotado de unas facciones que parecían talladas en piedra, se dedicaba a fumar a solas y en silencio.

—Venga para acá, mi querida Dama Inglesa, y seamos amigos —dijo Conal con una voz melodiosa teñida de un matiz burlón.

Yo me encogí de hombros y tomé asiento a su lado.

Él me pasó un brazo por encima del hombro y yo se lo retiré.

—Mi familia procede de Kerry. ¿Conoce usted Irlanda?

—Apenas.

—No es usted muy habladora, ¿verdad? Es toda una dama inglesa, con sus modales fríos, sus canas y sus piernas cruzadas. Eso se lo enseñaban en la escuela privada para señoritas, ¿verdad? ¿Nunca descruza las piernas?

—Déjelo, Conal.

—Sólo pretendo saber si...

—Olvídelo.

Estábamos en un extremo del vagón, junto a una ventanilla. Bet ocupaba el rincón, y a continuación nos sentábamos Conal y yo. El tren experimentó una sacudida leve, casi imperceptible, pero suficiente como para que Conal se viera obligado a desviar su atención al vaso para impedir que se derramara. Un instante después Bet miró por la ventanilla y emitió un ligero silbido.

—Vaya, espero que no seamos nosotros los responsables de eso.

Yo me asomé a tiempo de ver los restos de un coche volcado junto a la vía.

—Mmm —dije, pensando, al igual que ella, que aunque no hubiéramos sido nosotros era evidente que en su día el causante había sido otro tren.

Entonces advertí que la nubecilla que por un instante había atribuido a un remolino de polvo causado por la turbulencia del tren al pasar era en realidad humo. Al mismo tiempo, noté que el tren aminoraba drásticamente la velocidad.

—¡Oh, Dios mío, sí que hemos sido nosotros! —dije, sin aliento.

—Joder —protestó Conal, que no había podido evitar salpicarse de *bourbon*—, no respetan ni los buenos licores.

Bet se tapó los labios con la mano y susurró:

—Hemos embestido a ese coche.

—Mierda —dijo el hombre de piedra, levantándose para atisbar por la ventanilla—. Estúpidos gilipollas. Estarían haciendo carreras con el tren y han intentado cruzar el paso a nivel antes que él. En estos sitios dejados de la mano de Dios es el pan nuestro de cada día.

Los demás se arremolinaron en torno a la ventana, pero nos habíamos alejado demasiado del lugar del accidente como para ver nada, por lo que salieron del vagón y abrieron la portezuela del pasillo. Bet y yo nos quedamos donde estábamos. Nosotras, al menos, nos sentíamos demasiado conmocionadas para movernos. Oíamos los comentarios de los que estaban asomados a la puerta, y vimos a nuestro revisor que retrocedía a lo largo de la vía con otro compañero. Hablaba por un transmisor.

—Chavales, probablemente —dijo uno de los observadores—. Estarían jugando con el tren a ver quién es más valiente, pero esos juegos siempre acaban igual: gana el tren.

—La semana pasada ocurrió con un camión en las afueras de Chicago. La misma historia. El conductor del camión y su acompañante murieron en el acto.

Cada uno de los presentes iba contribuyendo con sus propias reminiscencias de las muertes en accidente ferroviario de las que habían tenido noticia. Todos parecían tener alguna, y hablaban de ello como si fuera lo más normal. Al parecer todo formaba parte integrante del transporte ferroviario norteamericano, a pesar de lo cual al menos una vida acababa de extinguirse pocos segundos atrás sin que nosotros notáramos otra cosa que una leve sacudida. Al final resultaron ser tres.

—Joder —dijo alguien—. Esto va a retrasarnos aún más. Tendrán que comprobar el estado de las ruedas antes de seguir. De todas las putas ruedas. Eso puede tardar horas. Dios mío, vamos a estar atrapados en este agujero la mitad del día, y eso que ya llevábamos dos horas de retraso.

Algunas voces farfullaron su asentimiento. El contratiempo ya les había hecho olvidar la tragedia.

Nuestro revisor regresó al vagón.

—Lo siento, señores. Hemos chocado con un coche y entre unas cosas y otras vamos a tardar algún tiempo. Dos chavales han muerto en el acto y una chica aún sigue viva en la parte trasera, aunque bastante malherida. Estamos esperando a la ambulancia, y no podemos marcharnos hasta que encuentren al forense local para que certifique los fallecimientos. Aprovecharemos la espera para revisar el tren —dijo, sacudiendo la cabeza—. Ha sido un auténtico desastre. Quédense todos donde están. La chica que aún vive grita que da miedo, pero nadie puede hacer nada hasta que no los liberen a todos de entre los restos.

De modo que nos dispusimos a aguardar bajo el polvoriento calor reinante en las afueras de un pueblo anónimo situado entre Pascagoula y Biloxi, Misisipí, a que apareciera un forense, a que se comprobaran las ruedas y a que se reanudara nuestro viaje. Recibimos por megafonía instrucciones de no abandonar el tren, y la misma voz requirió la presencia de un médico o un enfermero para atender a uno de los cocineros, que se había caído al detenerse el tren y parecía tener un brazo roto. Unos habían notado más que otros la sacudida del freno de emergencia dependiendo del lugar del tren en el que se encontraran. Nosotros, que estábamos cerca de la cola, apenas notamos nada porque los dos primeros vagones (así como, claro está, el coche y sus pasajeros) se encargaron de absorber la mayor parte de la energía, pero los que se encontraban más próximos a la locomotora supieron de inmediato que habíamos colisionado contra algo. Para los que estábamos en el compartimento de fumadores todo se había reducido a unas pocas gotas de bourbon derramadas y a un destello de metal humeante, ya que el coche había sido embestido a velocidad de crucero y había salido despedido a un lado de la vía. Se hacía difícil de asimilar. El automóvil volcado que había visto poco antes se hallaba tan afianzado en su lugar de reposo que bien podría haber llevado allí semanas o incluso meses, y probablemente se trataba ya de por sí de un modelo antiguo. Ahora el tren ya lo había dejado bastante atrás, por lo que no llegaba hasta nosotros ningún sonido procedente de él. La locomotora viajaba a toda velocidad a lo largo de la llanura, dejando atrás sucesivos pueblos de mala muerte cuyas lindes se veían señaladas por vías de ferrocarril sin protección alguna. A nuestra derecha se extendía el húmedo y cenagoso paisaje del Sur y una carretera de tierra que acaso conducía a la próxima aldea; a nuestra izquierda podían verse pequeños grupos de casas de chilla entre cuyos árboles podían vislumbrarse jardines desaseados y llenos de residuos. Eran comarcas pobres. El tren había hecho sonar dos o tres veces su silbato cada vez que se aproximaba a una zona habitada para prevenir a los pobladores de su proximidad. En aquellos remotos parajes no había semáforos ni pasos a nivel. Salías del pueblo por un camino sin asfaltar que cruzaba las vías y los trenes que se acercaban hacían sonar su silbato, eso era todo. Y aunque el paisaje era lo bastante llano como para ver aproximarse al tren desde lejos, resulta notoriamente difícil calcular la velocidad y la distancia de un vehículo en movimiento. En cualquier caso, ¿quién en un lugar como aquél podía tener tanta prisa como para querer adelantarse a un tren? Alguien con tendencias suicidas o

absurdamente impaciente; alguien cuyo juicio se hallara de forma irremediablemente alterado por el alcohol o las drogas; o alguien, en fin, mortalmente aburrido. Si algo sabía todo el mundo era que en una carrera entre un coche y un tren siempre gana el tren. O al menos lo sabíamos todos los que nos hallábamos a bordo del mismo. Tal vez los tres ocupantes del coche lo ignoraban, o eran lo bastante jóvenes para pensar que algo como la muerte no podría acaecerles nunca a ellos, y que correr riesgos era algo que siempre salía como uno esperaba. Acaso buscaban llamar la atención del tren y de sus pasajeros a toda costa. Pero la única superviviente del vehículo seguía gritando. Lo peor que podía ocurrirle en el mundo había tenido lugar, y sin ningún motivo.

El forense no tardó en llegar. Estaba en un bar próximo situado en el extremo del pueblo. Los dos ocupantes de los asientos delanteros fueron declarados muertos, la joven que viajaba en la parte posterior fue liberada y evacuada en ambulancia («Nada, no sale de ésta», nos confió el revisor), y el estado de las ruedas quedó comprobado en un tiempo récord, por lo que a pesar de los temores de mis compañeros de viaje comenzamos a alejarnos del lugar tan sólo tres cuartos de hora después del siniestro, y todos manifestaron su alivio porque el retraso no fuera tan grave como habían temido.

—¿Y qué hay del maquinista? —le pregunté a Ashley, mi revisora, al regresar a mi compartimento.

Me dijo que había salido a ver el estado del coche y que estaba hecha polvo.

—Cuando sucede algo así es terrible para todos nosotros. Nos sentimos, no sé, en cierto modo responsables. Ya sé que no podíamos hacer nada, pero... he estado escuchando los gritos de esa pobre chica —dijo, y sacudió la cabeza con gesto de impotencia.

El maquinista había regresado a su puesto. No había nadie que pudiera sustituirle hasta llegar a Nueva Orleans, y para eso faltaban cuatro horas o más. Los trenes de Amtrak sólo llevan un conductor.

—¿Quiere decir que ha vuelto a subirse y se ha puesto a conducir de nuevo?

—Qué remedio le queda. Está destrozado. Para los maquinistas es algo espantoso, pero tiene que aguantar hasta que lleguemos a Nueva Orleans. Se pondrá bien, aunque notará usted lo lentos que vamos.

Así era. Aquel día ya no volveríamos a lanzarnos a toda velocidad a través de los pantanos. Y no es que antes hubiera conducido demasiado rápido, ni que ahora, a la velocidad a la que íbamos, fuera a sobrevivir nadie en caso de que volviéramos a embestir un coche. Pero era posible percibir su desolación y la cautela con que supervisaba los movimientos del tren. Se percibía y se oía. Durante el resto del día el silbato sonó no ya una o dos veces cada vez que nos aproximábamos a una carretera o a una estación, sino desde kilómetro y medio atrás, emitiendo largos y apesadumbrados gemidos que el aire sofocante devolvía hasta mi compartimento: el tren se aproxima, el tren se aproxima; por lo que más queráis, no os atraveséis en su

camino. Era el sonido más triste que podía imaginar; mucho más de lo necesario, como si el conductor estuviera entonando un lamento fúnebre: escuchad todos ese silbido solitario. Y así siguió sin cesar mientras el conductor permaneció a los mandos del tren, ululando como un heraldo de la muerte mientras yo, tendida en mi litera, contemplaba el cielo y escuchaba aquel aullido kilómetro tras kilómetro.

A última hora de la tarde llegamos a Nueva Orleans, ciudad en la que, tal y como estaba previsto, hicimos una hora de escala para cambiar de equipo y abastecernos de agua. Bet y yo atravesamos la caótica estación y salimos a la calle a fumar. En ningún momento hablamos de lo ocurrido, pero a Bet se la veía taciturna.

—¿Has dormido? —le pregunté.

—No, pero he estado acostada. No podía dormir.

Asentí, y ella, tan pronto como terminó su cigarrillo, preguntó a un portero dónde estaba la tienda de licores más cercana y echó a andar en la dirección que él le indicó.

—Voy a buscar provisiones —me dijo—. ¿Te apetece algo?

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, iré dando un paseo. Te veré luego en el tren. Joder con los críos.

Y partió con la cabeza gacha, en dirección a una nueva botella de ginebra.

Demasiado pedir

Para los estadounidenses, recorrer en tren otra cosa que no sea un trayecto de cercanías es una extravagancia. ¿Por qué emplear tres días en atravesar el país cuando por avión puede hacerse en tres horas? A los editores de una lujosa revista norteamericana de modas mi idea les pareció tan pintoresca que me encargaron un artículo en el que debería describir el viaje que me proponía hacer. A mi regreso al Reino Unido se lo envié por correo electrónico al editor responsable y al poco tiempo recibí una llamada de él. El artículo, me dijo, era estupendo, pero ¿no podría eliminar algunas de las referencias al tren y a mis compañeros de viaje para añadir más cosas relativas al paisaje y los panoramas que había recorrido? En efecto, ni que decir tiene que había visto numerosos paisajes: había visto pasar Norteamérica ante mis ojos centímetro a centímetro del mismo modo que había contemplado obsesivamente el paso del océano desde el carguero, sin apartar la mirada durante horas de las ventanas del vagón panorámico o de la ventanilla de mi compartimento. Mi maleta se hallaba cargada de libros que había llevado conmigo para leer, pero mientras nos desplazábamos no era capaz de completar un solo capítulo, ya que me era imposible mantener la mirada fija en una página impresa cuando ante mis ojos, siempre iguales pero siempre cambiantes, se deslizaban los más variopintos, espectaculares y extraordinarios paisajes. A menudo deseaba que el tren avanzara más despacio para así poder examinar con más detalle las ciénagas, los ríos, las praderas, las montañas y los desiertos. No obstante, llegó a resultarme evidente que el *paso* de un paisaje ante mis ojos constituía en sí mismo un modo particular de ver el país o, en cualquier caso, un modo particular de vivirlo. Todos conocemos el placer que, incluso en los trayectos ferroviarios más breves, supone contemplar el mundo que discurre fuera del control del observador con el acompañamiento de fondo que aportan el ritmo de las ruedas en los raíles y el movimiento oscilante del vagón. Ese panorama que se aproxima y se aleja sin cesar se torna hipnótico a medida que pasa rozándonos, y nuestra mirada, incapaz de aferrarse a lo que ve, le arrebató un detalle, reparó en una nube y avista un edificio singular, un árbol marchito o un animal sorprendido. Nuestros procesos de pensamiento no pueden alcanzar la velocidad del tren o de la vista, y ello es a la vez fuente de alivio y de frustración. Nuestras reflexiones pueden existir independientemente de lo que nuestra mirada capte, y ello nos permite dejar que cuiden de sí mismas. Y, alternativamente, uno siempre puede hacer caso omiso de todo y leer un libro o abrir su ordenador personal mientras se desplaza del punto A al punto B. Yo, por mi parte, no era capaz de apartar la mirada del interminable desfile de los paisajes de Norteamérica, y entretanto dejaba volar mis pensamientos a su albedrío. La observación pasiva constituye una actividad a la vez íntima e intensa que deja tras de sí un residuo. Los ojos miran y captan las imágenes fugaces, absorbiéndolas hacia ese procesador que poseemos en la mente, que a su vez las transforma en recuerdos, en la evocación de una fracción de segundo que al cabo se

convertirá en la memoria de algo que vimos ayer, hace una semana, la década anterior o en algún momento perdido en las nebulosas del tiempo. Los destellos de esas imágenes perduran, pero luego se aposentan junto a otras relacionadas con ellas, y a la postre la mayor parte se conservarán en pantalla panorámica y Technicolor. ¿De dónde procedía esa escena, ese recuerdo? ¿Del viaje en tren o de una película que hemos visto alguna vez? El paisaje norteamericano es algo *conocido*, como son conocidos ciertos monólogos célebres de las obras de Shakespeare o algunas frases de la Biblia. Son cosas ya leídas, de tal modo que cuando te topas con ellas en su contexto adecuado pervierten y falsean el momento. En el auditorio, la desesperanza y el nihilismo de Macbeth se ven debilitados a medida que el espectador suplanta al actor en su valoración de la vida como algo lleno de ruido y de aparato pero carente de todo significado. Sobre el papel, la frase «En el principio Dios creó el cielo y la tierra» discurre ante nuestros ojos con un ritmo ya demasiado familiar, con lo que uno olvida preguntarse: ¿Qué principio? ¿Creados a partir de qué? ¿Por qué? Y mientras recorres las ilimitadas praderas de Montana o los desiertos de Arizona y Nuevo México, un millar de películas del Oeste, sus majestuosas bandas sonoras incluidas, se agolpan en la mente. *Horizontes de grandeza, Centauros del desierto, La diligencia, El hombre que mató a Liberty Valance, Wagon Train, Río rojo* y, por supuesto, *Sillas de montar calientes*. A caballo o a pie, John Wayne, Henry Fonda, Ward Bond, James Stewart y Montgomery Clift comparecen ante nosotros y pueblan el despoblado panorama que avistamos tras la ventanilla, llenándolo de aspiraciones humanas. Contamos con una imagen almacenada para cada centímetro del paisaje que desfila ante nuestros ojos. Pistoleros que, a lomos de sus caballos al galope, levantan una nube de polvo al salir huyendo de la ciudad perseguidos por la ley; vaqueros que pernoctan junto a sus hogueras con las pistolas a punto bajo las sillas de montar que utilizan a modo de almohada; rancheros que, inmersos en agrios conflictos de codicia con granjeros venidos de fuera, proyectan violentas expulsiones; caravanas de carromatos compuestos por peregrinos que viajan en busca de una nueva vida y de alguna que otra puta expulsada del pueblo que se agrupan en un círculo defensivo a medida que los indios descienden de las colinas para atacar a los intrusos, y el héroe solitario que desaparece en dirección a poniente, huyendo del peligro de verse inmerso en la misma sociedad civil que él mismo ha contribuido a crear. Cada una de esas imágenes cuenta con su propio paisaje, y cada paisaje cuenta con su propia y significativa colección de imágenes, todas ellas ya vistas en televisión o en oscuras salas de cine. Conocemos el paisaje de Norteamérica aunque nunca hayamos estado allí. Lo hemos habitado aunque no hayamos salido jamás de Londres, Delhi o Helsinki. Hemos formado parte de él aunque el punto más occidental que conozcamos sea el cine del centro comercial de nuestro barrio de algún suburbio de Nueva Inglaterra o aunque nos pasemos la vida comprando sin descanso en la Quinta Avenida.

Pero ¿qué hacer con todas estas *vistas*? Puedo intentar describir lo que capta mi

mirada y esforzarme por precisar estas imágenes estroboscópicas con palabras aunque sólo sea de modo aproximado. Veamos. El cielo es vasto y de un azul vacío; al atardecer, los despoblados desiertos amenazan el espíritu con su mortecina luz gris verdosa apenas salpicada de broza; los regatos que discurrían por terrenos cuarteados zigzaguean hasta convertirse en veloces y atronadores torrentes; los cañones te aturden y desorientan cuando clavas la mirada en ellos intentando discernir su fondo; las montañas se erigen formando formas antropomórficas que sólo vemos en sueños; y las praderas y los trigales se ondulan como un interminable y denso océano agitado por la brisa. Lo más notable, lo más curioso de viajar por Norteamérica y de contemplarla a través de esa pantalla que es la ventanilla del tren, es que todo te resulta familiar. La sensación se describiría mucho mejor diciendo que es como si Norteamérica pasara a través de ti, de lo que eres y de lo que has conocido. Estar allí sentada, contemplando el paisaje, es como si te inyectaran un tinte que hiciera que las ramificaciones de tu memoria cerebral se iluminaran para recorrer la historia íntima de tu mente. Mientras veo pasar las extrañas formaciones rocosas, las plantas de artemisa, los cactus y las yucas del desierto, me viene a la mente el vívido recuerdo de la sala de cine de Tottenham Court Road en la que presencié mis primeros tiroteos. El aroma y la blandura de la moqueta retornan a mí junto con la tensa expectación de las luces que comienzan a apagarse, la oscura y sólida presencia de mi padre junto a mí y el humo azulado de su cigarrillo, que asciende retorciéndose hasta el brillante haz de luz que enfoca esa pantalla a punto de iluminarse con sueños y parajes y complejidades de gozos y tribulaciones humanas que mi afanoso cerebro de seis años apenas alcanza a imaginar y mucho menos a comprender. Así es el paisaje de Norteamérica.

Durante mi infancia londinense, a mediados de los cincuenta, iba los días soleados a Russell Square y jugaba a indios y vaqueros en una colina ajardinada a través de la que discurría un sendero asfaltado que hacía perfectamente las veces de cañón. Cuando llovía, acudía con mi amiga —S, supongo— a la galería egipcia del Museo Británico y allí disfrutábamos de mi juego favorito. Rodeadas por aquellos monumentales restos de piedra —un pie liso como un bloque de hielo y grande como una bañera, un musculoso brazo de mármol que se extendía hasta formar un puño del tamaño del morro de un autobús—, S y yo nos sentábamos en algún banco destinado a fatigados o reflexivos amantes de la cultura, adoptábamos un volumen de voz elevado y unos acentos casi con toda seguridad aborrecibles y fingíamos ser niñas norteamericanas en época de vacaciones. Dotadas de un amplio conocimiento basado en las películas y los programas de televisión que habíamos visto, hablábamos de los increíbles y lujosos hogares automatizados que habíamos dejado atrás, manifestábamos nuestra opinión acerca de ese pequeño país en el que nos encontrábamos (una verdadera monada) y charlábamos sobre el contenido de nuestros guardarrupas (medias cortas, vaqueros auténticos) y sobre las rutilantes estrellas que acudían regularmente a merendar a nuestras casas. No lográbamos

imaginar un lugar más fascinante ni un país más extraordinario y mágico a la hora de persuadir a la gente de nuestra procedencia, sin saber que los auténticos turistas norteamericanos —más resueltos y maduros que deslumbrantes— pasaban sonrientes junto a nosotras sin dejarse convencer por nuestros dejes verbales ni por nuestras delirantes fantasías. Así te sientes ante el paisaje de Norteamérica: como un niño pequeño en el Londres de los años cincuenta.

Pero hay otro modo de contemplar el viaje. Lo cierto es que yo no me encuentro en ninguno de los lugares por los que pasa el tren, sino que estoy en el tren. Ése es mi lugar, ése es el auténtico paisaje. Lo más extraordinario no es la dificultad de saber qué es lo que estoy experimentando mientras miro por la ventana, sino el hecho de que mi verdadero paisaje se encuentra repleto de desconocidos que se han visto reunidos por el azar del viaje y que, por su condición de seres humanos o de norteamericanos o de no ingleses, o de no yo, se afanan en conocerse unos a otros antes de seguir cada uno su camino. Entre todos hemos formado un *nosotros* simplemente porque da la casualidad de que nos encaminamos en la misma dirección, y descubro que por mucho que quiera justificar mis cavilaciones personales y mi apacible distanciamiento con reflexiones sobre la dificultad de experimentar lo que ya ha sido experimentado, esta dispar colección de extraños se ha convertido en un grupo al que pertenezco ineludiblemente aquí y ahora. Y descubro también que no quiero evitar participar en él. Puedo hacerlo, claro está, si me apetece fumar o comer o beber o disfrutar del panorama a través de los grandes ventanales del vagón panorámico, pero me divierte ser una desconocida entre desconocidos que pueblan un tren y entran en contacto con otros tan desconocidos como ellos. Ni que decir tiene que todo esto también ha sido llevado al cine. El sueño americano o el viaje de pesadilla son tan conocidos como el paisaje soñado, pero los viajeros del tren pertenecen de modo incuestionable a mi presente y son, al mismo tiempo, un eco de mi pasado. El vínculo se estrecha rápidamente. Hemos empezado a observar con suspicacia a los recién llegados que, después de cada parada, acceden al compartimento de fumadores: nos sentimos más *nosotros* con la presencia de cada nuevo forastero. Sin embargo, también ellos se convierten rápidamente en habituales, en personajes asimilados que a su vez escrutan de reojo a los siguientes desconocidos que vienen a invadir nuestro espacio. Para el mundo exterior constituimos evidentemente un grupo. Cada vez que pasan, los no fumadores nos contemplan a través de las ventanas del compartimento con curiosidad y hasta con envidia. Una mujer osa desafiar la humareda, abre la portezuela, tose, parpadea y nos dice:

—Ojalá yo también fumara. Dais la sensación de estar pasándooslo de miedo.

Todos sabemos que constituimos una agrupación temporal, un conglomerado cuyos elementos están constantemente partiendo, llegando y reconstituyéndose, pero experimento la peculiarísima sensación de formar parte inherente de este compartimento de fumadores y aun de este tren: una suerte de claridad que normalmente me elude y que tiene que ver con la clase de criatura que tal vez soy.

Me veo reflejada en la compañía de estas personas que nada saben sobre mí y que nunca volverán a dedicarme un pensamiento cuando regresen a sus vidas reales. Siento que mi presencia se percibe. Podrá ser cierto (así lo *siento* yo) que sólo soy capaz de experimentar por completo a mí misma cuando estoy sola, pero el hecho de ser una desconocida en el tren —al menos durante un breve período— me proporciona una perspectiva de mí misma aquí y ahora (y de los demás ahora y entonces) que raramente obtengo a lo largo de mis contemplaciones solitarias.

Pero también eso se me antoja de algún modo familiar. La vida en un tren, en un espacio cerrado en compañía de otros que al igual que yo se encuentran en un paréntesis de sus vidas, guarda cierta correspondencia con mi pasado. La última vez que experimenté una existencia confinada fue en 1968, en el pabellón n.º 6 del hospital Maudsley. La vida en el tren tiene que ver con la vida del colegio interno, del convento, de la cárcel y del sanatorio psiquiátrico. Yo pasé una temporada en el internado, pero mi estancia en el pabellón n.º 6 (nueve meses), en el ala norte de St. Pancras aproximadamente un año antes (cuatro meses) y en el hospital Lady Chichester de Hove cuando tenía catorce años (cinco meses) constituyen mis experiencias más señaladas de lo que es la vida en una comunidad específica, y a lo que mi presencia en el *MV Christiane* o en el *Sunset Limited* me remite de inmediato es a aquellos períodos a la vez raros e intensos de camaradería. Siempre he carecido de la sensación de pertenecer a algo. Me recuerdo a mí misma desde siempre como si no me encontrara en el sitio adecuado o en donde debiera estar; como si me encontrara en el lugar equivocado: incómoda pero sin saber con certeza dónde debería hallarme. Ya de niña solía vagar en busca de un lugar que pudiera considerar mío. Por lo general lo encontraba en el extremo más alejado de algo, en algún rincón o algún cobijo. Un lugar pequeño y cerrado con cuantas más paredes mejor para evitar sorpresas y en el que no cupiera realmente nadie más. Encontrar la gente adecuada resultaba algo más difícil, y procuraba relacionarme con las familias de otros o interrogar a personas desconocidas para comprobar hasta qué punto me encontraba a gusto con ellas. De vez en cuando lo lograba, pero nunca me invitaban a irme a su casa con ellos e incorporarme a su grupo. Llegué así a la conclusión de que la respuesta *yo sola* era la más cercana que podía imaginar a la pregunta de dónde debo estar, y en los días buenos sigue constituyendo el lugar más adecuado. Supongo que el desasosiego de esa falta de adaptación podría remontarse hasta mi niñez y mi adolescencia temprana, épocas en las que pasé algún que otro período en distintas casas de acogida, en un hospicio infantil y en casa de diversas familias que me albergaron temporalmente para apartarme de mi madre. Eran, todas ellas, personas bondadosas, y me ofrecieron de buen grado su asilo, pero aunque entonces se me antojara como ingratitud, hoy creo que la sensación de no sentirme «en casa» con ellas era perfectamente razonable. Por mucho que me complaciera no encontrarme en la insoportable compañía de mis padres, era una extraña para ellos, y nunca he conseguido sacudirme la sensación de que sea cual fuere el lugar al que pertenezco

(de niña debiera haber sido mi casa, pero yo sabía que no lo era, y por lo tanto tenía que ser otro sitio, aunque no supiera cuál) no es *aquí*. Para un niño, la extrañeza que inspira un hogar distinto al suyo o el modo de hacer las cosas que tienen otras familias equivale a algo «que está mal». Los aromas, la cocina, los detalles de la vida cotidiana, difieren de los de su hogar, y ese hogar, feliz o no, es lo que conoce y es también el único lugar que posee en el mundo. Con el tiempo podrás renunciar a la atracción de lo familiar, pero el deseo general de pertenecer a algo siempre perdura, aunque supongo que en muchas personas se ve transferido a una sólida sensación de su propia identidad que hace que no se sientan demasiado amenazadas por otros lugares y otras gentes. Para mí, esos otros lugares y esas otras gentes inducen lo que los ingenieros llaman ruido, e interfieren con mi capacidad de sentir que soy yo misma y que, en efecto, poseo una identidad propia. Pero en casa, en mi piso, en compañía de mi madre y de mi padre, aún seguía buscando mi sitio apropiado, por lo que mi desazón era una desazón interna. No obstante resulta que después de todo existen lugares que, cual grietas, me permiten coexistir con otras personas durante un tiempo, lugares a los que puedo acudir que me proporcionan la manera de ser yo misma sin tener que estar única y exclusivamente sola.

Phyllis había sido declarada oficialmente catatónica. Yo no sabía nada de su vida anterior al momento en que ingresó en el pabellón n.º 6. Con Phyllis, lo único que sabías era lo que veías al mirarla. Era delgada y andaría por los treinta y muchos años. Cuando yo ingresé en el pabellón n.º 6 ella acababa de llegar, pero nadie se molestó en contarme su historia, si es que la tenía. Era como un maniquí rematado por unos cabellos largos, lacios y de un tono marrón ratonil que las enfermeras ataban a veces en una flácida coleta para evitar que le taparan la visión durante el día, que a menudo pasaba sentada, encorvada hacia delante y con su rostro delgado e inexpresivo absorto en la contemplación de sus manos, inertes sobre el regazo. Se pasaba la vida en la silla que había junto a la puerta que comunicaba el cuarto de la televisión con la sala en la que dormíamos diez de nosotras en otros tantos cubículos abiertos y situados el uno frente al otro en dos hileras de cinco, cabeza con cabeza. Todas las mañanas Phyllis era extraída de debajo de las sábanas y, encogida sobre sí misma como una muñeca de trapo, era obligada a sentarse en la cama mientras las enfermeras manipulaban sus brazos y sus piernas para extraerlos de su informe camisón de hospital e introducirlos en un jersey, una falda, unas gruesas medias y unas zapatillas de color parduzco y no menos informes. Le lavaban la cara y le ataban la coleta (aunque sus cabellos terminaban invariablemente aflojándose y descolgándose por encima de su rostro como un trozo de venda) y, finalmente, la declaraban en estado presentable para pasar el día e iniciaban las maniobras necesarias para conducirla a la sala de día. Una vez puesta en pie, había que depositar una mano firme en el centro de su espalda, lo que la impulsaba a avanzar de mala gana uno o dos pasos e iniciar el lento e indiferente trayecto que la trasladaría desde su cama, situada en el extremo más alejado del dormitorio, hasta su asiento habitual

junto a la puerta.

—Buenos días, Phyllis —le decían sus vecinas si se sentían sociables cuando ella se detenía a los pies de sus camas a la espera del siguiente empujón.

En los días buenos, Phyllis emitía un gruñido sin levantar la mirada del suelo de linóleo. Nunca quedaba claro si era un gruñido de saludo o simplemente un gruñido. Las más jóvenes, cada una en distinto estado de irritación, solíamos estar aún en la cama, esperando a que nos echara la enfermera del pabellón después de sucesivos avisos.

—Arriba, arriba. No te pasa nada. Eres joven, estás sana. Lo único que te ocurre es que eres una perezosa integral, nada más que eso.

Nos arrancaban las sábanas de un tirón, y nosotras bufábamos y maldecíamos y nos incorporábamos lo necesario para recuperarlas y arrebujarnos de nuevo entre ellas. Exactamente igual que adolescentes que quisieran permanecer en la cama para desesperación de sus atareados padres. Claro está que estábamos medicadas, que teníamos un diagnóstico, que nos autolesionábamos, que sufríamos sobredosis de medicinas (y de sueño), que llorábamos inconsolablemente, que agredíamos, que fingíamos, que nos atiborrábamos, que nos dejábamos morir de hambre, que nos recluíamos en nosotras mismas y que teníamos que soportar inyecciones, electroterapias y tranquilizantes, pero básicamente las tres o cuatro de nuestro dormitorio que ya habíamos cumplido los veinte años estábamos librando contra el mundo adulto la misma guerra que cualquier adolescente de 1968 que estuviera en su sano juicio. Casi con seguridad, todas nosotras habíamos perdido o echado a perder la ocasión de hacerlo en circunstancias normales y en otro momento más adecuado. Era un juego que se disputaba con denuedo y según unas determinadas reglas.

—Bueno, bueno —nos canturreaba la hermana Marshall con su voz sonora de las Indias Occidentales y un gesto de abandono—. Allá vosotras. De todos modos vais a hacer lo que queráis...

Sus frases aún resuenan a través de los años en boca de todas las madres que se rinden o quisieran hacerlo. «Allá vosotras. De todos modos vais a hacer lo que queráis». Y la hermana Winniki, una especie de dínamo del este de Europa, frenéticamente activa y aún hoy una presencia que me persigue, contándonos que no nos pasaba nada. Que no estábamos enfermas como la gente que padecía una dolencia de verdad.

—Fijaos en la pobre Phyllis. Todas las mañanas se levanta y se viste. No se queda todo el día en la cama. ¿Por qué no podéis pareceros más a la pobre Phyllis? Arriba, arriba, arriba.

En el pabellón n.º 6 nadie intentaba encontrarle a nada un sentido cotidiano. El día a día era diferente para cada una de nosotras. Nadie cuestionaba nunca la noción de que sería mejor parecerse a Phyllis porque su absurdidad resultaba evidente, incluso para la propia hermana Winniki. Era todo como representar una obra de teatro, una necesaria y hasta placentera pantomima que poseía sus propias normas y

satisfacciones, y ello probablemente tanto para nuestros cuidadores como para nosotras. Su labor consistía en lograr que nos levantáramos y nos enfrentáramos al día; la nuestra, en acurrucarnos y escondernos de él mediante diversas combinaciones de miedo, asco y resentimiento. Phyllis se limitaba a permanecer inmóvil. A veces, sin embargo, cuando alguna de nosotras se enzarzaba en un enfrentamiento especialmente tumultuoso o rebelde con algún miembro del personal, podías, si la mirabas con cautela y de soslayo para que ella misma no advirtiera que la veías, sorprender a la catatónica e inerte Phyllis disfrutando de la vida. Durante unos instantes cruzaba por su rostro una sonrisa, una mueca divertida, malévola e irreprimible que apenas duraba un segundo. Era algo que sucedía especialmente cuando la invocábamos como nuestra líder:

—Phyllis dice que no me conviene la terapia ocupacional. Dice que es una puta pérdida de tiempo... Phyllis quiere ver este programa e insiste en que el volumen tiene que estar así de alto; que le gusta la sátira. Hombre, pues claro que es eso lo que quiere escuchar. Es una de las mayores fans de Hendrix. ¿Quién creéis que ha sido la que ha puesto el disco?... A Phyllis no le parece que lleve la falda demasiado corta... Phyllis opina que las bragas constituyen un desperdicio de los recursos del planeta... Phyllis dice que no debería tomarme las medicinas, que debería fumar y negarme a acudir a electroterapia y escupir la comida porque sabe a mierda y tirarte este jarrón de flores para que te pase rozando la oreja... ¿Conque sí? Pues, venga, intenta obligarme, ya veremos qué dice Phyllis al respecto. Ya puedes tener cuidado o se lo diré a Phyllis... Más te vale no andarte con tonterías con ella; cuando se enfada, puede pasar cualquier cosa.

En aquellos casos, si tenías suerte, no sólo lograbas acabar con la paciencia de las enfermeras sino que a veces obtenías una de aquellas sonrisas clandestinas de Phyllis, aunque apenas fuera un destello oculto tras la cortina de sus cabellos. Creíamos firmemente que Phyllis disfrutaba desempeñando su papel subversivo en aquella guerra entre el orden y el caos. Al fin y al cabo, era una de nosotras. Y también, para mi sorpresa, lo era yo.

«Nosotras» éramos las ocupantes de nuestro dormitorio. Algunas, decididas y animosas; otras, como Phyllis, incorporadas por la voluntad colectiva. Al fondo de la sala de día había otro dormitorio que era como un reflejo del nuestro. Allí vivían las «no nosotras». Ellas escuchaban a John Denver y vestían faldas plisadas hasta la rodilla y creían en Dios, y esa obediencia pasiva las ayudaba a superar sus dificultades emocionales; nosotras escuchábamos a Hendrix y a Jefferson Airplane y nos drogábamos y nos rebelábamos siempre que podíamos contra la autoridad en el convencimiento de que nuestra ira era justa y bien merecida por aquellos que nos incomodaran, ya que habíamos nacido en un mundo profundamente incómodo. Aquella disposición bipolar resultaba tan satisfactoriamente nítida que no puedo por menos de imaginar que los responsables del centro debieron de organizarla de forma deliberada. Las niñas malas a la izquierda y las buenas a la derecha. La más virtuosa

de todas era Velda, que tendría veintitantos años y era fatua y buenecita a más no poder. Iba a la iglesia todos los domingos, luchaba por hacer uso personal del tocadiscos y poner canciones de Cliff Richard capaces de purificar aquella atmósfera blasfema, llevaba la ropa y el pelo limpios y arreglados y manifestaba su suprema desaprobación de mí y de mis desobedientes compañeras siempre que podía. A cambio de tan buen comportamiento se había visto aquejada de una extraña y terrible afección, una de esas cosas con las que Dios gusta de obsequiar a sus elegidos. Una mañana, recién levantada y dispuesta a cepillarse los dientes y salir corriendo a la oficina, descubrió que ya no podía caminar del modo en que lo hacen la mayoría de las personas. Ahora, Velda se veía obligada a recorrer el mundo a trompicones, extendiendo una pierna hacia un lado y luego enderezándose a duras penas para lanzar la otra hacia el extremo opuesto y avanzar un poco. Se trataba de un movimiento curiosamente circular que por lo general lograba trasladarla allí donde deseaba ir, aunque con gran lentitud y considerable riesgo para todos aquellos que se atravesaran en su camino. Si no la veías llegar a tiempo podías recibir una violenta patada en la espinilla o sufrir un doloroso codazo en las costillas. Sucesivos meses de investigaciones médicas no habían logrado determinar una causa física en su dolencia, por lo que, para su augusto desconsuelo, se había convertido en una paciente más de entre todas las deprimidas y depravadas del Maudsley. En conjunto, las de nuestro dormitorio no le teníamos demasiada compasión. Decidimos que lo suyo no era más que un modo de ocupar más espacio en el mundo y de amenazarnos al resto, que caminábamos en línea recta, con desviarnos de nuestra ruta. No, no nos distinguíamos por ser compasivas, e ignoro si copiábamos nuestra actitud de la de las hermanas Winniki y Marshall o si eran ellas las que imitaban la nuestra. Y entonces el evangelista norteamericano Billy Graham vino a la ciudad para salvar a la pecaminosa Londres de la cólera de Dios. Celebró en Earl's Court reuniones multitudinarias en las que los verdaderos creyentes, tras escuchar una arenga sobre los horrores del infierno, podían hacer cola para ser bendecidos con el contacto de las milagrosas manos de Billy, que les absolvían y curaban de todos los males que les afligían. A pesar de los aullidos de burla procedentes del extremo perverso del pabellón n.º 6, Velda partió una tarde ataviada con sus mejores ropas de domingo y, tras escuchar el sermón, se puso a la cola, y a la mañana siguiente, cuando se levantó de la cama, estaba curada. Con lágrimas en los ojos y gritos de aleluya caminó hasta la sala de día con tanta rectitud como su Dios pudiera desear. El diablo quedó acallado, la voz de Cliff resonó triunfal y los psiquiatras le dieron el alta considerando no que estaba curada, pero sí que se hallaba libre de síntomas, a pesar de lo cual a algunas de nosotras se nos oyó murmurar que las intervenciones milagrosas eran un motivo tan bueno como cualquier otro para recluir a alguien en una institución mental. Velda, sin embargo, hizo sus maletas con una sonrisa de superioridad, en el convencimiento y la certidumbre de que Dios estaba de su parte. Apuesto a que hoy en día les cuenta a sus nietos la historia de su sanación milagrosa,

y me pregunto si Phyllis habrá tenido algún nieto.

También eran «no nosotras» todas aquellas personas ajenas al mundo del hospital. Los visitantes, los parientes, los amigos y los inquietos y perplejos novios no eran bien recibidos, pues suponían una intrusión de nuestra otra vida en el ámbito de nuestro retiro. Irrumpían en el pabellón después de haber logrado adaptarse, trabajar, responsabilizarse y solucionar todas las cosas a las que nosotras no podíamos o no queríamos enfrentarnos. Sentíamos que con ellos la presión del mundo real traspasaba las puertas del pabellón como un bofetón gélido. Éramos vagamente conscientes de que aquella vida de aislamiento no podía durar para siempre. De hecho, el hospital imponía a sus internas un límite de permanencia de dos años. Al cabo de ese tiempo teníamos que retornar al mundo o vernos hospitalizadas con carácter permanente en uno de esos lugares con los que tanto solían asustarnos: «Si no te esfuerzas más te enviaremos a St. Bernard's...». La tentación de convertirse en un caso perdido dentro de una vasta y desapegada institución mental resultaba inmensamente atractiva en comparación con la posibilidad de salir de allí para enfrentarse al mundo en el que vivían nuestros parientes y amigos. Y también estaban las repetidoras: esas personas que se marchaban y volvían, que llevaban haciendo lo mismo durante años y que a su reingreso en el pabellón eran recibidas como viejas amigas y se recluían de nuevo en su rutina y su seguridad con un suspiro de alivio. Pero esto, de algún modo, se nos antojaba más terrible que el encarcelamiento perpetuo, más terrible aún que la libertad. En cualquier caso, lo cierto es que nuestros visitantes nos enfrentaban demasiado a la realidad e ignoraban nuestros códigos. A veces se diría que hablaban en otro idioma, que empleaban palabras cautelosas y paternalistas para referirse a cosas que a nosotras no nos importaban en lo más mínimo. De hecho, ni siquiera ellos mismos nos importaban. Nos importábamos mutua y apasionadamente entre nosotras, entre los miembros de nuestro dormitorio, entre las que constituíamos nuestra familia. Las personas que conocíamos en el exterior eran extraños, personajes groseros y desprovistos de comprensión, demasiado pusilánimes como para que nuestras almas pudieran expresarse con la brutalidad con la que nos comunicábamos entre nosotras mismas, ignorantes sobre cómo enfrentarse a nuestro pánico o nuestra depresión, sobre qué hacer si nos cortábamos las venas. Cuando una de nosotras padecía una crisis las enfermeras pedían ayuda a otra de las pacientes, porque todas hablábamos el mismo lenguaje, sabíamos de qué iba la cosa. Aquellos que lo desconocían, que se mostraban nerviosos en nuestra compañía o empleaban un tono de voz equivocado (demasiado benévolo y amable, demasiado áspero y severo) no nos inspiraban otra cosa que desprecio, y todas suspirábamos aliviadas cada vez que los visitantes —ya propios, ya extraños— se marchaban y nos dejaban reanudar nuestra existencia regular. Y para mí, una hija única aleccionada por su madre en la necesidad de ocultar a los demás los problemas personales, esta camaradería constituía una experiencia de lo más inusual.

Treinta años después, a medida que anochece sobre el *Sunset Limited*, partimos de Nueva Orleans, Luisiana, en dirección a Texas, y en la siguiente visita que realicé al compartimento de fumadores después de aquellos sesenta minutos de escala descubrí que contábamos con algún que otro nuevo miembro. Cuando entré estaba teniendo lugar una acalorada conversación en torno a los méritos relativos de duendecillos y gnomos. Uno de los interlocutores era un hombre que aparentaba más de los aproximadamente cincuenta años que tendría y cuyas facciones devastadas aún conservaban el fantasma de su antigua apostura. Calzaba sandalias abiertas, vestía unos pantalones holgados y una camisa de manga corta que había visto días más pulcros y se había acomodado con la espalda apoyada en la pared del fondo. De una de sus manos pendía peligrosamente un cigarrillo liado a mano, y con la otra sostenía una lata de cerveza ladeada. La cabeza parecía pesarle demasiado como para mantenerla enhiesta, y el resto del cuerpo aparecía derrumbado, como si en cualquier momento pudiera perder por completo el tono muscular y deslizarse hasta el suelo como un montón de ropa vieja. Así y todo, había algo en él, una pretensión de dignidad tal vez, que le elevaba sobre la categoría del borracho disoluto más corriente y le permitía concentrar la atención de todos los presentes en sus palabras, que pronunciaba con el despacioso cuidado que presta el alcohol al tiempo que blandía con desenfado su lata de cerveza para enfatizar la absoluta fiabilidad de lo que estaba diciendo.

—No me hable de duendes, caballero. Todo el mundo sabe que los duendes no existen. Son invenciones destinadas a los niños y a los necios. Los gnomos, sin embargo, ya lo creo que existen. Ahora mismo tenemos aquí a uno. Está ahí delante, junto a mi pie derecho. ¿Lo ven? Yo he conocido a muchos. Los gnomos me resultan del todo familiares. Son mis amigos. Y quien crea que van vestidos de verde y que llevan esos gorros ridículos es un bobo que nunca ha visto a la gentecilla. Lo cierto es que visten ropas completamente normales, aunque mucho más pequeñas que las nuestras. Y son irlandeses, como yo, motivo por el cual me acompañan y me cuentan lo que necesito saber. Hay quienes se precian de ser irlandeses, pero para conocer a los gnomos hay que ser un irlandés auténtico. ¿Pueden verlo ustedes?

Su acento, sazonado de un leve deje norteamericano, derivaba hacia el inglés. Desde un punto de vista puramente humorístico era como W. C. Fields, pero en el género que nos ocupa encarnaba al médico borrachín que siempre se sienta en el asiento de ventanilla de las diligencias. Le había sorprendido mientras, con exagerada paciencia, explicaba la realidad del mundo invisible a Conal, instalado junto a Virginia a varios asientos de distancia. Yo me acomodé en un lugar que aún quedaba libre frente a la problemática pareja, y Conal dio un sorbo de su whisky y sonrió con expresión de desdén.

—Ya... usted en realidad es un idiota y un viejo alcoholizado que no tiene ni idea de lo que dice, y yo soy irlandés hasta la médula. Conozco a los gnomos, bien sabe

Dios que sí, y son excelentes amigos de los duendes. Y en este tren no hay ni duendes ni gnomos porque los duendes y los gnomos no viajan en tren. Se teletransportan. Usted está completamente bebido, está borracho como una cuba, y no tiene ni puta idea de lo que es la gentecilla. Es usted un falsario. ¿De qué parte de Irlanda se supone que es usted, amigo mío?

—Yo no respondo a las agresiones ni a los abusos de gentes groseras y maleducadas —dijo el otro con tono pomposo y un acento inglés aún más acentuado—. Yo nací en Irlanda pero estudié en la Universidad de Cambridge, si bien me vi imposibilitado de completar mi licenciatura debido a imperativos económicos ajenos a mi control. Estoy habituado a un nivel de debate de mejor calidad y a una clase de oponente muy superior. La clase de oponente y de discusión, señor mío, que usted ni siquiera podría imaginarse. Usted se limita a demostrar su ignorancia y su zafiedad con la pobreza lingüística de sus agravios, y en cualquier círculo social decente sería considerado como un cateto. No hablaré más con usted. Y el gnomo tampoco le tiene en muy buena opinión que digamos. Acaba de decírmelo con toda claridad.

Cerró los ojos para demostrar que la conversación había terminado y en seguida se oyeron vítores y exclamaciones de «Estupendo, tío», «Sí, señor, así se habla», «Bravo» y «Viva los gnomos», procedentes de los demás ocupantes del compartimento, muertos de risa ante la intensidad de la convicción del recién llegado en lo referente a duendes y gnomos a la vez que regocijados por el evidente enojo de Conal al verse despreciado como socialmente inferior. Se le veía irritado, y eso que debía de llevar ya algún tiempo provocando a nuestro beodo amigo de los gnomos. Murmuró a Virginia algo acerca de los borrachos muertos de hambre que no saben cuál es su lugar y tras recibir una mirada de repulsión de su mujer se levantó de su asiento y empujó con el codo a su semiinconsciente rival para espabilarlo.

—Vamos, amigo mío, los irlandeses no debemos guardarnos rencor. Tome un trago.

Alargó el bourbon hacia el recién llegado, que entreabrió ligeramente los ojos ante la irrupción. Al ver el vaso, alzó la cabeza para escrutar con más claridad su contenido y alargó hacia él la mano con la que aún sostenía la colilla encendida.

—Muy amable por su parte. Lo pasado, pasado. Brindo por eso.

Un hombre al que tampoco recordaba haber visto antes y que permanecía sentado en el lado opuesto del compartimento se inclinó hacia delante y se dirigió a Conal en voz baja:

—No le dé más alcohol. Ya ha bebido bastante. El bourbon terminará de tumbarlo.

—Esto no es asunto suyo, es algo entre mi nuevo amigo y yo. De hombre a hombre. Dele un buen trago... ¿cómo se llama?

—Raymond. Gracias. Tal vez le haya juzgado mal —dijo el otro, aceptando el vaso que se le ofrecía y dándole un largo trago al que siguió un violento y momentáneo acceso de tos—. Vaya, sí que está bueno. No bebe usted cualquier cosa.

Muy amable por su parte. Muy amable de verdad.

Tosió un poco más y retornó a su estado semicatatónico. El hombre sentado frente a él, de mediana edad, agradablemente apuesto, atildado como un actor de segunda fila de telenovela norteamericana y vestido con unos vaqueros cuidadosamente doblados y planchados, calcetines blancos y mocasines, se inclinó hacia Raymond y retiró la colilla apagada de entre sus dedos. Junto a él, dos muchachos de aspecto quinceañero se entretenían con un juego electrónico de pesca. Los dos tenían los ojos azules y los mismos cabellos largos, lacios y rubios, y ambos vestían camisetas y tejanos deshilachados. Tenían que ser hermanos, si no mellizos, y dado que eran demasiado jóvenes para fumar legalmente debían de estar allí para que su padre, al que llamaban Chuck, pudiera vigilarlos. Los dos se reían por lo bajo del viejo borracho.

—No tiene gracia, chicos —dijo Chuck, y se volvió hacia Conal—. Y usted, hombre, no le dé más de beber. El revisor le dio permiso para subir al tren con la condición de que le mantuviera vigilado. Si le ve bebiendo le echará.

—¿Y usted quién es, su padre? —repuso Conal con tono burlón.

El hombre se encogió de hombros.

—¿Qué va a ganar con que le expulsen del tren? Déjele que duerma la mona.

La discusión se vio interrumpida por la entrada de un muchacho que, tras recorrer la puerta, se detuvo un instante para observar cuidadosamente a todos los ocupantes de compartimento. Tendría unos quince años y era robusto y de corta estatura, con hombros bien cuadrados, una espesa cabellera negra y las amplias facciones propias de los indios mexicanos. Había en él, sin embargo, algo que no encajaba. Respiraba con jadeos entrecortados, como si le costara trabajo aspirar el aire. Su atuendo, inmaculadamente limpio y esmerado, consistía en una camisa de cuadros, unos vaqueros planchados y unas deportivas de aspecto flamante. Llevaba el cabello más bien largo, y peinado de tal modo que dejaba el rostro al descubierto, pero la abierta mirada de sus ojos, demasiado amplios, tenía algo de inocente y cándido y parecía sugerir más la presencia de un niño pequeño que se esforzara por captar el mundo que le rodea que la de un adolescente que ya lo hubiera asimilado.

—Hola —dijo con voz sosegada y profunda.

Todos los que ocupábamos el compartimento para fumadores nos volvimos hacia él.

—¿No eres un poco joven para fumar? —inquirió Conal.

El muchacho avanzó un par de pasos y se detuvo.

—Hola —dijo de nuevo—. Me llamo John.

Hablaba con demasiada lentitud y un acento levemente arrastrado, y aquella invitación general para que se le saludara resultaba demasiado explícita. A John le pasaba algo raro. Algo o bien congénito o bien producto de un accidente. Se dirigió hasta una joven de cabellos rubios que mediaría la veintena y se detuvo frente a ella.

—Hola, me llamo John —dijo, y esperó.

—Hola, John —dijo ella con una sonrisa que revelaba que era consciente de que John sufría alguna anomalía.

John sonrió de oreja a oreja, alargó la mano y estrechó vigorosamente la de la muchacha.

—John. Me llamo John. Hola.

Luego recorrió el resto del compartimento, deteniéndose frente a cada uno de nosotros, presentándose, esperando a que le dijéramos «Hola, John» y riendo luego con alborozo al estrecharnos la mano. Finalmente, retornó a la primera chica.

—Hola, me llamo John.

—Lo sé —dijo ella con fingida impaciencia, pero él abrió mucho los ojos, asintiendo repetidamente con un gesto que parecía apremiarla a desempeñar su papel—. De acuerdo. Hola, John —dijo, y extendió de nuevo la mano para que él se la estrechara.

John sostuvo su mano sin soltarla.

—¿Puedo oírte respirar?

—¿Cómo?

—¿Me dejas que te oiga respirar? ¿Puedo? Por favor...

La joven parecía perpleja, y John se aproximó a ella hasta que sus rodillas entraron en contacto. Luego ladeó el rostro y se inclinó, depositando la mejilla y la oreja entre el hombro de la chica y su pecho izquierdo. Ella adoptó una postura rígida.

—Respira. Por favor, respira. Así —suplicó John, y jadeó exageradamente para mostrarle lo que debía hacer—. Así. Hazlo. Por favor. Hazlo.

«Qué demonios», parecía expresar la mirada de impotencia que la muchacha paseó a su alrededor. Jadeó levemente y los demás sonreímos, divertidos por la escena y por su disposición a complacer al infortunado John. Qué demonios.

—No pares. Más. Respira más fuerte —dijo John sin cambiar de postura.

Ella resolló un poco más y luego se detuvo, asiendo suavemente a John por los hombros y apartándolo de su pecho.

—Ya es suficiente.

John se incorporó y sonrió abiertamente.

—Gracias. Gracias.

A continuación me llegó a mí el turno. John depositó la cabeza contra mi pecho y yo jadeé unos instantes. Virginia y otras dos mujeres se negaron a satisfacerle, pero lo hicieron con gesto amable y sonriente. Bet accedió y le obsequió con un rápido jadeo. Los hombres, entretanto, habían contemplado la escena atónitos, tanto por el hecho de que nos hubiéramos avenido a jadenear con la cabeza de John apoyada en el pecho como por lo peculiar de sus deseos.

—Bueno, John, ya está bien —dijo de pronto uno de ellos—. Supongo que tus padres estarán preguntándose dónde estás.

El recreo había tocado a su fin.

John sonrió, indicando con ello que comprendía que su rato con los adultos había concluido. Todos los niños saben que el tiempo que comparten con los mayores siempre es limitado.

—Vale. Adiós —dijo con tono cordial desde la puerta a la vez que se despedía de todos con la mano.

—Adiós, John —coreamos nosotros.

Cuando se hubo marchado intercambiamos risitas nerviosas mientras especulábamos sobre qué podía sucederle. Los hombres no parecían estar seguros al respecto.

—¿A ustedes les parece normal que se pasee por ahí de esa manera? ¿Y haciendo esas cosas? ¿Dónde están sus padres?

—Disfrutando de un merecido rato de descanso, probablemente —dije yo—. El muchacho es inofensivo. Acercar el oído al corazón de alguien y escuchar su respiración debe de resultarle reconfortante y tranquilizador.

Recordé que uno de mis gatos suele hacer algo parecido.

—Sí —dijo Conal—. Seguro. ¿Me deja probar a mí, señorita británica?

—Cierra la boca —le espetó Virginia—. Tú también eres subnormal, pero de otra clase.

Entre ambos destelló una breve chispa de odio que luego se extinguió.

Las mujeres del compartimento, incluso aquellas que se habían negado a participar en el juego de John, admitieron lo desacostumbrado del comportamiento público del chico, si bien reconocieron su infantilismo y sus evidentes necesidades. Los hombres se mostraban incómodos y suspicaces. El pobre John, obstaculizado en sus progresos emotivos e intelectuales por algo ajeno a él, podía permitirse un comportamiento que a ellos les estaba vedado. De algún modo se estaba saltando las reglas, y ellos, cual hermanitos mayores a los que ya no se les permite el acceso al pecho materno, estaban batallando sin poder disimularlo con sus propios celos. A saber incluso si no era un chaval perfectamente normal que fingía lo que hacía para obtener lo que deseaba: un astuto perverso. Los hombres saben de esas cosas. Y si realmente se trataba de un auténtico retrasado, quién sabe de qué sería capaz si perdía el control. El deseo sin control conforma una perspectiva terrible. Los hombres saben de esas cosas.

—Bueno —dijo Chuck, el defensor de Raymond—. Debería estar vigilado. Con esta gente nunca se sabe.

Se oyeron murmullos masculinos de aprobación procedentes incluso de los más jóvenes. Las mujeres —me dio la sensación— intercambiaron miradas de complicidad y lo dejaron correr. Yo di por supuesto que eran conscientes no sólo de aquella ansiedad masculina sino también de lo que yo misma había advertido al depositar la mirada en el espacio que se abría entre John y yo cuando él reclinaba la cabeza sobre mi pecho: la complacida sonrisa del muchacho ante el sonido y la vibración de la respiración y el pulso ajenos se había visto acompañada de un rápido

y leve frotamiento del pene con una de sus manos, oculta en el bolsillo de los vaqueros, algo que más podía considerarse como un manoteo que como una caricia. Si se trataba de una masturbación era una masturbación desmayada y en ningún caso destinada a alcanzar el orgasmo, sino más bien un distraído complemento de su placer. En ningún momento había tocado el cuerpo de ninguna de las presentes con nada que no fuera la mejilla y la oreja. Presumí que el resto de las mujeres también lo habían advertido y que habían llegado a la conclusión de que era mejor que los hombres no se enteraran.

Raymond había pasado dormido la mayor parte del episodio, pero la siguiente vez que le miré vi que estaba observándome atentamente.

—Es usted una dama inglesa —dijo—. Hábleme con su encantador acento. Venga aquí y hable conmigo.

Yo me senté junto a él y le conté de qué parte de Londres procedía.

—Sí, sí, conozco Hampstead. El Heath. Ay, me trae usted recuerdos del pasado. Yo tuve una infancia feliz, pero ahora...

Me contó una historia delirante de su privilegiada niñez en Irlanda e Inglaterra, de sus ex mujeres, de fortunas amasadas y luego perdidas en prodigalidades y pensiones, y de una hija que no quería saber nada de él y que se había negado a responder a su llamada cuando la telefoneó. Él vivía en Los Ángeles y no era capaz de recordar qué había estado haciendo en Nueva Orleans. De hecho, no recordaba nada anterior al momento de verse en el tren, pero sabía que Chuck, sentado frente a él en compañía de sus dos hijos, le había encontrado inconsciente en el suelo del vestíbulo de la estación. Los demás transeúntes, tomándole por un vagabundo borracho, se habían limitado a sortearle con cierta repugnancia, y aunque en efecto se encontraba paralizado por el alcohol, lo cierto era que un grupo de chiquillos le habían dejado inconsciente para robarle el dinero. No obstante, en su afán por huir de la bulliciosa estación, habían omitido llevarse su pulsera de oro, su costoso reloj, sus tarjetas de crédito y un billete de regreso en el *Sunset Limited*. En consecuencia estaba sin un céntimo, pero había podido comprar a crédito alcohol y cigarrillos en el bar. Chuck le había obligado a beber café, le había conducido hasta el tren después de que Raymond se negara a acudir al hospital o a tener nada que ver con la policía y había bregado con el acomodador para que le permitiera realizar el trayecto. El acomodador, finalmente, había accedido a ello con la condición de que Chuck se hiciera responsable de él y con la salvedad de que si sorprendía a Raymond bebiendo le expulsaría del tren en la siguiente estación. Yo miré a Chuck, que también escuchaba la pastosa y entrecortada historia de su protegido, y él enarcó las cejas en un gesto con el que parecía querer decir: ¿y qué va a hacer uno?

—La culpa es del alcohol, ¿comprende? —suspiró Raymond, explicándose—. Pero cuando lo has perdido todo por culpa del alcohol, sólo te queda el alcohol para consolarte.

Ahora nos hallábamos situados en géneros diferentes. Raymond era uno de esos borrachos incorregibles, sentimentales y arrepentidos que tan bien retrataba Hollywood: James Mason en *Ha nacido una estrella*, Ray Milland en *Días sin huella...* Era un modesto caballero que había tenido algo que perder y lo había perdido: todo menos el espectro de una cierta clase, real o imaginaria, y yo, por mi parte, adolezco de una debilidad personal por los borrachos incorregibles, sentimentales y arrepentidos. Para entonces, perdido el hilo de su discurso, Raymond había vuelto a quedarse dormido. Yo recogí la lata de cerveza que aún sostenía en la mano y la deposité en la mesa.

—No he conseguido que coma nada —dijo Chuck—. He convencido al barman para que no le sirva más alcohol, pero la gente sigue invitándole a cerveza.

Los dos muchachos habían abandonado el compartimento para ir a comprar unos emparedados.

—Es usted muy generoso al cuidar de él. Y encima, teniendo que ocuparse de sus dos hijos.

Él sacudió la cabeza y dejó escapar una risa breve.

—No son míos. Se me pegaron en la estación. Van a Los Ángeles para reunirse con su madre. Se habían metido en problemas con las autoridades por hurtos de poca monta, cosas de críos, y conseguí que la policía los dejara a mi cargo hasta que lleguen a su destino. Son buenos chicos. Tan sólo un poco echados a perder.

Chuck era un samaritano polifacético. Quién sabe si no recorría las líneas de ferrocarril haciendo el bien allí donde se precisaba. Tal vez eran aquellos críos los que habían asaltado a Raymond y Chuck los había acogido a todos bajo su cuidado. O tal vez no era sino un Fagin ferroviario que aún tenía la mirada puesta en el reloj y la pulsera de Raymond. O un Flautista de Hamelín. Todo era concebible. Cada posibilidad constituía un descarnado componente dentro de una historia aún no finalizada. Nos encontrábamos en un tren, apartados del curso normal de nuestras vidas, y cualquiera de nosotros podía narrar el relato que le apeteciera. Por el momento no éramos otra cosa que aquello que contáramos.

—¿Vive usted en Los Ángeles?

—No. Voy de visita.

No parecía tener nada más que añadir sobre sí mismo. Los muchachos regresaron portando sendas latas.

—A ver, chicos, os dije que nada de cerveza. Aún no tenéis edad.

Los dos gimotearon un poco a modo de protesta, pero le entregaron las latas. Daba la impresión de que les apetecía estar a cargo de alguien.

Raymond se despertó con un resoplido. Se volvió a mirarme y suspiró. Recordaba más al Caballero Blanco de Alicia que a James Mason. Se ladeó hacia mí, en parte para buscar apoyo en mi hombro y en parte para hablarme al oído con tono confidencial mientras me acariciaba suavemente el brazo con las yemas de los dedos.

—Tienes una piel tan tersa... Y tu modo de hablar. Si tan sólo te hubiera

conocido hace unos años. Podría haberte ofrecido... Te habrías enamorado de mí y ahora no me vería como me veo.

—Oh, no lo creo, Raymond. Nunca se me han dado muy bien las relaciones.

No me complacía, ni de cara a mí ni de cara a él, la idea de que fuera tan sólo un accidente temporal lo que nos hubiera mantenido separados. No me parecía que el hecho de tener otra cosa más que deplorar fuera a ayudarlo demasiado, y tampoco me gustaba el modo en que se había apropiado de mi pasado alternativo. Esa historia era mía, y sólo yo tenía derecho a jugar con ella. Me irritaba la punzada de culpabilidad que tenía que suprimir por no haber aparecido a tiempo para evitar que Raymond cayera en el alcoholismo, pero así y todo seguí hablando amablemente, porque ¿qué otra cosa les queda a los borrachos sin remedio salvo el recuerdo de pasados que nunca han tenido lugar? Pero él no me escuchaba. Se había trasladado a un presente que de pronto le resultaba tan dúctil como su propia historia.

—Vente a vivir conmigo a North Beach. Tengo suficiente dinero para cuidar de ti. No te faltaría de nada, te lo juro. Si te tuviera, dejaría de beber, lo sé. No necesitaría beber, tendría todo lo que necesito. Te mimaría. Estaríamos tan bien juntos... En Los Ángeles hay mucha cultura. Iríamos al teatro y leeríamos libros y daríamos paseos junto al mar. ¿Qué me dices? Hablo en serio. Podríamos ser felices.

No respondí. No me pareció que debiera hacerlo. En realidad no estaba hablando conmigo. Estaba sencillamente especulando en cómo debería haber resultado su vida. Era todo tan simple... ¿cómo podía haberse complicado y estropeado hasta ese punto? Raymond fijó una mirada soñadora en lo que pudo ser y no fue.

—Todo cuanto deseo... todo cuanto deseo es despertarme por las mañanas junto a ti y verte dormida con una pierna por encima de la mía. ¿Acaso es demasiado pedir? —murmuró, y se volvió directamente hacia mí—. Sentir el peso de tu pierna, dulce y sedosa, estirada por encima de mi muslo cuando me despierte por la mañana. ¿Es demasiado pedir?

Pues sí, la verdad. Lamentaba profundamente que así fuera, porque puestos a anhelar cosas tampoco parecía tan irrazonable, pero era, en efecto, demasiado pedir, o al menos más de lo que iba a ocurrir. Mi pierna tenía otros lugares en los que reposar, y mis propios planes y sueños no tenían nada que ver con residir en Long Beach y contribuir a la recuperación de un alcohólico. Durante un segundo fugaz, sin embargo, no me pareció demasiado pedir: visualizaba la imagen de nuestros cuerpos entrelazados y rendidos al sueño tras los ajeteos del amor... el sol de la mañana reluce a través de las cortinas, y Raymond se despierta rebosante de una nueva vida y de un amor que ha dispersado todo lo malo para sacar a la luz el sosiego de la satisfacción y la felicidad. Yo abro los ojos, nos sonreímos y tomamos café. Bajo su coraza autodestructiva, ahora desechada, he descubierto sucesivos estratos de ser y de sabiduría que me asombran por su sensibilidad y por su encanto. Su temulenta intuición era acertada. Nos compenetramos: somos compañeros y amantes y hemos establecido una alianza amable y permanente, como dos mitades que, al fin, encajan

con facilidad. Nos damos un beso de buenos días sabiendo que ya no hay más batallas que librar. ¿Es realmente demasiado pedir? ¿No podrían un acto de voluntad o un alarde de fe hacerlo posible? ¿Por qué no un accidente temporal *no* malogrado ni lamentado, sino reconocido y aprovechado ahora mismo, en el presente? ¿Por qué no puede la gente conseguir que ocurran cosas buenas? Sencillamente cosas buenas, como el amor o el bienestar. ¿Es eso demasiado pedir? ¿Por qué no apropiarse de un encuentro azaroso y de una fantasía sentimental y convertirlos en un hecho real? Dile que sí a Raymond. Sigue el dictado de ese capricho pasajero. Arriésgate, pon tu vida patas arriba y desvía tu rumbo a North Beach. ¿Qué impide que esta historia sea la de una mujer que se sube a un tren, emprende un viaje innecesario, conoce a un borracho y convierte deliberadamente la situación en un «felices para siempre»? Cierto es que no me siento desdichada en mi vida real, y que ésta se aproxima mucho a mi ideal exacto. Y cierto es también que las fantasías de salvación de los bebedores se hallan invariablemente edificadas sobre arenas movedizas. Sé también que mis posibilidades de ser feliz con alguien que luzca una pulsera de oro son muy escasas. ¿Pero en qué medida es lo que otro necesita más importante que lo que yo deseo? ¿Qué pasaría si yo pudiera ser simplemente útil para la existencia de Raymond? ¿Cuándo hago yo algo por los demás? ¿Acaso mi vida no es buena porque procuro complacerme a mí misma? ¿Por qué me lo pongo tan fácil? ¿Por qué no esforzarme por estar con alguien que se encuentra a años luz de mi corazón y de mi mente? ¿Quién diablos me he creído que soy?

Lo que pasa con el sentimentalismo y con los sueños imperfectos sin remedio es que son virulentamente contagiosos. Y esa capacidad que poseemos para convertir la desdicha en real es lo bastante poderosa como para adoptar la forma aparente de su polo opuesto. Durante un instante es como si nunca hubiera vivido, como si nunca hubiera experimentado nada. La fantasiosa solución de irme a vivir con mi desmemoriado amigo del hospital de St. Pancras ni siquiera había sido la primera. La primera había consistido en vivir sola con mi padre: todo iría bien si mi madre no estuviera y si pudiéramos deshacernos de mi madrastra. El sueño se convirtió en desastrosa realidad a mis trece años, cuando la abandonó y se buscó un piso en el que viviríamos solos él y yo. Imposible. Peleas domésticas. Todos sus romances y/o proyectos financieros (unos y otros a menudo resultaban ser la misma cosa) echados a perder por mi presencia, mis celos y mi decepción, su insensibilidad y su decepción. Al cabo de pocas semanas él había vuelto con mi madrastra y yo me convertí en una prisionera derrotada y mohína que vivió sin salir de su ático hasta conseguir que su asistente social la enviara de nuevo al internado. Sé muy bien lo que pasa cuando los sueños se hacen realidad. Luego vino el hombre sin recuerdos. Y luego Ralph: yo veinte años; él unos cincuenta y cinco e igualmente sumergido en el alcoholismo, y también en St. Pancras, después de que John retornara a su vida. Horas y más horas en una habitación auxiliar intentando persuadirle para que no saliera a tomarse una copa. Tanta palabrería... Luego desaparecía y regresaba algunos días después,

estremecido y quebradizo, resuelto como nunca a no decepcionarme, su joven ángel de sobriedad por siempre enamorado de mí. Al final terminaron por echarle. Demasiadas recaídas. Tenía el hígado destrozado. Era un caso clínico. Algunas semanas después me llegó una carta de suicidio llena de arrepentimiento y de líricas expresiones de amor y de pérdida. De todo lo que pudo ser y no fue. Pero el suicidio propiamente dicho tuvo lugar varios meses después, cuando le encontraron muerto en la cama junto a una caja llena de botellas de whisky vacías. Así era Ralph. Solía acompañarme a Biba's^[7] para verme comprar boas de plumas y minifaldas. Su padre había sido un poeta georgiano. Y también estaba H., el del Pub Francés, de temperamento melancólico pero casado y bien casado: con niños. Y Michael, de joven siempre tan salvaje y fascinantemente achispado, tan poco fiable que si quedaba contigo en la puerta del cine sabías que podías quedarte en casa y aprovechar para lavarte la cabeza con toda tranquilidad. Luego se hizo mayor y siguió siendo igual de seductor, pero ya no podía evitar el temblor de sus manos, y todas las oportunidades que antaño le proporcionaran su talento y su encanto habían sucumbido largo tiempo atrás a su preferencia consciente por el alcohol. Luego Michael murió y celebramos un conmovedor funeral al que asistieron cientos de viejos amigos y de compañeros de copas que cantaron la *Internacional* y *The Wild Colonial Boy*^[8] y festejaron la leyenda de que en sus últimos momentos había alzado una fantasmagórica copa al tiempo que exclamaba: «Que se jodan los envidiosos». Un auténtico don Giovanni de la ginebra. En conjunto, no sé por qué, una sucesión de alcohólicos y soñadores impenitentes que me habían concebido como un camino de regreso a la vida o me habían recogido de modo transitorio a lo largo de su viaje en dirección opuesta mientras yo me dejaba conmovir por sus intenciones, su irreversibilidad, su necesidad existencial y su autodestrucción. Una y otra vez, olvidaba por un instante lo que ya sabía. Esto tal vez podría funcionar, pensaba yo, sin pensar jamás en la posibilidad de buscar amantes más sobrios y fiables. Sin embargo, el verdadero atractivo debía de residir en el hecho de que ninguno de ellos fuera capaz de trabajar. Al final dejé de hacerlo porque tal vez ya no precisaba de desesperadas ensoñaciones ajenas para alegrar mi vida. O porque, finalmente, la experiencia se había impuesto.

Pero allí estaba, en aquel tren norteamericano, y durante apenas un segundo, como si hubiera nacido ayer, las impracticables fantasías de Raymond se me antojaron factibles. Quién sabe si fue el ritmo metálico de las ruedas sobre la vía lo que las hizo sonar así, o si mi inmersión en la narrativa sentimental de un trayecto americano en tren había prestado credibilidad al cliché. ¿Y por qué no? Los episodios de redención y romance se hallan trenzados en el tejido de la mente humana al igual que otros relatos en apariencia más duros de soledad y pérdida, de decepción y de penurias jamás recompensadas. La ficción del realismo sucio no es menos sentimental y estereotipada que la fantasía romántica de los sueños hechos realidad. En Norteamérica todas las historias tienen un «felices para siempre» que funciona o

bien como final, o bien como clamoroso opuesto. Los parámetros de la historia — cómo debería ser ésta— son bien conocidos, y todos los relatos que se narran a lo largo de un viaje son modelos de su propia proximidad o alejamiento de esa historia verdadera. Pero ¿es esto exclusivamente norteamericano? A buen seguro no, pero el sueño de conocer a ese extraño que es tu media naranja, tu fuerza equilibradora, adopta un giro decididamente distópico y misántropo en manos del inglés que realizó *Extraños en un tren*. El desconocido hitchcockiano es el demonio, es una pesadilla, es un castigo por no mantenerse uno prudentemente aislado en sí mismo durante el tránsito entre dos realidades. En Inglaterra no hablamos con desconocidos, sino que permanecemos mudos y solitarios a lo largo de nuestros desplazamientos. En la película, Bruno Anthony es el pago que obtiene Guy Haines por permitir que su aislamiento se vea invadido. Hitchcock, que como perfecto arquetipo del inglés sabe de sobra que uno jamás debe hablar con desconocidos, presentaba así una regocijada advertencia a Norteamérica sobre las terribles repercusiones de la franqueza y el optimismo. Sin embargo, los norteamericanos siguen hablando con los extraños que se encuentran en el tren, en la confianza de que habrán de transformar sus vidas para dotarlas de todo lo bueno que una vida debe poseer. Y aun así los desconocidos escuchan, dejándose arrullar hacia aquiescencias imaginarias por el desarraigo temporal que atraviesan y el ritmo sincopado y soñoliento de los raíles.

—¿Qué decides, pues? —me preguntó Raymond, decidido a que le tomara en serio. Ni siquiera conocía mi nombre.

—Espera a que se te pasen los efectos del alcohol y lo pensaremos —repuse yo, en la certeza, en la confianza, de estar pidiendo demasiado.

—Cuando llegue a North Beach dejaré de beber, pondré todas mis cosas en orden y te llamaré para que vengas a visitarme. ¿Qué te parece?

—De acuerdo. Cuando lleves dos o tres meses sin beber iré a verte.

¿Qué coño estoy diciendo? ¿Y qué pasa si, a diferencia de todos los demás borrachos que he conocido, éste se las arregla para no empinar el codo? Bien, en ese caso iré a visitarle a Los Ángeles. ¿Por qué no? En cualquier caso, olvidará haberme conocido tan pronto como me apee del tren y pasará a ser otra de las muchas y nebulosas oportunidades que no supo aprovechar. Con todo, me arrepiento de haberlo dicho, pero Raymond ha vuelto a quedarse dormido o inconsciente.

Cuando alcé la mirada vi que Chuck estaba contemplándome.

—No deja de resultar tentador, ¿verdad? —dijo, mirándome fijamente, como si con ello quisiera subrayar los pensamientos y la desazón que ocupaban mi mente.

Comenzaba a sospechar si no sería Chuck el que terminaría por convertirse en la principal voz de nuestro viaje. Yo asentí, sintiéndome culpable y azorada por haber resultado tan transparente o, cuando menos, por haber merecido tanta atención.

—Una se deja llevar por las fantasías.

—Ya. Pero es mejor evitarlo. Tampoco le ayudaría.

Para los ocupantes de las localidades de coche cama el billete incluía tres comidas diarias. Los que viajaban sentados llevaban sus propias provisiones, compraban emparedados en el bar o pagaban aparte para comer en el vagón restaurante. Tomábamos el desayuno, la comida y la cena sentados en el lugar que nos indicaba el camarero, frente a parejas casadas o comensales desconocidos entre sí. En el recinto del vagón restaurante uno no elegía dónde quería sentarse. Allí te encontrabas en un reino aparte en el que el *maître* hacía simultáneamente las veces de anfitrión y de no muy benevolente dictador. Los camareros iban y venían por el angosto pasillo que discurría entre las mesas, más o menos inmunes a las oscilaciones del vagón. Lo que uno obtenía habitualmente del personal del vagón restaurante era rapidez, eficacia y una indefinible mezcla de burla y desprecio. La productividad era la clave. Tenías que reservar una hora para comer y esperar a que te llamaran por el nombre, momento en el que más te valía apresurarte en acudir si no querías ser víctima de la empalagosa pero afilada lengua del camarero. La comida —especialidades regionales preparadas día a día por nuestros chefs de a bordo— era espantosa: carne de vaca o de pollo presentada con toda una variedad de glutinosas salsas (*cajún* en las proximidades de Nueva Orleans y chile con especias en Nuevo México, pero todas ellas del mismo tono marrón parduzco) recalentadas al microondas hasta el límite de sus miserables perspectivas de caducidad y, como invariable primer plato, una ensalada consistente en unas pocas y entristecidas hojas de lechuga iceberg acompañadas de un surtido de desoladores aliños envasados en bolsitas de plástico. Lo mejor era el desayuno, ya que al menos servía para traer a la mente el prodigio de las salchichas y los picadillos de los restaurantes de menú, aunque el hecho de encontrarnos en el Sur hacía necesario evitar a toda costa la opción del maíz semicocido. Algunos afirmaban que la calidad final no dependía en absoluto de evitar la pasta de maíz que preparaban en el tren (una sustancia peligrosamente similar a la cola para paredes mezclada con arenisca), toda vez que se trataba de un alimento del que había que huir siempre y en todo lugar. Sin embargo, las cantidades eran generosas, y los que viajábamos en coche cama devorábamos resueltamente nuestras raciones puesto que ya habíamos pagado por ello. En cualquier caso las horas de las comidas servían al mismo propósito que cumplen en los hospitales en la medida en que delimitaban y espaciaban el día. Formaban parte de nuestro comportamiento institucionalizado.

El domingo por la noche, concluida la cena, proseguimos en la oscuridad nuestro recorrido por el Sur, dejando atrás pantanos y caimanes e internándonos en Texas. A eso de la medianoche, en algún lugar situado entre Lafayette y Lake Charles, yo apagué mi último cigarrillo y me despedí del resto de los fumadores, de los que tan sólo los más jóvenes seguían aún en pie. Chuck había persuadido a Raymond para regresar al asiento que le correspondía, en el mismo compartimento en que viajaban él y los chicos, y Bet se había acostado nada más cenar. Llevaba todo el día taciturna desde el momento del accidente, que los demás referían por lo bajo a los recién

llegados para que se hicieran una idea de cómo había sido el viaje hasta entonces. Maddy y su amigo pinchadiscos se habían pasado la jornada entrando y saliendo del compartimento para fumadores, pero aparte del saludo general con el que se dirigían a los presentes se les veía mutuamente absortos en conversaciones de tono reservado y apremiante. Conal entraba de vez en cuando con su vaso de bourbon para fumarse un rápido cigarrillo y ver de quién podía mofarse mientras Virginia dormía en su doble compartimento de coche cama de primera clase extra. George, con su eterna gorra de béisbol encajada del revés, había terminado con Heidegger y leía ahora a Viktor Frankl, pero el libro reposaba boca abajo en su regazo mientras escuchaba las palabras de otro joven negro sentado junto a él que respondía al nombre de Chris y no tendría más allá de veinticinco años. Yo, que aguzaba el oído para enterarme de la conversación, le oí decir a George que viajaba con su mujer y dos críos pequeños de Nueva York a California porque allí era donde vivían sus familiares, que aún no conocían a los pequeños.

—He conseguido que en el trabajo me concedieran unas vacaciones sin sueldo. Mis padres todavía no han visto a mis hijos, y ¿quién sabe cuándo iba a poder visitarles de nuevo?

No podía quedarse charlando demasiado rato porque tenía que regresar junto a su mujer. Había intentado convencerla para que le acompañara al compartimento de fumadores, pero no soportaba el humo.

—Le dije que aquí había gente realmente interesante, pero detesta el olor a tabaco y, en cualquier caso, es tímida.

Chris parecía preocupado. Contó a George que en el momento de sacar el billete no era consciente de lo cara que era la comida a bordo. Se había quedado sin dinero y aún faltaban dos días y una noche para llegar. La noche anterior había conseguido que el encargado del comedor le dejara fregar algunos platos a cambio de darles de cenar a él, a su mujer y a sus hijos, y esa noche pensaba ayudar al revisor con la limpieza de los coches cama, pero le inquietaba lo que pudiera pasar la noche siguiente. Así y todo, confiaba en poder convencer a alguno de los empleados para dejarle trabajar a cambio de comida.

—Con suerte, igual me dejan conducir el tren —rió.

George le escuchaba con aire comprensivo. Entraron dos chicas jóvenes a las que yo no había visto hasta entonces, ya que de haberlo hecho las habría recordado. Eran apenas adolescentes y de piel muy negra, y su atuendo de vampiresas les prestaba una imagen de absurdo y disparatado glamour que contrastaba con la comfortable vestimenta del resto de los pasajeros. Vestían vaqueros estrechamente ajustados, zapatos de tacón alto y un top escotado y adornado con orificios adicionales para mostrar la mayor cantidad posible de piel. Llevaban maquillaje de brillo y aderezos de oro por todas partes, y se comunicaban con tono de apremio, como si tuvieran que intercambiar información urgente, aunque se trataba claramente de una estrategia diseñada para que pareciera que no eran conscientes de estar llamando la atención,

que era justamente lo que pretendían. Entraron en el compartimento de fumadores parlotando y gorjeando sin parar, y se instalaron sin saludar a nadie junto a un joven blanco que acababa de entrar poco antes y se había sentado junto a George. Él, al verlas llegar, se puso inmediatamente en estado de alerta y enderezó su postura en el asiento mientras las muchachas se acomodaban junto a él con un remolino de risas y contorsiones. Luego intentó permanecer indiferente durante dos segundos y medio pero finalmente se rindió y, con gesto nervioso, les ofreció un cigarrillo. Al poco rato se hallaban todos enzarzados en una animada conversación, como si se conocieran de toda la vida. George lanzó un vistazo en mi dirección y le propinó un leve codazo a Chris, tras lo cual se acarició la garganta una o dos veces. Las alborotadoras jóvenes, finalizados ya sus cigarrillos, se encaminaron hacia la puerta con paso vacilante, seguidas obedientemente por el joven.

—Oye, luego te veo, tío. Nos vamos al bar —le dijo a George.

Su rostro expresaba una mezcla de orgullo y asombro. George le dirigió una mirada de advertencia, pero los tres desaparecieron por la puerta y él se limitó a sacudir la cabeza con aire a la vez jocoso y divertido.

—¿Ha visto eso? —me dijo, y se volvió luego hacia Chris.

—¿Que si he visto qué? —respondí yo.

Chris parecía desconcertado.

George volvió a llevarse la mano a la garganta.

—Le espera una buena sorpresa. ¿No habéis visto la nuez de esos dos?

Yo había estado demasiado distraída por sus excitados amaneramientos y sus llamativas técnicas de seducción, y Chris seguía absorto en sus propios problemas.

—Eran realmente buenos, pero con la nuez no hay nada que hacer. Eran tíos. Fijaos en ellos la próxima vez que entren.

De ser cierto, claro está, lo habría explicado todo. Seguí allí un rato, pero no regresaron al compartimento.

Era mi última noche completa en el tren. Permanecí largo tiempo tendida en mi cama, despierta, dejándome arrullar por el ritmo de las ruedas y sin apartar la vista de las estrellas que se deslizaban ante mis ojos. Bet, Raymond, Chris, Conal, Virginia, Maddy, los travestidos y John deambulaban por mis pensamientos como un puñado de historias humanas que apenas constituía un minúsculo ejemplo de todas las vidas que el tren transportaba junto conmigo. Allí tendida, todas aquellas historias, todos aquellos corazones y mentes, adquirirían volumen y masa hasta completar el espacio libre de mi compartimento, expulsando incluso el aire mismo de su interior para luego extenderse al pasillo y al resto del tren. Yo respiraba aquellas existencias conocidas e ignoradas que me oprimían con su magnitud, y al volver la mirada hacia el negro firmamento observaba el espacio vacío del universo, tenebroso e interminable, con sus estrellas y sus vacíos, prolongándose en silencio para siempre mientras en el interior del tren en marcha el peso de la consciencia humana, de la existencia, de todo, se agolpaba y paralizaba hasta formar una pegajosa y angustiada

narrativa que se repetía sin cesar para decirlo todo y no decir nada. Yo me esforzaba porque todo me pareciera normal —ésta es simplemente la avenida más larga de Estados Unidos—, pero seguía antojándoseme todo abrumador y catastrófico. Por fin, me dormí para atajar el creciente pánico que estaba despertándose en mi interior.

Después del desayuno encontré el compartimento para fumadores casi al completo. A sus asistentes más habituales, sumidos en agitada conversación, se habían unido algunos recién llegados. Bet, que no había comido nada, ya estaba allí.

—Dios mío, Jenny, no te lo vas a creer... —exclamó, escandalizada, sin darme tiempo a cerrar la puerta a mis espaldas.

—Ese John. Acaba de estar en...

—Sí —dijo Conal—. Vuestra encantadora e inocente criatura.

—Nos estaba engañando.

—Si es que las mujeres... —resopló Conal con aire exasperado.

—Se dedicaba, ya sabes, a tocarse... ahí abajo, ya sabes... todo el rato... mientras nosotras le dejábamos que apoyara la cabeza sobre nuestro...

—¿Que se masturbaba? —dije yo—. Ya lo sé. Bueno, más o menos.

—¿Lo sabía? —preguntó la chica rubia, atónita.

—¿Lo sabías? Quiero decir que ¿sabías lo que pretendía? —dijo Bet.

—No pretendía nada. Sencillamente buscaba su propio placer, confundido o no.

—Estaba cometiendo un abuso sexual —dijo Chuck con una severa expresión de ira en el semblante.

—Sí —gritó Gail—. Montandoselo a costa nuestra.

—Pues sí. ¿No lo sabíais?

Todos parecían horrorizados, si bien el enojo de las mujeres parecía revelar más asombro que cólera. Los hombres mostraban un aire solemne y vengativo. Sus peores temores se habían visto confirmados. John, el pobre retrasado, había estado obteniendo placeres de naturaleza sexual allí mismo, delante de nuestros ojos, y se había salido con la suya. ¿Habría estado, además, riéndose de ellos todo el tiempo?

—Es un pervertido. Deberíamos decirle al revisor que llamara a la policía al llegar a la próxima estación.

—¿Qué clase de padres tiene, que le dejan pasearse por ahí completamente solo?

—Podría resultar peligroso. ¿Y si le da por abusar de los niños que viajan en el tren? Tenemos que denunciarle.

—Habría que tenerle controlado.

—Habría que echarle del tren.

—Pero si no es peligroso —dije yo—. Lo único que le ocurre es que no es lo bastante sofisticado como para mantener una cosa separada de otra. Lleva a cabo asociaciones que nosotros no nos permitimos.

—Hace lo que le da la gana. En el tren hay niños. Están los niños de Gail. ¿Cómo sabes que no le va a dar por ponerse a toquetearlos?

Yo, claro está, no podía saberlo. Bet, intrigada por verme tan poco alarmada, parecía ya medio convencida de que tenía razón, pero en ese momento se me ocurrió que quizá me había equivocado. Era ciertamente posible que se descontrolara. ¿Y los niños? ¿Qué me hacía estar tan segura de que John era un inocentón inofensivo? Así y todo, lo estaba, y lo que más me inquietaba era la creciente indignación que iba acumulándose en el compartimento de fumadores, y que amenazaba con descontrolarse. Tenía ante mí el germen de un linchamiento.

—¿Por qué no le decimos al revisor que pregunte a sus padres o a quien sea que viaje con él, a ver qué dicen? Parece muy bien atendido, no da la sensación de estar descuidado. Cuando le dejan pasear por ahí sólo será porque le consideran inofensivo.

—O porque no lo saben; o porque no lo quieren saber.

Quizá estaban en lo cierto. ¿Quién sabía de lo que era capaz la gente? ¿Quién sabía qué preferían algunos no saber? En cualquier caso, John había sido expulsado del compartimento para fumadores. Chuck le había echado y le había dicho que no regresara porque era demasiado joven para estar allí (aunque sin hacer mención de sus dos rubios protegidos) y que debía permanecer junto a sus padres. John se había asustado, al menos según Bet, que no estaba segura de si ello era bueno o no. Y nadie hizo mención alguna al respecto cuando el revisor volvió a asomar su rostro huraño en la siguiente inspección. Recorrió el compartimento e inspeccionó el contenido del cubo de basura situado en la pared del fondo. Frunció la nariz con gesto de repugnancia ante las colillas allí depositadas, pero ello no le impidió asegurarse de la ausencia de latas de cerveza. Yo paseé la mirada por los airados pasajeros, pero nadie parecía inclinado a decirle nada acerca de John.

Aquella misma mañana, algo más tarde, el tren se detuvo en mitad del campo durante el trayecto entre San Antonio y Del Río. Durante media hora no pasó nada, hasta que finalmente se nos informó a través de los altavoces de que estábamos detenidos a causa de un tren de mercancías que circulaba delante de nosotros y había sufrido una avería. En consecuencia, se había decidido que lo empujaríamos hasta la siguiente desviación, lo que, se nos dijo, sería más rápido que esperar a que lo repararan. De este modo, sólo habría que añadir una hora más a las tres que ya habíamos perdido. Por todo el compartimento de fumadores —y, sin duda, por la totalidad del tren— se elevó un coro de gemidos incrédulos, pero en general nos reíamos, preguntándonos qué más habría de depararnos aquel viaje.

El acoplamiento de nuestra locomotora con el tren de mercancías provocó algo más que el leve topetazo del que nos habían prevenido por megafonía, y en el momento del contacto experimentamos una fuerte sacudida. Los pasajeros se vieron zarandeados hasta el punto de que algunos salieron despedidos de sus asientos. Raymond, que llevaba toda la mañana sumido en una bruma de alcohol, se deslizó casi grácilmente hasta el suelo y permaneció allí sin moverse, al parecer cómodo en el lugar en el que había aterrizado. Bet, sin embargo, menuda y tensa, se estrelló

violentamente contra la pared y profirió un grito de dolor. Al enderezarse, se aferró un hombro y crispó el gesto.

—Maldita sea, creo que me he dislocado el hombro. Dios mío ¿qué más nos espera todavía? ¿Hasta qué punto puede empeorar un viaje así? Bastante malo ha sido tener que verme obligada a realizarlo para encima atropellar a tres personas y ponernos a desviar trenes. Ya no lo soporto más.

Tras unos momentos de silencio se oyó un nuevo aviso por los altavoces.

—¿Hay algún médico a bordo del tren? Se ruega a aquellos pasajeros con conocimientos de medicina que se pongan en contacto con el revisor.

—Dios mío. Dios mío de mi vida —gimió Bet.

Finalmente, a paso de tortuga, nos pusimos en marcha de nuevo y empujamos al otro tren durante cosa de una hora hasta que una sacudida algo más suave nos indicó que nos habíamos separado de él y podíamos seguir nuestro viaje. Para entonces el alcohol corría a raudales y el ambiente era de auténtica fiesta. El revisor ya no nos daba ningún miedo: que se atreviera a expulsarnos de aquel patético remedo de lo que ha de ser un viaje en tren. Reinaba una atmósfera de indiferente abandono, de almas perdidas atrapadas en un barco a la deriva, de simple espera hasta que sobreviniera el siguiente desastre. Me encaminé al bar en busca de un par de Manhattans en lata (sí, en *lata*) para Bet y para mí, y encontré allí a Chris sentado a una de las mesas y bebiendo Coca-Cola en compañía de su mujer y de sus hijos. Sin pensarlo mucho, rebusqué en el interior de mi bolso y me acerqué hasta su mesa. Saludé a la mujer y a los niños y me senté junto a Chris. No llevaba nada ensayado.

—Hola. Quería pedirle un favor.

Él, aparentemente alarmado, se volvió hacia su mujer sin mirarme.

—¿Qué?

—Para la cena de esta noche —dije, deslizando hacia él el estrujado billete de cincuenta dólares que había sacado del bolso e introduciéndolo entre sus dedos.

Rara vez me he sentido tan inútil. No era gran cosa. Había intentado que no pareciera gran cosa, pero no tenía ni la más remota idea sobre cómo dar dinero a alguien. Él no me lo había pedido, y me conformaba con no hacerle daño. Tan sólo quería desviar parte de lo que me sobraba hacia Chris, a quien le vendría bien. No pretendía ofenderle. No lo contemplaba como una limosna, sino más bien como una redistribución, y no especialmente generosa si a eso vamos. Sin embargo, me había mostrado tan azorada... «Quería pedirle un favor». Mi actitud había sido contrita, subrepticia y alarmante. De algún modo, había logrado crear una situación embarazosa para todos. La mujer de Chris le indicó con un gesto que aceptara el dinero. Él me miró fríamente.

—De acuerdo —dijo—. ¿Y?

—Nada —respondí yo, sin comprender.

Él seguía mirándome, como si esperara algo.

—Perdón... —balbucí, y regresé apresuradamente al compartimento para

fumadores sin los Manhattans.

Daba igual. Conal ya había llegado y andaba repartiendo bourbon entre todos los que allí estábamos. Reinaba un considerable alboroto, en el que los presentes se contaban unos a otros sus peores viajes en tren y narraban catástrofes históricas sufridas por la compañía Amtrak. Incluso Maddy y su pinchadiscos lograron distraer temporalmente su atención el uno del otro para intervenir en el coloquio.

—Hace pocos años hubo un accidente en esta misma ruta pero más atrás, en el Sur. ¿No recordáis haberlo leído? Un vapor de ruedas chocó contra el puente del ferrocarril, pero nadie informó de ello. El puente debió de quedarse debilitado o algo así, porque parte de él se vino abajo al pasar el tren. Todos los vagones cayeron a la ciénaga. De todas maneras, era un puente bastante bajo: supongo que por eso chocó el barco contra él. Lo más increíble es que los pasajeros apenas resultaron heridos. La mayoría salieron de los vagones y se pusieron a nadar. Algunos se ahogaron, creo, pero la mayoría estaban ilesos. Sin embargo, era un pantano de caimanes, y los que no habían perecido en el accidente murieron devorados. Los bichos venían de todas partes, y ya se sabe que son animales incapaces de masticar: atrapan a su víctima y empiezan a girar sobre sí mismos hasta que la ahogan. El caso es que casi todos sobrevivieron al accidente pero no al ataque de los caimanes.

Durante unos instantes reinó un silencio sobrecogido, roto por un lamento de Bet.

—Oh, Dios mío...

—Sí —dijo DJ—. Y no creáis que se los comen allí mismo y en ese momento. Por lo que tengo entendido a los caimanes no les gusta la carne fresca. Prefieren conservar a sus presas hasta que están bien...

—Cállate —chilló Maddy, y por todo el compartimento se elevó un coro de carcajadas burlonamente siniestras.

Incluso Raymond abandonó momentáneamente su estado semicomatoso para contemplar la escena con ojos entrecerrados y sonreír al saberse parte de la diversión.

Chris entró en el compartimento para fumadores y se sentó junto a mí.

—Lamento lo de antes.

—¿Por qué?

—Siento haberme mostrado tan desconfiado. Cuando me dijo que quería pedirme un favor, pensé que me estaba dando dinero... para hacer algo. Creí que quería algo de mí.

—Oh, Dios mío. Lo siento, ha sido culpa mía. Fue una estupidez decir eso.

—No, fui yo. No creía que la gente hiciera esa clase de cosas sin esperar nada a cambio.

—No tiene importancia. Era muy poca cosa, y yo lo tenía. La próxima vez que le sobren cincuenta dólares puede dárselos a alguien a quien le hagan falta. Simplemente no quería que pareciera nada especial.

Chris asintió.

—Sí. También yo le he dado cosas a la gente, pero hasta ahora nadie me había

dado nada a mí. Gracias.

Había adquirido todo unas dimensiones desproporcionadas. Se trataba de un regalo insignificante, y yo lo había hecho fatal. ¿Por qué tenía que ser tan difícil? Tan sólo mi propia turbación había complicado las cosas y había causado aquel malentendido. Me sentía avergonzada de todo el episodio. Chris y yo nos encogimos de hombros y él, tras un intercambio de sonrisas, se levantó y regresó junto a su familia.

Para entonces los presentes habían comenzado a cantar a coro con toda naturalidad (Johnny Ray, Sonny y Cher, Tammy Wynette y Patsy Kline les parecían igualmente apropiados para la ocasión), y así siguieron hasta que a eso de las ocho y media, con más de cuatro horas de retraso, llegamos por fin a El Paso, donde debíamos permanecer detenidos durante veinte minutos. Para Bet, que no había parado de beber de su botella de Coca-Cola envuelta en una bolsa y parecía francamente alegre a pesar del evidente dolor que sufría en el hombro, había llegado el fin del trayecto. Sus compañeros de viaje, que perdían a una de las más veteranas, le obsequiaron con afectuosas despedidas, y ella me invitó a bajar al andén para conocer a su héroe. Allí estaba, esperándola: un hombre robusto y de mediana estatura que lucía un amplio mostacho y vestía botas de *cowboy* y chaqueta y pantalones vaqueros. Tan pronto como Bet hizo ademán de presentarnos inclinó la cabeza a modo de saludo, pero estaba demasiado ocupado: en un brazo sostenía a un niño pequeño y con la otra mano sujetaba una voluminosa maleta. Frente a él caminaba una mujer embarazada de varios meses.

—Hola, tesoro. En un momento estoy contigo.

—Es en este vagón —le gritó la mujer embarazada, y Bet y yo nos quedamos mirándoles mientras desaparecían en su interior.

—¿No es maravilloso? Siempre ayudando a la gente.

Por un instante experimenté una punzada de alarma, pero el héroe regresó.

—Héroe, te presento a mi nueva amiga, Jenny. Jenny, éste es mi héroe.

Nos estrechamos la mano. Le dije que me alegraba de conocerle, que cualquier héroe de Bet era también el mío. Él sonrió con expresión de modestia.

—¿Estás lista, mi vida?

—Desde luego. Jenny va a venir a visitarnos dentro de muy poco tiempo.

—Estupendo.

Nos dimos un abrazo de despedida, y el rostro de Bet dibujó una mueca de dolor al aplastar yo su hombro maltrecho. Mientras se alejaban en dirección al todoterreno del héroe aún llegó a mis oídos la voz aguardentosa de Bet:

—¿Qué tal está Mikey? Dios mío, no vas a creerte el viajecito que he tenido...

Para cuando llegué a Phoenix

El Phoenix suburbano es un lugar perfecto para quien quiera refugiarse del exceso de contacto con el mundo. Me encontraba sentada a la sombra de un plátano, junto a la piscina bordeada de monumentales palmeras: un oasis ajardinado y silencioso en el que, avanzada la mañana, podía percibirse el zumbido del calor y en el que nada se movía bajo el sol abrasador excepto alguna que otra mariposa que revoloteaba de matojo en matojo, o el gato, que de vez en cuando alzaba la cabeza para ver si se había producido algún cambio y a continuación retornaba a su sopor. Yo, de tanto en tanto, me introducía en el agua para refrescarme y luego regresaba a mi butaca y volvía a sumirme en mi letargo. Me sentía como si acabara de estar enferma, con esa sensación de estar recuperando conscientemente la propia identidad, de aprender de nuevo la realidad después de haber tenido el cuerpo trastornado, en un estado de alerta exagerada ante mis propios procesos que me hacía reconocer cada movimiento que realizaba así como los requerimientos físicos precisos que exigía cada actividad: los microscópicos cambios musculares cada vez que mis ojos seguían el trayecto de la mariposa, el movimiento de mi pecho al elevarse y descender con la respiración, el acto de alargar la mano en dirección al vaso de zumo de naranja o el de estirar la pierna para acariciar al felino con el pie. Ni siquiera mis parpadeos eran inconscientes. El calor (que superaba los cuarenta grados) contribuía en parte a hacer cada esfuerzo perceptible, pero ello derivaba asimismo de un estado mental de vigilancia originado por la súbita liberación de la compañía de otros, de la desnuda perspectiva de quién era esa persona que había observado, escuchado, conversado, interactuado y sido vista por los demás. Conservaba aún la impronta de mis compañeros de viaje, que me parecía sentir casi de un modo físico, como esas pálidas marcas que quedan en la piel después de que ésta se haya visto sometida a una presión.

Cada dos semanas alternas se inunda una subdivisión del área residencial de Phoenix. El departamento de administración de aguas represó Salt River en un dique artificial y a continuación creó dos canales para suministrar agua a los residentes y permitir que sus jardines florecieran en medio del desierto. Cada quince días, a una hora preestablecida, los vecinos abren los grifos conectados a tuberías subterráneas procedentes del canal y el encargado de la compañía de aguas —el *zanjero* que, según explica amablemente su página *web* con ayuda de pronunciación incluida, significa en español «revisor de zanjas»— abre la válvula que permite que miles de preciosos litros de agua se esparzan sobre el terreno. La riada inunda todas las parcelas, y la capa de líquido, de un espesor que ronda los cinco centímetros, reposa durante horas sobre la superficie hasta que la tierra la absorbe para dotar a los jardines del verde más chillón imaginable, para alimentar unas palmeras tan altas y tan generosamente cargadas de dátiles que es preciso recolectar su fruto con métodos profesionales, para hacer prosperar los plátanos y para que las naranjas y los limones sobrecarguen

pesadamente las ramas de los frutales que crecen en este retazo de tierra rescatado del desierto de Arizona. Arizona: así nombrada, supongo, por los españoles a causa de la aridez de su suelo. (María, mi anfitriona, es originaria de Ecuador, y a veces viaja a Nueva York o a su país tan sólo para reencontrarse con algo de lluvia: añora las nubes, los días encapotados y los chaparrones.) El agua procedente de la presa de Salt River impregna la corteza originalmente seca de los jardines cultivados para que esta Norteamérica suburbana viva con un elevado nivel de confort estético y físico dentro de un entorno hostil a otro tipo de vida que no sean los cactus. Sus palmeras, llamadas Sphinx, se dan únicamente en Phoenix, y acaso en Arabia Saudí. De hecho, se dice que se obtuvieron originalmente en ese país en 1917. Según otra versión, alguien «descubrió» en 1919 una primera palmera Sphinx en un jardín próximo a Phoenix y sus doce retoños dieron origen a todo el resto, sin que haya sido posible encontrar otros ejemplares de la especie en ningún lugar del mundo. El caso es que sea cual fuere el verdadero origen de la palmera Sphinx resulta extraño encontrarse en esta especie de oasis moderno de alta tecnología. Salvo por este calor tórrido, que el ingenio humano aún deberá hallar el modo de controlar de un modo asequible, podría hallarme en una burbuja de cristal, en un edén artificial rodeado por territorio salvaje. Mis amables anfitriones me habían dejado sola para que pasara la tarde en paz y, al menos a ratos, se me saltaron las lágrimas.

En 1962 abandoné el hospital de Lady Chichester y me trasladé de Hove a Londres rescatada mediante un acto de caridad, acogida por una mujer a la que nunca había visto y que se había enterado de mi situación por medio de su hijo, de cuyo colegio me había visto expulsada. Aquella persona me ofreció un lugar en el que vivir, unos estudios adicionales y algo parecido a una vida normal. Después de todos los altibajos de vivir con mis padres y de pasar luego varios meses en aquel sanatorio psiquiátrico, separada de ellos por médicos que tenían tan poca idea como yo misma de cuál había de ser mi futuro, aquella liberación inesperada vino a proporcionarme, contra todo pronóstico, unas ciertas perspectivas de final feliz. Las cosas iban a salir bien después de todo: yo iba a salir bien. Aquello era una afortunada escapatoria del caos y la angustia. Milagrosamente, había evitado enfiar quién sabe qué tenebrosa y fatídica senda que, según la opinión más generalizada, otras circunstancias previas ajenas a mi control me habrían obligado a recorrer. Se me había ofrecido la ocasión de alterar la descorazonadora prognosis que todos, yo misma incluida, habíamos presumido inevitable para una chiquilla de quince años que ya había sido expulsada del colegio, apartada de sus padres y recluida en un manicomio. Y allí me encontraba, en Londres, salvada... y consumida por mis sentimientos de culpabilidad. Culpabilidad del superviviente, que lo llamarían hoy en día. En Lady Chichester había convivido con otros cuyo caos y angustia igualaban cuando menos los míos, y ahora, sin motivo alguno que yo pudiera imaginar, me había visto rescatada de un modo accidental y arbitrario. Había dejado atrás a mis amigos, temerosos y desesperados, pero a ellos ¿quién iba a salvarlos? Mis compañeros —mis amigos—

me habían obsequiado con una generosa despedida, supongo que complacidos de descubrir que la escapatoria otorgada por la fortuna era al menos posible. No sé si les dejé en el hospital con un poco más de esperanza o con algo menos a causa de la sospecha de que la buena suerte proveniente del exterior era un fenómeno limitado. Yo, que era de esta última opinión, sentía que me llevaba conmigo una buena porción de la escasa buena fortuna reservada por lo general a los internos del hospital Lady Chichester. Como bien sabíamos ellos y yo, los golpes de fortuna pueden ser buenos y también malos. El azar, solíamos pensar, es un lugar ajeno a esta vida, un territorio aparte en el que existen discontinuidades que guardan cola, o más bien se abren paso a codazos, para abatirse sobre nuestro confiado mundo. Los golpes de fortuna se manifiestan mediante llamadas inesperadas a la puerta, timbrazos telefónicos a altas horas de la noche, visitas de control a la consulta del médico, un tropezón en la escalera, un ataque al corazón sufrido por otra persona, un automóvil al que se le rompe el cable del freno al pasar tú, la notificación de que no eres el único que conoce el número secreto de tu tarjeta de crédito, una súbita racha de viento que arranca precisamente *ese* árbol, un volcán cercano que llevaba décadas inerte hasta que llegaste tú de vacaciones, una falla inactiva que recorre tu ruta hasta el trabajo, o precisamente la ausencia de esa llamada a la puerta o al teléfono. O una carta que dice tú no me conoces, pero mi hijo me ha hablado de ti así que vente a vivir conmigo y yo me encargaré de arreglarlo todo. Un golpe de fortuna. ¿Quién iba a esperarlo? ¿Quién podía adivinarlo? ¿A santo de qué cabría imaginarlo? ¿Cómo podría nadie saberlo? Y tanto si el golpe de fortuna es bueno o malo existen ante él dos reacciones igualmente válidas y sinceras: «¿Por qué yo?», y «Sí, por supuesto, ¿qué otra cosa podía suceder?». De modo que cuando nos sentimos atrapados, esperamos, anticipándonos con esperanza y temor al golpe que nos deparará la fortuna. Y a veces, como golpe de fortuna que es, no se presenta.

Así salvada de quién sabe qué inimaginable pero obviamente espantoso destino, instalada en un confortable hogar de Londres a la espera de encontrar un colegio que se arriesgara a admitirme para realizar mis estudios preuniversitarios, me sentía notablemente desdichada por haber resultado escogida para sobrevivir, y también culpable de la ingratitud que esa infelicidad suponía hacia mi salvadora: iba así sumiéndome en una creciente depresión justamente en el momento en el que las cosas comenzaban a irme bien. Ahora, en retrospectiva, no me resulta en absoluto sorprendente: ¿qué hay más sobrecogedor que verse rescatado (¿para qué?), y encima por alguien que te ha acogido en confianza, sin verte antes ni saber cómo eres? ¿Qué hay más terrible que tener que aprovechar una oportunidad de la que aquellos que has dejado atrás no han podido disfrutar? Al mismo tiempo, sin embargo, mi nueva e injustificable desventura me desconcertaba, y ahora, bajo el calor espectacular y el retumbante silencio de mi oasis de Phoenix, me sentía asaltada por parecidos remordimientos ante el alivio de haber dejado atrás a mis compañeros de viaje y verme nuevamente sola y absorta en mí misma.

A las dos y media de la madrugada el tren se había detenido en la estación de Tucson con cuatro horas y media de retraso. En otros tiempos había existido un enlace ferroviario directo con Phoenix, donde vivían mis amigos John y María, pero había terminado por suprimirse en aras de los beneficios. Para llegar adonde yo quería ir había un autocar que tardaba dos horas en completar el recorrido... y estaba también la amabilidad de mis amigos, que habían seguido el caprichoso progreso del tren a través de Internet y sabían que su hora original de llegada —las diez— iba a rondar más bien las dos o las tres de la madrugada. Ello, sin embargo, no les impidió acudir a recogerme. Comparados con los pasajeros del tren, podían considerarse como viejos amigos, pero lo cierto es que nunca había visto a María, y a John le conocía únicamente de un viaje anterior a la Antártida.

Me había despedido de mis compañeros fumadores a eso de medianoche. Raymond dormía, por lo que le pedí a Chuck que se despidiera de él por mí.

—¿No piensas darle tu número de teléfono en Inglaterra? —me preguntó.

—No.

Ni siquiera se me había ocurrido.

—Creo que deberías hacerlo. Le dijiste que irías a visitarle si dejaba de beber. ¿Y si lo hace?

Garabateé mi número en un trozo de papel con la absoluta certeza de que jamás sobreviviría al viaje de regreso de Raymond. Así y todo, había en el fondo de todo ello un punto de ternura del que no podía hacer caso omiso.

Chuck asintió aprobatoriamente. Quién sabe si no estaba a sueldo de algún departamento de psicología de la central de Amtrak en calidad de superego ambulante de la vía férrea. En Norteamérica, la moralidad acecha por doquier, por lo que en realidad no resulta sorprendente mi incapacidad para determinar si Chuck era un santo o un pecador, un samaritano o un hipócrita. Cuando la moralidad se cruza en mi camino mis sensaciones son muy parecidas. Chuck debería haberme caído mejor. Al menos, debería haber experimentado admiración por él, pero mi reacción básica era de desconfianza. El problema, sospecho, estaba más en mí que en él.

Las *go-go girls* que tal vez fueran chicos se aparearon en Tucson, pero ni siquiera mi última y prolongada mirada me permitió llegar a una conclusión definitiva acerca de su nuez. Las únicas personas que abandonaron el tren junto con ellas fueron John y una mujer de mediana edad a la que había ido a recoger un hombre que los rodeó en un abrazo conjunto, aparentemente feliz de reunirse con ellos. Ninguno de los dos mostraba en sus facciones el menor rasgo de sangre india o mexicana, por lo que supongo que serían los padres adoptivos del muchacho. Formaban una sonriente pareja burguesa, y ambos se volvieron cordialmente hacia mí mientras yo me despedía con la mano de John y él gesticulaba en mi dirección explicándoles quién era. Parecían complacidos de que el muchacho hubiera hecho nuevas amistades en el tren, y yo también. El hombre le rodeó con uno de sus brazos y los tres echaron a andar en dirección al estacionamiento.

Mi amigo John, que andaba ya cerca de los setenta años, esperó la llegada de mi maleta desde el vagón de equipajes y luego condujo durante dos horas a través de la desértica negrura de Phoenix. A las cinco de la madrugada, antes de darnos las buenas noches, encendió las luces que iluminaban la piscina y las palmeras del jardín trasero para hacerme ver que ahí estaban, listas para contribuir a mi recuperación al día siguiente. Consideraba mis tres jornadas de Jacksonville a Tucson como la clase de viaje heroico que algunas valerosas mujeres inglesas habían emprendido al oscuro corazón de África durante el siglo XIX. Ya durante nuestro viaje a la Antártida había mostrado una profunda y romántica debilidad por la excentricidad inglesa, y compartía la generalizada opinión norteamericana de que el sistema ferroviario estadounidense podía considerarse muerto y de que resultaba inútil para trasladar a nadie de un punto A a un punto B: era peligroso y sucio, y estaba lleno de gente espantosa, porque ¿quién escogería viajar de esa manera habiendo coches y aviones? Tan sólo los que se desplazaban en los otrora renombrados autocares Greyhound podían considerarse aún más sospechosos. El retraso del tren y mis relatos de muerte y de alcoholismo mientras atravesábamos la oscuridad del desierto no hicieron sino confirmarme en lo disparatado y singular de la forma de transporte que había escogido para llegar a Phoenix. Dada mi nacionalidad no podía ser ninguna estúpida, por lo que debía de hallarme incluida entre esas inglesas inocentes, intrépidas y levemente chifladas que se levantan las faldas sin importarles poner al descubierto los tobillos y los pololos o mostrar Dios sabe qué a Dios sabe quién, y que se internan voluntariamente en las pantanosas frondas de los parajes más inhóspitos del planeta. En cualquier caso, estaba seguro de que debía de encontrarme exhausta y estremecida hasta lo más profundo de mi ser después de una experiencia semejante, por lo que sin duda me apetecería pasar el día siguiente en el sosiego del oasis de su jardín trasero. Yo, a quien si de algo no cabe acusar es de intrepidez y que, ignorante del concepto general en que los norteamericanos tienen a su sistema ferroviario, había considerado la opción de trasladarme de un punto a otro en tren en absoluto heroica sino más bien sensata, me vi no obstante inclinada a coincidir con él acerca de lo más profundo de mi ser, ya que éste, construido de materiales mucho más delicados de lo que él hubiera supuesto nunca, se encontraba en efecto exhausto y estremecido.

Mi involuntaria confrontación con otras personas había resultado sorprendentemente angustiada. Allí sentada, en el jardín de Phoenix, me sentía a la vez aliviada y culpable de haberme librado de su compañía, de sus explicaciones y de sus trayectorias. Me sentía también sobrecogida por el peso de sus historias, por la circunstancia implacable de que existieran tantas, ramificándose y multiplicándose ahora en mi mente hasta incluir a todos los habitantes del planeta. Pensemos en todas las personas que hay en la tierra y en el hecho de que todas tienen una historia que contar. Pensemos en ellas relatándoselas una y otra vez entre sí, a sus hijos, a sus padres, a las autoridades, a los desconocidos con los que se cruzan, a su ganado, a sus animales domésticos, a sí mismos si no tienen a nadie que les escuche. Pensemos en

el ruido, en la consistencia de los relatos que pesan sobre la tierra, en su carga de incidencias y consecuencias, y luego pensemos en qué medida cada una de esas historias se conecta con otras historias para cambiarlas y se ve ella misma modificada de tal modo que incluso el ya inconcebible número de peripecias de cada individuo se multiplica de modo exponencial hasta alcanzar una cifra del todo sobrecogedora y escalofriante que rebasa los límites de lo imaginable. Mi corazón se desbocaba y una sensación de vértigo se apoderaba de mi mente al pensar en la cantidad de vida que hervía en el planeta. Y al mismo tiempo, a pesar de mi pánico, sabía que todo eso no importaba, que no era sino una reacción neurótica por mi parte, un aspecto de mi propia circunstancia, de esa tendencia que tengo de asustarme a mí misma con un mundo que preferiría mantener a cierta distancia, como alguien que tuviera un diente suelto y no pudiera evitar acariciarlo constantemente con la lengua. Podía superar el pánico tan sólo con unos buenos ejercicios de respiración, pero en ese momento se me ocurrió otra cosa. Un nuevo pensamiento, por así decirlo. En parte, lo que tanto me alarmaba acerca de esa masa de historias individuales era hasta qué punto todas respondían a un estereotipo. Era como si cada una de ellas viniera a ilustrar el viejo lugar común según el cual no hay más allá de diez modelos de vivir la vida. Lo que me desanimaba era la similitud entre ellas, la repetición de sus formas básicas. He aquí ésta, y ahora aquélla. En realidad tan sólo un puñado, y con muchas menos variaciones de las que cabría esperar. Uno las escucha y se pregunta: ¿es que no hay nada nuevo? ¿Por qué nada cambia? ¿Qué hemos aprendido a lo largo de tantos siglos de contar las mismas historias una y otra vez? Ciertamente es que algunas aparecen espléndidamente estilizadas en forma de literatura o música o artes plásticas, que otras —estoicas, heroicas incluso— no son más que enunciaciones entrecortadas de acontecimientos que se suceden entre sí, y que otras son lamentos de autocompasión, ciegamente desprovistas de toda percepción. Existe todo un abanico de posibles narraciones, pero únicamente un pequeño ámbito de narrativas individuales. Sin embargo, mientras sentada en mi sosegado oasis me esforzaba por dominar el pánico de aquella cantidad incrementada por la duplicación, recordé a Raymond, a Maddy, a Bet y a Chris; evoqué la intensidad con que ellos y tantos otros narraban sus historias y, para variar, comprendí que por muchas repeticiones que yo pudiera apreciar desde esa posición de distante y hastiada testigo que quería ocupar, cada uno de ellos experimentaba su propia vida como algo extraordinario, único y digno de contarse porque le había ocurrido a él y no a otra persona. Era su existencia personal lo que convertía su existencia en algo notable y merecedor de ser relatado. La misma historia contada por otra persona no era la misma historia. Igual daba cuántas veces haya abierto alguien una puerta ocasionando con ello que una vida apacible se enfrente a la muerte, cuántas veces las cosas buenas de la vida se hayan visto consumidas por una adicción al alcohol o cuántas veces un cerebro dañado haya hecho que un inocente sea expulsado de la sociedad: para cada una de las personas a las que tales cosas les ocurrían era siempre la primera vez y era también su única y

exclusiva aventura, y cada una de ellas la relataba, ante sí misma y ante los demás, con una sensación de perplejidad derivada del hecho de poseer esa historia; de poseer una historia, fuera la que fuese.

Y ese pensamiento —ni de lejos un pensamiento singular, pero sí súbitamente perentorio a pesar de su obviedad— vino a oprimir hasta tal punto el poco habituado corazón de mi ser que me sentí agobiada por la amargura. Así y todo, ignoraba entonces, y aún hoy desconozco, qué y quién era exactamente quien la inspiraba.

SEGUNDA JORNADA

Vías vivas

Un año después me encontraba sentada en el Starbucks de la Séptima Avenida, frente a Penn Station, esperando el tren de Chicago con el que daría inicio a mi circunnavegación de Norteamérica. Ya de regreso en Londres, a la vuelta de mi último viaje, había descubierto en los folletos de Amtrak que era posible recorrer en tren todo el perímetro de Estados Unidos. Había encontrado la Circle Line que superaba a todas las líneas circulares. Era el círculo irresistible, y yo no podía resistirlo, del mismo modo que no podía resistir la repetición voluntaria de una experiencia accidental que había permanecido conmigo aun después de mi regreso a casa. Ansiaba más: un viaje importante que no me llevara a ningún sitio en especial, así como encuentros y conversaciones que tampoco condujeran a ninguna parte. Era aún mejor que la travesía del Atlántico: podría quedarme sentada, oír hablar a la gente, recorrer muchos, muchos kilómetros y regresar al punto de partida, todo ello a cambio del único esfuerzo de cambiar de tren de vez en cuando.

De modo que dispuse mis planes para un segundo y bien proyectado viaje, trazando para ello una ruta delimitada por una serie de trenes de románticos nombres. Comenzaría en Nueva York, donde embarcaría en el *Lake Shore Limited* hasta Chicago; allí transbordaría al *Empire Builder*, en el que recorrería el resto del trayecto en dirección Oeste hasta llegar a Portland, Oregón. De Portland tomaría el *Coast Starlight* y descendería por la Costa Oeste hasta Sacramento, California, donde decidí que abriría una cuña en el círculo para realizar un desvío hacia el interior que me permitiera visitar a Bet y a su héroe en Albuquerque. Para ello tenía que tomar el *California Zephyr* de Sacramento a Denver, Colorado, lo que suponía atravesar las Montañas Rocosas. Una vez allí, Amtrak me fallaba, como falla a la mayoría de los ciudadanos de Estados Unidos que desean ir a cualquier lugar apartado de las rutas principales, pues las líneas secundarias se han visto despiadadamente podadas en aras de los beneficios. Con Albuquerque no había ninguna conexión ferroviaria, ni directamente desde el *Coast Starlight* ni tampoco desde el *California Zephyr*. Tendría, pues, que optar por un trayecto de tres horas en autocar con el que Amtrak me conectaría a las seis de la mañana siguiente a la noche de mi llegada a Denver. El viaje me llevaría hasta Raton, Nuevo México, pasando por Colorado Springs y Pueblo, y desde allí tomaría el mismo *Southwest Chief* hasta Albuquerque. Teniendo en cuenta que se trataba de Norteamérica, la tierra de los grandes espacios abiertos, de allí al oasis de Phoenix no era más que un brinco (digamos cuatro horas) en el *Southwest Chief*, lo que me permitiría visitar de nuevo a John y a María antes de subir a mi viejo amigo, el *Sunset Limited*, pero esta vez en dirección opuesta (supongo que entonces debería llamarse *Sunrise Limited*^[9]), de Tucson a Nueva Orleans, para allí transbordar al *Crescent*, que me devolvería de Nueva Orleans a la Penn Station de Nueva York, mi punto de partida.

Sentada ante mi escritorio londinense con los horarios de Amtrak y un rotulador fosforescente entre los dedos, fui susurrando con voz audible los nombres de los trenes del mismo modo que uno haría con los versos de un poema o de un salmo. No me bastaba con leerlos y pensarlos. Divertida, pero también seducida por el romance que Norteamérica vivía consigo misma, me apetecía escuchar las palabras, lanzarlas al mundo y oírlas rebotar hacia mí en el silencio: *Lake Shore Limited*, *Empire Builder*, *Coast Starlight*, *California Zephyr*, *Sunset Limited*, *Crescent*, *Southwest Chief*. Lamenté no tener ocasión de viajar en el *Adirondack*, el *Ethan Allen Express*, el *Silver Service*, el *Cardinal*, el *Capitol Limited*, el *City of New Orleans*, el *Texas Eagle* y el *Cascades*, pero no por ello dejé escapar la ocasión de murmurar sus nombres junto con los de los trenes que sí tomaría.

Mi ruta estaba planeada, mis amigos de Phoenix avisados para asegurarme de que podía visitarlos, el abono mensual de Amtrak comprado, el vuelo a Nueva York reservado para octubre, y el contrato de un libro firmado. Todo estaba ya dispuesto, pero ¿por qué? ¿Qué pretendía hacer? ¿El libro? Pues no: el libro iba a servir únicamente para pagar lo que quería hacer, y no dejaba de ser una útil excusa.

—¿Para qué vas a pasarte un mes realizando un periplo en tren alrededor de Estados Unidos?

—Para escribir un libro.

—Ah.

Cuando ya has escrito otros libros, la gente no suele cuestionar los motivos que te llevan a escribir uno nuevo en particular, y la mayor parte del tiempo me era posible decirme a mí misma que el libro era el motivo que me impulsaba a ir y conformarme con esa explicación. Sin embargo, no terminaba de funcionar del todo. Ya había realizado ese largo viaje en tren, ya había captado la esencia del acto. ¿Por qué repetirlo? Si de verdad quería viajar, ¿por qué no ir a algún lugar en el que pudiera hacer algo que no hubiera hecho nunca? Porque lo que me interesa es la repetición, la intensificación, la acumulación. Digo «lo que me interesa», pero eso es demasiado cerebral; quiero decir lo que me alarma, lo que me asusta, lo que me perturba, porque a un nivel visceral lo que realmente ansío es singularidad, reducción, escasez. Sin embargo, al igual que ese diente permanentemente molesto que no puedo resistir tantear con la lengua, se impone la necesidad de asegurarse. Nunca llego a creerme por completo que realmente deseo lo que parezco desear. Hacer lo contrario es lo único que me permite comprobar que no estoy inventándomelo todo. En cualquier caso, y si olvidamos por un instante el grado de contacto social que mi proyecto implicaba, ¿qué podía resultar más atractivo que la idea de agotar hasta el final la singularidad de la línea recta, de la hermética reducción del círculo a lo largo de toda la geografía de Norteamérica?

Pero una vez me hube puesto en camino, cuando aún no había pasado de Nueva York, recordé también cuánto me gusta *ser una desconocida*, solitaria y anónima, en un lugar al que no pertenezco. Cuando viajo sola por otro país me siento osada y

libre, desembarazada del estorbo de los vínculos. Como una observadora del planeta. Insondable yo misma por mi propia singularidad. Estar sentada a solas en una concurrida cafetería de la Séptima Avenida me producía ya una sensación de euforia. Hacer lo propio en Londres me hubiera proporcionado hasta cierto punto el mismo efecto, pero resulta más fuerte en otro lugar geográfico, porque estás seguro de que ningún conocido va a pasar junto a ti y saludarte por tu nombre. Me encanta sentirme forastera. Pienso en los demás viajeros con los que podría encontrarme en el tren como otros tantos retratos, instantes o resúmenes de diversas vidas que se deslizan junto a mí, fugaces y vívidos, para luego retornar a su existencia normal. El hecho de ser una extraña me permite ver a los demás con mucha más nitidez. El anonimato perfila poderosamente a la gente, de tal modo que, cual sucedería frente a unos fuegos artificiales, pueden vislumbrarse vibrantes dibujos bajo ese súbito fulgor antes de que la nebulosa global del firmamento vuelva a aposentarse y nos prepare para la próxima revelación. El quehacer diario y el contacto social regular es más como un despliegue pirotécnico a plena luz del día. Y luego, claro está, otra cosa que tienen los fuegos artificiales es que tú los contemplas, pero ellos no te miran a ti. La ocasión de observarme a mí misma constituía otro de los motivos centrales. El hecho de que me miren, de que me conozcan, de que simplemente sepan quién soy, enturbia el cristal a través del que me contemplo a mí misma. Me impide ver qué soy. El narcisismo inherente a todo este proceso resulta incuestionable, pero la pregunta «¿Qué soy yo?» aún late en mi mente después de todo este tiempo, esa pregunta adolescente que ya debería estar superada pero que aún permanece, década tras década, como una duda incesante. Es mejor admitirlo, aunque la madurez tan sólo me sirva para eso. Me paso la vida intentando encontrar las circunstancias adecuadas para acecharme a mí misma, para pillarme por sorpresa y descubrir por fin qué es lo que soy. ¿Y luego, qué? No tengo la menor idea. Me imagino, una vez que la duda se vea finalmente satisfecha (nunca lo estará, por supuesto, pero así y todo yo lo imagino), encogiéndome de hombros, pensando «De acuerdo» y prosiguiendo a continuación mi vida con una sensación de alivio infinito. Entretanto, me permito periplos ocasionales, utilizando mi separación de los demás a modo de espejo o escrutando el oscuro centro de los ojos de desconocidos en busca de mi propia imagen. Los ojos de aquellos que me conocen reflejan una historia, ya sea la mía o la que ellos se han construido en torno a mí, y me dicen más de ellos que de mí misma. Sospecho que los patriarcas del desierto, aquellos eremitas enloquecidos, sufrían de una obsesión similar consigo mismos. El hecho de que mi narcisismo sea insaciable no constituye una certeza placentera, pero ahí está. Lo que yo perseguía era la condición de hallarme permanentemente en tránsito, de no llegar nunca a mi destino, de ser una viajera desconocida durante el mayor tiempo posible. Concebía el tren como el doble refugio de mi compartimento y del vagón de fumadores: el resto no era sino un pasillo que tenía que recorrer para trasladarme del uno al otro, y visualizaba Norteamérica como el proyecto básico de esta fracturada pero controlada

investigación de mí misma y de los demás. El viaje en sí no tenía nada que ver con ello.

¿Y qué decir de la locura de intentar repetir algo no planeado ni tampoco esperado a base de proyectarlo y esperarlo? Sabía perfectamente que aquello no podía funcionar, pero ¿y si lo hacía? Y aunque no fuera así: ¿acaso no resultaría igual de interesante? Había olvidado por completo lo conmovida que me había sentido en Phoenix y el anhelo que había experimentado por regresar a casa después de vivir la interacción humana de tan sólo tres días de viaje. O, si no lo había olvidado, al menos me sentía capaz de enfrentarme a ello. Siempre me siento capaz de enfrentarme a las cosas. Y cuando me encuentro reconfortantemente a solas nunca llego a creerme del todo que mi incomodidad en compañía de otros y lejos de mi santuario sea otra cosa que una fantasía. Experimento entonces la necesidad de ponerme a prueba.

Así pues, me encontraba a la espera de que comenzara un mes de anonimato. No esperaba que me sucediera nada, tan sólo una serie de acontecimientos con los que mi presencia coincidiría de modo casual. Pero ¿cómo me explicaba a mí misma las visitas que había dispuesto y que señalarían otros tantos hitos de mi recorrido? Bet y su héroe eran elementos desconocidos y, por ello, una prolongación de mi condición de extraña; y luego, en Phoenix, estaban John y María. ¿Eran aquellas escalas el resultado de mi propio temor a las consecuencias de aislarme durante un tiempo sin una compañía que me resultara familiar? Una falta de valor, tal vez. Probablemente. ¿O acaso, y menos excusable aún, una aceptación inconsciente de lo convencional? Una noción admitida de que todo viaje ha de contar con algunos puntos de referencia y de que uno no puede limitarse a dar vueltas sin destino alguno. ¿Por qué no? Tiene que haber escalas a lo largo del camino. ¿Realmente? Pese a mi deseo de hallarme *no* en Norteamérica ni viajando a puntos determinados de su territorio, sino simplemente trasladándome en un tren norteamericano, me las había arreglado para pasar tiempo con ciudadanos de ese país, y ello en entornos que eran sus hogares. Una contradicción. Pero ¿qué hay que no resulte contradictorio? ¿Por qué no incluir la contradicción en la contradicción de alguien que, más que ninguna otra cosa, desea mantenerse inmóvil y para ello emprende un viaje que ha de durar un mes?

El compartimento para fumadores del *Lake Shore Limited* era muy distinto del que había conocido en el *Sunset Limited*. A medida que abandonábamos Penn Station y emprendíamos viaje a Chicago me sentí considerablemente defraudada ante la ausencia del linóleo gris salpicado de quemaduras, los asientos de plástico atornillados en apretadas hileras y los ceniceros llenos a rebosar, es decir, los atributos de una sala de espera destinada a réprobos que no merecían otra cosa mejor y una atmósfera propia de una celda de castigo y aislamiento. Aquel compartimento consistía en una elegante cabina de vidrio situada junto al bar. Era la mitad de grande que la otra, pero había sido diseñada por alguien que respetaba el tabaco en tanto que referencia cultural. El suelo se hallaba cubierto por una alfombra, y los asientos que

se extendían a uno y otro costado estaban tapizados. Junto a las ventanillas había dos mesitas como las de café, cada una de ellas flanqueada por un par de sillas atornilladas al suelo. Ya no estábamos aislados. La pared de vidrio daba al pasillo que tenían que recorrer los clientes del bar en sus idas y venidas. Ellos nos veían y nosotros los veíamos a ellos. Para los no fumadores que por allí pasaban tal vez representábamos una señal de aviso encerrados en nuestra burbuja, o la exhibición de una especie amenazada que debía su próxima extinción a la estupidez de su comportamiento; pero para nosotros el ambiente era más el de un club que el de un pozo de pecado. La partición trasera contaba incluso con un mural que mostraba en tamaño natural la silueta de un hombre reclinado perezosamente en el borde de un muro. Su sombrero de ala ancha, encasquetado con desenfado, así como sus holgados pantalones, le situaban en los años cuarenta, la época dorada de los fumadores, el gran momento del cigarrillo: *La extraña pasajera*, «¿Para qué pedir la luna, Gerry, cuando ya tenemos las estrellas?»; *Tener y no tener*, «¿Sabes silbar, no? No hay más que juntar los labios y soplar»; *Casablanca*, «De todos los cafés y locales del...». La época en la que un cilindro de tabaco significaba algo. Los dedos del hombre sostenían frente a la silueta de su boca un cigarrillo de cuyo extremo se elevaba una rizada y oscura voluta de humo que ascendía con la delicadeza de un geniecillo formando una espiral ininterrumpida entre sus labios y los oídos de Dios. En aquel entonces los fumadores contaban con el oído de Dios. La pintura debía de haber sido diseñada por alguien que antaño fumaba y que aún comprendía el imperativo cultural del tabaco, su plusvalía de glamour y la adicción a ser adicto que tenían las almas meditabundas. Y ello por no hablar del placer, puro y omnímodo. Si aquella zona de fumadores era una celda, su carcelero era consciente de la auténtica naturaleza del crimen que albergaba. Con todo, yo echaba de menos la desnuda sordidez de la hipócrita concesión del *Sunset Limited* a los yonquis de la nicotina.

Los coches cama se reservan con antelación, pero Amtrak nunca añade vagones adicionales para atender a la demanda, y yo había llegado con retraso para obtener una plaza en este tramo del viaje, por lo que hube de realizar la etapa Nueva York-Chicago sentada, apiñada en un compartimento junto al resto de masas igualmente apiñadas. Tan sólo sería una noche. Subí al tren en Penn Station a las 16.35 del viernes, y aunque para entonces ya no me hacía ilusiones, la llegada a Chicago estaba prevista a las 11.15 de la mañana siguiente. Dormir erguida en un asiento no estaría tan mal, me dije a mí misma. Si quería experimentar lo que es un viaje en ferrocarril bien estaba pasar una noche sin colchón de plumas. Insistí, no obstante, en reservar coche cama para todo el resto del trayecto, lo que, claro está, restaba considerable flexibilidad al viaje. Por si acaso, no obstante, había pensado limitar el establecimiento de horarios al mínimo. Nunca se sabe: para mantenerme abierta a la espontaneidad. Aún conservaba esa sensación soterrada de la manera en que deben viajar los escritores de viajes, siempre dispuestos a dar rodeos, y eso que nada me atraía tan poco como salirme de mi ruta. Sin embargo, la perspectiva de pasarme un

mes durmiendo sentada, de no tener una puerta que cerrar a mis espaldas, me decidí a prescindir de cualquier fantasía de espontaneidad.

La salida de Nueva York se caracteriza fundamentalmente por lo que parece ser todo un suburbio consagrado a los muertos. Un cementerio tan vasto y mísero que se antojaba tan céntrico y ajetreado como el propio Manhattan. O tal vez era la manera que tenía la ciudad de manifestar lo que existe más allá de sus lindes: nada, tan sólo el caos y la muerte. El asiento en el que había de pasar la noche era espacioso y confortable, estaba tapizado con una imitación de cuero de color marrón y podía inclinarse. Contaba con amplios brazos a ambos lados y también con un reposapiés que podía alzarse para que las piernas quedaran totalmente extendidas. En un avión hubiera sido un asiento de primera clase. Había sitios peores en los que pasar la noche. En los dos asientos contiguos viajaban una mujer filipina elegantemente vestida que tendría algo más de sesenta años y un niño pequeño que, supuse, sería su nieto. La mujer, sin decir nada, me saludó con una inclinación de cabeza al sentarse junto a mí, y el niño se quedó dormido casi de inmediato. Yo permanecí un rato viendo pasar el estado de Nueva York y luego me encaminé al compartimento para fumadores. Estaba vacío. No había allí ni Bet, ni Raymond, ni buen samaritano, ni camaradería. No me importó. Hasta entonces no había hablado con nadie salvo lo necesario para pedir un *macchiato* al caramelo en el Starbucks. ¿Y si siguiera así la cosa? ¿Qué pasaría si el viaje entre Savannah y Tucson hubiera sido en realidad una aberración y todo el recorrido que aún tenía por delante hubiera de transcurrir en silencio y sin establecer contacto con nadie? Sería una clase de viaje completamente distinta. De hecho, en aquel momento tenía tan pocas ganas de hablar o de relacionarme con desconocidos que cuando la puerta corredera se abrió para dar paso a dos caballeros orondos y sonrientes de mediana edad que me saludaron con la cabeza al entrar, hube de realizar un verdadero esfuerzo para responder con una sonrisa cortés. De nuevo comenzaba todo, pero yo, curiosamente, me sentía reacia a iniciar el proceso. A buen seguro se debía a la inercia, a una resistencia adquirida para desplazarme de un estado presente a otro nuevo, independientemente de cuál fuera éste. He ahí el motivo por el que no hacer nada se me antoja como una opción vital tan plausible. Los dos hombres formaban pareja y estaban, me dijeron, de vacaciones en Nueva York, yendo y viniendo.

—¿De dónde son ustedes?

La primera y más esencial pregunta de toda conversación de ferrocarril.

—Él es de Filipinas, y yo de Bermuda, pero los dos vivimos en Las Vegas.

—Pensaba que la gente *iba* de vacaciones a Las Vegas, no que venía.

—Oh, no —dijo el hombre que hasta entonces había permanecido en silencio, como si fuera algo que ya hubiera explicado varias veces antes pero nunca se cansara de repetir—. La gente piensa que Las Vegas no es más que un montón de casinos, pero eso es en el Strip, que es como Broadway y que también está lleno de teatros. No, fuera del Strip viven personas normales que llevan una vida normal. ¿Sabía usted

que Las Vegas tiene un millón de habitantes censados? Las cosas han cambiado. Ahora es una auténtica ciudad, y cada día crece más. Tenemos nuestras familias, nuestras zonas residenciales... de todo, como en cualquier otra población.

—Nos encanta Las Vegas —dijo el otro—. Estamos deseando volver a casa.

Guardamos silencio mientras yo, algo decepcionada, me reconciliaba con el hecho de que Las Vegas hubiera resultado tan sólo otro lugar normal y corriente en vez de un parque temático de la desproporción norteamericana. Una desaliñada señora que andaría por la treintena entró en el compartimento, se sentó en un rincón y se concentró en fumar. Poco después llegó un joven negro de pelo corto y rizado peinado a lo *rasta* y se sentó a la mesa que quedaba libre junto a la dama. Encendió un cigarrillo, inhaló con fuerza y dejó escapar luego un profundo suspiro al expulsar el aire de los pulmones.

—Jo, tío —dijo, agitando suavemente sus bucles—. Es fría, fría, fría.

—Ya —dijo la mujer, asintiendo sin desviar la mirada de la alfombra y sin parar de fumar—. Mi asiento está en la parte delantera del vagón, y la gente no hace más que entrar y salir. La puerta se abre y se cierra, se abre y se cierra. Hace auténtico frío.

El joven se volvió a mirarla unos instantes.

—No, no. Me refiero a otra clase de frialdad. Hablo de mi chica. Tuvimos una pelea, una pelea en serio, de modo que hice la maleta y le dije que me largaba. Lárgate, me dijo ella. Pues claro que me largo. Por eso digo que era fría, ¿entiende? El caso es que le dije que me iba al Oeste a visitar a unos colegas míos que se marcharon de Nueva York y reservé un coche cama. Tenía una cama, tío, pero la cancelé porque volvimos, mi chica y... nos amigamos, mi chica y yo. Al cabo de un par de días volvimos a pelearnos, y esta vez sí que me harté. Me marché de allí en mitad de la puta noche. Y ahora no tengo cama porque ya estaban todas reservadas y tengo que pasarme tres noches durmiendo sentado en esos putos asientos. Tres noches. Dios. Si me hubiera marchado la primera vez tendría la puta cama. Tres putas noches en este puto tren y sin cama. Pero fíjate lo que te digo: me siento mejor a cada kilómetro que pasa. Cuanto más me alejo mejor me encuentro.

—Sí —dijo la mujer—, pero donde yo estoy hace auténtico frío. Y no está permitido cambiar de asiento.

Los gays se miraron fugazmente, reafirmando en la buena fortuna de su propio bienestar y de la cálida situación de que gozaban en el mundo.

Durante la cena me tocó sentarme en el asiento libre de una mesa ocupada por un grupo de tres personas, dos caballeros de edad muy avanzada y el hijo de uno de ellos, un hombre de mediana edad. Tan sólo uno de los ancianos habló durante la comida. Su amigo permaneció en silencio, asintiendo de vez en cuando pero más bien concentrado con expresión sombría en la imitación de filete que tenía ante él. El que hablaba era de temperamento locuaz y jovial, y tan pronto como detectó mi acento me informó de que había servido en la Marina de Estados Unidos y de que había

estado destinado en Falmouth durante la Segunda Guerra Mundial. Yo le dije que lamentaba no conocer la zona, aunque el simple hecho de que hubiera oído hablar de ella pareció complacerle suficientemente. Se había alistado para luchar cuando tan sólo tenía quince años, lo que le obligó a mentir con respecto a su edad. Su hijo, me dijo, había estado destinado en Guam durante la guerra de Vietnam. El hijo sonrió a modo de confirmación. El compañero seguía sin decir palabra. Los tres —los dos amigos y el hijo— se habían tomado las vacaciones juntos, cosa que solían hacer regularmente. Les gustaba ir en tren a lugares de pesca, «para alejarnos de las mujeres», graznó jocosamente. Su hijo saludó el comentario con una risa tolerante (al fin y al cabo, una de las mujeres era su madre), y el amigo dejó escapar un resoplido de asentimiento.

—En serio, es estupendo esto de desconectar. No sé si no enviarte a tu madre para que viva permanentemente contigo —dijo el hombre para provocar a su hijo.

—Sí, bueno, no tardarías mucho en venir a buscarla. En cuanto se te acumularan los platos del fregadero.

Tan pronto como respondí a su curiosidad sobre mi presencia allí, ellos me dijeron todo cuanto necesitaba saber acerca de viajar en tren, algo que cualquier viajero o entusiasta experimentado me habría revelado igualmente. Los dos ancianos habían viajado en tren por todo el país con la excepción de cinco estados.

—Pero tenemos intención de añadir los cinco a la lista antes de morirnos.

Querían hacerme saber lo terrible que era el servicio, hasta qué punto se había degradado el sistema y en qué medida constituía todo ello una negligencia criminal (si no la destrucción deliberada) del patrimonio norteamericano. Los trenes llegaban invariablemente con retraso, y ello se debía a que los únicos beneficios de Amtrak procedían del transporte de mercancías. La ley obligaba a conservar los trenes de pasajeros, pero éstos operaban con pérdidas. En consecuencia, los mercancías tenían siempre preferencia sobre los convoyes de viajeros.

—Claro está que el Gobierno federal les obliga a mantener las líneas de pasajeros, pero de ahí a cuidarlas como es debido, qué diablos. Nosotros no damos dinero. No somos más que una mercancía como otra cualquiera, sólo que menos valiosa. Todo son mercancías: la gente, los contenedores, el hierro colado... pero con la gente no se gana dinero. Cualquier otra compañía se adaptaría a la oferta y la demanda. Amtrak no. Si hay más personas que quieren viajar que plazas disponibles, mala suerte. Ni siquiera se les ocurre incorporar vagones adicionales. Algunos de los trenes de mercancías tienen kilómetro y medio de largo o más. Puedes tirarte media hora esperando a que pasen. Los trenes de pasajeros tienen asignado un número determinado de vagones y se acabó, de modo que los viajeros no pueden confiar en llegar a ningún sitio con puntualidad y tienen que reservar las plazas con meses de antelación. ¿Quién va a utilizarlos? Sólo unos pocos turistas que andan de vacaciones y los viejos como nosotros, que no tenemos ningún lugar especial adonde ir. Cuando uno piensa en la historia del ferrocarril es como para echarse a llorar. Qué demonios,

las vías férreas fueron los cimientos de este país. Forjaron las rutas del Este y del Oeste, abriendo paso a todo el maldito continente. Ahora, si una de ellas no es rentable, que se la coman los hierbajos. Los obreros murieron a cientos, a miles, tendiendo las vías férreas y abriendo túneles a través de las montañas a golpe de dinamita. Les da igual. A esta gente de hoy en día lo único que le interesa es sacar beneficio.

El otro hombre asentía cada vez más animadamente, y el hijo, aunque coincidía a todas luces con su padre, mostraba la expresión de quien ha oído todo aquello demasiadas veces. Pero el viejo tenía razón. Era extraordinario que después de la pasión y la tragedia que habían sido necesarias para crear una completa red de ferrocarril en una nación tan extensa que el solo hecho de concebirla constituía ya un cierto desvarío, ésta se hubiera abandonado a la degradación como si tal cosa. Era un logro tan fenomenal, tan repleto de heroísmo y corrupción, tan intrínseco al desarrollo de Estados Unidos, que costaba trabajo creer que alguien hubiera podido permitir que se deteriorara hasta tal punto. Sin embargo, así era.

Hasta entonces me las había arreglado con mayor o menor éxito para no tener que ocupar mi asiento. Durante el día o bien me había quedado en el vagón panorámico para contemplar el tránsito desde el estado de Nueva York a los de Pensilvania y Ohio vía Schenectady, Utica, Syracuse, Rochester, Buffalo, Erie, Cleveland, Elyria y Sandusky, o bien me había mantenido en mi anónimo estado dentro del compartimento para fumadores. Siempre que acudía a mi asiento en busca de algo — otro paquete de cigarrillos, dinero para el bar— encontraba a la mujer y a su nieto dormidos, y durante el trayecto de mi compartimento al de fumadores tenía que pasar junto a un nutrido grupo de *amish*^[10] que ocupaban varias filas de asientos en la parte trasera de mi vagón. Por algún motivo me sorprendió verlos desplazándose por ahí, y eso que no tendría por qué, ya que Hollywood se ha encargado de incluir al grupo en su historia oculta de Norteamérica, y en *Único testigo* sus miembros aparecen viajando precisamente en tren. Con todo, el único motivo de incluir a los amish en una película —incluso si aparecen como testigos de un asesinato en Grand Central Station— es el de su propia condición de amish, y el hecho de que se encontraran fuera de su contexto habitual constituía la esencia del argumento del filme. Aquí, sin embargo, mostraban un aspecto insólitamente irreal. Debía de haber, calculo, unos quince, y entre todos abarcaban varias generaciones, desde bebés hasta ancianos y ancianas. Había familias jóvenes y parejas de edad avanzada. Se remontaban, asimismo, a varios siglos. Bajo sus sombreros anchos de ala recta, los hombres lucían cortes de pelo de tazón, barbas de chivo, camisas azules de tela de mono, pantalones holgados con tirantes —pero desprovistos de cremalleras e incluso botones, elementos que supuse considerados de avanzada tecnología— y gruesos abrigos negros. Me recordaban a los siete enanitos de *Blancanieves*. Las mujeres, rubicundas, mostraban un semblante rosado y desprovisto de afeites, como si estuvieran permanentemente sonrojadas, y vestían crujientes vestidos azules con faldas

dirndl^[11], zapatos negros sin tacón y blancas cofias plisadas y almidonadas sobre sus rubios y lisos cabellos, severamente peinados. Los niños, aun los más pequeños, eran miniaturas exactas de sus padres: pequeños adultos de ojos relucientes listos para acudir a una fiesta de disfraces ambientada en el siglo XIX. En conjunto mostraban un aspecto encantador, y parecían tan ajenos a lo extraño de su propia apariencia como al aspecto, igualmente peculiar, del resto de los presentes. Ni siquiera los niños mostraban la menor curiosidad por la gente que les rodeaba: jugaban calladamente entre ellos o se entretenían concentrados en sí mismos, como si en el mundo no hubiera nada interesante que ver. Su aspecto resultaba levemente incómodo de puro limpios, discretos y educados. Tanto ellos como sus padres y sus abuelos constituían en exclusiva un reflejo mutuo, como si todo el grupo no fuera sino una única entidad, un espejo curvado sobre sí mismo. Se mostraban perfectamente autosuficientes. Las mujeres charlaban y se afanaban en componer la ropa de los más pequeños, y los hombres leían o conversaban entre sí en un idioma de inmigrantes, si bien no de inmigrantes recientes, toda vez que la lengua que hablaban era un bajo alemán con doscientos años de antigüedad y hoy inexistente en Europa. Su actitud hacía que mi interés, mi deseo de dirigirme a ellos, parecieran groseros e impertinentes, aunque es innegable que su atuendo y sus maneras atraían la atención. Sin embargo, todos los viajeros que se sentaban cerca de ellos o transitaban de un lado a otro se esforzaban por hacer caso omiso de su presencia, como si su pintoresca vestimenta y su modo de comportarse constituyeran una forma de discapacidad que no conviniera observar o mencionar. Qué extraño se nos hace en la infancia que nos digan que es de mala educación señalar; señalar, se entiende, aquello que es notoriamente distinto: reparar en lo reparable u observar lo observable. «No mires», solía decirme mi madre cada vez que veíamos algo digno de ser contemplado. Luego crecemos, y aunque seamos testigos de un salto en el tiempo que nos transporta a otro siglo y a otro continente, como si nosotros o ellos hubiéramos experimentado un masivo desconcierto cultural, tenemos que actuar como si no ocurriera nada fuera de lo corriente. Las jóvenes alisaban los almidonados delantales de sus pequeños, que permanecían entretenidos con sus libros de acertijos y mantenían los ojos obedientemente apartados de los demás niños que, vestidos con vaqueros y camisetas, iban y venían por el pasillo provistos de videojuegos o sibilantes Walkmans, a su vez ajenos a tan extraña presencia o cortésmente tolerantes con ella. A mí, me hubiera gustado sentarme junto a ellos y preguntarles: ¿Qué estáis haciendo? ¿Por qué? ¿Cómo podéis imaginar que enclaustraros en la imaginación de gentes que murieron hace cientos de años puede resultar santificador o lo que sea que se supone que es? ¿Puedo irme con vosotros y ver cómo funciona? Pero también es cierto que me cuesta el mismo trabajo pasar junto a los judíos hasídicos en Londres sin experimentar el deseo de formularles las mismas preguntas e indagar por qué creen que vestir y vivir en el pasado va a protegerles del presente. Sabía la respuesta que habrían de darme tanto los unos como los otros, por lo que mi pregunta no era verdaderamente ésa. Se trataba en realidad de

una cuestión relativa a su miedo, a su exclusión, a su pavor frente a la individualidad y la modernidad, y acaso también a la fascinación que me producía una forma tan estructurada de rechazo del mundo. Como la de los monjes o los drogadictos: una especie de identidad grupal que permite a sus miembros el abandono de la sociedad. ¿Por qué no hacerlo en compañía y crear un modo de vida sólidamente estructurado en torno al rechazo de todos los demás modos de vida? Había incontables maneras de llevarlo a cabo. Yo misma, en otro tiempo, me había visto tentada de convertirme en residente perpetua de un sanatorio mental, y prácticamente por los mismos motivos. El temor a alguna forma de pérdida crucial —de la individualidad, probablemente— me había impedido ponerlo en acción, y ello a pesar de que la individualidad y el pensamiento independiente no son sino pesadas cargas la mayor parte del tiempo. Y en cualquier caso, ¿hasta qué punto me cabía la certeza de que la individualidad se hallaba suprimida en el seno de la comunidad amish? Lo presumía por la similitud de sus vestidos y de su fervor religioso, pero tal vez era una suposición necia. Así y todo, cuando yo deseaba aislarme en el sanatorio se debía a que quería ahorrarme la tarea de ser una persona individual.

Cuando, concluida la cena, regresé al compartimento para fumadores, me encontré con un negro llamativamente apuesto que vestía una camisa blanca sin cuello y unos pantalones de suave tejido color crema. Junto a él había un muchacho chino cuyo rostro mostraba un gesto de intensa concentración. El hombre apuesto estaba explicándole que hablaba varios idiomas, y el joven chino, que a todas luces no compartía su habilidad —y si lo hacía, aún no había incluido el inglés entre ellos—, le escuchaba y asentía calurosamente con una mirada de absoluta incompreensión en sus ojos.

—Bienvenido. *Welcome. Willkommen. Bienvenue...* ¿Lo ves? Es fácil. Y en ruso: *Dobro pojalogvat*. Puedo comunicarme con gente de todo el mundo. Hola, adiós, *amore mio, my friend, mon ami*, muchacho, *camarade...* Ahora, enséñame tú chino. Enséñame... tú... a mí... chino —dijo, señalando alternativamente al chico y a sí mismo y llevándose luego el dedo a los labios—. Háblame en chino. Chino, chino, chino. *Hoi sin. Fideos sichuan*.

El muchacho asintió, aún desconcertado, y sonrió.

—No bueno inglés —confesó.

El lingüista perdió el interés y se inclinó hacia mí estirando la mano para salvar la anchura del compartimento. Yo se la estreché y él se inclinó hacia delante para cubrirla también con la otra.

—Está tocando una mano étnica. Estos deditos negros que tiene entre los suyos son étnicos.

—Muy agradables —sonreí yo.

—Inglesa. Es usted inglesa. Yo también hablo inglés —dijo, propinando un leve codazo al siempre sonriente muchacho chino—. Procede de Inglaterra. De donde todos vinimos alguna vez. Bueno, tú y yo no; me refiero a los norteamericanos. Viene

de la fuente de nuestra lengua —añadió, y se volvió hacia mí sin dejar de sacudirme calurosamente la mano—. Estoy emocionado de conocerla. Todos mis amigos me conocen como Chef, y usted es ahora uno de ellos. ¿Toma usted alguna vez el té con la Reina? Puede llamarme Chef.

—Gracias, Chef. Puedes llamarme Jenny. ¿Lo eres en realidad?

—¿Si soy qué?

—Un chef.

—*Ah oui. Lo soy. Ja. Yes. Da.* Soy un chef plurilingüe de alta cocina.

El chef era alto y apuesto, y o bien era un personaje exultante por naturaleza o estaba subido de algo. Mostraba esa agitación y esa jadeante necesidad de hablar que tanto podrían atribuirse a un trastorno bipolar como al efecto de la cocaína. O tal vez no era más que un comediante nato. Pero aunque era encantador, experimenté en la cabeza y en el cuello una especie de tensa ansiedad que supe reconocer por otras ocasiones en las que me había asaltado en las proximidades de personas que parecen a punto de estallar de energía eufórica. Una huesuda mujer sentada en un rincón se echó a reír ante el parloteo del chef.

—¿Conque un chef, eh? ¿Sabes algo de repostería? ¿Sabes hacer bizcocho? Yo hago un bizcocho estupendo. Para mí, un chef no es un chef si no sabe hacer un buen bizcocho.

El chef desgranó como una ametralladora su receta para preparar bizcocho.

—Pues sí —reconoció la mujer—. Sí que sabes hacer buen bizcocho.

—¿Dudaba usted de mí? Usted, *chère madame*, sabe reconocer una buena receta de bizcocho a la primera. La felicito. Espere. Espéreme aquí —dijo, y se marchó precipitadamente.

—Vaya tío chalado, ¿eh? —dijo la mujer—. Pero igual sí que es un chef.

El chef regresó triunfante, y con gesto ceremonioso depositó en la cabeza de la mujer un alto gorro de chef fabricado con papel plegado.

—Por la presente la declaro chef honoraria, madame.

La mujer no hizo ademán de quitarse el gorro.

—Me llamo Marie. ¿Puedo quedármelo?

—Desde luego. Llevo una docena en la maleta. Voy de camino a Chicago para prepararle una comida a Willie May.

Un negro de edad avanzada que hasta entonces había permanecido mudo en su rincón se animó de repente:

—¿Willie May? ¿Pero Willie May no se había muerto?

—Ése era su padre. El gran Willie May. Yo hablo de Willie May, hijo. Otro monstruo. No hace tanto tiempo que murió el padre.

—Es una pena.

—Sí. Pero el hijo me llamó desde Chicago y me dijo: «Chef, he invitado a unos tíos a una barbacoa en el jardín. ¿Quieres venir y encargarte de prepararla?».

—¿Qué les vas a hacer, pues? —inquirió Marie.

—Aaah —dijo Chef llevándose un dedo a los labios para expresar con las manos la exquisita naturaleza de los alimentos que proyectaba preparar—. Pienso empezar con una crema de batata. Luego solomillo Wellington. ¿Sabéis cómo es el solomillo Wellington? —preguntó, y describió con detalle cómo lo preparaba él—. Algún día tenéis que probar el mío. Luego concluiremos con un sorbete de frutas frescas: lima y limón. Muy rico. Riquísimo.

Marie asintió, impresionada, y el gorro se estremeció y resbaló sobre sus ojos. El anciano del rincón asintió a su vez con gesto aprobatorio.

—¿Quién es Willie May? —pregunté yo.

Se produjo un silencio pasmado.

—Vamos, por favor —dijo el viejo.

—Está usted de *broma* —balbució Marie.

—No, tía, no bromea. Es inglesa —explicó el chef, acudiendo en mi ayuda.

—¿Quieres decir que allí, en Inglaterra, no sabéis quién es Willie May?

Yo intenté adoptar una expresión contrita.

—Willie May fue el más grande, insisto: el más grande, jugador de béisbol que el mundo ha visto jamás.

—En Inglaterra no jugamos al béisbol —dije yo, a modo de justificación.

—Ya, pero Willie May era algo distinto. Era... era fantástico. ¿Cómo es su hijo?

—De tal palo tal astilla —dijo el chef.

El anciano asintió satisfecho ante los usos de la naturaleza.

—Demonios, toda esta charla sobre comida me hace sentir añoranza de casa —dijo Marie—. Echo de menos mi granja. No quería separarme de mi marido y de mis nietecitos. Él y mi hijo me regalaron por mi cumpleaños un billete para visitar a mi hermana, de modo que no tuve más remedio que ir, pero lo que de verdad me apetece es quedarme en mi granja, pasarme el día trajinando en mi cocina y mecer a mis nietos en las rodillas. —Se echó a reír—. A usted, que viene nada menos que de Inglaterra, debe de parecerle de lo más soso.

La verdad es que se me antojaba bastante exótico: los nietos, la granja, el bizcocho, su satisfacción. Advertí que había olvidado los musicales. Allí tenía *Oklahoma* y *Siete novias para siete hermanos*, e igual daba que bajo el maíz, alto como un elefante, y a pesar del alborozo de la primavera, primavera, primavera, se produjeran sucesos tenebrosos como la muerte, los asesinatos, las violaciones y la ignorancia criminal. Me encontraba de regreso en el celuloide más sentimental.

Tal vez el chef no se había limitado a recoger el gorro de Marie, ya que desde su retorno se le veía más bullente que nunca, rebotando en el asiento y estrechando vigorosamente las manos de todos los presentes. El fulgor de sus ojos, pensé, reflejaba algo más que simple felicidad.

—¿Le apetece bailar? —preguntó a Marie.

—No sé bailar.

—¿Le apetece cantar?

Ella negó con la cabeza, y el gorro se tambaleó.

—Tampoco canto. La hermana Mary Ellen nos decía que cantar era malo, de modo que nunca canto.

—No, no... cantar es bueno. Olvídese de la hermana Mary Ellen. Cante, Marie. Cante lo que le pida el cuerpo.

—Se arrepentirá...

—Cante —le apremiamos todos—. Cante.

Marie se puso en pie sin quitarse el gorro de chef y, enfundada en su elegante atuendo de viaje, entonó un himno a la grandeza de la vida tan apasionado como por completo carente de melodía. A continuación se produjo un breve y sorprendido silencio mientras los presentes nos preguntábamos si la hermana Mary Ellen no habría tenido otros motivos aparte de los religiosos para disuadir a Marie del canto. El chef, sin embargo, no parecía desanimado.

—Estupendo. Ahora ya ha salido del convento —graznó, y todos nos unimos a Marie para celebrar su liberación.

Para entonces ya era casi medianoche. El joven y la mujer que poco antes sufrieran el malentendido referido al frío se habían dejado caer un par de veces para fumar un cigarrillo. Un par de viajeros solitarios, dos jóvenes de veintipocos años y largos cabellos que vestían vaqueros y camiseta, se habían instalado en el banco del rincón y hablaban de guitarras, aunque sin perder de vista a una chica de agreste cabellera que aún no habría cumplido los veinte y se hallaba sentada no lejos de ellos. La joven había subido en Syracuse y procuraba —o al menos intentaba— seguir la conversación de los otros, aprovechando que eran todos aproximadamente de la misma edad y grupo social para incorporarse a ellos. Estaba claro que uno de los dos iba a acabar convirtiéndose en su amante (o en lo que permitiera el diseño de sus asientos o el interior del servicio), pero ni ellos ni la propia muchacha habían decidido aún cuál. Estaban bebiendo cerveza, y la chica, mucho más joven y más despistada de lo que quería aparentar, estaba emborrachándose sin disimulo en un esfuerzo por ser como ellos. No era guapa, y su aspecto era bastante desaliñado, pero su semblante mostraba una dulce expresión atónita y perdida; perdida, a buen seguro, de modo permanente, pues parecía habituada a vagar y a trabar conocimiento con nuevos seres humanos pero de modo fugaz y poco duradero. Dudaba mucho de que su viaje hubiera comenzado en Syracuse. De hecho, me preguntaba hasta qué punto ella misma recordaba el punto inicial de su recorrido, y estaba segura de que ignoraba por completo dónde y cuándo concluiría. De pronto pareció animarse con el recuerdo de algo que había visto mientras aguardaba la llegada del tren, algo que se moría por contar a otros.

—Había un cartel, ¿sabéis?, como una señal de aviso. Estaba escrito con letras rojas, y decía: «Vías vivas»^[12].

Aguardó a que los dos jóvenes se mostraran debidamente asombrados, pero al comprobar que no era así siguió adelante con su explicación.

—Lo que digo: ponía vías *vivas*. ¿Qué se supone que quieren decir con eso? Habían puesto la señal para impedir que la gente cruzara las vías hasta el andén siguiente, ya sabéis, para asustar a los viajeros y que no lo hicieran, pero lo que yo digo es que ¿en serio se piensan que vamos a creernos que las vías están vivas? Vamos que ¿qué se creen, que la gente es tan estúpida? Las vías están hechas de metal, ¿no? ¿Cómo van a estar vivas? Sólo las personas y los animales están vivos. Todo el mundo lo sabe. Pero vías *vivas*... ¿No os parece increíble?

Sacudió la cabeza con incredulidad ante el menosprecio en que las autoridades tenían a los ciudadanos. Los dos jóvenes (al igual que yo) le lanzaron un rápido vistazo para comprobar si estaba de broma, pero se la veía auténticamente ofendida. Luego, en lugar de mirarse el uno al otro, clavaron los ojos en las rodillas y, al rato, después de nuevas protestas de la muchacha, uno de ellos se decidió a hablar con tono sumamente cauteloso:

—Esto... yo creo que es una manera de decir que están electrificadas. Vamos, que corre la electricidad por ellas. Utilizan la palabra «vivo» para describir algo por lo que circula la corriente.

Parecía esperar una carcajada de la muchacha por haber tomado sus palabras en sentido literal, pero no fue así. La chica no se rió entonces de lo ocurrido ni probablemente lo hizo nunca. Su expresión era de intensa concentración.

—¿En serio? O sea que es como que esta mesa está muerta, ¿no?

El joven abrió la boca para explicarle que se trataba de un uso especial del... pero volvió a cerrarla tras decidir que no merecía la pena.

—Dios mío, me gustaría que la gente dijera las cosas como son. Sobre todo, digo, la gente de los sitios oficiales. Tendrían que ser más claros. ¿A qué viene confundirnos? Es como esa puerta —dijo, y señaló la entrada del compartimento—. ¿Veis que pone «Salida»? Hay montones de puertas en las que pone «Salida»: en un lado pone «Salida» y en el otro «Entrada». ¿Qué es eso? Yo siempre entro en los sitios. Cada vez que paso por una puerta estoy *entrando*. Estaba aquí y ahora paso por una puerta para *entrar* en otro lugar. Así lo veo yo. No salgo: entro. Es que no me parece bien decir «Vías vivas» y «Salida». Es como mentir.

Y aunque aquél fue tal vez el comentario más profundo sobre el lenguaje y la percepción que manifestó nadie durante todo mi recorrido alrededor de Estados Unidos —y quién sabe si en toda la historia de la lingüística—, permanecimos todos insoportablemente mudos, abstraídos en la reflexión, apenas tolerable, de cómo debía de ser la mente de aquella desamparada criatura y de cómo se las habría arreglado para llegar hasta ese punto de su vida sin otro medio de ayuda que su capacidad para la literalidad más absoluta. Sentía que nos hallábamos en presencia de algo extraordinario, de una especie de idiota dotada de habilidades especiales cuya falta de ironía, unida a su profunda ineptitud para captar la plasticidad del lenguaje, bien podría confundirse con alguna forma de sabiduría trascendental. Los dos jóvenes parecían confusos a medida que la cuestión de cuál de los dos iba a enrollarse con

ella se veía desbancada por la de cómo sería semejante experiencia y hasta qué punto era aconsejable tener una relación con alguien dotado de tal inocencia o de un intelecto potencialmente tan peligroso.

Aunque cabía esperar que el chef, como buen lingüista, se mostrara interesado en el problema, su estado de euforia o de desvarío era demasiado acentuado como para que pudiera concentrarse en otra cosa que no fuera la frenética energía que recorría su cuerpo, por lo que prosiguió su personal relación con el mundo, sin callar en ningún momento, hablando sin parar, ajeno a cualquier forma de escucha o de respuesta, meneándose, tocándolo todo, marchándose y regresando. Consideré que había llegado el momento de intentar dormir un poco y, despidiéndome de todos con uno de esos «Nos vemos» que tanto me gustan de los americanos y que lo mismo pueden aplicarse a una hora que a un año, abandoné el vagón de fumadores y me encaminé a mi compartimento.

La mujer filipina dormía repantigada en su asiento, y su nieto yacía desmadejado en el suyo, y yo, tras sortear el equipaje de mano y las piernas de la primera, logré alcanzar mi propia butaca de ventanilla sin despertar a ninguno de los dos. Las luces principales del vagón ya estaban apagadas, y había que guiarse por el débil resplandor que emitían las bombillas de lectura de un par de viajeros insomnes. Me recliné en mi asiento, alcé el reposapiés y me arropé con la manta que suministraba la propia compañía Amtrak. No resultaba incómodo para echarse una siesta en tren, pero yo, ni frente al televisor, ni en aviones, ni en trenes, ni en coches, he logrado nunca —pero nunca jamás, ni una sola vez— dormir en una posición sentada o semisentada. Así y todo, me relajé con el traqueteo de las vías, el balanceo de los vagones, los cuchicheos de dos mujeres sentadas un par de filas más atrás y los ronquidos procedentes de diversos rincones del vagón. Cerré los ojos, pero dos horas más tarde seguía despierta y comenzaba a sentirme entumecida. Tal vez me hubiera quedado ocasionalmente amodorrada, pero de ser así se habría tratado de uno de esos leves duermevelas en los que uno se adormece durante unos segundos y luego despierta con un respingo, como si el cuerpo no te hubiera dado permiso para perder la consciencia. Pensé en leer, pero me preocupaba que la bombilla de lectura pudiera despertar a mi vecina. Finalmente, me rendí y, de puntillas, sorteé piernas y equipajes y salí al pasillo, donde era libre de llevar a cabo una inspección de mi vagón y de sus ocupantes, en su mayor parte inconscientes.

En *The Illustrated Newspaper* del 9 de febrero de 1878, Frank Leslie, que a la sazón viajaba también en tren más o menos por los mismos motivos que yo, escribía:

Desde nuestro vagón-hotel Pullman, el último de este largo tren, hasta el furgón que sigue a la locomotora, existe en la escala de la comodidad una enorme variedad que abarca tantos grados como formas hay de transporte. Merece la pena realizar un recorrido del tren aunque sólo sea por observar tales diferencias y tomar nota de los modales y costumbres de los seres

humanos que aquí viajan ahora que sus fatigados cuerpos y amoscadas mentes ya han acordado dejar de lado ceremonias y etiquetas sociales para revelarse en embarazosa intimidad. El viejo aserto según el cual el hombre es en el fondo un animal salvaje se ve poderosamente confirmado en un coche cama; y en cuanto a las mujeres —incluso aquellas que han de dormir bajo adorables niños de casi seis años—, no hay ninguna que en tales circunstancias no saque las uñas. Son las nueve de la noche, y aquí, en el «salón dormitorio», tiene lugar una fiesta musical cuyos participantes aúllan «¡Defended el fuerte!» en torno a un instrumento de teclado que conforma la parte central de su decoración. Pueden verse aquí tres arrapiezos fuertes y robustos que corren arriba y abajo por el pasillo azotándose mutuamente con las correas de sus padres; un tuberculoso ya inválido que se dobla sobre sí mismo en un paroxismo de tos; cuatro pasajeros —invisibles pero reconocibles al tacto— que se debaten con los tormentos del retrete tras las cortinas meticulosamente abotonadas de sus respectivas secciones y pisan a los transeúntes mientras se debaten con las cortinas; una madre que, en su litera superior, libra su personal combate (también tras las cortinas) con su hijo; y dos jóvenes amantes que, ajenos al mundo, intercambian públicamente sus manifestaciones de afecto en un remoto rincón. ¿Quién podría soportar todo esto con ecuanimidad perfecta? ¿Quién podría aceptar sonriente la compañía de seis adultos ocupados en lavarse y peinarse como parte del proceso de su aseo personal? ¿Quién es capaz de despertarse sometido a la compañía y el escrutinio de veintinueve congéneres, viajar con ellos durante todo el día zarandeado en el asiento, comer en su presencia, dormir ante sus mismos ojos, tumbarse entre ellos y dormir —o intentar dormir— al agudo e insoportable alcance de sus más leves ronquidos sin verse dispuesto a lastrar su alma con el peso de veintinueve homicidios sucesivos?

Pero si el «salón dormitorio» es un lugar destinado a poner a prueba los nervios sensibles, ¿qué decir del vagón de pasajeros normal y corriente, en el que los trabajadores y trabajadoras —mineros, buscadores de oro, tramperos y cazadores que viajan de una estación a otra—, así como los peculiares personajes semisalvajes que han abandonado sus chozas de troncos de Wisconsin, Michigan e Illinois para tomar el tren del ocaso, se agrupan apelotonados como sardinas en lata? Resulta patético observar sus afanes nocturnos y sus pobres intentos por alcanzar algún confort, sus vanos esfuerzos por improvisar en apenas un metro de espacio un lugar confortable para acoger el sueño de una muchacha enferma o de un débil anciano, y el voluntarioso e interminable empeño de los otros por acallar o entretener a sus impacientes retoños. Aquí y allá, algún afortunado grupo de dos o tres habrán adquirido el control de una sección entera —es decir, de dos asientos— y contarán con espacio suficiente para que uno de ellos extienda sus

extremidades en horizontal en pos de un lujoso descanso, pero en general cada asiento cuenta con su propio ocupante tanto de noche como de día, y aquello es una congregación de espaldas doloridas y miembros entumecidos. ¡La ruta por tierra no es precisamente de ensueño para los que no viajan en un coche cama!

Ciertamente, era la antítesis de despertarse en mitad de la noche en un pabellón hospitalario. Allí no había enfermeras de noche que velaran el sueño de los indefensos durmientes desde la penumbra. Y tampoco éstos se alineaban pulcramente en hileras de camas, sino que parecían competir en una desordenada e inconsciente búsqueda del confort. Los amish, todo hay que decirlo, se mostraban tan correctos y disciplinados en su sueño como en su vigilia, erguidos en sus asientos (sólo los niños se hallaban reclinados del todo) con las piernas rectas y los brazos cruzados. Algunos de los hombres más jóvenes habían dejado caer la cabeza sobre el hombro de sus mujeres, y algunas de éstas dormían con el brazo en torno a los hombros de algún pequeño, como si quisieran refrenarlo y adiestrarlo en las buenas maneras incluso en el incierto mundo del sueño. Los hombres tenían las piernas extendidas, con los pies confortablemente plantados y separados entre sí o cruzados a la altura de los tobillos, pero las mujeres las mantenían juntas, paralelas al perfil de su asiento, las faldas tan rectas como si se las hubieran alisado antes de dormir y no se hubieran movido lo más mínimo desde entonces. Algunas de ellas roncaban, probablemente en bajo alemán. ¿Quién sabe con qué estarían soñando?

Los hábitos nocturnos del resto de los ocupantes del vagón eran muy distintos. El reposo, como el hambre o el apremio sexual, es un poderoso instinto humano que, en los momentos de mayor necesidad, se impone sobre las delicadezas sociales y las apariencias públicas. En general lo practicamos en privado, o a lo sumo con una única persona a la que hemos autorizado a compartir la suprema intimidad del sueño. Y lo primero que descubrimos cuando pasamos la noche con alguien es que, independientemente del grado de acercamiento que el sexo traiga consigo, no hay nada en este mundo comparable al grado de separación y de absoluta soledad que se siente cuando el que está dormido no eres tú. Dormimos solos, por mucho que estemos en brazos de otro o lo tengamos entre los nuestros. Cuando nuestros acompañantes se duermen es como si se retiraran a un lugar privado rodeado de espesas zarzas y muros de inconsciencia tan impenetrables como la piedra. Tras de sí no dejan otra cosa que una efigie indiferente y hasta descuidada, una cáscara vacía que gira y se revuelve, resopla y ronca, tan poco digna de ser considerada el recipiente de la mente y del corazón con los que poco antes te comunicaras como lo sería una lata vacía de judías estofadas. El sueño es un refugio. Todo hombre es una isla cuando duerme. Y con todo lo inquietante y hasta angustiada que resulta esta certidumbre, la conservamos para aquellos a los que amamos o a los que ya nos hemos acostumbrado, probablemente tan sólo porque no nos queda otro remedio si es

que no queremos tener que elegir entre experimentar el confort de otros o el éxtasis de nuestra inconsciencia solitaria. Es una certeza privada. Entre las personas se dan algunas, y el solipsismo del sueño es una de ellas.

Así, el sueño público es una especie de revelación, y quien observa a un desconocido cuando está dormido es tan *voyeur* como quien atisbara a través de las cortinas de un dormitorio. Para quien no es un inveterado indiscreto existe un cierto grado de fascinada incomodidad en la práctica: miras, pero luego desvías la mirada. A la mayoría nos gusta espiar la intimidad de los demás, ver cómo son realmente las personas cuando están solas. Incluso aquellos con los que vivimos están solos a veces y retienen secretos momentáneos. No se puede estar vigilando todo el tiempo. E incluso si te cabe la suposición de que otras personas, a solas, son muy parecidas a ti, nunca puedes estar seguro. Peor aún, nunca puedes estar seguro de que tú, a solas, seas similar a otras personas en las mismas circunstancias. Hay cosas que nunca se averiguan preguntando a otros o estando con ellos, por lo que cuando tenemos ocasión de hacer trampa, de mirar por una rendija de la puerta, de observar a través de la ventana la silueta de una figura al otro lado de la calle o de mirar fotografías tomadas con teleobjetivo, lo hacemos, y el instintivo sentido de culpa que experimentamos es, por lo general, equivalente al placer que nos produce. ¿Qué esperamos ver? Si son como nosotros; si nosotros mismos somos unos bichos raros; si son ellos más raros que nosotros... Pero también queremos ver cómo somos todos: no ya el mirón individual, sino ese *nosotros* general y colectivo.

Dormían todos tan cómodamente como les era posible, con los zapatos quitados, los cinturones desabrochados, las cremalleras bajadas y las ropas aflojadas o recogidas, revelando vientres, pechos y muslos. Cada una de aquellas personas dormía bajo un encantamiento que le permitía luchar por un centímetro adicional de espacio personal, un gramo más de holgura, sin preocuparse de lo que su yo despierto pudiera opinar de su apariencia. Las cabezas desplomadas, las bocas abiertas, roncando libremente, chasqueando los labios, rascándose, resollando, las piernas separadas, el torso vencido: todo con la perfecta inocencia autocomplaciente de un niño dormido. A todos los efectos era como si la humanidad hubiera decidido prescindir por completo de los hábitos sociales adquiridos para vivir pacíficamente en grupo. No como el animal salvaje primigenio que había vislumbrado Frank Leslie en la década de 1870 bajo la influencia de teorías evolutivas que nos amenazaban con ancestros simiescos, sino como una mezcla de omnipotentes egos individuales post-freudianos, cada uno de ellos empeñado en la persecución independiente de su propia gratificación física y abstraído en sus propios sueños y deseos.

A las ocho y media de la mañana siguiente el tren había llegado a Toledo, Ohio. A partir de las seis los viajeros habían comenzado a despertarse uno tras otro, tras lo cual procedían a intentar adquirir de nuevo un aspecto respetable, estirándose la ropa, peinándose y encaminándose al vagón restaurante en busca de un café que les hiciera parecer otra vez seres humanos sociales. Al chef no se le veía por ninguna parte, pero

Marie, a la que encontré en el compartimento de fumadores, fresca, animada y aferrada a su primer cigarrillo de la mañana, me dijo que había terminado por derrumbarse en el suelo en mitad de uno de los pasillos y que se había pasado allí durmiendo toda la noche mientras los demás pasajeros procuraban sortearle cuidadosamente.

Yo me sentía revuelta por la falta de sueño, pero me pasé la mañana fumando y bebiendo café a medida que recorriamos aquel paisaje uniforme y anónimo envuelto por la niebla matutina. En lo único que pensaba era en llegar a Chicago y enlazar con el *Empire Builder*, en el que tenía reservada una cama. Llevábamos una hora de retraso, pero tan pronto como llegamos a las afueras de la ciudad y fueron multiplicándose las vías que, procedentes de todas direcciones, convergían en el frenético eje que constituye el centro mismo del sistema ferroviario norteamericano, redujimos la marcha a esa alarmante velocidad que sólo puede tener como desenlace la parada total. Rodeados por trenes y contenedores de mercancías, tendidos de cables que chirriaban y zumbaban, hierro y acero, escorias, humo, polvo, mugre y el restallido estremecedor de metal sobre metal procedente de las ruedas y de las vías, con su sonido rechinante y triturador a medida que frenaba y avanzaba entre sacudidas, el *Lake Shore Limited* se detuvo finalmente por completo a unos quinientos metros de la Union Station de Chicago. Rodeados por un silencio expectante, todos esperamos un buen rato y seguimos esperando algún tiempo más. El chiquillo sentado junto a mí comenzó a cantar con voz monótona: «Llevamos ya una hora... llevamos ya dos horas... llevamos ya tres horas...». Así llegó hasta diez horas y a continuación volvió a empezar. Una y otra vez. Ignoro cuántas veces cantó la canción, pero después de una hora y media entera y verdadera aún seguíamos esperando en el apartadero de contenedores, sometidos a la preferencia de los trenes de mercancías. No se oía murmurar una sola protesta. Después de nuestras diecinueve horas de viaje, nos limitamos a permanecer sentados con el equipaje preparado, listos para desembarcar y marcharnos a casa o transbordar al tren siguiente. Aparte del niño del asiento contiguo, que comenzaba a sonar como nuestras propias almas cantándonos al oído —y al que, como a la mía propia, me hubiera gustado acallar—, reinaba el severo silencio de un público impotente y cautivo que, sin tener adonde ir, no podía hacer otra cosa que escrutar a través de la suciedad de los cristales aquel panorama ruidoso y caótico de maniobras ferroviarias y aquella atmósfera humeante tras la que aguardaba un destino final situado a pocos metros pero completamente fuera de nuestro alcance.

Dos horas después se nos dio paso al interior de la estación y pude llegar al mostrador de facturación de Chicago tan sólo quince minutos antes de que el *Empire Builder* partiera en dirección a Portland, Oregón. Dado mi estado de ansiedad cualquiera habría pensado que tenía que estar por fuerza en algún sitio a una hora determinada, pero perder un tren es perder un tren; es algo en sí mismo, como una fuente de compulsión que tan sólo precisa de un horario de salidas. Habría tenido que

soportar una larga espera hasta el siguiente tren con destino a Portland, pero esperar era lo único que hacía: ¿qué diferencia suponía que fuera en un tren esperando la próxima estación o en una estación esperando el próximo tren? Así y todo, me sentí inmensamente aliviada de llegar al mostrador de facturación antes de la hora de cierre.

—Eso no ha sido nada —decía una mujer detrás de mí mientras avanzábamos empujadas por los mozos de estación, como si el retraso fuera culpa nuestra—. Una vez tuve que esperar en los apartaderos de Chicago durante ocho horas seguidas.

Comprendí entonces el silencio del resto de los ocupantes del tren: obedecía simplemente al terror que les producía lo que acaso aún pudiéramos tener por delante.

Un enorme desgaste nervioso

El *Empire Builder* partió puntualmente a las dos y diez de la tarde y fue ganando velocidad a medida que atravesaba los apartaderos y los límites de la estación, dejando atrás el acero y las humaredas de las fábricas, más allá de los suburbios, en dirección Oeste. La locomotora se alejaba resueltamente del Nordeste industrial, siguiendo el trazado de los sueños de los pioneros que en el siglo XIX quisieron construir un medio mecanizado mediante el que extender la sociedad civil, con todas sus insoslayables y remuneradoras necesidades, a territorios salvajes situados cada vez más al Oeste. ¿Y qué me importaba? En aquel momento, ni lo más mínimo. No había disfrutado de más de veinte minutos de sueño, y estaban mostrándome el camino de mi compartimento *deluxe*. Había reservado lo último que quedaba en el coche cama: el *deluxe*, un compartimento doble dotado de ducha y lavabo propios a cambio de un sustancioso suplemento. O eso, o dos noches más sentada y sin dormir. Pero hubiera pagado cualquier precio por disfrutar de horizontalidad. El revisor se presentó como Chris, y yo, sin darle tiempo a que me explicara los usos relativos al café y al periódico matutino, le pedí que me hiciera la cama para poder dormir, cosa que hice hasta las seis menos cuarto de la tarde. Al despertarme y examinar mi lujoso acomodo descubrí que no sólo mi cama era el doble de ancha que una litera normal sino que el compartimento contaba asimismo con una butaca y con una mesa de tamaño decente, así como con un cuarto de baño integrado para mí sola. Los compartimentos individuales no pasaban de ser algo similar a un ataúd de techo alto, un recinto que apenas rebasaba la anchura del estrecho catre y en que se podía estar sentado pero no de pie. Incluso el más leve grado de claustrofobia habría hecho imposible realizar una noche de viaje sin experimentar horrores de enterramiento en vida dignos de Edgar Allan Poe. Yo, sin embargo, no padezco en lo más mínimo de claustrofobia. Antes bien, me gustan los espacios reducidos y perfectamente ajustados, por lo que me había sentido del todo satisfecha a pesar de las flexiones y contorsiones necesarias para cambiarme de ropa en la cama con las piernas cruzadas, sin importarme los inevitables derramamientos de cremas y lociones que con gran dificultad lograba encontrar, colgada boca abajo para alcanzar el neceser que había incrustado en la estrecha rendija que quedaba libre bajo la cama plegable. Para mí, todo ello contribuía a hacer el espacio más acogedor, y resultaba, en cualquier caso, infinitamente preferible a una noche de insomnio en un vagón público. Este compartimento doble, sin embargo, era lo bastante espacioso como para columpiar a un gato, aunque tampoco un gato de gran tamaño: mi imagen mental era la de un minino colgando del extremo de mi brazo. En todo caso, era extraordinariamente amplio para lo que suelen ser los compartimentos de coche cama. Lástima tener que verme obligada a abandonarlo de inmediato para fumar un cigarrillo.

De camino al vagón de fumadores me detuve en el bar para pedir un café. Me

precedía en la cola una mujer amish que viajaba con su hijo, de unos ocho o nueve años. Parecían omnipresentes en todo el sistema ferroviario, los amish. ¿Habría quedado alguien en la granja para guiar los arados tirados por caballos y batir a mano la mantequilla? El tren experimentó una sacudida y el muchacho dio un paso atrás y me propinó un pisotón en mitad del pie. Yo respondí con un grito de protesta: al fin y al cabo, no se trataba de un niño pequeño. Cuando el chiquillo se volvió a mirarme yo me señalé el pie y caricaturicé con el rostro una mueca de dolor. Él pareció encantado con mi fingido sufrimiento, y sus facciones, rechonchas como las de un búho y rematadas por el corte de pelo a tazón de rigor, se distendieron en una amplia sonrisa. Se le veía considerable pero tímidamente divertido de su hazaña. Yo elevé los ojos al cielo en un gesto de burlona impotencia y él comenzó a reírse. Su madre se volvió y le miró, sonriendo benévolamente al niño y luego saludándome a mí con una inclinación de cabeza. Luego, tras recoger su bandeja, ambos se sentaron a una de las mesas. De vez en cuando el niño alzaba la mirada hacia mí, aún regocijado mientras hundía los dientes y la mayor parte del semblante en uno de los más fétidos perritos calientes de microondas que jamás he tenido la desgracia de ventear. Así y todo, y dado que sentía como si ya hubiéramos sido presentados o, al menos, que el muchacho estaba en deuda conmigo, me senté frente a ellos con mi café.

—¿Te gusta? —preguntó la mujer al niño con un tono quedo e inquieto que revelaba un acento extranjero pero indefinible—. ¿Está bueno?

Era como una de esas madres que sólo se ven en las viejas películas de Hollywood; una damisela madura bien entrada en años y ya alejada de sus años reproductivos y hasta de su sexualidad; una matrona que había cumplido con su función procreadora y no tenía necesidad de conservar ningún atractivo, ni aun el mínimo que llegaran a permitir los amish. No portaba adorno alguno, y su piel relucía con un brillo casi plateado de puro limpia. De su blanca cofia almidonada asomaban algunos mechones de cabello ceniciento, y su vestido de una sola pieza era de un tono gris claro que contrastaba con el azul que vestían las mujeres amish del tren anterior, si bien aparecía igualmente pulcro y bien planchado. Aunque no podía tener mucho más de cuarenta años, se la veía casi apergaminada. A cada poco se inclinaba sobre el niño para recordarle con un susurro la necesidad de comer con corrección y para acariciarle el pelo, mimándole y preguntándole si estaba disfrutando de lo que a mí se me antojaba un almuerzo de lo menos amish. Se la veía por completo dedicada a su hijo, a la vez que preocupada por asegurar su satisfacción y bienestar más completos, del todo absorta en el amor y el cuidado de su pequeño. Sin embargo, encontró también tiempo para la cortesía y me preguntó de dónde procedía.

—De Inglaterra.

Ante aquello no reaccionó con mayor —ni menor— interés que si le hubiera respondido que de Pittsburgh, y se limitó a asentir distraídamente, más interesada en los progresos de su hijo.

—¿Qué tal es el clima de Inglaterra?

No me hubiera sido posible asegurar con certeza que la mujer supiera en qué lugar del planeta se hallaba Inglaterra, pero desde luego sabía, como todos los norteamericanos, que se trataba de un lugar cuyo clima convenía sacar a relucir. Le aseguré que llovía mucho y ella pareció darse por satisfecha. El mundo seguía siendo como ella pensaba y con eso le bastaba. Le pregunté adonde iba.

—A casa. Vivimos en Libby —dijo, y abrazó a su hijo.

Al cabo de un instante pareció decidir que yo esperaba de ella más información, y siguió hablando en voz baja y medrosa con tono apresurado, como si quisiera concluir aquel episodio de comunicación lo antes posible. No dijo nada más que lo estrictamente necesario para satisfacer la curiosidad de una extraña, pero se mostró cordial. Ella y su familia acababan de asistir a la boda de su hijo con una muchacha perteneciente a una comunidad amish de Massachusetts. Era el cuarto de sus hijos que contraía matrimonio, pero también tenía dos hijas casadas. Todos vivían con sus esposas y sus maridos en Libby. Hablaba como si Libby fuera Nueva York o París; como si yo por fuerza tuviera que estar familiarizada con el lugar. Finalmente, algo arrebolada, enmudeció y adoptó una expresión recatada, infantil y algo culpable, como si hubiera revelado demasiadas cosas a una desconocida. Cada vez más ruborizada, hundió la cabeza para murmurar algo a su hijo, que asintió para confirmar su aprobación en respuesta a sus preguntas a la vez que, de cuando en cuando, me sonreía con sus mejillas repletas de salchichas, como un hámster satisfecho. Resultaba evidente que cualquier interés ulterior por mi parte hubiera resultado indiscreto. A pesar de mi fascinación, no tenía modo de iniciar una auténtica conversación con aquella mujer, tan enclaustrada en su bien regulada complacencia que cualquier pregunta proveniente de alguien extraño no podía representar sino un desafío. Al regresar a mi compartimento revisé el horario y comprobé que Libby estaba en Montana, un poco más allá de Whitefish y Glacier Park, y que el tren tenía prevista su llegada a eso de las 11 de la noche del día siguiente.

Descubrí que a pesar de mi lujoso alojamiento me hallaba de vuelta en uno de los viejos trenes a la antigua usanza, cuyo compartimento para fumadores, adecuadamente punitivo, se me antojó exactamente igual que el del *Sunset Limited*, incluidas las quemaduras en el suelo y el severo aviso que prohibía consumir alimentos o bebidas o pasar en el recinto más de los quince minutos designados para fumar un cigarrillo. Me invadió una especie de sentimiento de satisfacción, una cálida familiaridad, una acogedora sensación de retorno a los humos grisazulados, a la mugre, a la descuidada sordidez y a una total ausencia de la ironía y la nostalgia del recinto de vidrio del *Empire Builder*. «¿Qué queréis, fumar? Muy bien, pues aquí tenéis un agujero repugnante en el que hacerlo. Adelante, fumad». Mucho mejor así. Allí, además, había humanidad y nuevas oportunidades de formar parte de ella. Mis deseos de establecer contacto social habían descendido hasta alcanzar un punto crítico. Fuera lo que fuese lo que tanto me había seducido de la capacidad humana para la anécdota en mi primer y accidental viaje se había evaporado en un anhelo de

reposo y silencio a medida que Norteamérica pasaba ante mis ojos. Penetré en el compartimento para fumadores debido únicamente a mi urgente necesidad de fumar y, con franqueza, confiaba en que estuviera desierto. No tenía el menor deseo de ingresar en un nuevo círculo social. Y, al parecer, mi creciente rechazo a la compañía humana no era ni mucho menos único. En sus reminiscencias de un viaje en tren realizado en 1878 Helen Hunt Jackson sugería haber experimentado una similar trayectoria de agotamiento social:

Mostraos tan taciturnos, tan insociables y tan hoscos como os apetezca, ya que no podéis evitar sentirnos más o menos impresionados por el magnetismo de los seres humanos con los que compartís el vagón. Sus rostros atraen o repelen; sentís agrado, desagrado, curiosidad, compasión, resentimiento, odio... En el curso de veinticuatro horas habéis experimentado un enorme desgaste nervioso para nada.

Lejos de hallarse vacío, el compartimento para fumadores albergaba los muy sociables placeres de Big Daddy^[13], un corpulento caballero sureño de sesenta y pocos años provisto del bigote y del fluido acento de Rhett Butler, y ataviado con un chaleco bordado con complicados motivos florales y un sombrero vaquero de ala ancha y curvada. Su semblante mostraba un tono oscuro e intensamente bronceado, hasta el punto de que era imposible determinar si era de piel negra o si se hallaba simplemente atezado por el sol. Tal vez se debiera tan sólo a su nombre (tomado, creo, de *La gata sobre el tejado de zinc*), pero lo cierto es que me dio la sensación de que albergaba un asombroso parecido con Tennessee Williams. Cuando entré estaba alabando sonoramente la camiseta de una corpulenta pasajera negra, que llevaba el nombre de «The Cardinals» estampado en rojo púrpura a la altura de los senos.

—Esa camiseta es verdaderamente curiosa. Ya me gustaría tener una igual —dijo, y se volvió para saludar mi llegada a medida que me sentaba a la vez que me tendía la mano y se presentaba—. Big Daddy, señora. Lleva usted unos bonitos pantalones. Debo decir que me gustan considerablemente esos pantalones.

—Oye, Big Daddy —chilló la mujer de la camiseta, muerta de risa—. Sigue así y acabarás llevándote un guardarropa completo.

Big Daddy viajaba de camino a Whitefish, en Glacier Park, la estación alpina de pesca y esquí de Montana. Solía dejar a su mujer en casa y tomar las vacaciones por su cuenta, me dijo, dándome a entender que otorgaba sus encantos a quien los aceptara, y que tanto él como quienes a ellos sucumbieran solían descubrir que el resultado merecía la pena. Era un antiguo y ya maduro *gigoló* con el que aún podían hacerse unas risas. Tan pronto como supo que era escritora y que procedía de Inglaterra se puso a charlar conmigo y a seducirme a base de proporcionarme información local y de detallarme todo cuanto debía saber sobre los lugares de interés que encontraría a mi paso.

—Permítame que le ayude con su tarea, querida mía...

Shelby, por ejemplo, población a la que no llegaríamos hasta la tarde del día siguiente, era un lugar que no debía perderme. Tampoco es que tuviera ya mucho interés hoy en día, pero en otro tiempo había sido célebre como escenario de la gala de boxeo que, programada para el 4 de julio de 1923, debía enfrentar a Jack Dempsey y Tom Gibbons en su lucha por el Campeonato del Mundo de los Pesos Pesados. Miles de aficionados habían contratado trenes especiales para trasladarse al Oeste, pero entonces, pocos días antes de la pelea, Doc Kearns, el mánager de Dempsey, anuló el encuentro. Los viajeros cancelaron sus billetes y, por fin, en el último minuto, Kearns aceptó que el *match* se celebrara después de todo. Se presentaron 7.000 espectadores provistos de entrada y otros 17.000 dispuestos a colarse. Ni que decir tiene que se produjo un auténtico caos, y mientras todo aquello sucedía Doc Kearns se escabulló discretamente de la ciudad con los 300.000 dólares del premio. Dempsey no cobró nada por su victoria sobre Gibbons, y cuatro bancos de Montana fueron a la quiebra.

—Y ésa es la historia de Shelby, querida mía. Ahora, dentro de poco, atravesaremos un puente que uno de los habitantes de la localidad, llamado Geary, solía mantener limpio de nieve durante el invierno con su quitanieves, el único que había en el pueblo. El tal Geary era un tipo bronco al que le gustaba beber, y un día, después de una verdadera juerga y de un montón de farolas rotas, terminó en presencia del juez, quien le condenó a treinta días de calabozo por conducir borracho y le retiró el permiso durante seis meses. Al salir tenía que visitar al funcionario de la condicional para demostrar que estaba reformado, de modo que montó en el quitanieves y se fue a verle. «¿Cómo has venido hasta aquí?», le preguntó el funcionario. «Cómo va a ser: conduciendo», le dijo Geary. El caso es que volvió derecho a la cárcel para pasar otros treinta días por conducir sin permiso. Para entonces, sin embargo, ya habían empezado las nevadas, y durante todos aquellos días que Geary pasó en la cárcel con el permiso de conducir suspendido, todos los trenes que atravesaron el puente tuvieron que hacerlo muy, muy lentamente, al paso de un hombre, porque Geary, que estaba en la cárcel, calentito y bien alimentado, no podía mantener el puente impecablemente limpio de nieve y hielo. Y como el quitanieves era suyo y era el único del pueblo, nadie más podía conducirlo. La compañía de ferrocarril protestó, pero la ley es la ley.

Las entretenidas historias de Big Daddy se sucedían sin descanso y a toda velocidad, todas ellas extrañamente míticas y extrañamente inconsecuentes. Un revisor que se había sentado en el asiento de enfrente para tomarse un descanso y fumarse un cigarrillo le escuchaba y asentía, sonriente. Big Daddy le devolvió la sonrisa:

—Tiene usted un trabajo estupendo, ¿verdad?

Al revisor se le borró la sonrisa.

—Solía serlo —gruñó—. En tiempos. Mire, mejor que no me ponga a hablar.

Ahora... ahora todo lo manejan los «gestores» y los amigos de sus amigos. No de un modo profesional, como antes. Esta gente no sabe cómo dirigir un ferrocarril. No son profesionales, son hombres de negocios con sus amigotes. Se sientan en sus salas de juntas con sus gráficos y luego es a mí al que le toca aguantar los gritos de los viajeros porque han vendido más plazas de las disponibles o porque el tren se ha estropeado y sale con retraso. Y luego, en lugar de solucionar los problemas, te envían a hacer cursillos de relaciones públicas para que aprendas cómo calmar a los clientes. Apacigua a todo el mundo, pero no resuelvas el problema. Cosas de los liberales. La gran mentira de los liberales. Se han hecho con todo lo que hay en el maldito país. El Gobierno. Las vías férreas. Todo lo han arruinado con su gran mentira. Con la gran mentira socialista.

Su furia había crecido hasta adquirir proporciones federales.

—¿Qué gran mentira? —pregunté.

—Ya sabe usted. La Gran Mentira. La Gran Mentira Socialista Liberal.

Yo adopté una expresión perpleja y le pedí más detalles, pero resultaba obvio que no sabía por dónde empezar. Qué demonios, todo el mundo estaba al tanto de la Gran Mentira.

—No hacen más que contar mentiras. Mentiras socialistas. Cuentos chinos socialistas. Todo políticamente correcto. Como cuando en lugar de decirte que tienes que pagar más impuestos te cuentan que estás *contribuyendo*. Y no hacen más que hablar de libertad y de normas de seguridad para la posesión de armas cuando lo que de verdad están haciendo es sacar leyes al respecto y restringir una libertad entroncada en la Constitución de Estados Unidos de Norteamérica. El derecho a portar armas. Eso es lo que asegura nuestro bienestar y nuestra libertad. Ésas son las mentiras que cuentan los socialistas. Las mentiras liberales que nunca dicen las cosas como son. Qué demonios, siempre están diciendo justo lo contrario de lo que cualquier persona normal entendería al oír sus palabras.

Se detuvo, como si esperara una salva de aplausos, pero aunque todos le escuchábamos cortésmente, nadie parecía dispuesto a respaldarle ni a animarle a que siguiera. Ni Big Daddy ni la mujer negra de la camiseta de los Cardinals se mostraban demasiado interesados.

—Diablos —dijo a modo de conclusión—. Mejor que no me ponga a hablar de los liberales. Mejor que no me ponga.

Dicho esto, se refugió en su mutismo y al poco rato murmuró que su tiempo de descanso había concluido y se marchó. Era la primera vez que salía a relucir la política en mis viajes por tren.

Para entonces comenzaba ya a anochecer, y oí mi nombre por megafonía: me convocaban para la cena, que en los trenes se sirve a hora muy temprana. La comida y la cena se servían a horas prefijadas, y cada pasajero tenía que reservar un turno y respetarlo. La impuntualidad se contemplaba con malos ojos. El vagón restaurante, a diferencia del resto del tren, se regía por un horario estricto. A las nueve ya estaba

vacío y limpio, y si tenías que atravesarlo te encontrabas con el jefe de departamento ocupado en revisar los recibos con su calculadora, hacer caja y cotejar los albaranes. El papeleo parecía formar parte fundamental de la actividad del vagón restaurante, hasta el punto de que los propios comensales nos sentíamos en cierto modo como un estorbo del que había que deshacerse lo antes posible para que los empleados pudieran proseguir con el cometido verdaderamente importante de sumar, restar y hacer balance como es debido. Con un gesto de la mano, me despedí del resto de los fumadores y me encaminé al restaurante. Al parecer, la política estaba destinada a ser el tema central de la velada, como si viajar hacia el Oeste equivaliera asimismo a desplazarnos ideológicamente a la derecha. El camarero me sentó frente a una elegante pareja de mediana edad y aspecto respetable, y tanto él como ella me sonrieron cortésmente al unirme a ellos. Nos dimos las buenas noches e intercambiamos los datos de rigor en lo referido a nuestro origen y destino. Al cabo de pocos momentos acudió de nuevo el camarero para acomodar al cuarto miembro de nuestra mesa. Se trataba de una mujer a la que ya había visto anteriormente desplazándose entre los asientos de uno de los vagones. Era una dama sumamente menuda. Tendría unos cincuenta años y lucía unos cabellos grises desaliñados, unos pantalones ahusados de tela cruzada y una camisa con bolsillos sobre la que colgaba una bolsa de cuero con la correa atravesada. Padecía algún trastorno de tipo nervioso que le provocaba continuos y aparatosos espasmos y tics, y recordé haberla visto dando bandazos a lo largo del pasillo del tren en movimiento como un molino de viento enfurecido. Cada vez que comenzaba a hablar, interrumpía sus palabras para trazar un amplio arco con uno de sus brazos al que seguía una serie de convulsiones entrecortadas del cuello y la cabeza, se diría que todo ello en un orden prescrito. Hecho esto, procedía a emitir las palabras.

—Me llamo Glenys —dijo, mientras se sentaba pulcramente, tras lo cual ejecutó una nueva tanda de aspavientos y pareció relajarse—. ¿Y ustedes?

Claramente, estaba mucho más habituada que sus compañeros de mesa a ser Glenys y a actuar en consecuencia. La pareja parecía alarmada, y yo me esforzaba en no dar la misma impresión, con lo que el resultado era el mismo. Glenys se hallaba perfectamente reconciliada con su situación, y daba rienda suelta a sus tics dejando que se atropellaran y apaciguaran alternativamente antes de alargar la mano hacia el salero o llevarse la comida a los labios. Sus actividades y su conversación rellenaban los espacios vacíos entre sus respingos; eso si es que no sucedía al revés, y eran las gesticulaciones las que aprovechaban como podían los intervalos entre las palabras y los bocados. De un modo u otro, tanto ella como su condición se habían acomodado la una a la otra y cohabitaban repartiéndose el tiempo en armonía.

—¿Viaja usted sola? —inquirió el hombre con una voz gélida y en exceso tonante, silabeando cuidadosamente cada palabra como quien se dirige a un extranjero o a un idiota.

Glenys explicó que se dirigía a pasar dos días de vacaciones en Whitefish para

ver las montañas. Nunca había viajado a la montaña, pero sus ingresos, reducidos a la pensión de invalidez, no le permitían pasar más allá de ese tiempo en la estación. La mujer sentada frente a nosotros se había ausentado de la mesa. Mejor dicho: seguía allí, pero su yo social se había retirado de lo que para ella era en apariencia una situación intolerable, y concentraba toda su atención en el plato y en los desplazamientos de su tenedor y su cuchillo. No así su marido, que contemplaba a Glenys con ojos encendidos y una indisimulada expresión de repugnancia, como si se hallara ante algo que hubiera aterrizado entre nosotros por accidente, algo repulsivo que careciera de la capacidad consciente de observar su entorno o devolverle la mirada. Pocas veces he visto a un ser humano examinar a otro con tan manifiesta aversión. Durante el resto de la cena se dirigió exclusivamente a mí, como si no hubiera nadie sentado a mi lado. Glenys me preguntó de dónde era y a qué me dedicaba, e intercambiamos información. Me explicó que trabajaba para un grupo educacional que fomentaba escuelas especiales para personas con trastornos del desarrollo. Yo, en Inglaterra, conocía gente con niños discapacitados que luchaban por lo contrario: por conseguir que sus hijos fueran admitidos en las escuelas normales. Glenys se mostraba firme en su postura radical y separatista. Las personas discapacitadas se encontraban invariablemente en desventaja en las escuelas corrientes, en las que llamaban la atención y carecían de medios para atender a sus necesidades particulares. Constituían una minoría, y se mostraban inclinados a rechazar unas normas que les resultaban inalcanzables y que se denominaban normales sólo porque eran compartidas por una mayor cantidad de gente. Tan sólo los centros especialmente equipados para niños discapacitados, en los que eran ellos la norma y la mayoría, les proporcionaban el sentido de su propia importancia y de sus derechos en el mundo, y se había demostrado que tanto el desarrollo como la educación de los pequeños respondían mucho mejor en escuelas dotadas de maestros especializados y construidas mediante un diseño adaptado que en estructuras sólo parcialmente adaptadas. En su opinión, la tendencia a cerrar las escuelas y universidades especiales era reaccionaria y regresiva, y constituía más un método para ahorrar dinero que un modo de proporcionar a los discapacitados la mejor educación posible y la capacidad de explorar su potencial a fondo. Realizó una defensa apasionada de su causa, gesticulando y estremeciéndose cada vez más, como si su apasionado convencimiento incrementara la intensidad de sus tics.

El hombre, entretanto, me hacía señales. Había captado mi mirada e intentaba distraerme de la conversación que mantenía con Glenys mediante una discreta pero insistente actividad de su dedo índice por encima del borde del plato con el que pretendía señalar con urgencia que lo que me estaban contando estaba completamente equivocado. Para ello desviaba de un lado a otro la mirada, invitándome a seguirla y así apartarla de Glenys, y al mismo tiempo cerraba los párpados para negar lo que la otra decía y remedaba los movimientos de negación de su dedo con una veloz oscilación de la cabeza. Era, en conjunto, un espectáculo extraordinario, no menos

exótico y agitado que el surtido de temblores de Glenys pero sí más alarmante, y me sorprendí a mí misma contemplándole unos instantes con estupor. Estaba indicándome, como si Glenys fuera ciega, que todo cuanto decía era un completo disparate al que haría bien en no otorgar la menor credibilidad, y cuando habló lo hizo en un tono más o menos apagado que pretendía excluir de la conversación a la mujer sentada a mi izquierda, cual médico que hiciera un aparte con el adulto responsable de un niño enfermo que estuviera presente pero que fuera incapaz de comprender. Aquel hombre que tanta importancia otorgaba a hacerme entender la verdad, consideraba a Glenys mentalmente tarada, sorda y ciega.

—No la escuche. Esto es el resultado de todo lo que ocurrió en los sesenta. Los liberales, los *hippies* y los izquierdistas cerraron las instituciones y los dejaron salir a todos, y ahora están en la calle y no son más que una fuente de problemas y un peligro para la sociedad. Retrasados, chalados, drogadictos. Enfermos mentales como... —dijo, desviando la barbilla en dirección a Glenys—, a los que no les debería estar permitido mezclarse con el resto de la sociedad. El resultado es que la gente normal y decente ya no puede andar por ahí libremente y sin temor. Con todas esas personas que piden limosna y que viven en los portales, propagando enfermedades y exigiendo sus derechos... vamos, es que uno ya no puede ni cenar tranquilo.

Su voz, que era más bien un quejido de cólera e impotencia, se correspondía con el asqueado rictus que habían adoptado sus labios para sacarme del error en el que pretendían hacerme caer. Le respondí con tono cortés.

—Lo lamento, pero yo era una de esas liberales, *hippies* e izquierdistas y, que recuerde, lo que pretendíamos hacer en los sesenta era cerrar esas instituciones y emplear el dinero resultante en proporcionar centros locales de educación y atención humanitaria para las personas psíquica y físicamente disminuidas en lugar de encerrarlas para olvidarse de ellas y dejar que se pudrieran durante el resto de sus vidas. Pero lo cierto es que nada sucedió hasta los años ochenta, cuando Thatcher y Reagan cerraron todos los viejos asilos, largaron a los internos a la calle y se embolsaron el dinero. No sustituyeron lo que habían eliminado con nada, no establecieron ningún sistema de atención y no promovieron ninguna forma de financiación capaz de rehabilitar o de proporcionar tratamiento a largo plazo a las personas a las que habían dejado desprotegidas. Fue la extrema derecha, y no la izquierda, la que llenó las calles de gente que no tenía ningún lugar adonde ir y la que luego dio media vuelta y no quiso saber nada. Cuando yo era pequeña, en el centro de Londres no se veía a nadie durmiendo en la calle. Esas cosas no pasaban hasta que Margaret Thatcher salió elegida.

Glenys y yo compartíamos ya la mirada de repugnancia de nuestro vecino de mesa que, sin embargo, seguía dirigiéndose únicamente a mí, ya que, aun revelada mi condición de izquierdista, incluso traidora a su concepto de la normalidad, no era cuando menos, a sus ojos, una retrasada. Glenys le perturbaba extraordinariamente.

—No, no. Fue la izquierda la que encabezó el movimiento que condujo al cierre de esas instituciones. Reagan y Thatcher se llevaron la culpa injustamente. Está todo en los libros de historia. Dios mío, ¿dónde estaríamos hoy de no haber tenido a Ronald Reagan y el apoyo de Margaret Thatcher? Seríamos esclavos de Rusia. Estaríamos regidos por comunistas. ¿Es ésa la clase de vida que desea?

Yo le miraba con la boca abierta.

—Sí, sí —prosiguió—, ponga usted la cara que le apetezca, pero escuche lo que le digo. Fue el proyecto de Guerra de las Galaxias de Reagan lo que asustó a Gorbachov y le hizo renunciar a sus ideas de dominar el mundo. ¿Y ha visto lo que ocurre? Ahora Rusia está dominada por la mafia. Para que vea cómo son los rusos.

Se trataba de una conversación absurda, pero me encontraba atrapada en ella.

—Pues Estados Unidos lleva gobernado por la mafia desde los años veinte.

De pronto, su mujer alzó la mirada de su comida y, con voz completamente neutra, dijo:

—A él ésos le parecen bien.

A continuación, volvió de nuevo a posar los ojos en el plato y él prosiguió como si su mujer en ningún momento hubiera hablado.

—Y estamos rodeados de traidores. Pat Buchanan se ha rendido. Experimentó no sé qué *epifanía* y ha decidido que la Seguridad Social es una buena cosa. ¿Por qué demonios tiene la gente decente, que trabaja y se esfuerza, que costear los beneficios de ellos?

—Pues sencillamente por su propio interés —intenté aducir yo débilmente—. Si a «ellos» se les deja sin nada, ¿en qué clase de sociedad les tocará vivir a sus ciudadanos decentes y trabajadores?

—Deberíamos retornar a la economía agraria.

Me esforcé por no echarme a reír.

—Pero eso es imposible...

—Ya... —dijo él, el rostro contorsionado de impotencia y desesperación—. Ahora es demasiado tarde.

Sentí que no podía más. Aguardé a que Glenys se terminara el postre y nos levantamos de la mesa. No había nada más que decir, y me limité a sacudir la cabeza. Glenys se había encogido de hombros, pero el gesto se perdió en un gran movimiento circular involuntario que quería abarcar el mundo entero y todo lo que en él existía. Cuando por fin logró completarlo nos echamos a reír y me marché a fumar un cigarrillo.

A las diez y veinticinco de la noche el tren se detuvo con perfecta puntualidad junto al andén de St. Paul's-Minneapolis. Tenía que reponer agua y combustible, por lo que disponíamos de un intervalo de cuarenta minutos para estirar las piernas, pasear por la estación y pisar tierra firme. Había oscurecido, y mientras regresaba por el ancho y desnudo camino asfaltado que conducía del edificio de la estación al tren oí que llamaban mi nombre.

—Hola, Jenny.

Era Big Daddy. Me dirigí hacia él.

—¿Te gusta bailar?

—Sí.

—De acuerdo. Voy a enseñarte un número de *Sonrisas y lágrimas* que he estado ensayando. ¿Recuerdas cuando están bailando en la terraza? He estado reproduciéndolo una y otra vez en el vídeo y he logrado determinar los pasos. Mira —dijo y, alargando un brazo, me asió suavemente de la mano—. Muy bien, ahora límitate a seguirme.

Iba cantando los pasos en voz baja: paso, paso, atrás, paso, y ahora de lado, paso... hasta que concluimos el número. Era una especie de minueto en el que los brazos se extendían y flexionaban, aproximándonos y alejándonos alternativamente con algún que otro giro entremedias.

—¿Lo tienes?

Lo ensayamos dos o tres veces, y otros pasajeros que iban y venían del tren se detuvieron a mirar.

—Eso es, ya lo has dominado. Ahora.

Comenzó a cantar la melodía sin palabras y ensayamos el baile en tiempo real. Luego lo repetimos con más confianza, y cuando ya se adivinaba a nuestro alrededor una buena muchedumbre bajo la penumbra de la estación, lo ejecutamos briosamente y con auténtico garbo. Al final, y tras media docena de giros sin soltar su brazo alzado, concluimos con una reverencia que fue saludada con los aplausos y los silbidos de aprobación de nuestros espectadores.

—Oye, te has hecho con él estupendamente. Para cuando llegemos a Whitefish nos saldrá perfecto. Listo para filmar.

—Eres un buen coreógrafo.

Big Daddy sonrió con modestia.

—No es más que uno de mis muchos talentos, querida mía —dijo, deslizando un brazo en torno a mi cintura—. ¿Por qué no das un rodeo y te pasas un día o dos en Whitefish? ¿Quién sabe qué números no podríamos coreografiar juntos? Haríamos una buena pareja de... bailarines.

Salir en mitad de la noche para bailar un *pas de deux* en el andén de St. Paul's-Minneapolis a la sombra del *Empire Builder* era una cosa, y había resultado francamente encantador, pero ¿qué pensar de una escala de fin de semana con un audaz donjuán de tiempos pasados en Whitefish, Montana? Me agradaba la inverosimilitud del escenario, y me sentí tentada por la espontaneidad y la excentricidad de la idea... hasta que pensé en el número de horas que caben en un solo día —no digamos en dos— y cuán fácilmente puede agriarse el encanto. Al mismo tiempo recordé que yo, a pesar de mi capacidad de interés y de mi avidez temporal por escuchar al mundo que me rodea y participar de él, soy profundamente intolerante con otras personas, sobretodo cuando la conversación y la representación

comienzan a decaer. Así, para salvarnos a los dos de mí misma, para ahorrarnos la decepción que habría de traer consigo ese algo más de tiempo del que Big Daddy y yo habíamos necesitado para dominar unos rápidos pasos de baile, opté por declinar la oferta, pero lo hice con algo parecido a un genuino pesar.

Adquirir experiencia —la consigna general a finales de los sesenta— se había convertido para mí en algo parecido a una especie de hábito. Si alguien te ofrecía una droga la aceptabas, porque constituiría una nueva experiencia. Si un grupo te invitaba a practicar el sexo con ellos también lo aceptabas, una vez más por la experiencia que suponía. Lo más importante era no perderse nada. Tanto las drogas como el sexo podían convertirse, y a veces lo hacían, en experiencias negativas, pero aun así resultaban valiosas. ¿Para qué? No es fácil decirlo. Para saber de la vida, o para saber cómo es la vida. Pero a la sazón el sexo y las drogas y las incursiones por antiguos textos orientales se nos antojaban como los principales caminos que conducían a la experiencia. A nadie se le ocurría sugerir que levantarse a las ocho de la mañana fuera una experiencia que conviniera tener (aunque sí lo era pasarse la noche entera fumando hierba o tomando pastillas de LSD para luego saludar la llegada del sol), ni que las experiencias de ir a trabajar día tras día o pagar las facturas o llamar por teléfono a casa resultaran esenciales para disfrutar de una vida plena. Por otra parte, la mayoría de nosotros terminamos por hacer todas estas cosas, de modo que tal vez tampoco estábamos completamente equivocados. Era un poco como el Premio Duque de Edimburgo, pero sin tener que hacer méritos. Corríamos riesgos, y algunas personas lo pasaban muy mal, pero igualmente puedes caerte de la montaña que estás escalando para disfrutar de la experiencia. La guerra terminó antes de que la mayoría de nosotros hubiéramos nacido, y a los miembros de esa generación anterior, que había corrido sus riesgos sin haberlos escogido, debía de parecerles demencial que nos dedicáramos a poner patas arriba nuestras mentes y nuestras emociones y a arrostrar peligros innecesarios justamente cuando nos acababan de proporcionar un mundo seguro. Pero el mundo, claro está, no era seguro. Casi todos sabíamos de las armas nucleares, de la crisis de los misiles de Cuba y de la Guerra Fría, y yo no era la única convencida de que no habría de llegar a vieja.

Tal era el discurso imperante. Yo, en la práctica, me sentía sumida en la depresión, y cualquier droga que tomara, aun peligrosa en potencia, me parecía de perlas. Aunque no dudo de que otros sí estuvieran genuinamente intentando expandir sus mentes y disfrutar de cuantas más experiencias mejor mientras durara esta vida, lo que yo hacía en realidad era jugar a una suerte de ruleta rusa. Sabía que era la última persona a la que convenía tomar ácido o *speed*: tendía a hundirme con demasiada rapidez en la depresión sin necesidad de recurrir a la química como para correr ese riesgo. Sin embargo, consumía ácido y me inyectaba metilamfetamina en las venas. Por las mañanas me despertaba junto a un porro previamente liado para no desperdiciar ni un momento en estado de lucidez. En lo que se refiere a los efectos secundarios, el *speed* era la droga más letal, y por ello mi favorita, pero mientras me

atronaba el organismo resultaba extraordinaria. Me recuerdo a mí misma el primer día que me lo metí, sentada en el piso de Covent Garden al que me había trasladado: una tierra de jauja en lo que respecta a sustancias prohibidas. Estaba sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared, y en la habitación había media docena de desconocidos, acaso más, fumando marihuana y escuchando música. Tan pronto como tuvo lugar el contacto inicial del speed con mi torrente sanguíneo me invadió de repente la sensación más extraordinaria que había experimentado jamás. Tardé un rato en identificarla, pero al cabo comprendí que me encontraba a gusto, cómoda, en casa, con mi gente... y lo más asombroso es que era la primera vez que realmente la experimentaba de un modo tan integral. Hasta entonces siempre me había encontrado en el lugar equivocado, con gente que no era —o que no terminaba de ser— la adecuada, y sin tener nunca el convencimiento absoluto de encajar con el sitio en que me hallaba y de no ser lo bastante extraña como para considerarme más una observadora que un miembro del grupo. Gracias, metilamfetamina. Nos veremos pronto. Muy pronto.

Lo cierto es que ya estaba familiarizada con ella. Durante mi estancia en el pabellón n.º 6 del Maudsley me encontraba al cuidado del doctor Krapl Taylor, a la sazón director del hospital. Existen diversas opiniones acerca de los procedimientos del doctor KT, pero lo cierto es que era bastante aficionado a las técnicas experimentales. Una de ellas era la *abreacción*. Consistía en inyectar metilamfetamina a un paciente deprimido que luego era impulsado por un psicoterapeuta hasta un estado de ansiedad y angustia. Se suponía que el estallido resultante debía tener efectos catárticos o algo parecido. Hoy en día, los psiquiatras empalidecen cuando les cuentas que aquella técnica se empleaba en un respetable hospital psiquiátrico, y un médico que de hecho trabajaba allí poco antes de ingresar yo como paciente ha afirmado desconocer que Krapl Taylor utilizara una terapia semejante. El caso es que yo ya conocía la metilamfetamina. La tomaba dos veces a la semana para ir a ver a mi analista, quien acto seguido se pasaba veinte minutos asegurándome que yo era un despojo sin valor a los ojos del doctor Krapl Taylor. Yo, en mi estado depresivo, poco podía hacer salvo coincidir con dicha opinión. En fin, ¿qué les voy a contar que no sepan? ¿Podrían darme un poco más de metilamfetamina? Lo digo porque creo que si me aumentan la dosis todo esto podría llegar a gustarme. Al final, terminé abreaccionando —es decir, que enloquecí tal y como se pretendía—, pero en lugar de liberarme de la depresión lo que hice fue perder una buena cantidad de sangre al cortarme las venas de una muñeca. Hasta los mejores planes fallan. Finalmente, al cabo de nueve meses, me metí en la habitación de las medicinas y me dispuse a abrir el armario ante la mirada boquiabierta de la enfermera de guardia. Yo lo único que quería era hacerme con una dosis decente, pero se produjo un altercado como resultado del cual metí mis ropas en una bolsa y me marché. Una vez en la calle, me encaminé al Arts Lab de Drury Lane, me senté en la cafetería y, volviéndome en mi silla, interpele al completo extraño que se sentaba detrás de mí.

—¿Sabes dónde puedo conseguir un poco de metilfenetamina?

Él sonrió de oreja a oreja. Sin el menor esfuerzo, acababa de encontrar al rey del speed del distrito centro oeste de Londres. Qué días aquellos.

Durante un tiempo mis dosis no prescritas siguieron proporcionándome la sensación de vivir en un mundo como es debido, pero los bajones eran tremendos. Eran mis propias depresiones, pero redobladas y negras como la pez. Así y todo, seguía pareciéndome que merecía la pena. La metilfenetamina era muy fácil de conseguir, y las depresiones podían sortearse con un nuevo chute. En ningún momento corrí el riesgo de caer en la adicción a la heroína. Vivía en la cocina del piso de Covent Garden con un heroinómano, y mi única experiencia con él (porque sí: también eso había que probarlo) tan sólo me hizo sentirme muy enferma. Convertirse en un adicto a la heroína lleva tiempo y esfuerzo, y yo tenía demasiada prisa. El speed era mi velocidad de crucero^[14], al menos hasta que los bajonazos y la depresión se combinaron para impulsarme a tomar una dosis de barbitúricos lo bastante elevada como para mandarme de regreso al ala norte del hospital St. Pancras: otra vez al principio, como en la calavera del juego de la oca. Fue entonces cuando decidí que no quería convertirme en una asidua de los sanatorios psiquiátricos después de todo. Dejé las drogas —todas las drogas— y decidí acometer la experiencia de trabajar a diario... sólo por la experiencia, ni que decir tiene.

Tras bailar en el andén de St. Paul's-Minneapolis y declinar un fin de semana de placeres y nuevas experiencias con Big Daddy, dormí como un bebé al que acunaran unos brazos incansables. Me perdí todas las paradas nocturnas —St. Cloud, Staples, Detroit Lakes, Fargo, Grand Forks— y me desperté a las siete menos diez, cuando ya dejábamos atrás Devil's Lake, en Dakota del Norte. Íbamos con apenas veinticinco minutos de retraso. El paisaje había cambiado por completo. Habíamos penetrado en un territorio de kilómetro tras kilómetro, hora tras hora, de praderas sin fin. Era la primera vez que veía la pradera fuera del ámbito del cine y de esos indulgentes e infantilizados documentales sobre naturaleza con los que la casa Disney logró formar una generación irremediablemente antropomórfica. Aquella pradera era digna de verse, iluminada por un sol que resplandecía sobre sus pastos y malezas de color de oro rojizo. Tal vez podrían haberle parecido pardos a quien los contemplara distraídamente, pero yo, al verlos desde mi cama con mirada hipnotizada, captaba en ellos infinitas variaciones de naranja, ocre, amarillo y dorado. Lo que no sabía —aunque me enteré de ello al acudir al vagón panorámico y oír los comentarios de un par de bucolifóbicos ciudadanos de Chicago que venían a resumir su opinión del paisaje («Oye, ¿no hemos visto esas mismas vallas hace cosa de dos horas?»)— era que Dakota del Norte es el blanco de todas las bromas urbanas de Norteamérica, y que para los habitantes de Montana sus vecinos de Dakota del Norte equivalen a lo que los polacos son para los neoyorquinos.

—Es un paisaje extraordinario. Vasto. Hermoso —le dije a mi vecino, que

contemplaba el panorama de los dakotianos del Norte meneando la cabeza con ademán de compasión.

—Querida, esto es un territorio llano y monótono rodeado de montañas, y eso está bien, porque evita que sus habitantes se extiendan por el mundo real.

Era cierto que después de una o dos horas allí sentados no se veía nada más que hierba y maleza, con algún que otro atisbo de los meandros que describe el Misisipí a lo largo del territorio. De repente, ves una granja que se alza en medio de ninguna parte, y algunas vacas y caballos que merodean en sus cercanías. Árboles. Vallas. Vallas destinadas, supuse yo, a mantener a esas vacas y a esos caballos dentro, y no a evitar el acceso de nadie procedente de fuera, ya que en 360 grados a la redonda de aquellos vestigios de presencia humana no se avistaba más que una nada que se extendía hasta los confines del horizonte. No había carreteras, ni lugares con los que una carretera pudiera comunicar. Tan sólo un espacio vacío y salvaje. ¿Y cómo —me pregunté y seguí preguntándome durante todo el día siguiente mientras Dakota del Norte daba paso a los pastizales de Montana— habían determinado aquellos granjeros que era allí, justamente *allí*, en aquel lugar preciso, donde iban a construir su hogar y su vida? ¿Por qué no un par de cientos de metros más allá? ¿O más acá? ¿O a la izquierda o a la derecha? ¿Qué diferencia habría supuesto? ¿Cómo tomar una decisión al respecto? Me imaginé a mí misma yendo y viniendo, intentando clavar mi estaca en el emplazamiento en el que edificaría mi casa sin llegar nunca a decidirme, ya que en ausencia de algún detalle definitorio y dando por supuesta la proximidad del río cualquier localización podía servir. ¿Y no haría falta, después de haber viajado Dios sabe cuánto en los trenes de mercancías procedentes del Este o en barco desde la vieja Europa, sentir que el lugar en que ibas a establecerte era el más singular que habías podido encontrar? He aquí el sitio perfecto, entonan tus ojos y tu corazón al unísono al reconocer la naturaleza y la ubicación de aquello que tanto has transitado y tanto has arriesgado para encontrar. Pero no, espera un momento: tal vez sea mejor un poco más a la izquierda, o un par de kilómetros y medio a la derecha. En fin, presupongamos que aquellos pioneros y refugiados tenían unas mentes más prácticas que mis ensoñaciones viajeras y el buen sentido de ponerse a cavar al llegar: cualquier lugar del que pudieran colgar la chaqueta pasaba a ser su hogar.

Miré por la ventanilla, como un miembro más del público asistente a la película que allí se proyectaba, y comencé a comprender cómo había sucedido todo. La geografía de la Norteamérica de la gran pantalla, la razón de todos aquellos sueños de celuloide, desfilaba a través de las ventanas del tren como un festival cinematográfico, liberada de su guión y de sus anécdotas individuales pero, a la vez, incluyéndolas a todas, haciéndolas necesarias e inevitables. Ante nosotros habían ido sucediéndose uno tras otro todos los géneros: los paisajes industriales de Pittsburgh y Chicago, las terminales ferroviarias, las humeantes chimeneas de las fábricas: todo evocaba urgentes historias de gentes que daban lo mejor y lo peor de sí mismas para sobrevivir en un atronador mundo de blanco y negro. Los pobres y los desposeídos,

sumidos en la miseria, viajando de polizones; los obreros robotizados, expulsados de los centros de civilización para hacinarse en sus cenicientos y peligrosos suburbios; la corrupción, la ceguera y la mediocridad de los ricos... Los distintos clichés se habían atropellado en mi mente con cada película hasta verse reemplazados por las lisas y uniformes llanuras de Montana, ante cuyos interminables espacios el corazón se desbocaba con un sentimiento de alarma. Durante horas, durante días completos, se encadenaban ante nosotros kilómetros y kilómetros de un territorio agrícola jamás alterado por la más mínima irregularidad o inclinación, cada uno de ellos indistinguible del anterior, de los cien anteriores y de los cien siguientes. Aquélla era la inmensidad que los pioneros habían buscado, la buena vida, la ocasión de hacer algo más que subsistir. Resultaba casi insoportable.

A la hora del desayuno vi de lejos a Glenys y acudí junto a ella. Estaba sentada frente a un diminuto anciano de piel negra y aspecto tenue que aún lucía un elegante atuendo más propio de sus buenos tiempos. Tenía las facciones marchitas y arrugadas, pero además de la pluma que adornaba su sombrero, sobre cuya ala podía verse escrita la palabra «Indianápolis», vestía un chaleco bordado ante el que empalidecería el de Big Daddy, unos vaqueros acampanados y una cinta de cuero negro anudada al cuello. Aun consciente de que no hago más que describir a los norteamericanos según su parecido con las estrellas del cine o el mundo del espectáculo, en este caso resulta inevitable. Me hallaba ante Sammy Davis Jr. redivivo: menudo, vivaracho, locuaz y, en el caso de nuestro compañero de mesa, algo chiflado. Se mostraba inclinado a hablar indistintamente consigo mismo y con nosotros, por lo que a veces resultaba un poco difícil seguirle el hilo pero, como su sombrero indicaba, procedía de Indianápolis, y al igual que Glenys estaba disfrutando de unas largamente esperadas vacaciones en solitario. Se dirigía a Seattle para — también como Glenys— ver la montaña por primera vez en su vida. Resulta asombroso el número de norteamericanos que te hablan de su anhelo por conocer los paisajes de su país sin que, década tras década, hayan encontrado el momento idóneo de hacerlo. La singular inmovilidad de la vida de muchas de las personas que conocí en el tren contrastaba poderosamente con la noción de un continente en movimiento repleto de habitantes que se desplazan de un lugar a otro. Lo cierto es que en su mayor parte parecen contentarse con quedarse soñando donde están. Indianápolis, al que le calculé unos sesenta y tantos años, estaba jubilado, pero disponía tan sólo de unos pocos días para ver finalmente las montañas, presumiblemente porque sus posibilidades económicas no daban para unas vacaciones más prolongadas. Lo malo era que el tren en el que había llegado a Chicago había sufrido tanto retraso que le había hecho perder su enlace inicial con el *Empire Builder*. La mayor parte de toda aquella información la adivinamos por los susurros que dirigía a la ventanilla, pero dado que era la propia Glenys quien había desencadenado su monólogo al preguntarle dónde había subido al tren, tampoco parecía inadecuado interrumpir sus reminiscencias privadas.

—¿De modo que ha tenido que perder todo un día de vacaciones a la espera del siguiente tren?

Él alzó la mirada y negó con la cabeza.

—No. Éste es el tren en el que tenía hecha la reserva. Amtrak me trasladó en avión de Chicago a St. Paul's para que pudiera tomarlo. Cuando entró en la estación, ahí estaba yo, esperándolo. El avión llegó a tiempo.

Él no parecía impresionado, pero yo lo estaba.

—De todos modos, el hecho de viajar en tren formaba parte de mi plan de vacaciones, y si lo escogí es porque me da miedo volar.

Pocas veces he visto a un hombre mostrar un aspecto tan abatido como el suyo mientras meneaba la cabeza al recordar con pesar el vuelo que había tenido que realizar a cuenta de la compañía ferroviaria.

En el compartimento para fumadores un nuevo grupo de viajeros se había unido al antiguo. Sentada junto al rincón más próximo había una señora de aspecto fatigado cuyo cuerpo parecía haber decidido dar rienda suelta por fin a su contenida voluptuosidad juvenil. Sus cabellos, de un sucio tono pajizo, mostraban unas raíces tan avanzadas que casi se diría que era mitad rubia, mitad morena. Frente a ella se sentaba un joven de pelo recortado y ojillos apagados y próximos entre sí cuya expresión de estupor atribuí a algo más que a la simple fatiga. Su cuerpo reventaba de juventud y vigor bajo la camiseta blanca que llevaba puesta. Le tomé por un soldado y, en efecto, era un soldado que retornaba a su base tras un par de semanas de permiso. Una mujer llamada Martha a la que yo llevaba evitando desde que coincidiera con ella en la cola de la estación de Chicago y que ya entonces había comenzado de inmediato a narrarme con detalle sus aventuras por Internet en busca de su genealogía y a insistir en que todo el mundo debería hacerlo y en que yo también debería hacerlo y a contarme todo lo que había descubierto, había encontrado una aquiescente víctima y procedía a darle la paliza, actividad en la que invariablemente la había sorprendido cada vez que me cruzaba con ella. Habló y habló y habló, y cuando concluyó con la importancia de descubrir las propias raíces pasó al tema de los libros canónicos escritos por mujeres y a la historia del feminismo. Era irrefrenable, y se expresaba como si cada una de sus palabras fuera de imperecedero interés y considerara su deber atraer a toda fémina solitaria (y, dado su volumen de voz, a cualesquiera otras personas que se hallaran en las proximidades) a su universo de autojustificación histórica. Ahora, sin embargo, al escuchar el modo en que escupía las palabras, como si éstas se atropellaran unas a otras y pugnaran por salir sin esperar su turno, comencé a pensar si no padecería alguna psicopatía. A su lado, pero con la espalda firmemente vuelta hacia ella, el revisor aprovechaba otro de sus ratos de descanso para, casi palabra por palabra, relatarle al hombre sentado a su lado todo cuanto nos había revelado sobre la mentira liberal. Martha concluyó su denuncia sobre la invisibilidad de las mujeres en el testimonio histórico echando la culpa a «los sospechosos habituales». A continuación hizo una pausa —algo

desacostumbrado en ella— y paseó la mirada por el interior del compartimento.

—¡Ja! —exclamó triunfalmente—. No han captado la broma. Nadie ha reconocido la referencia a *Casablanca*. «*Los sospechosos habituales*».

—No he llegado a ver la película —dijo el soldado, por ver si alguien se lo explicaba.

—Qué lástima. Nos hemos vuelto unos ignorantes de nuestra propia cultura. Las películas son muy importantes...

Y prosiguió con un discurso acerca del valor educativo y social del cine. La capacidad de análisis cultural de Martha, sin embargo, se había quedado anclada en los cuarenta. Claramente, ignoraba que la película que el soldado no había visto no era *Casablanca* (que difícilmente podía habersele escapado por poco que viera la televisión), sino el más moderno icono cultural *Sospechosos habituales*. Por fortuna, nadie se ocupó de hacerle ver aquella laguna en sus conocimientos, por lo que pudo conservar su confortable sensación de superioridad.

—¿Estuviste en el Golfo? —preguntó la mujer fatigada al soldado.

—Sí, señora —repuso él con tono neutro.

Era un soldado describiendo dónde había estado: no manifestaba opinión alguna. Parecía demasiado típico para ser cierto.

—Mi hijo estuvo en el Golfo —dijo ella con expresión atormentada—. Me pasaba el tiempo pendiente del televisor, viendo lo que ocurría. No lo apagaba nunca. Dormía delante de él, comía delante de él... El médico me recetó tranquilizantes y dijo que tenía que apartarme del televisor y dejar de contemplar la guerra, pero no podía. Era como si de mí dependiera que mi hijo siguiera con vida. Y, Dios mío, cuando empezaron a hablar del asunto ese del fuego amigo... Dios santo, «fuego amigo»... matando a nuestros propios soldados...

—Sí —dijo el soldado con semblante inexpresivo—. Eso decía mi sargento: «Ojo con el fuego amigo». Decía que el fuego amigo era más peligroso que el enemigo.

Se produjo un pequeño intervalo de silencio mientras asimilábamos aquello, pero a nadie pareció divertirle tan exquisita ironía. Yo le observé con renovada atención, pero nada en su rostro demostraba que fuera consciente de las implicaciones de lo que acababa de decir. Sus ojos seguían apagados; su tono de voz, igualmente monótono.

La mujer rubia asintió.

—Son todas esas cosas que no te cuentan. Como cuando mataron a Kennedy. Dios mío, cuánto pude llorar con aquello. Adoraba a aquel hombre. Y todavía no sabemos qué ocurrió en realidad. No nos dijeron la verdad —hablaba con una pasión descarnada y con una amargura que se remontaban a 1963—. Os lo aseguro: si supiéramos todo lo que no sabemos, montaríamos en cólera.

El joven soldado asintió con gesto pausado y solemne.

—Sí, señora. Si supiéramos todo lo que no sabemos, sabríamos más cosas.

Para mí fue uno de esos momentos en los que siento que la textura de la

existencia humana se cohesiona y espesa al igual que sucede con la transición que experimenta la mezcla de aceite, yema y clara al convertirse en mayonesa. No tengo la menor idea de si la vida hace esas cosas de modo accidental o porque cuenta con su propio sentido del humor y sabe que uno lo capta. Fuera lo que fuese, lo cierto es que en aquel tren la humanidad de la humanidad estaba en vena, y que así iba a seguir mientras yo también lo hiciera. Estaba siendo, en conjunto, un día de ricas texturas.

Ya algo más avanzada la tarde, otra desconocida, Annie, pareció compartir mis propias reflexiones sobre las granjas que veíamos al pasar.

—¿Se puede saber por qué han construido esa casa precisamente ahí? —se preguntó en voz alta en un momento en que las dos estábamos mirando por la misma ventanilla entre bocanada y bocanada de nuestros respectivos cigarrillos.

Annie era de Nueva Orleans, y se estaba tomando un descanso de su existencia habitual. Tenía seis hijos, de edades comprendidas entre los diez y los treinta y tres años. Era negra y madre soltera y había trabajado de cocinera, pero ahora estaba retirada y se ganaba algún dinero cuidando niños. Me habló de uno de sus hijos, al que con veintiún años le habían diagnosticado un problema de hiperactividad. Aún vivía con ella y había que vigilarle constantemente, pero a veces sus hermanos mayores se turnaban para cuidarlo y darle un respiro a Annie.

—El chico tiene un problema de «iracundez» —me explicó.

Le llevaba regularmente a reuniones para ayudarle a sobrellevar sus altibajos. Los responsables del centro querían que Annie ingresara como voluntaria para trabajar con otros jóvenes problemáticos.

—A los críos hay que escucharlos. No vale de nada gritar. Yo me crié con mi abuela, que no hacía más que chillar y dar voces. Me pasaba la vida llorando. No hay necesidad de eso. Bastante odio hay ya en el mundo para que tengamos que padecerlo en la familia.

Todos los días telefoneaba dos veces a su hijo, quien al parecer le reprochaba el hecho de haberse marchado. Los demás hermanos le cuidaban cuanto podían, pero cuando una de sus pataletas les desbordaba llamaban a la madre al móvil para que hablara con él.

—A veces tardo hasta dos horas en lograr que se tranquilice. Necesita que alguien le hable con suavidad, y hablar consigo mismo y que le escuchen. Entonces se pone bien. Así es la vida, como un tren: todo el tiempo dando vueltas.

—Y siempre con retraso.

Annie se echó a reír.

—Sí. ¿Y por qué demonios han puesto *esa* casa precisamente ahí?

La vida humana, con su complejidad ineludible, así como nuestra asombrosa capacidad para resolverla o soportarla, aparecía claramente de manifiesto a bordo del *Empire Builder*. A media tarde llegamos a Havre, otra estación de aprovisionamiento de agua en la que los pasajeros teníamos ocasión de salir a airearnos. Aprovechando la presencia obligada y regular de viajeros, el andén de Havre lucía un amplio cartel

en el que se explicaba el origen del nombre de la ciudad. En otro tiempo dos enamorados rivales se habían peleado a puñetazo limpio por una belleza local, y después de varias horas de brega el perdedor se había marchado gritando: «*You can have'er*»: Puedes quedarte con ella. No hay población norteamericana a la que no le guste contar con su propio mito fundacional, pero Havre, pensé yo, no parecía haberse esforzado mucho.

—Vaya bobada, ¿verdad? —dijo una voz junto a mi oído en el momento en que terminaba de leerlo—. Me han contado que es usted escritora.

Junto a mí se había detenido un hombre que andaría por las postrimerías de la treintena o recién iniciada la cuarentena. Era robusto y de baja estatura, y vestía una gorra de béisbol de reglamento, pantalones vaqueros y una camiseta. Un tipo de lo más corriente que cabría imaginar.

—No pretendo entrometerme, pero si realmente es escritora tengo una historia para usted.

Yo encendí otro cigarrillo y esperé, intentando adoptar una expresión que denotara que estaba interesada pero que no tenía intención de involucrarme en modo alguno en su vida por muy terrible que fuera su historia, y resultaba evidente que iba a ser bastante dramática, porque los ojos de aquel individuo de aspecto anodino habían adoptado una mirada intensa y feroz mientras a medida que se disponía a narrar —una vez más, pero a buen seguro no la última— lo que le había sucedido.

—A mí siempre me fue bien, hasta hace nueve años. Llevaba una vida normal y trabajaba como ebanista en una compañía local. Vivía en casa de mis padres, y éramos una familia normal, pero entonces murió mi madre. Aunque me costó trabajo sobrellevarlo salí adelante, pero luego, cinco años después, a la muerte de mi padre, enloquecí. Me asaltaron tendencias suicidas. Me volví loco de verdad. Me apuntaba a la sien con una pistola y jugaba a la ruleta rusa y cosas así. Dejé el trabajo y me marché a vivir solo al bosque durante una larga temporada. Allí, en el bosque, me fui poniendo cada vez peor, hasta que un día comprendí que necesitaba ayuda. Fui a ver a un médico, a un psiquiatra que me recetó treinta miligramos de Prozac, dos veces al día. Dijo que sufría depresión. La mierda aquella me cayó como un bombazo. Al cabo de un mes los dientes me castañeteaban con tal fuerza que se me rompían. Se me partieron literalmente debido a la fuerza con que entrechocaban. Creí que el cerebro iba a convertírseme en papilla. Si antes estaba loco, me volví el doble de loco con el puto —usted perdone— Prozac, y esta vez ni siquiera era cosa mía. Cuando por fin me decidí a ir al dentista tenía la dentadura tan machacada que el Estado tuvo que pagar siete mil dólares para arreglarme la boca. Sin embargo, tendrían que haberme pagado mucho más. Daños y perjuicios. Debería haberles denunciado por lo que me había hecho esa medicina. Recetada por un médico. Yo estaba intentando recuperarme y me destrozó la vida a base de temblores y ataques de pánico y yo qué sé qué más. Aún no se me han pasado del todo.

—¿Y cómo vive ahora?

—Soy artista, como usted. Tallo esculturas en madera. Vivo solo, y cuento con mi trabajo y con una parcela de seiscientos metros cuadrados que me dejó mi padre. Me apaño con el día a día, pero ya no soy el mismo hombre. Llevo una vida muy aislada. No me meto en nada. Si no tuviera mis esculturas no sé cómo estaría. Supongo que aún estoy deprimido. No consigo quitarme de la cabeza lo que me ocurrió y cómo me sentía y todo eso. Todo da vueltas y más vueltas en mi mente: mi madre y mi padre, y las pastillas y la depresión... Pienso en la depresión veintidós horas al día, todos los días. Todos los días de mi vida. Intento trasladarlo a mi trabajo, pero yo soy un artista visual. No puedo escribir mis sentimientos. La gente debería saber lo que me ha pasado; enterarse de lo del Prozac y la depresión. Usted es escritora. Escriba mi historia.

Caía ya la tarde, y el inalterable panorama que se extendía en la distancia parecía tocar a su fin. Nos aproximábamos a las inmediaciones de Glacier Park, que delimitaba los confines de la pradera y el inicio de las Montañas Rocosas. La llanura inmensa tocaba a su fin, y las serradas y blancas cumbres se alzaban abruptamente como un muro de contención. El tren emprendió el ascenso de las laderas justamente cuando el sol comenzaba a ponerse, y la luz del día se apagó a medida que ascendíamos hacia las nieves, internándonos en el nuevo paisaje. Tendríamos que abandonar la belleza de las Montañas Rocosas y de Glacier Park a nuestra imaginación. El hombre sentado junto a mí en el vagón panorámico dejó escapar un suspiro al contemplar cómo se apagaban los últimos rayos de sol.

—Precisamente ahora que había algo que ver no podemos ver nada —dijo.

Yo me eché a reír y dije que tendríamos que tomar el tren de regreso para admirar las Rocosas a la luz del día.

—¿De vacaciones? —le pregunté.

—Sí, algo así. Estoy convaleciente de una operación cerebral. Tengo sesenta y siete años. Soy ingeniero, y cuando me jubilé empecé a sufrir ataques. Yo creo que porque me aburría. No tenía nada que hacer salvo sacar a pasear a los perros. Mi mujer aún trabaja. De modo que me operaron. Me han dicho que tengo que llevar una vida tranquila, pero yo creo que la vida tranquila era lo que me estaba matando, de modo que me dedico a recorrer el país en tren. Aunque sólo sea por hacer algo.

—¿Qué dicen los médicos?

—Que no debería hacerlo.

Aunque poseía unas facciones naturalmente lánguidas, hablaba con expresión apesadumbrada. Luego cambió de tema y me preguntó qué tal marchaban las cosas en Irlanda del Norte. Él mismo era de ascendencia irlandesa, y durante mucho tiempo había apoyado al IRA, pero comenzaba a pensar que se había equivocado al hacerlo.

—Me gustaría que los nuestros se portaran decentemente, pero al final son unos terroristas. El modo en que se comportan, el modo en que tratan a la gente... —sacudió la cabeza—. Guerras, siempre guerras. Se diría que a la gente no le da la gana

vivir tranquila.

—Tampoco a usted —repuse yo.

—No, tiene razón. Pero yo no quiero morirme.

Durante la cena la cosa se animó un poco cuando un caballero de avanzada edad y aspecto adinerado que lucía un elegante traje manifestó la satisfacción que le producía que yo fuera inglesa y se puso a cantarme las alabanzas de la televisión británica. Según él, lo único que merecía la pena de la programación de su país eran las series importadas del Reino Unido, especialmente las de crímenes. Se pasó los tres platos hablándome de sus películas favoritas y me preguntó por las que aún no habían llegado a Estados Unidos. A continuación enumeró amorosamente los nombres de los programas con la delectación de un experto. *Morse*, *Cracker*, *Bergerac*, *Poirot*, *Miss Marple*, *Se ha escrito un crimen...* ¿Las conocía?, me preguntó ansioso. ¿Había dejado escapar alguna? Y Oxford, Manchester, Jersey, Dento, Badger's Drift, St. Mary Mead: ¿eran tal y como aparecían retratados? Aunque el episodio en cuestión todavía no se había emitido, tenía entendido que Morse ya había revelado su nombre de pila. ¿Era cierto? No, no quería saber cuál era. Y se rumoreaba que iba a morir. ¿Había oído yo algo al respecto? Era terrible. ¿Cómo podían hacer una cosa así? Y aún no parecía que hubiera fecha para una nueva serie de *Cracker*. Sin embargo, Jack Frost, el inspector Frost, del departamento de Policía de Denton, seguía bien, ¿verdad? ¿Podía, al menos, asegurarme eso?

Me marché a la cama temprano. La cabeza me daba vueltas con aquel resumen íntimo de vidas ajenas, de relatos de extraños que aparecían junto a ti, te contaban todo cuanto necesitabas saber sobre ellos y luego se despedían y seguían su camino. Luego, cuando te cruzabas en el pasillo o en el bar con los pasajeros con los que habías hablado anteriormente, los saludabas con una inclinación de cabeza y una sonrisa, pero no te veías obligada a dirigirte a ellos sólo porque te hubieran confesado sus angustias o sus enfermedades o las penurias que ensombrecían sus vidas. Tampoco te exigían que les contaras nada de ti. Una vez que les decías de dónde venías y adonde te dirigías se habían acabado los formulismos. Si querías revelarles algo más, ellos encantados, pero no era obligatorio. Podías mantener todas las reservas que quisieras, y cuando te hablaban de sí mismos, incluso cuando te contaban cosas terribles que hacían que se te saltaran las lágrimas, no pretendían que establecieras un compromiso a largo plazo con ellos. Contaban sus cosas por el placer de contarlas, y tú les escuchabas porque en ese momento estabas allí.

Me acosté temprano por otro motivo: tenía que levantarme pronto. A mitad de la noche el *Empire Builder* llegó a Spokane y se dividió en dos. Una mitad se desvió hacia Seattle, y la otra mitad —mi mitad— continuó hacia Portland, Oregón. Por desgracia, el compartimento de fumadores partió con el otro tren: desde Spokane no habría más cigarrillos hasta llegar a Portland. La siguiente parada era Pasco, prevista para las 5.23 de la mañana, y el tren tendría que esperar unos minutos en la estación. Antes de acostarme, puse el despertador.

En Pasco no se apeó nadie, pero un par de viajeros de aspecto aterido subieron al tren en aquella madrugada gélida y acerada de las estribaciones de las Rocosas. Aparte de mí, la única pasajera que había bajado a fumar al andén era la mujer fatigada cuyo hijo había servido en el Golfo. Entre calada y calada, nos miramos tiritando y nos echamos a reír.

—¿Habías puesto el despertador o te has despertado de casualidad y has decidido fumarte un cigarrillo? —le pregunté.

—Despertador —graznó ella.

—Somos los últimos adictos de verdad.

—Una especie en extinción.

Nos concentramos en fumar mientras pisoteábamos con fuerza el suelo para defendernos del aire helado, y para cuando el revisor nos llamó había conseguido fumarme ya casi dos cigarrillos completos:

—Apúrenlos bien, señoras. Nos vamos. Con eso deberían poder aguantar hasta Wishram.

Parece increíble, pero a pesar de lo que todo el mundo sabe de los trenes estadounidenses, a pesar de mi propia experiencia y de las horas de retraso que había tenido que sufrir en mis dos viajes anteriores, a pesar de que el *Empire Builder* había recorrido más de 3.600 kilómetros desde que embarcamos en Chicago, entramos en la estación de Portland Union a las diez menos cinco de la mañana, con quince minutos de adelanto sobre el horario previsto.

Igual que en *Misery*

Si era domingo a la hora de comer, tenía que ser Portland, Oregón. El lunes, cuando desayunáramos, me encontraría en Sacramento, California, y el martes cenaríamos en Denver, Colorado. Una vez allí tendría que pasar la noche en una habitación de hotel que había reservado cerca de la estación, y a las seis y cuarto de la mañana siguiente —miércoles— tomar un autocar hasta Raton, Nuevo México, adonde llegaría veinte minutos antes de las 10.56, hora en la que salía el *Southwest Chief*, que me dejaría en Albuquerque el miércoles a las cuatro de la tarde, a media semana de distancia de Portland.

Aquella sería mi visita social a Bet y a su héroe. En lugar de desplazarme a lo largo de un pasillo que discurría en torno al perímetro de Estados Unidos pasaría cinco días en la auténtica Norteamérica, en compañía de norteamericanos de verdad. Tenía un punto de destino, gente que acudiría a esperarme a la estación, cinco días para pasarlos en una casa que no se movía ni traqueteaba ni se balanceaba ni viajaba a ningún sitio en particular. En Inglaterra nada me habría persuadido para ir a pasar cinco días en compañía de unos completos desconocidos, pero aquello era un viaje, un invento, y no me pareció mala idea renovar un encuentro accidental previo que me ofrecía la perspectiva de asomarme a una Norteamérica desconocida. Lo que más me convencía de que saldría bien era el hecho de que Bet me resultaba simpática y que había disfrutado de su compañía en el tren. Cuando conoces a una persona que te cae bien, organizas un nuevo encuentro con ella. ¿Qué puede haber más razonable que eso? ¿O más normal? Tal vez aquello era un intento por renunciar a ser una desconocida o, en cualquier caso, por comprobar si era capaz de hacerlo.

Cuando llamé a Bet desde Londres para proponerle la visita pareció encantada. Más aún: ella y su héroe acababan de comprarse un remolque, por lo que mientras permaneciera con ellos podría contar con un sitio para mí sola. Bueno: al final mi intervalo lejos del tren no iba a contar con unos cimientos demasiado sólidos, pero me encantaba la idea de pasar unos cuantos días en una caravana en las afueras de Nuevo México y, claro está, de tener una guarida propia que me evitara ser un constante estorbo para mis anfitriones. A pesar de la aparente normalidad de la visita, el remolque hacía que la idea de los cinco días que proyectaba pasar con aquellos perfectos desconocidos tan sumamente generosos se me antojaran menos disparatada.

—Quédate un par de semanas —me apremió Bet—. O más. Quédate un mes.

—No, de verdad, tengo que volver al tren y completar el trayecto, y además tengo que estar de regreso en Nueva York para fin de mes.

—Bueno, pues cinco días, entonces. En fin, siempre puedes volver más adelante.

Entretanto seguía estableciendo diversos conocimientos fugaces durante mi viaje. En la sala de espera de Portland, mientras aguardaba la llegada del tren, un hombre de

semblante apuesto pero no llamativo que contaría unos cincuenta y tantos años e iba discreta y elegantemente vestido me sonrió para a continuación formularme la pregunta de rigor. Le complació sobremanera saber que era inglesa, y yo me sentí intrigada por él, porque era el único personaje con aspecto de ejecutivo que se había cruzado hasta entonces en mi camino desde el inicio de mis viajes. Con una voz de tono apacible, cultivado y levemente anglófono, me contó que era abogado y que se especializaba en cuestiones inmobiliarias. Se llamaba Eugene y pensaba viajar en tren a Sacramento desde su residencia de Rochester, Nueva York, porque tenía allí una reunión a primera hora de la mañana y le resultaba más barato y más sencillo tomar el tren nocturno que volar el día anterior y tener que pasar la noche en un hotel. No se me antojó como alguien acostumbrado a escoger las opciones más económicas, por lo que quise entender que prefería aquel medio de transporte. Para cuando llegó el tren ya me había citado una frase de Plinio relativa a la práctica de servir vino malo a los invitados, para luego añadir que se había producido una enorme decadencia cultural desde el siglo XVIII y que, de la Edad de Oro, habíamos pasado por la Edad de Plata y la Edad del Bronce para recalar en algo considerablemente más plomizo. Me contó que había estudiado en Yale, que era un cristiano practicante pero chapado a la antigua (no parecía en absoluto de los que se reúnen para entonar oraciones, cantar y dar palmas) y que dedicaba su tiempo libre a intentar salvar el Libro de Oración Común. Según él, Cranmer había hecho por la prosa lo que Shakespeare había hecho por la poesía. Eugene era una clase de norteamericano diferente de cualesquiera de las otras personas que había conocido en el tren. Se le veía alarmantemente atrapado por mundos perdidos y clamorosamente incómodo en el actual. Llevaba casado treinta y seis años, y al hablarme de su mujer su patricia majestuosidad pareció suavizarse un poco.

—Durante estos treinta y seis años no hay semana en la que no saliéramos juntos como si fuéramos amantes. Siempre fuimos amantes... —dijo.

Tenían cinco hijos, todos ellos crecidos, y es que en realidad tenía ya sesenta y muchos años, una década más de lo que yo le había calculado inicialmente.

—Me perdí los años sesenta —añadió—, pero estoy disfrutando considerablemente de *mis* sesenta.

No se adivinaba en él el menor ánimo lascivo. Lo único que quería decir era que había comenzado a disfrutar nuevamente de la vida. Una tarde, cinco años atrás, estaba esperando a su mujer en un bar. Era su cita semanal y habían quedado para tomar una copa. En aquellas ocasiones ella siempre se peinaba, se maquillaba y se ponía un vestido elegante: igual que en sus años de cortejo. «Siempre estábamos cortejándonos». Aquella noche no se presentó. Mientras se dirigía al lugar de la cita se desplomó y murió a causa de un aneurisma. Durante un instante, los ojos de Eugene adoptaron una expresión neutra, pero luego alzó levemente la barbilla. Lo estaba superando. Sus hijos le habían dicho que había llegado el momento de volver a casarse, y al oírle decir eso tuve la extraña sensación de que me estaba escrutando de

cerca. Llegó el tren y sugerimos la posibilidad de reunirnos aquella tarde en el vagón panorámico para tomar una copa antes de cenar. Luego, sin embargo, mi mente se distrajo con otras cosas que me hicieron olvidar nuestro impreciso acuerdo.

El trayecto desde Portland a Sacramento se vio empañado por el descontento. El *Coast Starlight* estaba diseñado para devolver al viajero norteamericano y al turista intercontinental los placeres del tren mediante un pastiche de los viajes en ferrocarril de épocas remotas. Estaba claramente pensado para ser el equivalente del *Orient Express* en el Nuevo Mundo, y así lo testimoniaban todo su material impreso, sus logotipos y sus complementos de estilo art déco. Era como un supertren de lujo, mucho más deslumbrante y mejor amueblado que el *Sunset Limited* o el *Empire Builder*. Fiel a los valores sociales de otros tiempos, los pasajeros de primera clase — los *clientes*, más bien—, caracterizados por disponer de compartimento con cama, tenían reservado el uso exclusivo del Pacific Parlour, un vagón panorámico dotado de bar propio y de butacas giratorias y tapizadas en tela frente a sus amplios ventanales. En aquel tren no cabían las mezclas de clases. Los pasajeros de primera sólo coincidían con el resto en el vagón restaurante. Los jarrones de flores, el papel de cartas grabado en relieve y las pastillas de jabón con el nombre de la compañía completaban esa atmósfera de «lo intentamos cuanto podemos pero donde menos debemos» que reinaba en el tren. Y en cuanto al otro lugar habitual de mestizaje, el compartimento de fumadores (lo primero que investigué nada más dejar el equipaje en mi dormitorio)... pues bien, sencillamente no existía. Cuando ya me encontraba atrapada bajo su oscilante confort, resultó que el *Coast Starlight* era un tren para no fumadores. No había ningún lugar en el que pudiéramos reunirnos los villanos; ningún lugar en el que los jóvenes, los pobres, los fóbicos, los ricos y los viejos pudieran descubrir que, al menos, tenían en común su adicción a la nicotina. En una palabra: no había ningún sitio en el que pudiera fumar. Aunque el folleto especial («el *Coast Starlight* se nutre de una tradición de excelencia que se arremonta [*sic*] a los gloriosos días de la era de los ferrocarriles aerodinámicos de finales de los cuarenta») aseguraba que me encontraba en «el mejor tren de Amtrak, desde el que podrá contemplar los panoramas más espléndidos, incluidos algunos de los más espectaculares paisajes de todo el Oeste», con un «servicio que le hará creer que existe la magia» y unas inigualables vistas de las montañas Cascade, el lago Crater, las cataratas de Klamath, el monte Shasta, con sus gloriosos casi 4.500 metros de altitud, y el valle de Sacramento, yo llegué a la conclusión de que el único modo de sobrevivir sin tabaco las dieciséis horas que emplearíamos en recorrer aquellos mil kilómetros era enfurruñarme. Eludir el suplicio a base de dormir era imposible, porque en las nueve paradas programadas entre Portland y Sacramento dispondría de breves ocasiones para dar unas caladas, pero aquello no podía llamarse fumar; como mucho, serviría para minimizar los daños. Un cigarrillo constituye un ritual de placer que exige su propio tiempo, que afecta a la totalidad del cuerpo (postura, movimientos del brazo y de la mano, expresión facial, ángulo de la cabeza,

cruzamiento de las piernas) y que resulta especialmente gratificante cuando se fuma o bien en meditativa soledad, o bien como resguardo de la desnudez social. No es algo que uno pueda coger por los pelos dependiendo de los designios ajenos. La idea, cuando ya te has convertido en un fumador maduro, es que hagas lo que hagas siempre puedes sacar un cigarrillo del paquete, encenderlo y realzar así el momento. Una vez que tienes el cigarrillo en la mano, que inhalas, exhalas, dejas caer la ceniza y aplastas la colilla, todo resulta mejor, tanto lo bueno como lo menos bueno. La esencia del cuerpo queda de manifiesto al fumar. Fumar es una forma de arte que combina las distintas capacidades de las partes del cuerpo y que completa el significado del conjunto. La austera y limitada satisfacción de gratificar nuestra necesidad física de nicotina ocupa un lugar muy secundario dentro de la lista de los efectos más deseables que produce fumar. No obstante, también es cierto que tan pronto como el virtuoso mundo que nos rodea proscribió el tabaco, el ansia de nicotina alcanza un nivel crítico, y que nos pasamos cada minuto de cada hora pensando en los cigarrillos y anhelando un chute que nos permita rascarnos ese picor que atormenta nuestra sangre y nuestros músculos. La cordillera de las montañas Cascade podría haber entrado en erupción al completo dentro de un ballet sincronizado de fuego y humo sin que ello me hubiera sugerido otra cosa que la ausencia de ceniceros en el tren. Si el lago Crater se hubiera abierto para tragarnos enteros, mi primer pensamiento habría sido si en tan especiales circunstancias estaría permitido fumar en el vagón de lujo. Cuando yo era joven y el mundo se hallaba atenazado por la Guerra Fría, no había adolescente en cuyos labios no estuviera preparada la respuesta a qué haría si sonara la alarma nuclear con cuatro minutos de anticipación. Casi invariablemente, la respuesta era que antes de saltar pulverizados por los aires echaríamos mano del miembro del sexo opuesto que tuviéramos más cercano para disfrutar de todas las prácticas sexuales que no queríamos morirnos sin experimentar. En aquellos tiempos, cuatro minutos se nos antojaban un tiempo más que suficiente para esa breve, aguda, explosiva y sin duda placentera experiencia de la que tan sólo habíamos oído hablar. No obstante, y a pesar de que ya nadie formule la pregunta (y de que el preaviso en cuestión sería probablemente mucho mayor o mucho menor de cuatro minutos) hace ya mucho tiempo que mi respuesta sería encender un último cigarrillo, algo en lo que hasta las autoridades más severas parecen darme la razón. A nadie se le pide que se enfrente a un pelotón de fusilamiento sin el regusto del tabaco y del alquitrán aromatizando su último aliento. ¿Y si la alternativa consistiera en no volver a probar el tabaco o fumarse ese último cigarrillo (claro está que con pelotón incluido)? No sé. Es algo que tendría que sopesar muy cuidadosamente.

¿He logrado, pues, transmitir la conmoción y la angustia que experimenté al saber que me hallaba en un tren vedado al tabaco? Apenas, diría yo. De haber existido un aeropuerto internacional en Salem —la primera parada posterior a Portland—, me habría bajado del tren y habría comprado un billete de avión de regreso a Inglaterra. Al cuerno lo de conocer gente; al carajo lo de sentirme como una viajera anónima y

una desconocida para mí misma y para todos aquellos con quienes me encontraba. Quería un cigarrillo, y lo que es más: quería un cigarrillo siempre que me apeteciera.

En Salem me las arreglé para dar unas pocas caladas, tras lo cual me pasé la tarde durmiendo hasta poco antes de la hora en que debían avisarme por megafonía para acudir a cenar, momento en que el despertador me alertó de que faltaba poco para la parada de Eugene-Springfield. Logré dar unas cuantas bocanadas antes de que el revisor me apremiara a subir de nuevo al tren. Le pregunté cuándo estaba prevista la llegada a Chelmut.

—A las ocho y siete, señora.

—Estupendo, más o menos a la hora en que terminaré de cenar. Podré encender un cigarrillo, inhalar un poco de nicotina y dormir hasta las seis y media de la mañana, hora en la que, gracias a Dios, llegaremos a Sacramento. Me toca esperar seis horas hasta la llegada del tren de Denver, de modo que puedo fumarme un cartón.

—El caso, señora —dijo el revisor con expresión inescrutable—, es que por desgracia existe en Sacramento una ley antitabaco.

—No pasa nada, fumaré en la calle. En Sacramento hace buen tiempo.

—No, quiero decir que existe una ley que prohíbe fumar incluso en las aceras. En esas zonas de California tienen unas ideas muy avanzadas.

Cuando llegué a la mesa no me sentía precisamente sociable, y al parecer lo propio le sucedía al anciano menudo y rechoncho que se sentaba delante de mí. Nos saludamos con una breve inclinación de cabeza y, sin pronunciar palabra, procedimos a dar cuenta de nuestra lúgubre ensalada y de casi la mitad de los filetes que habíamos pedido. Agradecí la novedad: por fin un compañero de viaje silencioso. Aunque ocupábamos una mesa para dos personas, mi acompañante no mostraba deseo alguno de entablar conversación y parecía profundamente concentrado en su cena. Yo, por mi parte, no me encontraba de humor para saber de la vida de nadie, por muy apasionante que fuera. Estaba hasta el gorro de desconocidos fascinantes. Me habría conformado tranquilamente con comer y observar el paisaje que desfilaba ante nosotros, pero ya había oscurecido, y al mirar por la ventanilla no veía otra cosa que el reflejo de mi propio rostro.

Resulta muy difícil dar cuenta de una comida completa en compañía de otros y guardar un completo silencio, aunque yo ya había adquirido algo de práctica al respecto cuando tenía catorce años. A pesar de que me pasaba los días dando vueltas en la Circle Line y del hosco silencio que guardaba frente a mi padre y mi madrastra, Pam, tenía que comer. Me resultaba de gran ayuda el hecho de que la comida vespertina (la «merienda») tuviera lugar a la misma hora en que se emitía la inmortal saga radiofónica rural titulada *The Archers*, ya que ello limitaba la conversación a comentarios relativos a las peripecias de Phil, Jill y sus retoños en Home Farm. Yo, ni que decir tiene, despreciaba profundamente a los Archer y me sentaba con *Lolita* en el regazo, intentando leer hasta que Pam o mi padre me arrebataban el libro, bien

porque leer a la mesa era de mala educación, bien porque se les antojaba una lectura pornográfica. En cualquier caso, afirmaban que tener la cabeza metida en un libro era una costumbre malsana. Llegado ese punto nada podía hacer salvo mantener la mirada fija ante mí con expresión gélida, comer lo más rápidamente posible y pedir permiso para abandonar la mesa, permiso que se me otorgaba con considerable alivio. Me moría por hablar, pero me sentía constreñida a guardar silencio, no sólo por el acuerdo secreto que habían alcanzado Pam y mi madre, sino por la inoperancia de mi padre y mi propia cólera, combinada con una sensación de distanciamiento y dependencia. Qué comidas más horribles. Su recuerdo es el de una atmósfera glacial frente a unos alimentos fríos y de aspecto mojado (lechuga, tomate y pepino extendidos en un plato junto con una húmeda loncha de jamón y un poco de salsa de ensalada para los amantes de los sabores exóticos).

Siempre he preferido comer sola y con un libro delante. Cuando era pequeña solía llevarme un plato de algo a mi escondrijo del rincón, y allí, oculta detrás de dos butacas, me sentaba con las piernas cruzadas y me ponía a comer y a leer. Como segunda preferencia está el almuerzo sociable y coloquial. Las charlas de comensales. Cenas distendidas de gente que ríe y discute. Las mesas silenciosas me dan escalofríos. La última mesa silenciosa a la que me senté se hallaba en un monasterio en el que estuve hace algunos años. Los monjes guardaban mutismo, y el resto de la compañía estaba de retiro. Al llegar a la mesa saludabas con la barbilla a tus compañeros de mesa y a continuación guardabas silencio para no estorbar sus meditaciones. Conseguías que te pasaran la sal o la jarra del agua desde el extremo opuesto de la mesa del refectorio a base de enarcar las cejas y ejecutar las señas y gestos correspondientes... y te abstenías de protestar si lo que te alargaban era la mostaza. Me gusta el silencio, pero a mi modo de ver el silencio y una mesa con compañía forman muy mala pareja. Y en lo que a meditación se refiere, lo único que yo conseguía durante aquellas refacciones monacales era maravillarme de que nadie hablara y de los diversos modos, a cual más repugnante, que unos y otros tenían de llevarse la comida a la boca. Un poco de charla siempre ayuda a olvidar el aspecto puramente físico de la comida, aunque tal vez sea ése el propósito del silencio impuesto en los monasterios: recordárnoslo.

—¿Viaja usted hasta el final del trayecto?

Me sentí sumamente aliviada al oírle hablar.

—No, sólo hasta Sacramento —respondí.

—Me llamo Joseph.

Joseph era un personaje apocado y esférico, un hombre inofensivo y reticente, bastante calvo y en absoluto cómodo, pensé, en compañía de extraños. Ni que decir tiene que me encontraba completamente equivocada. Joseph poseía una timidez natural, pero había aprendido a controlarse para superarla. Vivía en Paulet Island, frente a la costa de Seattle, y tenía hijos en San Diego y San Francisco. Iba de camino a visitarlos a ellos y a sus tres nietos, al más joven de los cuales, de tan sólo un mes

de edad, aún no conocía. Entre retazo y retazo de información seguía masticando resueltamente su filete. Yo me sentí complacida de que no hubiera en torno a él nada especialmente interesante: tan sólo un anciano abuelo, amable y ya viudo, que se dirigía a visitar a sus familiares. Ninguna historia, ni ninguna revelación especial acerca de la esencia secreta de la humanidad. Con algo así podía enfrentarme. Mi avidez por esa historia singular que todos podemos relatar había decaído considerablemente. Lo único que Joseph necesitaba de mí era que mostrara un breve y considerado interés en la monótona rutina de una vida tranquila, y no me pareció que hubiera ningún peligro en preguntarle si estaba jubilado.

—Sí. Estoy jubilado y vivo en las afueras. Yo nací en el Bronx. En la Cocina del Infierno. Ahora resido en un lugar muy, muy tranquilo. Aparte de algunos automóviles que van y vienen no hay más que jardincitos y calles vacías. La gente va a lo suyo. La vida en las afueras es demasiado anónima para mi gusto. Nunca conoces a nadie. Yo no tengo coche. Tengo una bicicleta a la que le he instalado una cesta frontal para hacer la compra. Yo era ingeniero.

—Ah —asentí yo, reconfortada de ver confirmado mi juicio inicial sobre sus candorosas e inocuas habilidades narrativas.

—Sí. De sistemas espaciales y armamentísticos. Yo trabajé en los motores del Apolo. Todo lo que fabriqué, supongo, sigue dando vueltas y más vueltas allá arriba. Pero ahora, desde que me he jubilado, soy bailarín profesional.

A pesar de su afirmación de que era el único habitante de Paulet Island que hacía la compra en bicicleta, me había ido relajando poco a poco y casi ni le escuchaba, pero en ese instante pegué un respingo:

—¿Cómo dice?

—Trabajo en cruceros como pareja de baile.

Intensifiqué mi mirada, pero por mucho que la aguzara y reenforcara no encontraba nada en el rechoncho Joseph que me recordara a Gene Kelly, Fred Astaire o Shirley MacLaine. Sin embargo, advertí en aquellos ojos un nuevo y reluciente aplomo a medida que el grueso y calvo Joseph iba animándose con el relato de lo que había hecho con su vida a lo largo de los últimos diez años o cosa así. A cambio de estar disponible como pareja nocturna de baile para una copiosa oferta de viejas solteras a bordo de yates de placer, Joseph podía gozar de cruceros gratuitos por todo el mundo. Hasta comenzar su nueva carrera nunca había salido de Estados Unidos, pero sólo en las dos últimas temporadas había tenido ocasión de visitar Egipto y Australia, «Todo el tiempo», dijo con una sonrisa embelesada, «sin dejar de bailar». Pero tampoco era tan fácil. No era la sinecura que podría parecer a los no iniciados. El trabajo no era ni mucho menos cómodo. En su oficio no había días libres. Estaba de servicio siete noches a la semana. Y tenía que aparecer siempre impecablemente elegante y vestir un uniforme de trabajo consistente en zapatos blancos de charol y chaqueta azul (que costaba de su bolsillo) para demostrar que formaba parte del personal de a bordo. Ello resultaba necesario debido a que los

solteros que viajan en cruceros pueden dar sorpresas.

—Ya sabe, tipos en busca de mujeres con dinero. En esos cruceros hay montones de señoras ricas. La mayoría viajan solas con el dinero del seguro de vida de su marido. Les apetece divertirse. No quieren quedarse quietas viendo cómo bailan los demás. Han pagado un buen dinero para pasárselo bien. Sin embargo, son presa fácil para los cazafortunas, por lo que las compañías navieras contratan a respetables solteros jubilados como yo —sin sueldo, pero con el viaje y la comida gratis— para que hagamos compañía a las mujeres solteras sin que tengan que preocuparse de qué andamos buscando. Claro está que hay normas estrictas, y que se nos selecciona cuidadosamente. No se admiten bebedores ni ludópatas. Y no basta con ser un buen bailarín: hay que ser también un buen diplomático. Algunas de las chicas pueden volverse muy posesivas, ¿sabe? Hay que tener cuidado con eso. Hay que tratarlas a todas por igual y además hay que procurar que se note. Si un compañero de baile dedica demasiado tiempo a una mujer en particular el resto de las damas lo advierten y se quejan al encargado. Y está absolutamente prohibido involucrarse afectivamente con las pasajeras. Como inicies algún tipo de relación o te sorprendan saliendo a hurtadillas del camarote de alguien, te apean en el siguiente puerto. Da igual cuál sea. En mi último crucero pasó una cosa así. Expulsaron a uno de los bailarines del buque porque había estado tonteando con una pasajera y alguien se lo contó al capitán. Le soltaron en medio de yo qué sé dónde. A un millón de kilómetros de distancia de Norteamérica. Dios sabe si lograría volver a casa. Hay que ir con mucho, mucho cuidado.

¿Y sabía bailar de todo?

—Oh, desde luego. Forma parte de los requisitos, junto con ser una persona presentable y capaz de sostener una conversación agradable —repuso Joseph, que sonreía orgulloso de lo que había logrado hacer con su jubilación—. Mi difunta mujer y yo solíamos acudir a salas de baile. Ganábamos medallas. Y cuando decidí dedicarme a ello profesionalmente me inscribí en unos cursos de refresco. Lo bailo todo. Personalmente no me apasionan demasiado el chachachá o la salsa, pero hay que saber bailarlos y saber bailarlos bien. A mí me gusta el tango. El tango es mi favorito. Pero hay que saber hacer de todo, y algunas de las señoras no son muy buenas bailarinas que digamos. Tienes que ir guiándolas por la pista. Charlas con ellas y les haces sentir que estás disfrutando de su compañía. Todo esto me permite viajar y ver mundo, pero además percibo que estoy siendo de ayuda para alguien. Contribuyo a que esas personas lo pasen bien sin inquietarse porque alguien pueda estar aprovechándose de ellas. No es mala cosa, ¿verdad? No es mala vida.

La cena había concluido y allí estaba Joseph, que había dedicado su vida laboral a las armas y los cohetes y ahora se calzaba unos zapatos de charol para guiar los pasos de baile de mujeres solitarias en torno a pistas de baile ambulantes. Mientras aplastaba mi último cigarrillo del día en el suelo del andén de la estación de Chelmut comprendí que no existía la menor posibilidad de cruzarme con nadie que llevara la

clase de existencia anodina y rutinaria que se supone que disfruta la inmensa mayoría de la humanidad. Moraran donde morasen aquellas hordas de personas normales, era evidente que no se desplazaban en tren. O al menos no en los mismos trenes que yo.

Ya en la cama, observé la errática oscilación de la luna en la profunda negrura de la noche a medida que el tren descendía zigzagueando y serpenteando por la Costa Oeste. Las estrellas eran brillantes círculos que parecían al alcance de la mano, tan próximas que parecían flotar como antorchas por encima de las copas de los árboles. La cama se balanceaba suavemente con el desplazamiento del convoy a través de la noche, y salvo por la áspera necesidad de nicotina que anidaba en mi vientre, me sentí en ese momento tan satisfecha que deseé que el viaje no acabara nunca. Me encontraba completamente apartada de todo. De mi vida en Inglaterra. De familia, amigos y amante. Sentía que no pertenecía a nadie, y que nadie me pertenecía a mí. Me encontraba como las estrellas: suspendida, limitándome a transitar los paisajes diurnos y nocturnos y el desplazamiento de la gente y las cosas que pasaban frente a mí, sin que nada supusiera demasiada diferencia. Era una sensación deliciosa, pero seguía apeteciéndome terriblemente un cigarrillo.

Llegamos a Sacramento a las seis de la mañana, con media hora de adelanto. Por lo que se ve, los trenes de Amtrak sólo se retrasan cuando llevas prisa. Las seis de la mañana es una hora demasiado temprana para llegar a ninguna parte, pero el revisor había llamado a mi puerta para que me preparara, por lo que allí me encontraba, en la espaciosa explanada de la estación de Sacramento en compañía de mis maletas. Había carteles de «Prohibido fumar» por todas partes, y se me había avisado de que incluso el aire estaba protegido contra mi vicio. Eugene apareció junto a mí. Al parecer, las seis de la madrugada es una hora de llegada demasiado temprana incluso para aquellos que sí tienen adonde ir.

—Mi cita es a las nueve y media. ¿Le apetecería desayunar conmigo?

Dejamos el equipaje en consigna y encontramos una cafetería abierta a una o dos manzanas de la estación, una distancia suficiente como para permitirme encender un cigarrillo. Eugene no fumaba, pero tampoco le importaba que yo lo hiciera, pues ello no interfería con su talante libertario.

—Avíseme si ve algún policía —dije yo, sintiéndome acorralada—. Según tengo entendido, en esta tierra de salud nadie menciona la muerte y no se permite fumar ni siquiera al aire libre.

Eugene se echó a reír. Al parecer, el revisor había estado tomándome el pelo, pero yo estaba dispuesta a creerme cualquier rumor que oyera sobre la restricción del tabaco.

En la cafetería, que no era sino una cantina brillantemente iluminada y amueblada con cromados muebles de formica, reinaba el ajetreo de numerosos trabajadores que acudían provistos de sus propias tazas para el café a cambio de un descuento y que devoraban platos repletos de picadillo, salchichas y huevos. Yo, que me sentía hambrienta y era bastante aficionada a los típicos desayunos norteamericanos, llené el

mío de lo mismo, pero me detuve un instante para decidirme entre *over easy* y *sunny side up*^[15]. Me decidí por lo primero porque me seducía la perspectiva de tener que pronunciarlo. Es una expresión que me atrae tanto que en cierta ocasión escribí un relato corto con ese título. Eugene se sirvió gofres y jarabe de arce. A las seis de la mañana, en una ciudad desconocida, bajo la perlada luz de California, nos sentíamos tan cómodos el uno con el otro como si fuéramos viejos conocidos. Seguimos hablando de libros. Él me preguntó para qué editoriales escribía y se mostró complacido al mencionar yo el nombre de una respetable revista literaria que conocía. Aunque nuestros estilos eran diferentes sentí que sabía hablar su lenguaje, por así decirlo. Y no estaba casada. Era una posibilidad, y sospechaba que Eugene se tomaba muy en serio los deseos de sus hijos.

—¿Ha venido hasta aquí por algún asunto de propiedades? —le pregunté.

—No, tengo una cita con el médico.

—Oh.

—Me estoy quedando ciego.

Dios mío, más historias. Eugene padecía una degeneración de la mácula, justo en el centro de la retina. Estaba ya ciego de un ojo, y el otro había comenzado a deteriorarse. Al cabo de un par de años estaría ciego por completo. Estaba haciendo cuanto podía por evitarlo, pero todos los médicos a los que había visitado habían coincidido en que nada podía hacerse y en que debía ir preparándose para vivir desprovisto del sentido de la vista. Finalmente había encontrado a un oftalmólogo de Sacramento especializado en una operación que, al parecer, funcionaba. Aquel día le tocaba pasar el examen inicial, y si reunía las características adecuadas se sometería a la intervención. Se trataba de una medida extrema, ya que conllevaba arduos tratamientos postoperatorios: el paciente debía permanecer inclinado hacia delante de tal modo que su rostro apuntara al suelo y permanecer en esa postura moviéndose lo menos posible durante tres semanas. La fuerza de la gravedad y la inmovilidad contribuían a la recuperación. Eugene admitía que era una perspectiva espantosa, entre otras cosas porque no podría leer, pero era su deber, dijo, salvar su vista si ello entraba dentro de lo posible. El procedimiento podía no funcionar, y si ése era el caso ya no habría nada que hacer. En tales circunstancias, su tarea consistiría en aceptar la situación y aprender a ser una persona ciega pero también capaz. Eugene exponía la situación de un modo descamado, sin dramatismo ni emoción alguna. En todo aquello se adivinaba una especie de fornido cristianismo, pero sospecho que también subyacía ese estoicismo a la antigua usanza que él mismo, supuse, debía de admirar. Sin duda, Marco Aurelio formaba parte de su lista de ídolos.

Pero eso no era todo: en la minuciosa descripción de su diagnóstico y de su prognosis me pareció sorprender el acento de alguien que estaba poniendo las cartas sobre la mesa. De alguien que estaba dejando las cosas bien claras antes de seguir adelante. Me contó que vivía en una casa agradable y que estaba semijubilado. Una vez más la vida me ofrecía un cambio de dirección que yo no había buscado,

escogiéndome de algún modo al azar y jugando conmigo a un juego de posibilidades no recapacitadas. En las postrimerías de la mediana edad me convertiría en la respetada señora de Eugene, con cinco hijastros, una elegante casa en Rochester, Nueva York, conciertos regulares y visitas a centros culturales europeos, además del tiempo y el espacio necesarios para alimentar una relación civilizada y madura. Claro está que en mi vida real del momento presente también disponía de tiempo y espacio para trabajar, así como de algo más que una relación civilizada y madura. Vivía en un centro cultural europeo. Me encantaba mi casa de Inglaterra, y prefiero un disco compacto a un concierto. Con todo, me recreé en la posibilidad de una nueva existencia del mismo modo que podría, en una tienda de ropa, probarme un vestido que jamás estaría dispuesta a llevar tan sólo por ver qué aspecto tendría si llevara una prenda semejante. Pasamos a hablar de política. Eugene alababa los años ochenta como la moribunda esperanza de una civilización perdida. Reagan y Thatcher eran los últimos adalides de la cordura fiscal, y Eugene admiraba especialmente a esta última por su resuelta fe en la economía de libre mercado. Yo le describí con detalle el daño que esa resuelta fe había hecho al sistema de salud británico, al concepto de la vivienda asequible y a la educación pública, pero Eugene meneó la cabeza ante mis sensibleras, irreflexivas y obstinadas actitudes izquierdistas y me explicó que los pobres sólo podían mejorar su situación dentro de una economía independiente y fuerte, y que las ayudas estatales hacían de ellos unos inútiles. Nos hallábamos, sin embargo, en una situación de discrepancia civilizada, completamente distinta de aquella cena con Glenys y el atroz sujeto a quien tanto perturbaba su presencia. Eugene y yo discutíamos educada y hasta placentemente desde nuestras respectivas e irreconciliables posturas, pero pronto resultó evidente que la boda podía considerarse anulada. Desistí de mi vida en Rochester, Nueva York, y la dejé caer a mis pies, y Eugene renunció a las cenas en compañía de la cáustica novelista inglesa que había pasado a ser su esposa. La conversación derivó hacia Londres, el teatro y otros tópicos igualmente inofensivos, pero la chispa había desaparecido. Yo en ningún momento me había imaginado como consorte de Eugene, pero ahora que había quedado clara nuestra disparidad experimenté una momentánea punzada de decepción, como si realmente hubiera perdido algo que había nacido y perecido en un único y fugaz instante. Así, concluimos nuestro desayuno con cierta amargura por ambas partes, y cuando le llegó el momento de acudir a su cita nos deseamos buena suerte el uno al otro. Yo manifesté mi confianza en el éxito de su operación y él hizo votos por una buena acogida de mi libro. También deseé profundamente —aunque no llegué a expresarlo en voz alta— que pronto encontrara la clase de persona que estaba buscando, aunque tampoco creía que tuviera que esperar mucho para ello.

Faltaban aún tres horas hasta la llegada del tren que debía trasladarme a Denver, por lo que seguí los carteles que señalaban el camino al «Viejo Sacramento», olvidando por un instante que me encontraba en Norteamérica. Hasta ese punto nos

aísla viajar en tren. «Viejo Sacramento», claro está, no era sino otra forma de decir «Nuevo pero hecho polvo Sacramento». Se trataba de la parte antigua de la población, que llevaba décadas padeciendo las plagas propias de cualquier distrito central. En tiempos de los pioneros aquel puñado de calles habían constituido efectivamente el emplazamiento original de la ciudad, pero luego, durante mucho tiempo, la zona se había degradado hasta convertirse en refugio de drogadictos, vagabundos y criminales. Todo ello, sin embargo, se había visto erradicado por unas autoridades municipales conscientes de lo provechoso que resulta invertir en historia. El Viejo Sacramento había sido demolido y reconstruido como una réplica de confitería del Oeste americano. Hemos visto cosas parecidas en el cine, aunque probablemente más en las películas de vaqueros de Audie Murphy que en las meditaciones de Peckinpah sobre el viejo Oeste. Por supuesto, lo único construido al estilo de la época eran las fachadas, ya que las ordenanzas municipales y las normas sanitarias exigían que los edificios contaran en su interior con todos los adelantos del siglo XX en cuanto a seguridad y confort por grande que fuera la cantidad de madera necesaria para revestir los modernos materiales de construcción, y los comerciantes no iban a arriesgarse a que los turistas pasaran por alto sus mercancías a causa de una iluminación desfasada o de unos escaparates de diseño anticuado. El visitante podía taconear por auténticos porches de tablas, con sus postes para atar los caballos y todo, pero luego entraba en relucientes comercios con aire acondicionado en los que se vendían imitaciones baratas y chapuceras de artículos que en su época se habían cotizado por su durabilidad. Resistentes sombreros, botas y bolsas de cuero que antaño habían permitido a los vaqueros mejorar su existencia ambulante eran hoy fabricados con materiales pobres y de mala calidad, aunque igualmente adecuados para la existencia que les esperaba, y que en su caso se desarrollaría en el fondo de algún armario. También los bienes de subsistencia habían cambiado. Los barriles de harina se habían reemplazado por contenedores de polimetacrilato diseñados para conservar calientes las palomitas de maíz. El antiguo lingotazo de whisky era hoy probablemente un Tequila Sunrise. El chuletón de carne recién matada y acompañada de judías había pasado a verse sustituido por queso de cabra a la plancha y ensalada de hojas de roble. El Viejo Sacramento resultó ser un conglomerado de calles temáticas repletas de tiendas. Un legado histórico con patatas fritas. Así y todo, los carteles de los muros (realizados al estilo de los antiguos avisos de «Se busca») proclamaban con orgullo la restauración del deteriorado y ruinoso «barrio histórico», la eliminación de los flagelos que antaño asolaban el centro y la recuperación del pasado para ejemplo de los turistas. Claro está que lo que se hacía no era tanto recuperar el pasado como maquillarlo para su venta, y resulta sorprendente la velocidad con que estas nuevas y relucientes versiones de la historia se tornan en horteras a medida que el oropel se desgasta para revelar el mezquino propósito comercial que las alienta. Al parecer, si quieres vender mierda, basta con adornarla lo suficiente. Hombres y mujeres de aspecto taciturno vestidos con atuendos vaqueros

me saludaban con fatigada cordialidad invitándome a entrar en sus absurdos e insustanciales comercios, pero yo me dediqué a pasear perezosamente para matar el tiempo hasta el momento de retornar al interior de un tren que constituía en sí mismo un punto de destino mucho más concreto que nada de todo aquello, distrayéndome con la contemplación de objetos de plástico que se iluminaban, o producían algún sonido, o resultaban ser algo distinto de lo que parecían. Al final, me compré un pequeño cerebro modelado en goma que, según aseguraba el envoltorio, habría de crecer sumergido en agua hasta alcanzar veinte veces su tamaño original.

—¿Por qué cae usted en suposiciones sexistas?

Acababa de preguntarle a la mujer sentada junto a mí durante la cena si era enfermera. Viajaba con otras dos mujeres, y yo compartía su mesa. Las tres viajaban de camino a un congreso de representantes de ventas con franquicia que compraban voluminosas cápsulas de color verdemar llenas de un extracto de vegetales deshidratados que luego revendían a sus amistades. Por lo visto, era el último método concebido por las aspirantes a empresarias de la Costa Oeste para redondear sus ingresos. Mis interlocutoras eran tres lesbianas de algo menos de treinta años que desempeñaban también otros empleos. La que se sentaba junto a mí trabajaba, según me informó la amiga que tenía frente a ella, en un centro médico.

—¿Es usted enfermera? —inquirí.

Pregunta que trajo consigo la acusación de sexismo por parte de su amiga, que parecía encargada de vigilar el mundo frente a toda perversión del pensamiento.

—¿Por qué no le pregunta si es médica? —me espetó con brusquedad.

—Porque no sé a santo de qué iba a estar vendiendo cápsulas vegetales en su tiempo libre si cobrara un sueldo de doctora. ¿Es usted médica?

—No —dijo la mujer sentada junto a mí—. Soy ayudante de enfermería.

Se produjo un breve silencio.

—Creemos en lo que vendemos —declaró airadamente la que llevaba la voz cantante—. Es un suplemento integral. Una sola cápsula proporciona todos los nutrientes que obtendríamos del consumo diario recomendado de frutas y verduras frescas.

—Estupendo —dije yo—. Aborrezco las verduras. ¿Y dice que si me tomo una de éstas al día no tendré que volver a comerlas más? Póngame las necesarias para el resto de mi vida.

—No me da usted la impresión de ser una persona muy seria —me dijo, y es cierto, salvo por lo que respecta a la cuestión de comer verdura, algo que realmente no me gusta.

Era consciente de que debía haber mostrado más interés en las tres lesbianas de camino a su jocundo congreso de verduras-para-una-vida-mejor, pero de repente me había sentido absolutamente hastiada de todo cuanto tuviera que ver con vegetales, lesbianas y buenos rollos. Cedería a la poderosa atracción del compartimento para

fumadores y luego me retiraría a mis nuevos aposentos. El ajado *California Zephyr*, con sus viejos materiales y sus desgastadas tapicerías, constituía un reconfortante cambio en comparación con el *Coast Starlight*, y contaba con un compartimento para fumadores tan mísero como cualquiera de los que había visto anteriormente. Me fumé un par de cigarrillos sin apartar la vista de aquel paisaje cada vez más yermo para evitar verme involucrada en ninguna conversación, y a continuación me encaminé perezosamente a mi cama y dormí hasta las cinco y cuarto de la tarde, hora en la que el tren entró en la estación de Reno, Nevada.

Cuando regresé al compartimento para fumadores el sol ya se estaba poniendo, pero daba la sensación de que fueran las luces las que se estaban apagando. En el exterior, el desierto desfilaba ante nuestros ojos ofreciendo un panorama verde grisáceo cada vez más inhóspito y estéril. La puesta de sol, con una sucesión de tonos pastel que iban del rosa al azul y luego al beis debía de ser espléndida, pero no lograba sino subrayar la aridez del paisaje y realzar esa desolación crepuscular que invariablemente acecha en algún rincón de mí misma a la espera de un entorno físico digno de ella. El vagón estaba vacío con la excepción de un hombre de rostro tan lúgubre como mi ánimo que viajaba sentado frente a mí sin decir nada. Para cuando habló yo ya había dado cuenta de la mitad del cigarrillo:

—Espero que no haga frío en Winnemucca.

Su tono de voz era tan ominoso como su rostro. Llevaba traje, corbata y zapatos de cordones. Un tipo normal. Representante de ventas, tal vez. Teníamos previsto llegar a la inverosímilmente bautizada Winnemucca a las ocho menos cuarto de la tarde, y no me quedó otra opción que preguntarle el porqué de su inquietud respecto a la temperatura. Él asintió ante mi pregunta con gesto aprobador.

—Me he dejado el abrigo colgado del picaporte de casa. Lo he olvidado por completo.

—Qué contrariedad. Tendrá que comprarse uno nuevo cuando llegue.

Él sorbió brevemente.

—Para entonces ya estarán cerradas las tiendas. Y eso no es todo. He dejado el coche en un aparcamiento con límite de tres horas. Mi mujer había quedado en ir a recogerlo después del trabajo, pero al subirme al tren me he encontrado con que llevaba las llaves de repuesto en el bolsillo, de modo que no le será posible hacerlo. Voy a permanecer ausente tres días, así que prefiero no imaginar a cuánto va a ascender la multa que me van a poner.

—Menuda faena.

—Sí. Y además me he dejado la bolsa de viaje en el coche —añadió, sacudiendo la cabeza y volviendo hacia mí una mirada llena de amargura a medida que todo iba uniéndose para formar una única y espantosa calamidad—. ¿Sabe? Puedo conformarme con no tener más que calcetines blancos. No me gusta, pero puedo aguantarme si no hay más remedio. Pero lo que ni siquiera me atrevo a pensar, lo que de verdad me parece demasiado espantoso de soportar es el hecho de tener que

pasarme tres días utilizando un cepillo de dientes manual.

Comencé a sentirme mucho mejor. Era consultor especializado en minas de oro, me explicó cuando por fin consiguió apartar la mente de sus muchas tribulaciones.

—En Sierra Nevada aún queda oro, pero todo en forma de polvo. Las pepitas que todos buscaban durante la época de la fiebre del oro desaparecieron hace ya tiempo. Aún puede hacerse un buen negocio con el polvo, pero sólo si uno puede permitirse el gasto que supone recogerlo. Ya no es algo a lo que pueda dedicarse una persona sola. No hace mucho que desplazaron una montaña entera —y hablo de una auténtica montaña de tamaño natural— y la cribaron hasta el último gramo para extraer el polvo. Luego, por presiones de los grupos medioambientales, tuvieron que reconstruirla: rehicieron toda la condenada montaña en el mismo lugar en el que había estado. Ésta es una tierra de oro y de juegos de azar. Eso es lo único que hace aquí la gente. Cribar en busca de polvo de oro y apostar en las mesas de los casinos. Ya ni me acuerdo de la última vez que me cepillé los dientes con un cepillo manual.

Para cuando llegamos a Winnemucca ya había oscurecido, y observé con pesar que parecía hacer auténtico frío. Aquella noche pasaríamos por Salt Lake City, invisible en la oscuridad. A primera hora de la mañana ya habríamos dejado atrás las poblaciones de Provo y Helper, en Utah. Antes de llegar a Denver tuvimos que atravesar las Montañas Rocosas de Colorado a la luz del día, y aquello fue la parte más sobrecogedora del viaje. Visualmente, fue un espectáculo extraordinario. A aquella altura, las montañas aparecían cubiertas de nieve, nosotros avanzábamos resoplando lenta y cautelosamente por sus laderas a lo largo de una ondulada vía de anchura apenas suficiente para las dimensiones del tren. A un lado de nosotros se alzaba una pared de roca viva, y aquellos que osaban asomarse al otro podían contemplar, allá abajo, como si se tratara de una tenue cinta, el río Colorado que serpenteaba a lo largo del fondo del cañón, a más de 600 metros de profundidad. No podía evitar pensar en aquellos que habían construido —que, con frecuencia, habían muerto construyendo— aquellas vías, dinamitando la pared de la montaña para tallar una repisa sobre la que tender los raíles o excavar un túnel en la roca. La vida humana no era impedimento alguno para la voluntad de progreso de la humanidad. Pocos trayectos he realizado tan precarios y emocionantes como aquél. La verdad es que parece absurdo que alguien pudiera contemplar aquellas montañas implacables y decidir atravesarlas a pesar de todo, pero tal vez no lo es tanto si se piensa que los hombres que las reventaron y sudaron y murieron fueron en su mayoría obreros chinos o irlandeses que, desesperados como estaban por conseguir cualquier trabajo, lo hacían a cambio de un salario de miseria mientras los empresarios, en la retaguardia, negociaban acuerdos corruptos con los políticos en sus lujosos vagones. Tal ha sido el habitual telón de fondo de los más monumentales logros humanos.

A medida que se ponía el sol fuimos bajando en zigzag hacia Denver desde las cumbres de las Rocosas. Denver ciudad se denomina orgullosamente a sí misma como la «Ciudad de una milla de altura», pero nosotros descendimos sobre ella como

un avión que enfilara majestuosamente la pista de aterrizaje, con la diferencia de que aquella pista era toda una población que, inundada por una iluminación deslumbrante, pudimos ver extendida ante nosotros durante media hora o más hasta encontrarnos finalmente a su mismo nivel.

—Damas y caballeros, niños y niñas —suspiró el revisor a través de los altavoces—, ¿no es una vista maravillosa?

Algo que ni mucho menos podría haberse dicho de Raton, Nuevo México, adonde llegué después de un trayecto de tres horas y media en autocar que había comenzado a eso de las seis de la mañana. Aquella noche no había dormido mucho, desacostumbrada como estaba a camas de dos metros que permanecían perfectamente inmóviles y a los oceánicos placeres del negro *jacuzzi* misteriosamente embutido en un rincón de mi habitación de hotel. Intenté disfrutar de ambas cosas, pero el hecho de encontrarme en tránsito y mal adaptada a tales lujos hizo que tanto la una como la otra quedaran limitadas a deliciosas distracciones a las que no quería habituarme. No eran lo que yo buscaba en ese momento, por lo que preferí obviarlas y concentrarme en el objetivo fundamental de proseguir mi camino. Nunca he sido capaz de aceptar los placeres tal y como se presentan. Necesito preaviso y práctica. Y en cualquier caso, no hay habitación lujosa, cama gigante o baño de burbujas que no pierdan su encanto cuando sabes que a las cinco de la mañana del día siguiente tienes que levantarte a tientas de la cama para tomar un autocar que habrá de conducirte a un lugar dejado de la mano de Dios de cuyo nombre sólo recuerdas que tiene algo que ver con roedores.

Raton (pronunciado Ratón, aunque incluso hoy no puedo evitar que me sugiera la expresión *Rat-on*)^[16] no era nada del otro mundo. La estación consistía en un simple edificio achatado y cuadrangular de cemento y amianto, lo que no impedía que el jefe de estación se mostrara claramente orgulloso de las jardineras de hormigón que adornaban el andén, rebosantes de flores de fieros tonos rojos y anaranjados que contrastaban con el grisáceo entorno. Contaba con una única vía que atravesaba el árido y aplanado paisaje y que se extendía a izquierda y derecha hasta perderse en el despoblado infinito. Si el destino viajara en forma de pistoleros subidos a un tren que se aproximara hacia ti, podrías verlo llegar desde varios kilómetros de distancia y observar cómo lo que era una mota en la lejanía iba creciendo hasta convertirse en una presencia inevitable. El tren pasaba por Raton una vez al día, todos los días del año, incluido el de Navidad, y todos los días —incluido el de Navidad— el uniformado jefe de estación, un hombre de unos treinta años que tenía el aspecto de persona apacible y socarronamente eficaz, estaba allí para recibirlo y despedirlo. Tras saludar la llegada de la aproximadamente media docena de viajeros que descendimos del autocar, cargó nuestro equipaje en un carrito y nos dijo que el tren llegaría con un par de horas de retraso, lo que no pareció agrandar a nadie. Nos habíamos levantado temprano, y ahora nos encontrábamos frente al dilema de esperar bajo un sol

abrasador o en el interior de una estación desprovista de aire acondicionado. Por otra parte, y a juzgar por las calles anodinas y vacías que se divisaban desde la parte posterior de la estación, la perspectiva de explorar Raton al calor del mediodía tampoco se antojaba prometedora. Sin embargo, allí vivía gente que a buen seguro comería en algún sitio o acudiría a tomar una copa a algún bar.

—Es una población bastante tranquila —nos dijo el jefe de estación, y nosotros asentimos con gesto lúgubre—. Pero está el Salón de Té de Bertha.

Los viajeros se abanicaban como si fueran un grupo de cortesanos que de repente se hubieran visto inexplicablemente trasladados al desierto. En conjunto, decidieron que era más seguro quedarse donde estaban que aventurarse al ignoto universo del salón de té que regentaba Bertha en Raton. Yo me mostré más o menos de acuerdo, pero lo cierto es que el nombre de Bertha sonaba lo bastante europeo como para que pudiera estar permitido fumar en su establecimiento, y realmente me apetecía sentarme a una mesa y fumarme un cigarrillo en un local público frente a una taza de té, algo que no había hecho desde que salí de Inglaterra, por lo que pedí que me indicaran el camino. Una joven vestida con vaqueros y camiseta que portaba una voluminosa mochila a la espalda decidió que me acompañaría, y tras anotar los pedidos de donuts y pastas de varios de nuestros menos intrépidos compañeros de viaje echamos a andar hacia el centro de la población. Descubrimos que las tiendas, más que estar cerradas, habían cerrado. Parecía un lugar absolutamente desolado. Pasamos junto a una sala de cine, pero no sólo estaba también cerrada sino que a juzgar por su aspecto llevaba así una buena temporada. Daba la impresión que los habitantes de Raton tenían cosas mejores que hacer que ir al cine, aunque resultaba difícil imaginar qué.

El Salón de Té de Bertha, empero, estaba abierto, aunque se componía de una única estancia dotada de mesas y sillas de plástico y poblada por un puñado de parroquianos que parecían especialmente enviados por alguna agencia de Hollywood para interpretar el papel de clientes habituales de una cafetería de pueblo. Unos leían el periódico local, otros intercambiaban algún que otro comentario, y todos alzaron la cabeza al unísono cuando mi nueva amiga y yo abrimos la puerta. Bertha ocupaba su lugar detrás de un mostrador en el que se apilaban no sólo los clásicos donuts de mermelada sino diversas clases de pastas y galletas que no habrían tenido nada que envidiar a las de cualquier establecimiento similar del sur de Alemania.

—Hemos descubierto la joya de Raton —murmuré al oído de mi compañera mientras pedíamos un plato de deliciosos bizcochos caseros y unos cafés.

Caroline tenía diecinueve años y, según me dijo, acababa de salir de la universidad y se dirigía a su casa, situada en un pequeño pueblo de Illinois. Al preguntarle qué había estudiado me respondió con tono cauteloso:

—He asistido a una facultad de Teología.

Ambas aguardamos para ver mi reacción.

—¿Piensas ordenarte?

—No. Me he preparado para ser misionera. Pienso pasar algún tiempo con mis padres y luego trasladarme a alguna misión de otro país.

—¿Adónde irás?

Me pregunté en qué regiones de qué oscuro continente recibirían aún con agrado la llegada de misioneros.

—A Francia.

Ese oscuro continente.

—¿A Francia? —exclamé con un tono demasiado alto y demasiado perplejo que la sobresaltó—, ¿Francia de Europa?

—Sí. Allí es adonde quieren enviarme.

Súbitamente parecía nerviosa, y yo intenté eliminar cualquier asomo de sorpresa de mi rostro.

—No sabía que tenían necesidad de misioneros en Francia.

—Sí —dijo Caroline con tono vacilante—. Yo también me sorprendí cuando me lo dijeron, pero supongo que harán falta o no me enviarían allí.

Yo no estaba en absoluto segura de que la joven supiera dónde estaba Francia, pero supuse que el simple hecho de que no formara parte de Norteamérica debía de justificar ante ella la necesidad de contar con una misión. Procedía de una familia fundamentalista, y sus padres se mostraban complacidos de que hubiera seguido sus pasos. Para mí aquello constituía un encuentro inusitado.

—¿De modo que crees en el relato de la Creación?

Ella asintió.

—¿Y la evolución? ¿Y la genética? —dije yo sintiéndome fatigada de antemano.

—Están equivocadas. Dios creó el mundo tal y como aparece descrito en la Biblia.

Caroline tenía diecinueve años. Soy consciente de haberlo dicho ya, pero entonces tuve que repetírmelo a mí misma.

—¿En siete días? ¿Todo este tinglado? ¿Qué me dices de los fósiles?

—Se nos dice que Dios puso los fósiles sobre la tierra cuando la creó.

—¿Con qué motivo? ¿Para divertirse? ¿Para provocar? ¿Para despistarnos?

—No, yo creo que la idea consiste —respondió, esforzándose poderosamente por recordar sus lecciones— en que Dios creó un mundo ya antiguo, con toda la historia ya hecha. De ahí la edad que aparenta tener.

—¿Pero por qué habría de hacer Dios una cosa así?

—Hombre, hay que tener una historia, ¿no te parece?

Nos terminamos el café, recogimos los donuts que nos habían encargado los demás y emprendimos el camino de regreso a la estación.

—¿El hecho de convertir a otras personas a tus creencias no te produce escrúpulos?

—No tiene por qué. Estoy convencida de que lo que digo es la verdad. Sin embargo, fíjate que sí me preocupaba un poco lo de convertirme en misionera. No sé

hasta qué punto está bien ir a otras partes del mundo para decir a la gente lo que tiene que pensar. Aun convencida de que es la verdad, no estoy segura de en qué medida tengo derecho a decirles a personas que me doblan la edad lo que deberían hacer. Aún no he llegado a una conclusión definitiva al respecto. Desde luego, me resulta extraño ir a ese país para decirles a los franceses que modifiquen sus ideas.

Caroline me hacía sentir consternada y esperanzada al mismo tiempo. No representaba el mejor modelo de pensamiento independiente del mundo pero, así y todo, y tal vez a causa de su edad y de que las ideas aún pueden chocar con las creencias entre los jóvenes, se preguntaba por la naturaleza de lo que proyectaba hacer, por la noción según la cual un grupo de personas que se hallan en posesión de su verdad tienen derecho a imponérsela a otras. No era gran cosa, pero era algo. Era mejor que nada. Y, en cualquier caso, supuse que Francia lograría resistirse a las persuasiones de Caroline y que, acaso, incluso terminara por enseñarle una o dos cosas de su propia cosecha.

Bet, Mikey y el héroe vivían a las afueras de Albuquerque en una pequeña casa de adobe con cuatro habitaciones repartidas en una sola planta. Yo renuncié de inmediato a cualquier esperanza de visitar la ciudad propiamente dicha, una ciudad que, a juzgar por el modo en que se estremecía Bet al hablar de ella, igual podía haberse tratado de Jacksonville.

—Nunca venimos al centro. Hoy día no hay más que jóvenes y drogas —me dijo mientras la atravesábamos velozmente procedentes de la estación con el héroe al volante de su voluminoso Dodge azul con tracción a las cuatro ruedas.

La zona en la que vivían no se parecía a los immaculados suburbios de exquisitos jardines de césped que había visto en Phoenix. Era un vecindario menos uniforme, menos rico y más vivido en el que los patios delanteros de las casas cumplían funciones más prácticas, tales como el estacionamiento de aquellos automóviles o camionetas que no cabían en los garajes. El jardín de Bet era de grava, y delante del garaje había una caravana.

—Ahí tienes tu nueva casa —dijo Bet, señalándolo mientras aparcábamos—. Estamos verdaderamente orgullosos de ella. Acabamos de comprarla este verano.

—Hum —gruñó el héroe.

—Bah, no le hagas ni caso.

—Eso es, usted no se preocupe, señora, pero si se despierta una mañana en mitad del bosque, no pasa nada: sencillamente, habré decidido aprovechar la temporada de caza. Por ese motivo la compré.

—Tú como si no le oyeras.

—Oye, Jenny, que no te importe verte rodeada de osos y pumas. No te inquietes, tengo montones de armas. Tú dame un grito y vendré corriendo... Lo digo de broma —dijo el héroe con una amplia sonrisa—. Tú ponte cómoda y asegúrate simplemente de marcharte antes de que concluya la temporada de caza.

—Había pensado quedarme cuatro o cinco días —dije yo, nerviosamente—, pero resulta difícil...

—Que no, que te estoy tomando el pelo. No me tomes en serio. Eres más que bienvenida. Ya me iré yo por ahí unos días cuando tú no estés.

No le importaba mi visita, pero se había sentido verdaderamente preocupado de que me quedara un mes o cosa así y le echara a perder sus proyectos de caza. La caravana era nueva y constituía a la vez su tesoro, su refugio y su cabaña. Sin embargo, mi promesa de quedarme tan sólo cinco días le tranquilizó. A lo mejor también le preocupaba cómo pudieran resultar las cosas con Mikey.

El *bungalow* era oscuro y poco espacioso. Todas las cortinas estaban echadas, y así permanecieron después de que entráramos. Jim, el héroe de Bet, se acomodó directamente en una vieja butaca del salón y encendió el televisor. Bet me mostró el camino de la atestada cocina, que constituía el auténtico territorio común. Tan sólo el héroe y, a veces, Mikey utilizaban el salón delantero, en el que la televisión permanecía constantemente conectada y las cortinas echadas para verla mejor.

Bet mostraba un deleite inequívoco en el hecho de tener un visitante.

—Esto es *estupendo*. ¿No te puedes quedar más tiempo? Pensé que estarías aquí por lo menos un mes —dijo, y comprendí el desasosiego del héroe—. Bueno ¿y qué me dices de un par de semanas? Si te quedas un par de semanas aún le dará tiempo de marcharse a cazar con sus amigos. Antes se estaba quedando contigo.

Lo cierto es que no era así, y me alegré de tener un motivo que me impidiera quedarme más tiempo.

Sobre el suelo y los estantes del comedor integrado en la cocina se apilaban las reliquias ferroviarias de Bet, que también decoraban las paredes del pasillo e invadían una diminuta estancia de la parte trasera a la que Bet se refería como su estudio. Trozos de vía, viejas señales procedentes de rutas y estaciones, horarios de trenes, modelos a escala, postales y otros recuerdos se amontonaban precariamente unos encima de otros. Bajo la luz mortecina, aquel polvoriento desorden prestaba al lugar el aspecto de un almacén de chatarra. En la cocina, una pequeña mesa de comedor de forma circular proporcionaba una suerte de oasis algo menos caótico que el resto. Estaba rodeada por tres sillas de cocina y una silla de ruedas.

—Nada de cabaña de caza: ésta es mi habitación de invitados —dijo Bet, franqueándome el paso al interior de aquella caravana multiuso, de aquel sueño-hecho-realidad en el que me correspondería dormir—. Nunca he tenido un invitado como es debido. Tú eres la primera. Hombre, a veces vienen los críos con los nietos, pero no se quedan a dormir. Tú eres mi primera invitada personal.

Se la veía emocionada como una colegiala. Aferrándome por el hombro, me propinó una leve sacudida y añadió:

—De verdad, qué *estupendo* que hayas venido.

Para entonces comenzaba a invadirme una sensación de pánico. ¿Qué estaba haciendo yo en casa de aquellas personas para mí extrañas de las que tan sólo conocía

a una por haber coincidido con ella a lo largo de un viaje en tren? ¿Por qué me había aventurado a una situación semejante? No lograba recordar qué me habría hecho pensar en su momento que se trataba de una buena idea. Tan sólo podía deberse a que hubiera olvidado por completo cómo era. Los cinco días siguientes se erigían y extendían interminablemente ante mí, prolongándose como la silueta de un oscuro y tenebroso felino que se aposentara para dormir. *Cinco días*. Imaginé cada una de sus noches, cada día, con sus horas y sus minutos, y sentí que el corazón se me atragantaba y que el aliento se tomaba entrecortado.

—¿Te encuentras bien? Mira, ésta es tu cama. Jim te la preparó esta mañana. Está verdaderamente encantado de tenerte aquí. Le gusta ver que tengo a alguien con quien pasar el rato. Ahora déjame que te enseñe dónde está todo. Y Mikey está realmente ansioso. No tardará en venir. Está deseando conocerte.

El interior de la caravana me apaciguó. Era una versión distinta de mi camarote del carguero y de mis compartimentos en el tren: un espacio recogido, ordenado e impecable en el que uno podía hacer todo cuanto necesitara y vivir la vida aunque no le sobrara ni un centímetro cuadrado. Al fondo había una cama doble de la misma anchura que el remolque, y a sus pies, en el costado derecho, se encontraba la cocina, con su pila de fregar los platos, su refrigerador, una cocina de gas, un hervidor eléctrico y, arriba y abajo, sendas hileras de armarios llenos de productos de limpieza y alimentos en conserva.

—La tenemos preparada para ponerse en marcha cuando sea necesario. Coge todo lo que necesites.

A medida que iba abriendo los sucesivos botes nos asomábamos para comprobar su contenido: galletas, cereales para el desayuno, panecillos de centeno, café, azúcar... Luego, me señaló las latas de sardinas, fideos, jamón cocido, carne guisada y sopa.

—Utiliza lo que necesites. Haz como si estuvieras en tu casa.

Frente a la cocina había una mesa con bancos a ambos lados en la que podía sentarme a trabajar, y en la parte delantera había un cuarto de baño diminuto equipado con un retrete químico, un lavabo y una ducha.

—Jim ha conectado las tomas de agua y de electricidad, así que todo funciona. Considéralo como tu palacio propio.

Y lo era. Me sentía encantada con aquella casa de muñecas que sería mi hogar durante los cinco días siguientes. En cierta ocasión escribí una novela sobre una vieja medio loca —posiblemente una futura proyección de mí misma— que se instalaba a vivir en una casa rodante, y yo misma, en las postrimerías de la veintena, alimenté serias fantasías de vivir en una estrecha embarcación de las que pueblan Regent's Canal hasta que me enteré de los problemas y los gastos que conllevaba el mantenimiento del casco. Los espacios reducidos y minuciosamente calculados me atraían del mismo modo que de pequeña me habían atraído las casitas y las granjas de juguete, así como aquel oscuro espacio triangular de mi niñez situado detrás de las

dos butacas del rincón, en el que tantas horas había pasado huyendo de las furiosas discusiones de mis padres, adoptando esa actitud que ellos calificaban de «huraña» y entreteniéndome en leer o en interpretar obras de mi propia invención. Y además, la caravana estaba, por supuesto, fuera de la casa de Bet. Era un espacio separado, un refugio, igual que los camarotes de los barcos y los compartimentos de los trenes: un lugar apartado del resto del mundo. Bet era la mejor y más entusiasta anfitriona del mundo, y yo era la peor de las huéspedes, ansiosa ya desde antes de iniciar mi visita por esconderme en mi caravana lejos de las conversaciones, del contacto social y de toda forma de incorporación a la familia, completamente incapaz de sustituir mi condición de amable extraña al mando de su propia sociabilidad por las responsabilidades de una invitada en el seno de aquel hogar familiar.

Bet era la de siempre, pero se la veía más contenta que cuando nos conocimos en el *Sunset Limited*. Tenía ganas de hablar. Me condujo a la mesa de la cocina, se sentó frente a un generoso gin tonic y me habló de su vida, de la difícil infancia que había tenido que soportar junto a una madre alcohólica y de sus locuras de juventud: de la época en la que se había ido con Jim para formar una familia que éste, con los niños aún pequeños, había ido arrastrando de base militar en base militar por todo el mundo —Alemania y Japón— sin poner jamás el pie fuera de los límites de la americanidad que brindaba el interior de sus recintos. No se consideraba a sí misma como una mujer que hubiera viajado mucho; de hecho, no consideraba que hubiera viajado nada. Al igual que Jim, había vivido en aquellos lugares porque Norteamérica la había enviado a ellos para hacer la guerra o conservar la paz. Ahora, sus tres hijos mayores ya estaban casados —en la familia de Bet no había divorcios—, vivían no lejos de ella y se ganaban la vida como botánicos y oficinistas. Me habló del más joven, Mikey, que a sus casi treinta años aún no sabía lo que quería y se había decidido finalmente por ser policía. Se hallaba a mitad del programa de adiestramiento cuando sufrió el accidente. Un accidente en el más puro sentido de la palabra, si es que tal cosa es posible, o al menos Bet prefería considerarlo como tal. La mujer que embistió el coche de Mikey en un momento en que éste se encontraba detenido no había podido evitarlo, y Bet no albergaba el menor resentimiento por el hecho de que ella hubiera resultado completamente ilesa. Mikey pasó varias semanas en coma y todos, incluso Bet, se conformaron más o menos con el hecho de que iba a morir, pero de pronto despertó con la pierna y el brazo derecho paralizados. Hablaba con un acento profundamente arrastrado, su memoria a corto plazo había quedado casi destruida y su edad mental era la de un niño de nueve años. Pero estaba vivo.

—Ay, Jenny, se me rompió el corazón, pero recuperamos a nuestro niño, y ahora va a seguir siendo un bebé para siempre. Podría decirse que hemos tenido suerte.

Jim apenas hablaba. Cuando, sentados a la mesa, Bet se metía con él y con su silencio, respondía con una amplia sonrisa. El resto del tiempo lo pasaba repantigado en la casi completa oscuridad del salón, frente a los interminables programas de concursos y tertulias de la televisión. Si en algunos momentos me parecía

malhumorado se debía probablemente a una proyección de mis propias ansiedades. No existía ninguna tensión aparente entre Jim y Bet; ella parloteaba y él permanecía callado. Tenían modos distintos de vivir la vida, pero ninguno de los dos esperaba — ni tan siquiera parecía desear— que el otro se le pareciera más. Formaban una de las parejas más sólidas con las que me he cruzado. Muy diferentes en sus respectivos estilos, pero comprensivos y tolerantes el uno con el otro. Ambos eran conscientes del peso de la amargura que acarreaban y permitían que el otro fuera como tuviera que ser para sobrellevarlo. Aunque la hipertensa neurosis de Bet se revelaba en un temperamento tenso e inquieto y en la necesidad de hablar y beber para alejar la tristeza, Jim me parecía el más atribulado de los dos, precisamente porque era el menos capaz de expresarla. El suyo no era un silencio apaciguado, del mismo modo que las horas que pasaba en la butaca con una lata de cerveza en la mano y el televisor a todo volumen no parecían una expresión de sosiego sino de cólera reprimida, de sentimientos con los que no sabía hacer otra cosa que mantenerlos bajo control como buen militar que había sido. Él era un soldado profesional que había servido con dedicación en la Europa de la posguerra, en Vietnam y en la guerra del Golfo. Se había retirado porque se aproximaba el momento en que tendría que hacerlo obligatoriamente y porque necesitaba estar en casa para ayudar a Bet con Mikey. Todos los días se subía al Dodge y se acercaba a la base próxima para sentarse a charlar con sus viejos camaradas y comprar cigarrillos baratos para él y para Bet en el economato. Era su club, su refugio masculino. Después de salir del Ejército había regentado un comercio al por mayor, pero la cosa no había salido bien: no era un hombre de negocios. Ahora, Bet y él podían vivir con holgura siempre y cuando fueran prudentes con sus pensiones, y Mikey contaba con su propia ayuda por incapacidad. Así y todo, durante todo el tiempo que pasaba en casa yo tenía la sensación de encontrarme continuamente cerca de una bomba sin estallar. Sin embargo, cual si su silencio diurno no hubiera sido sino un tiempo de recarga durante el que se hubiera mantenido desconectado, Jim parecía despertar a última hora de la tarde, cuando Mikey regresaba a casa después de pasar el día en un taller especializado. Para cuando la ambulancia se detenía frente a la entrada Jim ya había salido con la silla de ruedas de su hijo y, sonriente, se ponía a bromear con el conductor y a tomarle el pelo a Mikey, apartándose de su camino mientras éste descendía lenta y trabajosamente de la trasera del vehículo con la ayuda de un andador.

—¿Qué tal, Mikey? —gorjeaba Bet cuando Jim entraba en la cocina empujando la silla de ruedas, como si el muchacho estuviera sorprendiéndoles con una inesperada y deliciosa visita en lugar de estar regresando a casa como hacía todos los días y como habría de seguir haciéndolo durante el resto de sus vidas.

—Hola, mami, ¿qué tal? —gritaba Mikey, devolviéndole el saludo y expresando mediante risas el placer que le producía ver de nuevo a su madre y a su padre, y descubrir la cocina igual que siempre, y sentir la acogedora bienvenida que se le

brinda a un niño largamente perdido.

Mikey era un encanto. Cuando entraba en una habitación, aspiraba profundamente para llenar de aire su sólido y desmesurado vientre y a continuación, fijaba la mirada en ti con una amplia sonrisa, profería un sonoro «¡Hola!» y rompía a reír con una risa arrolladora y contagiosa. Resultaba tan cautivador que cada vez que la atmósfera se apaciguaba un poco y se hacía el silencio entre las personas, Mikey, cual si se tratara del estribillo de un cómico, vociferaba un «Hola, ¿qué tal os va?», tan conmovedor e irresistible como su propia y enternecedora necesidad de ver feliz a todo el mundo.

—Ay, Mikey —reía Bet, con su inmenso y entristecido afecto.

—Hola, hijo —decía Jim—. ¿Y a *ti* qué tal te va?

—¡Pues a mí me va de maravilla! —gritaba Mikey como si se tratara de la gracia final de un chiste, y una hilaridad incontenible reverberaba por la estancia.

Dios sabe cómo habría sido Mikey en sus años de joven indeciso o de aprendiz de policía, pero como superviviente con secuelas era un auténtico mago. Tardabas un poco en comprender su forma de hablar, pero una vez que te habías hecho con ella aprendías a compensar su lentitud en pronunciar las sílabas, sus arrítmicas frases y su entrecortada dificultad para formular las palabras. Constituía, incluso, un motivo adicional de diversión el hecho de intuir lo que iba a decir («Pues a mí me va de maravilla», «Eh, Jenny, ¿quieres casarte conmigo?», «¿Cuándo comemos?») y luego comprobar que efectivamente lo decía. Pronto aprendí a echar a broma las pequeñas peculiaridades de Mikey y a no vivirlas como trágicos síntomas de una mente y un cuerpo destrozados.

—Vamos, Mikey, suéltalo ya.

—Espe... pé... ra... te... unmom... men... to. Notengas... tant... ta... p... prisa... p... pu... ñeta.

—Cuidado con ese lenguaje, jovencito —le decía Bet con tono severo.

—Ay... los... sien... to... p... p... puñeta.

Mikey era como Udi: no te daba otra opción que quererle. Era una bendición.

Pero Mikey era tan consciente como nosotros de su padecimiento. Los demás bromeábamos —y él también— sobre la docena de radios exactamente iguales que tenía en su habitación y sobre los numerosos ejemplares que poseía de sus compactos favoritos, que adquiría y volvía adquirir durante las excursiones sabáticas que realizaba al centro comercial en compañía de Jim para gastar su asignación semanal por el sencillo motivo de que olvidaba que ya los poseía. Si su padre le aseguraba que ya tenía el último disco de Santana, él se negaba obcecadamente a escucharle e insistía en comprarlo de nuevo porque no conservaba ningún recuerdo del placer que le había producido hacerse con él la primera vez, y la siguiente. Todo le parecía nuevo; nada le parecía viejo, ni conocido, ni rutinario. A veces olvidaba que acababa de comer y pedía otra pizza, más por la satisfacción de disfrutarla que porque estuviera realmente hambriento. Tanto a causa de eso como del hecho de no poder

hacer ejercicio sufría de un considerable sobrepeso. A menudo se esforzaba en hacer por su cuenta cosas que le llevaban dos o tres veces más tiempo de lo que le ocuparían a cualquiera que las hiciera por él, pero había que dejarle. A veces, sin embargo, si veía que tardaba demasiado en hacer el café, en encender una cerilla con la que ofrecernos fuego a su madre o a mí o en llegar al lavabo a tiempo, se le acumulaba una sensación de frustración que resolvía estrellando la taza contra la mesa, arrojando la caja de fósforos al suelo o encerrándose de un portazo en su cuarto para rumiar oscuras maldiciones, algo que Bet no podía soportar. Mikey era perfectamente consciente de lo que le había pasado, sabía cómo había sido en otro tiempo y recordaba la época en que podía conducir automóviles, salir con sus amigos, conocer chicas, emborracharse, hacer el amor, planear su futuro, suspender exámenes —porque no había estudiado, no porque no pudiera escribir— y andar por donde le apeteciera hasta la hora que le diera la gana. Su cuerpo de adulto conservaba el recuerdo de haber sido igualmente adulto en otros aspectos antes de verse condenado a desempeñar durante el resto de su vida el papel de niño encantador, pero cuando vociferaba su ira frente a Bet, su padre intervenía de inmediato.

—Que no se te ocurra nunca hablar a tu madre así.

Mikey, por supuesto, no tardaba en recuperarse de su rabieta y olvidaba por completo el episodio, pero Jim se pasaba el resto de la tarde hundido en su butaca con la mano sobre la frente y los ojos semitapados mientras el presentador de turno urgía a sus concursantes a alcanzar grados de emoción cada vez más histéricos y chillones.

Jim se mostraba especialmente complacido de que me llevara bien con Mikey. Era lo que más le había preocupado de mi visita, y ya desde el principio había quedado establecido que él y yo teníamos diferentes conceptos del mundo. En el coche, de regreso de la estación, Jim había hecho algún que otro comentario de pasada sobre el sistema de Seguridad Social y los rojillos liberales, por lo que ya desde ese momento decidí presentarle mis credenciales y no hablar más del asunto.

—Escucha, Jim. Yo misma soy liberal, y tan rojilla que podría decirse que me aproximo al rojo sangre, pero digo yo que podremos apañárnoslas para convivir en paz los pocos días que voy a estar aquí, ¿verdad?

—Desde luego, siempre y cuando no intentes poner en práctica conmigo ninguno de vuestros trucos comunistas para dominar el mundo.

—Trato hecho. No caerá ni una ficha de dominó^[17]. Soy una liberal tan descafeinada que estoy dispuesta a convivir contigo.

—Pero sólo durante cinco días, ¿eh?

—Sí, sólo durante cinco días.

Su verdadera preocupación, sin embargo, era mi relación con Mikey. Creo que temía mi compasión, mi sentimentalismo o mis posibles manifestaciones de tristeza. Cuando vio que todo marchaba bien se tranquilizó y pareció complacido de que Bet tuviera a alguien con quien hablar. El hecho de saber que su mujer tenía compañía le permitía prolongar sus visitas a la base. Yo, sin embargo, no era ni mucho menos la

visitante ideal, y cuando Mikey estaba en el trabajo me pasaba largos períodos leyendo en la caravana para evitar la inagotable necesidad que Bet tenía de hablar, de contar con la presencia de otra mujer, de rememorar una y otra vez los sufrimientos padecidos durante su infancia. Yo le prestaba toda la atención que podía, pero nunca parecía suficiente. Jim, a pesar de su desbordante amor por Bet, hacía años que había dejado de escucharla. Y no por ello había dejado Bet de hablarle, pero él desconectaba hasta tal punto que a uno casi le parecía ver cómo las palabras le resbalaban por encima mientras permanecía sentado en la cocina, absorto en pasar revista —o no— a sus propios pensamientos. En la segunda mañana de mi visita me desperté con los ojos llenos de lágrimas y la sensación de tener dos cuchillos horadándome las órbitas. Al verme entrar a trompicones procedente del remolque, Bet fue en busca de unas gotas que probamos a administrarme junto a la mesa de la cocina, y luego, con unos ojos aún llorosos y en carne viva que no parecían haber mejorado demasiado, la oí proseguir con su monólogo mientras yo me enjugaba con pañuelos de papel, empapando uno detrás de otro hasta dar cuenta de una caja entera. Se la veía preocupada, pero cuando le dije que no era preciso llevarme al hospital y que fuera lo que fuese lo que me pasaba en los ojos ya había ocurrido en otras ocasiones, su necesidad de hablar pareció reafirmarse y hube de permanecer allí sentada, sollozante y dolorida, mientras ella reanudaba el curso de la historia que a la sazón me estaba relatando.

Aquella misma mañana recibí una carta procedente de Inglaterra. Eran las pruebas de un artículo que había escrito justo antes de mi partida, y el editor, al que le había dado la dirección de Bet, me las enviaba para su revisión. Me agradó sobremanera contar con la excusa de algo parecido a trabajo que me permitiera quedarme en el remolque, pero aquella noche, a una hora no demasiado tardía, saqué a mis anfitriones a cenar fuera. Acudimos a uno de los restaurantes favoritos de Bet y Jim, situado en uno de los centros comerciales de la localidad y especializado en comida Tex-Mex. A Mikey le gustaba. Era un establecimiento en el que le conocían bien y en el que podía bromear amablemente con los empleados. La comida no era nada del otro mundo, pero sí abundante; y, como decía Jim, era un lugar «nada de postín», algo que a sus ojos siempre representaba una ventaja añadida. Tuvimos que cenar temprano, porque aquella noche emitían por televisión la final de la World Series. Béisbol: el ritual masculino de Norteamérica, con Jim y Mikey delante del televisor comiendo palomitas y patatas fritas y bebiendo cerveza.

Cuando regresamos Bet encendió el pequeño televisor de la cocina para ver cómo marchaban los preparativos del encuentro. Yo no sé nada de béisbol, salvo que para los norteamericanos funciona como si se tratara de una creencia religiosa. Incluso tuvieron que decirme, elevando los ojos al cielo, que la World Series era de béisbol, y no de fútbol americano. En cuanto a mí, deduje por mi cuenta que en este caso la palabra «World» —mundo— se limitaba tan sólo a Estados Unidos, lo que resultaba revelador de la opinión que sus habitantes tienen de sí mismos. Los dos hombres

estaban en la cocina, y Jim estaba explicando que la final se disputaría entre los invencibles noséqué y los salvajes nosécuántos cuando sucedió la catástrofe. El equipo de los salvajes nosécuántos era propiedad de Ted Turner, y el comentarista dijo que Turner y la que entonces era su esposa, Jane Fonda, habían acudido al estadio para ver a su equipo.

—¡Mierda! —ladró Jim, y Mikey alzó la mirada atónito al escuchar ese lenguaje en labios de su padre.

—Oh, Dios mío —gimió Bet.

—¿Qué pasa? —pregunté.

La atmósfera se había tornado explosiva.

—Apágalo —dijo Jim.

—Jim, no tiene importancia. Disfruta del partido. Tú nunca te pierdes la final de la World Series.

—No pienso ver nada que esté viendo esa zorra. Maldita Hanoi Jane. No quiero ver su sucia jeta de traidora en mi televisor. Apágalo.

—¿No vas a ver el partido? —pregunté.

—He visto morir a hombres en Vietnam mientras Miss Ho Chi Minh Fonda andaba brincando por Hanoi animando a los comunistas a que mataran soldados norteamericanos. Deberían haberla puesto delante de un pelotón de fusilamiento. No pienso dejar que asome la cara en mi casa. Apaga de una vez el puñetero televisor.

Era la primera vez que oía a una persona real emplear la palabra «puñetero».

—Pero si era muy joven. Y hasta los soldados opinaban que era una guerra equivocada.

—No sé qué clase de guerra era. Sólo sé que mi país me pidió que luchara y, si era necesario, que diera la vida en ella, y a Hanoi Jane no la vi arriesgar nada. O al menos no conscientemente porque, déjame que te diga, aún hoy hay gente que no iría a ver una película suya ni para escupir a la pantalla. No vamos a olvidarnos de eso. Se merece que le peguen un tiro por lo que hizo. Nunca van a perdonárselo. ¿Cómo se atreve a sentarse en las tribunas de la final de la World Series debajo de una bandera de Estados Unidos? Antes solía quemarlas. Apaga el puto trasto ese —ordenó a Bet.

—No seas tonto. A Mikey le apetece verlo, y Jenny nunca ha visto la World Series. Límitate a no mirarla cuando aparezca en pantalla. Venga, vamos a preparar unas palomitas.

Jim dejó escapar un explosivo gruñido de su propia cosecha y abandonó la cocina a grandes zancadas en dirección a la oscuridad del salón. Al cabo de unos instantes el estruendo de un concurso televisivo se elevó procedente del aparato principal, ahogando la voz del comentarista en la cocina.

Mikey, Bet y yo vimos el partido con el sonido atenuado. Mikey intentaba explicarme las sutilezas del béisbol, y Bet, entretanto, se emocionaba a ratos y propinaba puñetazos al aire en algunos momentos que le resultaban, quién sabe por qué, electrizantes. Nos sentíamos todos levemente culpables y traidores, y aun

conscientes del monumental berrinche que padecía Jim en la habitación contigua, estábamos igualmente resueltos a obrar con sentido común y a hacer lo que toda Norteamérica, menos él, estaba haciendo en ese mismo momento. Yo observé el partido más o menos del mismo modo que de niña observaba la carta de ajuste: a la espera de que ocurriera algo. A mis ojos era como cualquier juego de pelota, pero tan lento que el cricket a su lado parecía un deporte de riesgo. Hombres vestidos con atuendos ridículos adoptaban diversas posturas y ejecutaban sucesivos giros para, casi invariablemente, errar los tiros, con lo que la sesión de posturas tenía que recomenzar desde el principio. Cuando un tiro tenía éxito, alguien echaba a correr unos pocos metros hasta la siguiente base, el público prorrumpía en vítores, los comentaristas se entregaban a crípticas operaciones aritméticas y toda la secuencia volvía a empezar.

—Perdonadme, pero ¿en este juego pasa alguna vez algo?

Mikey y Bet se volvieron hacia mí con una mirada de reproche.

—Es un juego fantástico. Tú no lo comprendes.

La cámara enfocó a Ted Turner y a una Jane Fonda que mostraba un aspecto de matrona de lo menos revolucionario. Ambos aparecían vitoreando a su equipo, y tan pronto como el locutor mencionó sus nombres el volumen del televisor del salón se elevó en varios decibelios.

—Eh, Jim, baja eso un poco.

Pero Jim no podía oír sus palabras, ahogadas por los gritos de embeleso de alguien que había acertado con la respuesta correcta a una pregunta cuyo premio consistía en un lote de ropa de cama suficiente para llenar todo un cuarto de plancha.

—¿Qué tal la caravana? —me preguntó Jim al día siguiente.

Mikey se había tomado un día libre y nos habíamos ido todos de excursión a Santa Fe. Según Bet, Santa Fe era «donde viven todos los artistas», pero al pasear por sus calles lo único que vi fueron más seres pretenciosos y arrogantes que en todo el partido de la noche anterior. Igual que en Hampstead pero con sol. De hecho, estaba el museo de Georgia O’Keeffe, que tal vez hubiera resultado interesante, pero cuando lo mencioné obtuve una reacción decididamente fría de mis anfitriones. Acudimos a la calle comercial destinada a los turistas y, una vez más, me vi ante una colección de modernas parodias de botas vaqueras y alforjas modificadas que incluían soportes en los que albergar el teléfono móvil. Conseguí llevar a mis acompañantes a la catedral, una edificación extrañamente festiva y rebosante de luz y color en la que la influencia mexicana había podido más que las lúgubres atmósferas del catolicismo, aunque éste parecía esforzarse por no perder terreno: un aviso informaba a la congregación de que los sagrados huesos de la tibiamente virtuosa Santa Teresa de Lisieux llegarían próximamente para ser venerados en lo que había de ser la etapa mexicana de su gira por América. Bet encendió una vela por Mikey, y yo encendí otra movida únicamente por el convencimiento de que en este mundo debería haber cuanta más luz mejor.

—La caravana es magnífica. Me encanta. Y es un sitio espléndido para trabajar.

—Desde luego. No hay quien la saque de ahí. Yo creo que se esconde de mí — protestó Bet.

Parecía hablar en broma, pero sólo a medias.

—No, tesoro, es como yo, de los que se distraen con nada. Yo soy capaz de no tener nada que hacer y encima tenerlo a medias. Oye —añadió, volviéndose a mirar a Bet—, tengo una idea estupenda. A ti te gusta Jenny. A mí me gusta Jenny. A Mikey le gusta Jenny. A ti también te gusta Jenny, ¿verdad, Mikey? ¿Por qué no nos la quedamos?

—Sí —asintió Bet—. No está mal pensado. ¿Y cómo lo haríamos?

—Qué demonios, nadie sabe que está aquí. Podemos encerrarla en la caravana. Igual que en *Misery*^[18]. ¿Sabes qué película te digo? ¿Ésa sobre el escritor? La encerramos una de estas noches y me marcho a cazar con el remolque. Nos iremos al bosque y me dedicaré a matar ciervos y a dejarme crecer el pelo hasta que se cansen de buscar a la escritora inglesa de ideas comunistas.

—Sólo rojilla, Jim —dije, en un intento por seguir el juego.

—No, no puede ser —intervino Bet—. Ayer recibió una carta. Le ha dejado nuestra dirección a su jefe. Debía de intuir que intentaríamos quedarnos con ella para nosotros solos. Sabrán que ha estado aquí.

—No pasa nada. Podemos decir que estuvo aquí pero que se marchó al cabo de un par de días sin decir adonde iba. ¿Tú viste *Misery*, Jenny? Como recordarás, James Caan hacía de escritor, y...

En efecto, había visto *Misery*, y me había parecido bastante divertida. Un curioso enfoque de las mayores esperanzas y las peores pesadillas de los escritores. Sin embargo, durante el camino de regreso a Albuquerque, Bet, Jim y Mikey adoptaron una estampa más sombría en mi mente. Era como si estuvieran vueltos del revés y una lobreguez soterrada destellara en su reluciente superficie. El barniz de su jovial simpatía se veía sustituido por una malevolencia mítica y por una irrefrenable voluntad de acción. Mi perspectiva cambió. La racionalidad a la que hasta entonces me había aferrado se desvaneció, y comencé a distinguir tan sólo ese sustrato gótico de monstruos creados por un dolor y una frustración nunca resueltos y siempre acechantes; ese submundo de la normalidad decente, del aislamiento suburbano, que tan bien saben captar las películas norteamericanas y en el que lo ordinario se convierte en terrible. Pasé de Norteamérica-en-las-películas a la película-de-Norteamérica, del mismo modo que Buster Keaton había sabido trasladarse soñadoramente de su asiento del cine al interior de la pantalla para entrar a formar parte del mundo del celuloide.

Ya de vuelta en casa, intenté tranquilizar mis aprensiones y mis absurdos sentimientos mediante un paseo a lo largo de aquellas anchas calles vacías que no conducían a ninguna parte. Me sentía en medio de la nada y del todo, en el vacío espacio de la vida moderna norteamericana, cuya presencia reconocía con el corazón cada vez más estremecido. Las películas eran mi única guía para aquellos suburbios

desolados, que constituían el cimiento del que procedían todos los monstruos de la América contemporánea. En el cine había visto a Freddy Kruger y a otros personajes igualmente tétricos acechando por aquellas avenidas interminables, peligrosamente limpias, letalmente cuidadas, despobladas, desiertas e inhumanas, todos ellos libres de escoger qué puertas (siempre cerradas salvo para meter o sacar el coche) de entre aquellos hogares prácticamente idénticos iban a violentar y a qué neutra y anodina familia iban a revelar su bestial presencia. Comprendí entonces el origen de esas películas, y entendí que era imposible que no se le ocurrieran a nadie que, como yo, hubiera recorrido aquellas calles antisépticas en busca de signos de vida. Caminé durante lo que me parecieron kilómetros, pero las casas se sucedían una detrás de otra, todas ellas mudas, con su jardincito de césped bien cortado, un coche o dos y, a veces, una camioneta o una caravana. Sin embargo, no se veían comercios ni bares ni cafés a los que los habitantes pudieran acudir para reunirse y cotillear. No se oían niños, ni se veían grupos de jóvenes que inyectaran vida y diversión a aquel espacio. Era una atmósfera siniestra: tan aparentemente segura que el peligro resonaba con cada paso que dabas. Hitchcock, John Carpenter, Wes Craven y Stephen King comprenden bien este vacío, este hueco desnudo y abierto a lo más tenebroso y espectral del alma humana: el nuevo paisaje gótico; un paraíso que, con su higiénico e inhumano silencio, nos habla en susurros del infierno.

Para cuando retorné a mi caravana —una imagen que ahora oscilaba angustiosamente entre el santuario y la amenaza— me sentía dominada por un febril ataque de irrealidad, aunque cada vez me parecía reconocer con más claridad una realidad que hasta entonces no había sabido ver. Yo nunca he estado lo que se dice propiamente loca, con lo que quiero decir que nunca he creído hallarme en otro lugar o ser otra persona que la que soy, y tampoco he escuchado voces que me revelaran verdades inaccesibles para el resto del mundo ni he tenido visiones que no tuvieran relación con lo que veían las personas de mi alrededor. Y en cualquier caso, si algo así ha ocurrido habrá sido por lo general durante la veintena y a lo largo de episodios directamente atribuibles a un muy imprudente uso de las drogas. Conozco, sin embargo, otra clase de locura que reside en lo más profundo de la mente y que, semienterrada en la consciencia, convive paralelamente con la sensatez y, en las circunstancias adecuadas —o más bien a la menor posibilidad— avanza como una llama o un tumor en desarrollo hasta rodear y envolver nuestra percepción ordinaria, consumiéndola temporalmente y logrando que su víctima, sin necesidad de acudir al cine, se estremezca de temor ante el mundo y la gente y lo que ésta es capaz —quiero decir *somos*, por supuesto, capaces— de hacer.

Aquella noche, en la oscuridad, no me cupo duda de que la jocosa amenaza de secuestro no había sido concebida ni mucho menos como una broma. De hecho, incluso bajo la fría cordura del momento presente, sospecho que encerraba algo más que una simple provocación, pero aquella noche se combinaba en mi mente con la patente cólera de Jim, la necesidad de compañía de Bet y el deseo de ambos de contar

con un alma comprensiva que pudiera hacer feliz a Mikey, y cualquier medida de esa fría cordura que efectivamente pueda poseer no debía de parecerles desdeñable. Pasé la noche sumida en la soledad de mis propios terrores, como todos los niños que se han sentido secuestrados en tenebrosas leyendas populares, como James Caan en *Misery*, como Tony Last a la conclusión de *Un puñado de polvo*, de Evelyn Waugh, condenado a leer eternamente a Dickens para un loco selvático. A la mañana siguiente estaba *convencida* de que terminaría devorada por aquellos caníbales emocionales a cuya merced me había puesto sin saberlo. Se negarían a dejarme marchar. Me ocultarían. Me vería prisionera. Secuestrada. Asesinada. Aquella vigilia de pesadilla duró hasta el alba. Cuando digo que estaba «convencida» quiero decir que estaba absolutamente segura de que tal era mi situación. Sabía también que era ridículo. Que me encontraba en un estado alterado. Que posiblemente me complacía que aquellas personas bondadosas y generosas con las que tan poco tenía en común me apreciaran lo bastante como para bromear con la posibilidad de no querer separarse de mí. Pero esa certeza no resultaba ni la mitad de poderosa que la de creer que me encontraba envuelta en una película de terror hecha realidad. Ese terror, por supuesto, no era otro que el espanto que me producía haber abandonado el tren para unirme al mundo exterior en lugar de dejarlo desfilarse ante mi ventanilla. Aunque sólo fuera por cinco días. Me sentía agonizar, y me resultaba más cómodo convencerme a mí misma de que alguien de fuera —y no yo— era el responsable de mi muerte. Aquel día, en un intento por sacudirme el pavor que experimentaba, leí libros (uno de Zizek, Dios mío, en torno a la fantasía), trabajé en mis correcciones y me tendí a respirar profundamente sobre la cama, luchando por recobrar la calma; sin embargo, no conseguí desprenderme del temor a no poder abandonar nunca aquel lugar. Mi tren no salía hasta el día siguiente después de comer. Hasta entonces había de ser presa de la ansiedad. Hasta el momento en que partiera no podría saber con seguridad si iban a dejarme marchar. Simplemente, no me llevan a la estación. Me mantienen alejada de los teléfonos. No hay otra forma de transporte que pueda utilizar para llegar al tren, ni pasa ningún transeúnte al que pueda pedir ayuda. No tienen más que trasladarme a otro sitio en la caravana y estoy perdida. Llegar hasta el tren se convirtió para mí en la cuestión crucial, y cuanto más intentaba convencerme de lo absurdo de mi miedo, más me confirmaba ese mismo miedo que esas cosas pasan, que la gente se vuelve loca, que muy bien podría verme raptada y... ¿y qué? ¿Asesinada? ¿Cautiva para aliviar con mi amistad la soledad de Mikey? ¿Castigada por llevar una vida sin complicaciones? Lo mismo daba. La sensación de amenaza lo dominaba todo, como un negro nubarrón que descendiera sobre mí, envolviéndome y trasladando al disparate todos mis intentos de racionalidad y todos mis esfuerzos por distraerme.

A mis hipotéticos captores no les transmití, creo, ninguna indicación de mi estado mental. Siempre se me ha dado bastante bien mantener mis locuras en privado. Pasaba sola todo el tiempo que me era posible, pero comía con la familia y me divertía con Mikey, y Bet me contó nuevas historias de su niñez. Así y todo, seguía

percibiendo la grotesca amenaza, y Jim y Bet me la recordaron varias veces.

—Oye, ¿a que es estupendo esto de tener a Jenny viviendo con nosotros de modo permanente?

Yo me echaba a reír con ellos, pero me aterrorizaba la llegada de la oscuridad, porque con ella volvería a cobrar fuerza mi fantasía, y el terror al secuestro se tornaría insoportable. Durante la noche mi corazón estuvo latiendo con tal fuerza que temí que mi organismo no pudiera soportarlo, y ya por la mañana no pensaba en otra cosa que en tomar el tren, pero dependía de Jim para que me llevara a la estación a tiempo. ¿Y si se marchaba al economato y desaparecía? ¿O si me llevaba a la estación pero llegaba deliberadamente tarde para hacerme perder el tren? ¿Y si seguía llevándome día tras día y, día tras día, yo seguía perdiéndolo hasta que termináramos viviendo en una pantomima según la cual me dejaban marchar aunque estuviera perfectamente claro que me encontraba prisionera? Temía la cortesía propia de una señorita educada que no osa cometer la grosería de decirle al extraño que le ofrece trasladarla a un lugar en el que terminará olvidada que no quiere subirse al coche con él. Pensé en sugerirles la posibilidad de llamar a un taxi para que me llevara a la estación, pero sabía que mis anfitriones no querrían ni oír hablar de ello. Me vería atrapada por los buenos modales en una eternidad de Albuquerque suburbano. De hecho, conservaba el teléfono de la hija de una amiga que vivía en la ciudad y trabajaba en la universidad, pero no la llamé. El teléfono estaba en la cocina, y no quería que oyeran la conversación. ¿Recuerdan la escena de la película? Y temía también que se me escapara la realidad de mi pánico y que una desconocida completamente cuerda me viera como una persona ridícula. Me parecía oírme a mí misma pronunciando esas absurdas palabras: «Temo encontrarme retenida aquí...». Era una idiotez de tal calibre que llamarían a un médico y, tras consultar con Jim y Bet, decidirían que lo mejor sería sedarme y que me quedara donde estaba hasta que se me pasara la locura. Claro está que eso no sucedería nunca. Jamás volvería a ser libre. Era su prisionera. No, no, pensaba yo cada vez que resurgía la fantasía: el meollo de la cuestión es que me descubriría como una persona paranoica sumida en un estado de irrealidad, pero todos los escenarios conducían de regreso a ese abismo de terror que yo misma me había excavado.

Todo aquello se debía a que me había bajado del tren. Había dejado de moverme, de entrar en contacto con personas nuevas para luego alejarme de ellas. Me encontraba embarrancada en una casa con una familia completa, y me pregunté si mi mente no habría elaborado aquellos miedos de todos modos aun en el caso de que a Jim y Bet no se les hubiera ocurrido su broma acerca de *Misery*. Cinco días —ni siquiera una semana—, y ya me encontraba fuera de mí por la desesperación de sentirme atrapada, de pensar que nunca podría volver a alejarme de la gente. Una desconocida en un tren es alguien inmerso en una burbuja anónima y privada que saluda con la mano a otras burbujas que pasan junto a ella. Vivir en una casa con una familia era, sin embargo, sentirse involucrado de un modo que se me antojaba casi

intolerable y directamente peligroso. Y cuando la relativa seguridad de mi caravana me era arrebatada por la noción de que pudiera llegar a convertirse en mi mazmorra, el resultado era un ataque de pánico en toda regla. De las personas a las que conozco en casa siempre espero que sepan permitirme mantener una cierta distancia y retirarme cuando siento la necesidad de hacerlo; incluso que ellas mismas precisen de un cierto grado de aislamiento. A Bet, a Jim y a Mikey no los conocía, por lo que no podía fiarme de que necesitaran ese margen de soledad ni de que me lo concedieran. La gente que conozco en casa es gente de la que me fío, aunque no tanto como para poder prescindir de esa sensación de poder marcharme cuando quiera. A Bet, Jim y Mikey ni siquiera los conocía lo suficiente como para otorgarles ese mínimo grado de confianza. Al subirme al tren sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Pero al bajarme de él me había engañado a mí misma o había equivocado quién era en realidad.

Pasé la última mañana inmersa en una bruma de ansiedad que se vio acentuada por un torbellino de bromas al estilo de *la-llevamos-a-la-estación-o-no-la-llevamos*. A eso del mediodía, hora y media antes de la salida de mi tren, Jim me dirigió una sonrisa provocativa y decidió acercarse a la base en busca de cigarrillos, y yo reaccioné haciendo lo único que sé hacer cuando me domina el pánico de algo que podría suceder pero probablemente no sucederá: pulsar el botón mental de avance rápido. Me imaginé a mí misma en el futuro, ya superado el momento de peligro, y confortablemente acomodada en un tren que se aleja de Albuquerque. Era algo que siempre me había dado un resultado magnífico.

Me había funcionado, por ejemplo, en 1984, cuando superé mi última depresión grave. De hecho, era la peor que había sufrido hasta entonces, y me tuvo tres meses inmovilizada en el sofá. Sin embargo, y aunque uno piensa que jamás logrará superar algo así, lo estaba consiguiendo. Acudí entonces a casa de una amiga que vivía en Vermont, y aunque me habían prevenido de que no lo hiciera pasé sola los dos últimos días que debía permanecer en Nueva York antes de tomar el avión de regreso. Nunca había estado antes en Nueva York, y me dediqué a recorrer kilómetros a pie por la única ciudad que siempre recomendaría en caso de depresión, ya que destila unos niveles de energía capaces de elevar el estado de ánimo más plomizo. Un día en que vagaba por el parque bajo el sol del último atardecer, me senté en la hierba para escuchar a un grupo de jazz, y un japonés se puso a hablar conmigo. En fin, pensé: una ciudad extraña, una época extraña... tú sigue la corriente. Aún no tenía dominado del todo aquel antiguo hábito de aferrarme a nuevas experiencias. Estuvimos paseando por el parque y me contó que acababa de regresar de Edimburgo, adonde había acudido para investigar la utilización del litio en las depresiones puras, y no sólo en los trastornos bipolares. Yo me mostré completamente inexpresiva, pero me sentía impresionada ante mi propia capacidad para atraer al profesional adecuado. Le formulé algunas preguntas y fue él quien pareció impresionado.

—¿Trabaja usted en este campo? —me preguntó.

—No, simplemente me interesa desde un punto de vista profano.

Al poco rato estábamos charlando sobre diagnosis, y sentados en un banco me explicó que los psiquiatras se servían de un cuestionario de diez a quince preguntas para diagnosticar y estimar el grado de neurosis en los pacientes.

—¿Cómo cuáles?

Él me formuló la primera y esperó mi respuesta como si estuviéramos jugando a un juego. Al cabo de seis o siete preguntas comenzó a observarme con más atención, y al concluir la última vi que adoptaba una expresión muy seria.

—Se supone que un paciente gravemente deprimido dará ciertas respuestas a la mitad de las preguntas. Usted las ha dado a dos tercios de ellas.

—Bah, tan sólo estaba intentado ponerme en la situación mental de...

No pareció convencido. Así y todo, me contó que iba a reunirse con un amigo japonés en Columbia y que luego pensaba comer en el mejor restaurante japonés de Nueva York. ¿Me gustaría acompañarle? Era un hombre afable de facciones redondas y treinta y pocos años, dotado de un tono de voz suave y una sonrisa bondadosa, y allí estaba yo, en Nueva York, invitada a degustar una maravillosa comida japonesa con dos nipones. ¿Por qué nadie en su sano —o casi sano— juicio habría de rechazar la experiencia que tan espontáneamente se le ofrecía?

Fuimos en busca del amigo, que tenía coche, y tan pronto como ambos se reunieron todo cambió. Me introdujeron en el asiento trasero del automóvil y ellos se sentaron delante, se pusieron a hablar japonés y no me dirigieron una sola palabra. Yo comencé a cavilar... un japonés en una ciudad desconocida no es más que otra persona; dos, al parecer, conformaban un fenómeno cultural. Nos aproximábamos al puente y seguían haciendo caso omiso de mí, sentada como una *geisha* en la parte posterior del coche.

—Esto... ¿adónde vamos? —pregunté.

—El restaurante está en Nueva Jersey —ladró mi amigo, tras lo cual reanudó el incomprensible diálogo que sostenía con su compañero.

Mi amiga de Vermont sabía que yo estaba en Nueva York, pero nadie sabía que estaba en Nueva York en el asiento trasero de un coche y que viajaba camino de ignotos parajes de Nueva Jersey con dos completos extraños cuya lengua era incapaz de comprender. Se me ocurrió que no me había comportado con precaución. Pensé en pedirles que me dejaran apearme del coche antes de cruzar el puente, pero decidí que eso sería forzar la situación, y si me hallaba en peligro tampoco quería cerciorarme de ello de un modo tan inequívoco, de modo que seguí allí sentada, escuchando a aquellos dos hombres inmersos en una intensa conversación —quien sabe si sobre mi inminente violación y asesinato o sobre el patrocinio de la investigación psiquiátrica en Edimburgo— mientras revisaba mis archivos mentales en busca de casos similares perpetrados por japoneses durante su estancia en el extranjero. No conseguí nada. Decidí permanecer allí sentada, presionar el botón de avance rápido e imaginar a ambos en el momento en que me devolvían a mi hotel después de una agradable

comida en Nueva Jersey. No bastó para tranquilizarme, por lo que avancé mentalmente hasta mi llegada a Heathrow en la noche siguiente, lo que tenía la ventaja añadida de resolver mi leve temor a volar. Me mantuve muy calmada y decidí que la muerte era algo inevitable más pronto o más tarde, y que aquel momento era tan bueno como cualquier otro para... En fin, tal vez no tenía la depresión tan superada como yo creía.

El almuerzo fue excelente. Sin consultarme en lo más mínimo, mis compañeros escogieron y pidieron los platos en japonés y continuaron luego conversando entre ellos. No se dirigieron a mí ni una sola vez. Yo picoteé aquí y allá, intentando no pensar en aquella comida como si fuera la última de mi vida. Finalmente, alguien sacó una tarjeta de crédito. Yo ofrecí la mía, pero me fue devuelta sin una palabra. Salimos del restaurante y les seguí al coche, y a medida que atravesábamos el puente de regreso a Nueva York me sentí algo mejor, pero sólo durante un instante.

A las once y media de aquel sábado por la noche, el amigo de mi amigo detuvo el coche junto a la entrada de metro de Harlem y se despidió de nosotros.

—No olvidéis tomar el tren A. Tiene que ser el tren A —dijo en un inglés imaculado, y nos dejó allí plantados.

Hacía una noche cálida, pero no era por eso por lo que mi amigo sudaba. El metro de Harlem no es el mejor sitio para un turista los sábados por la noche, especialmente para turistas que llevan costosas cámaras japonesas colgando del cuello. Vi que estaba paralizado de miedo, pero allí no había manera de conseguir un taxi. He descubierto que no hay nada como el pánico ajeno para inducir a la calma. Le conduje apaciblemente por las escaleras de bajada (hacia su perdición, pensaría él), y una vez en el andén nos dispusimos a esperar la llegada del tren A junto a numerosos jóvenes de descomunal tamaño que portaban atronadores aparatos de radiocasete sin dejar de mirar a su alrededor. Para entonces mi amigo se hallaba desbordado por el pánico, pero yo pensé que todos aquellos tipos de aspecto peligroso no eran distintos de los chavales a los que yo enseñaba en el instituto preuniversitario de Islington. Lo cierto es que tal vez eran muy distintos, pero siempre es bueno contemplar las cosas desde un punto de vista más familiar. En todo caso, me sentía deprimida, acababa de librarme de ser violada y asesinada y ahora tenía conmigo a un hombre mucho más asustado de lo que yo estaba. Procuré conservar el dominio de la situación, le introduje en el tren y juntos compartimos el traqueteante recorrido bajo las calles de Nueva York hasta alcanzar una parada que, según le constaba a mi amigo, se hallaba próxima a un club de jazz del que había oído hablar. Se puso en pie y partió dedicándome un breve saludo con la mano. Qué demonios. Yo, todavía ilesa, me apeé unas seis paradas después en Central Park, donde a medianoche no se veía ni un solo taxi. No tenía la menor idea de dónde estaba mi hotel, ya que por mi falta de concepción espacial debo de ser la única persona del mundo incapaz de orientarse en Nueva York. Me encontraba perdida, y ya no me sentía tan valiente. Finalmente, avisté un policía y le pregunté por dónde se iba a mi calle.

—No logro aclararme.

Él me miró con expresión atónita.

—¿No logra? ¿No logra? ¿No *logra* aclararse?

Se moría de risa con mi acento.

—Escuche, así es como hablamos en mi país.

Él sacudió la cabeza con gesto incrédulo y echó a andar riéndose por lo bajo sin indicarme dirección alguna, y mucho menos la correcta. Así y todo, han transcurrido un par de décadas y aquí estoy, sana y salva, porque momentos después pasó un taxi, se detuvo y me llevó al hotel tan pronto como conseguí convencer al conductor de que no quería tomar una copa sino tan sólo volver a casa. Y a la noche siguiente, efectivamente, atravesé la puerta de llegadas de Heathrow tal y como había imaginado con mi botón mental de avance rápido mientras me dirigía a Nueva Jersey en compañía de dos desconocidos especialmente peculiares. Supongo que se trata de la misma técnica que empleé de pequeña cuando me imaginé a mí misma muerta. Nunca me ha fallado.

Sentada y a buen recaudo en el tren que se alejaba de Albuquerque, sacudí la cabeza, maravillada del poder de mi imaginación. No es que mis amigos no tuvieran fantasías propias, pero si de algo dependemos, si algo hay que por lo general funciona, es que la gente comparte sus fantasías con la capacidad de controlarlas para que no se desborden e invadan la realidad. No siempre da resultado, pues hay personas que carecen de esa capacidad, pero el funcionamiento de la sociedad depende de su alto porcentaje de fiabilidad. Mis fantasías se hallaban demasiado desatadas en mi mente, pero todavía no se habían extendido al resto del mundo. Jim y Bet habían controlado las suyas, no sin dar rienda suelta a una pequeña dosis de sadismo. Me pregunté, no obstante, si las de ellos no se habrían aproximado más a la realidad de no haber conseguido yo controlar mis temores en la medida en que lo hice. Hasta ese punto dependemos unos de otros.

Pocas horas después me encontraba de regreso en mi oasis de Phoenix. John y María no tenían la menor idea de lo sucedido, y una vez más me dejaron a mi aire junto a la piscina. Aquel lugar se había convertido en un refugio, pero lo que con más urgencia deseaba era verme de vuelta en casa. Mi viaje había concluido. Tendría que continuar en tren hasta mi punto de partida neoyorquino para tomar el vuelo de regreso, pero ahora ya no se trataba de una *jornada*, sino de una simple cuestión de espacio por recorrer. Y la idea que inicialmente tenía proyectada de pasar cuatro o cinco días en Nueva York y Long Island con un amigo escritor me parecía ahora inconcebible. Llamé a las oficinas de la línea aérea. ¿Era posible adelantar la fecha de mi vuelo? Lo era, abonando el precio establecido. Lo pagué y, a continuación, me acosté entre sollozos de alivio.

En qué estado me encuentro

Los viajes llegan a su fin antes de concluir, del mismo modo que comienzan antes de comenzar: con la llegada de la anticipación. Para mí, ya era como estar en casa. Había devuelto mi curiosidad por la especie humana —nosotros, yo, ellos— al lugar en el que me resultaba más cómoda: mi estudio doméstico. Cuando estuviera de vuelta allí pensaría en todo lo que tuviera que pensar; por el momento, tenía que desplazarme entre dos puntos, A y B, para poder volver. El miércoles por la mañana John se levantó a las 4.30 de la madrugada para llevarme en coche a la estación de ferrocarril de Tucson. Me despedí de él agitando la mano en un agradecido saludo y él, supongo que con similar sensación de agradecimiento, regresó a su cama de Phoenix mientras yo me acomodaba en un banco para esperar la llegada del *Sunset Limited*, que me dejaría en Nueva Orleans en la noche del jueves para, desde allí, tomar el *Crescent* a primera hora de la mañana del viernes y llegar a la Penn Station de Nueva York a las dos y diez de la tarde del sábado. Tenía ante mí una hora de espera aproximadamente hasta la llegada del tren, a lo que había que sumarle la hora de retraso que llevaba. Para mí era ya, a todos los efectos, el viaje de regreso a casa. Mi viaje había concluido por mucho que aún me faltaran tres días y medio y un vuelo trasatlántico para encontrarme de regreso en mi estudio. Ya no estaba observando, escuchando y esperando. Estaba trasladándome a un punto de destino. Fin de la partida.

—La he oído mientras hablaba con su amigo. Suena usted a inglesa. Y parece judía. Mis dos pueblos favoritos de todo el mundo son los ingleses y los judíos. Los ingleses nos dieron esta bendita lengua, y los judíos nos dieron el Libro. Le estoy muy reconocido, señora.

El que hablaba era un elegante vagabundo sentado en un banco situado frente al mío. A su espalda, el amanecer incipiente comenzaba a refulgir sobre sus hombros a través de la ventana de la sala de espera. A ambos lados de él podían verse, extendidos sobre la superficie del banco, los componentes de su desayuno: un termo, unas galletas y unos emparedados que había estado comiendo y bebiendo con aire distraído mientras hojeaba unos desmadejados fajos de papeles que sostenía sobre las rodillas. Lucía una vieja gabardina larga que en otro tiempo debió de ser buena, un par de ajadas —pero recias— botas de montaña atadas con cordones y una aplastada gorra de *tweed*. Entre sus pies descansaba un desgastado morral abierto pero todavía repleto de cosas. El hombre, de piernas muy largas y una edad que acaso rondaría las postrimerías de la sesentena, permanecía sentado con la espalda recta.

Yo asentí para confirmar lo acertado de sus suposiciones en lo que se refería a mi condición de inglesa y de judía, y sonreí débilmente ante su explicación de los motivos que le llevaban a admirar ambas cosas.

—Jack W. Grey —dijo, con una inclinación de cabeza—. Me sentiría muy honrado de compartir con usted mi desayuno.

Me alargó un paquete de galletas Digestive. Yo hubiera querido decirle: Vuelvo a casa, ya he abandonado mi condición de viajera curiosa, no busco más encuentros interesantes con tipos excéntricos... y quién sabe si los buscaba incluso al principio. Juro que en cuanto llegue a casa me quedaré quieta. No saldré. Me recluiré. Me callaré.

Cogí una galleta y le di las gracias.

—Ah, qué acento tan delicioso. ¿A qué se dedica?

A menudo he respondido a esa pregunta diciendo que trabajo como empaquetadora de galletas en la fábrica de Peak Frean, y ante la expresión de aburrimiento supremo que suele adoptar el rostro del interesado, tiendo a adornar mi explicación.

—Trabajo en la sección de Latas de Sabores Variados, una labor mucho más exigente de lo que cabría suponer en un principio. En primer lugar, está la responsabilidad que demanda el producto. Una Lata de Sabores Variados hay que *diseñarla*, ¿comprende?, y no sólo en lo que se refiere a su aspecto externo. No se trata de algo superficial. Cada tipo de galleta ocupa un lugar propio en el concepto global, y si el empaquetador no se concentra en lo que hace es fácil echarlo todo a perder: basta con poner por descuido un rizo de mermelada en la sección de crema de coco. Basta un momento de distracción para destruir todo el esquema. No tiene más que pensar en la naturaleza de una lata de galletas. Se trata de un producto destinado a ocasiones especiales. La gente compra latas de galletas en Navidad, o se las regala a sus amistades con motivo de su aniversario de bodas. Imagínese el disgusto que supondría encontrarse con que la mitad de ellas —o incluso tan sólo una, una única Delicia Vienesa, por ejemplo— están rotas. Toda la ilusión se ve defraudada, y lo que era un lujo se convierte en algo barato y de mal gusto. Empaquetar galletas no consiste simplemente en empaquetar galletas, sino que posee toda una dimensión social y cultural...

Para entonces mi interlocutor, por lo general, está buscando desesperadamente una vía de escape, pero yo ya he alcanzado un punto en el que llego a convencerme a mí misma de la importancia de mi labor. ¿Por qué no habrían de empaquetarse las galletas con el mismo sentido de responsabilidad y de trascendencia pública que los científicos o los trabajadores sociales ponen en sus tareas? Lo importante no es qué hacemos, sino la actitud con la que nos movemos por la vida. Sin embargo, suelo verme relevada de esa labor de persuasión por la súbita partida de mis nuevos amigos, a los que a veces, para variar, les explico que soy un miembro retirado de un grupo de danza disco llamado Pan's People o, si la persona en cuestión pertenece a la generación adecuada, de la banda de *majorettes* conocida como las Tiller Girls. Ello conlleva explicar que no se trata ni mucho menos de una vida rodeada de lujo y de cenas a medianoche. La gente imagina que es todo diversión, diversión y nada más que diversión, pero no: yo les hablo del esfuerzo y del trabajo necesarios para ser una bailarina de precisión, de esas sesiones de entrenamiento que se prolongan hasta que

los pies sangran, del agotamiento, de lo que supone pasar noche tras noche cosiendo las lentejuelas que se han desprendido del traje...

Aquella mañana, sin embargo, no estaba de humor para fantasías de distanciamiento, por lo que me resigné a permitir el acceso de un nuevo personaje interesante en mi viaje.

—Soy escritora.

—Y yo soy poeta.

Por supuesto: ¿qué, si no? Escarbó entre los papeles que portaba en el morral y me leyó un poema que hablaba de su visita a San Francisco en 1967 y de lo cambiado que había encontrado todo en 1997:

¿Qué tienen en común el pelo teñido
y las flores de plástico? Sólo la belleza es real.

Jack me dijo que no hacía mucho le había leído aquello a algunos jóvenes mientras esperaba el tren en otra estación. Uno de ellos, pensando que no podía oírle, le había dicho a otro: «Nunca he escuchado un poema como el de ese tipo». Yo le felicité y le agradecí que me lo hubiera leído, tras lo cual fueron surgiendo del morral más y más páginas que me fueron declamadas al estilo de Ginsberg y su camarilla. El jefe de estación entró en la sala de espera y salió de nuevo, y yo conseguí eludir la lectura de sus obras completas preguntándole qué clase de viaje estaba realizando. Supe que Jack hacía básicamente lo mismo que yo: recorrer Norteamérica en tren. Era como una especie de homenaje anual a Kerouac y compañía. Vivía en Minneapolis con su mujer, una judía de ascendencia polaca llamada Emily con la que había tenido tres hijos. Emily había emigrado de Polonia en 1938, cuando aún era una adolescente, y ambos habían disfrutado de un matrimonio largo, apasionado y artístico.

—Todavía hoy, a la edad que tenemos, me postro en adoración ante el altar de sus pechos. Me arrodillo ante esas dos marchitas obras de arte de la naturaleza y las acaricio entre las palmas de mis manos. De hinojos, con el rostro hundido entre ellas, le digo: «Estos pellejos hueros y flácidos que tanto he amado me han nutrido del mismo modo que nutrieron de vida y de fuerza a nuestros hijos».

Le dije que me complacía oír eso. ¿Le acompañaba ella en sus viajes en plan vagabundo del Dharma?

—Ella comprende la necesidad que a veces tengo de sentirme libre. Tengo que narrar historias poéticas y tengo que viajar. Cuando me marchó, me dice: «Si conoces a alguna mujer en tus viajes puedes follártela, pero no le leas nuestro poema».

—¿Se refiere al que usted ha escrito?

—No. Es uno que comienza: «Si tan sólo contáramos con suficiente mundo, y con tiempo...».

—Marvell.

—En efecto. Y sigue...

—Le ha prometido usted no recitarlo.

—Sí, lo sé, pero tal vez usted es una persona especial.

—No, la verdad es que no lo soy.

Se produjo una pausa.

—La conversación más significativa que he mantenido durante este viaje tuvo lugar en el autobús que me llevaba de Vashon a Tacoma, y tuvo lugar con un hombre cuya esposa es griega ortodoxa. Él tiene raíces protestantes —un poco como Emily y yo—, pero ella es judía. Me dijo que había leído sobre la Segunda Cruzada, que en torno al año 1205 se desvió de su ruta inicial para saquear Constantinopla y la iglesia de Hagia Sophia. Con él viajaba un compañero de profesión —se dedican a los ordenadores— que nos escuchaba muy interesado y se reía mucho, etcétera. No dijo nada, pero lo gustaban tanto las cosas que yo decía que no hacía más que tomar notas mientras me escuchaba. Algo poco habitual. Creo que tenía un apellido polaco-católico-irlandés. Cuando se apearon, uno de ellos se dejó el maletín, así que le pedí al conductor que esperara y salí corriendo en pos de ellos. «¡Eso demuestra lo que puede ocurrir con una conversación interesante!», me dijo él.

Le expliqué que tenía que salir al andén para fumar un cigarrillo.

—Yo no fumo, pero la acompañaré. Tiene que darme su dirección de Londres para que pueda escribirle.

De regreso a casa recibí varios gruesos sobres de Jack W. Grey. Contenían fotocopias de cartas que había escrito a otras personas y a los periódicos, extractos de sus diarios, mensajes de Emily y una colección de sus poemas favoritos, tanto propios como ajenos, entre los que incluía uno de Frances Cornford porque «a las mujeres que me gustan les gusta esto». Una parte de la carta concluía diciendo: «¿Qué pienso de ti ahora, después de haberte conocido en Tucson y haber hablado tantas horas contigo aquel día? Me he relacionado con borrachos, y si conservan sus empleos es gracias a los de Alcohólicos Anónimos. (¿Qué diferencia hay entre un borracho y un alcohólico? Que los dos beben lo mismo, pero el borracho no tiene que asistir a todas esas reuniones.) Después de un año sin beber, cuando les dan la medalla, yo les pregunto: “¿Cuántas veces habéis pensado en tomaros una copa?”, y ellos dicen: “Aproximadamente cada quince minutos”. Lo mismo pienso yo en ti».

No me sentí con valor para responder, y desde entonces las cartas han cesado.

Cuando por fin llegó el *Sunset Limited* pasé largo tiempo en el compartimento para fumadores, oculta tras una pantalla de humo y —lo confieso— huyendo de Jack W. Grey, quien antes de que el revisor nos separara para conducirnos a nuestros respectivos asientos me había dicho que aún tenía muchas más cosas que contarme. Frente a mí se sentaba el hombre más feo del mundo, aunque quizá en esta apreciación influyera mi estado de ánimo. El individuo en cuestión se dirigía a un hombre negro de edad avanzada que permanecía en completo silencio y no daba

muestras de estar prestándole atención alguna. Yo —que ya no me consideraba de servicio— tampoco escuchaba lo que se decía, pero de pronto el hombre negro sacudió la cabeza y dijo:

—Conque el viejo Catfish se murió, ¿eh?

Al final siempre es igual, igual, igual.

Junto a mí, un hombre disertaba sobre la ley y el orden.

—En Singapur, a los ladrones les cortan los dedos. En el norte de África, la mano. Saben muy bien lo que hacen. Y si hay algo que no soporto son los que se meten con los críos. Con esos pedófilos yo cogería un bate de béisbol y les rompería todos los huesos del cuerpo de los codos para abajo —dijo, y varios de los presentes asintieron con fervor—. Eso es, y no esta gilipollez de los servicios sociales. Donde yo vivo sorprendieron a un chaval haciendo pintadas por las paredes y ¿saben cuál fue la sentencia? Los condenaron, a él y a su padre, a realizar veinticinco horas de trabajos para la comunidad. Dos años de cárcel le habría metido yo, ya verías si funcionaba.

Al parecer debía de estar escuchándoles, porque me pregunté en voz alta en qué clase de sociedad les gustaría vivir.

—¿Que qué quiero yo? Dedicarme a mis barcos, beber en abundancia, jugar al billar y pelearme. Cazar durante la temporada de caza y, en invierno, irme a apostar a Las Vegas. Ésa es la sociedad que a mí me gusta.

Aquel concepto de la buena vida —no muy distinto de la perspectiva de Karl Marx de una vida perfecta— despertó numerosas risas de aceptación entre los presentes.

—Y me gusta cómo lo tienen organizado en los trenes —prosiguió el hombre que aprobaba los métodos de la justicia norteafricana—. ¿Que das problemas? Te echan. Da igual dónde estés. Detienen el tren y adiós muy buenas.

La última vez que había viajado en aquel tren lo habían detenido para dejar a un borracho en pleno desierto a cinco kilómetros de El Paso. Sin embargo, me aseguró, Amtrak sabía combinar sabiamente la justicia con la clemencia. En aquel mismo trayecto viajaba un parapléjico en silla de ruedas que le había metido a una monja la mano por debajo de las faldas.

—El revisor no lo echó. Se limitó a darle una buena charla a modo de aviso. Si volvía a hacerlo lo expulsaría del tren con silla de ruedas y todo. Y en otro viaje que hice había un tío bobo. Como un retrasado, ya me entienden. El caso es que una de las pasajeras era una fulana que se trabajaba el tren en busca de clientes, y el retrasado se enamoró de ella o algo así. No comprendía lo que era. A ella la echaron del tren por hacer la carrera a bordo, y el retrasado, Dios mío... no hacía más que aullar y sollozar por ella. Quería bajarse allí mismo y partir en su busca, de modo que apretó el botón de emergencia y el tren se detuvo chirriando mientras él gritaba y gritaba que le dejaran bajar. No había manera de que dejara de llorar y vociferar. Se volvió loco. Al final, continuaron hasta la siguiente parada y llamaron a la policía. La policía lo detuvo y se lo llevó, según dijeron, para calmarle.

Un amish de mediana edad y aspecto rollizo entró en el compartimento y se sentó junto a mí. Un patriarca, supuse. Una vez acomodado se dispuso a prepararse su pipa con lento alborozo. Su semblante campestre aparecía sonriente y rubicundo.

—Buenos días a todos. ¿De dónde es usted? Ah, inglesa. No hace ni un par de días que coincidí con otro inglés en el tren. Era alemán. Le hablé en alemán pero no logró entender lo que le decía. Él también hablaba alemán, pero no alemán antiguo. Nosotros hablamos alemán antiguo, de modo que no podía comprenderme. ¿Hablan ustedes alemán antiguo en su comarca?

—¿Un inglés, dice usted que era?

—Sí, un alemán.

Llegué a la conclusión de que inglés, para él, significaba europeo. O tal vez pensaba que Inglaterra estaba en Alemania, o Alemania en Inglaterra. La información que poseía acerca del mundo ajeno a su comunidad era sumamente limitada, y era la primera vez que se alejaba de su casa, en la que vivía con la única compañía de su esposa.

—Le prometí a Madre que saldríamos de viaje, pero siempre ha habido demasiado trabajo que hacer. Hasta que Madre dijo que había llegado el momento de tomarnos las vacaciones. Los niños ya están crecidos, de modo que podemos olvidarnos una semana del trabajo e irnos a ver mundo. Lo estamos pasando muy bien.

El hombre más feo del mundo estaba contándole a su nuevo amigo que padecía de cáncer de estómago, y que la causa era el agente naranja que habían utilizado durante la guerra del Golfo. También había sufrido disparos en ambos hombros y tenía metralla en un muslo.

Cuando regresó a Estados Unidos habían tenido que hospitalizarle y sedarle para calmar su agresividad.

—Fíjese, y eso que yo no soy una persona agresiva, o no estaría aquí. Lo único que quiero es que esos hijos de puta me digan que lo lamentan. Tan sólo quiero que presten un poco de atención y se disculpen conmigo.

Yo escucho y escucho. Aunque ya estoy harta del resto del mundo, no puedo evitar escuchar. Siéntate, escucha hablar a la gente, especialmente a los desconocidos, y oirás todo lo que hay que oír. Te enterarás de cómo son las cosas, de cómo es todo y de cómo funciona. Puede que los detalles varíen un poco, pero el sonsonete llega a resultarte tan familiar como el traqueteo de las ruedas sobre las vías. Todas las palabras son banales, trilladas, previsibles, como una historia mil veces contada, pero todas son ciertas. Tal vez sea cierto que las personas han aprendido a hablar como en las películas, pero el cine ha aprendido de las personas —de cada una de las personas— todo lo que hay que saber. Me encanta, pero no lo soporto.

Junto a mi compartimento, los componentes de una familia —padre y madre de unos treinta años, dos hijos pequeños— se han encerrado en su «alcoba familiar» y al parecer se dedican a poner en práctica todas las posibles situaciones de vida en

común. A través de la mampara oigo que los niños lloran y se quejan. Se aburren y están inquietos, y la madre les anima a jugar en paz. El padre les riñe, pero entonces la madre grita al padre y el padre grita a la madre. A veces la situación se tranquilizaba cuando los niños —y, en consecuencia, los adultos— se conformaban un rato. Luego, otra explosiva discusión o una nueva pelea. Los adultos gritaban, los niños aullaban. Las cosas volvían a apaciguarse. El padre iba y venía, ocupado en traer alimentos y bebidas del bar. La madre los consolaba, les contaba historias para distraerles y a veces abandonaba la estancia con un portazo. Yo permanecía tendida en mi litera, escuchando.

De regreso en el compartimento para fumadores, un joven vestido con traje trabajaba en su ordenador portátil, el primero que había visto utilizar en aquellos trenes. Resultó que estaba intentando seguir nuestra ruta a medida que avanzábamos. Era la primera vez que viajaba en tren, y estaba fascinado.

—Estoy intentando averiguar dónde estamos. Nunca imaginé que pudiera llegar a ignorar en qué estado me encuentro, pero el paisaje sigue y sigue, y uno pierde por completo el sentido de la localización.

Llevábamos horas y horas recorriendo campos de caña de azúcar indistinguibles entre sí, y yo experimentaba una sensación de vacío, de falta de contenido. Ése fue el descubrimiento que (una vez más) realicé. Ésa fue la auténtica experiencia de la experiencia. El vacío. Escuchaba y asimilaba. Hablaba, reaccionaba. Pero en realidad no era más que una silueta llena de un espacio oscuro. No poseía ninguna sensación de sustancialidad, ni interna ni externa. Como si fuera una concha vacía hecha de fina lámina de azúcar. Nada de lo que ocurría —o de lo que alguna vez había ocurrido— llegaba a formar algo sólido, algo que pudiera reconocer como una... entidad, a falta de otra palabra mejor. Si confiaba en que me fueran revelados datos que pudiera encajar entre sí para construirme una imagen del mundo o de mí misma, me equivocaba de medio a medio. Las palabras y la experiencia revoloteaban en torno a mí como mariposas agitadas por el viento, pero al mismo tiempo me maravillaba de ver a las demás personas, de lo que tienen que decir, de cómo viven, de que este planeta pueda existir entre tanto absurdo y con tanta resistencia. Me conmovían las cosas que veía y oía, pero cuando dejaba de asentir y de hablar, de sonreír y de gesticular, dentro de mí no quedaba nada, o al menos nada que no fuera vacío. El vacío era lo único que alcanzaba a identificar mientras contemplaba aquellos kilómetros y kilómetros de caña de azúcar por la ventanilla. El antiguo trayecto que solía realizar en la Circle Line constituía una indicación aún más clara de la vacuidad del círculo. Vacuidad en su exterior y vacuidad en su despoblado interior, y mis compañeros de viaje sentados en un silencio inexpugnable. Si lo que había estado buscando era la experiencia de no ser nadie, podía decirse que había tenido éxito, al menos en la medida en que tal imposibilidad lógica puede resultar alcanzable. Pero a veces no ser nadie no produce sensación alguna.

Pasé la noche en un hotel de Nueva Orleans, inmóvil, sin pensar, aguardando

simplemente la llegada del próximo tren. El *Crescent* me devolvería a Nueva York. Nueva York me devolvería a Londres. Londres me devolvería a la paz y al sosiego y a la fantasía de que si escuchaba el silencio sin prestar atención a nadie tal vez oyera algo interesante. ¿Quién sabe qué? Tal vez algo acerca de nada.

El *Crescent* me sorprendió con una nueva y cruel normativa en torno a la cuestión del tabaco. No había compartimento para fumadores, pero sí *períodos* para fumadores en los que estaba permitido hacerlo en el bar. Había olvidado la otra ventaja de estar en casa: podía fumar cuando quisiera y tanto como quisiera. El sistema de turnos nos fue explicado a través del sistema de megafonía por un revisor que claramente disfrutaba haciéndolo.

—¿Qué tal, amigos? Para aquellos de ustedes que carezcan de la fuerza de voluntad necesaria para dejarlo hemos establecido unas horas especialmente designadas durante las que podrán alimentar su adicción. Son las siguientes: por la mañana, a las nueve y media y a las doce y media; por la tarde, a las cuatro y media y a las siete y media; y por la noche a las diez y media. Está terminantemente prohibido fumar en ningún otro sitio de este tren que no sea el bar, y sólo a las horas indicadas. Cada período tendrá una duración de veinte minutos, y de antemano agradecemos su cooperación y les deseamos un feliz viaje.

Había subido al *Crescent* a las siete de la mañana, por lo que durante al menos dos horas no tenía sentido acudir al bar aferrada a mi paquete de cigarrillos. Sin embargo no quería perderme ni un segundo de tiempo permitido, por lo que al cabo de una hora y media ya estaba sentada en el recinto en cuestión a la espera de que llegara el momento de encender uno. Un grupo de rostros ansiosos se dirigían, como espectros, en dirección al reducido salón: todos, al igual que yo, antes de tiempo. Al penetrar en su limpia y acondicionada atmósfera fuimos ocupando los asientos de las mesas que iban dejando libres los comensales no fumadores que acababan de terminar su desayuno. A continuación acudió el camarero y depositó en cada mesa un cenicero de papel de estaño. Podía oírse el lento tictac del reloj suspendido sobre la barra. Nadie hablaba. Esperamos. A las 9.29 llegó el revisor, que comprobó la hora del bar y consultó a continuación su reloj de pulsera, recreándose en el momento.

—Ya falta poco, amigos —graznó—. Preparados... los mecheros listos... ¡Ya!

Encendimos. Los entrecejos se relajaron, nuestros rostros dibujaron una sonrisa y exhalamos nuestras primeras bocanadas con un suspiro de satisfacción. En veinte minutos da tiempo de sobra para fumarse un cigarrillo, pero no para fumar dos. Hay que apresurar el primero e, inmediatamente, encender otro. Sin embargo, era preciso fumar dos, porque no podríamos volver a hacerlo durante las dos horas y cuarenta minutos siguientes. Todo el placer era absorbido por la ansiedad. El revisor nos contemplaba con expresión de desdén.

—Oiga —le interpeló alguien—, ¿qué horario tiene este tren para echar un polvo? El revisor sonrió. Hacía tiempo que lo tenía todo oído.

—Apuren los cigarrillos, amigos. El tiempo se acaba —dijo y, en efecto, se acabó—. Muy bien, eso es todo. Apáguenlos, a ver si podemos disfrutar de un poco de aire puro.

Era un sistema extraño. Al cabo de veinte minutos de concentración de todos los fumadores del tren, el salón del bar aparecía cubierto por una densa niebla infinitamente peor que si un par de personas se hubieran pasado allí la mañana encendiendo un cigarrillo de vez en cuando. Cuando los no fumadores regresaron, se asfixiaban al respirar un aire que incluso los fumadores encontrábamos molesto. Todo el mundo parecía insatisfecho menos el revisor. Y así seguimos, yendo y viniendo en manada cada dos horas y cuarenta minutos. Mediada la tarde, ya éramos todos rostros conocidos que ocupábamos los mismos asientos y alzábamos la mirada en reconocimiento de nuestra irremediable situación y de nuestro cobarde anhelo. Yo me limitaba a pasar el tiempo lo mejor que podía. Regresaba a casa. Mi viaje había terminado antes de completar el círculo. Estaba harta de las tediosas, embrutecedoras, repetitivas, sentimentaloides, conmovedoras y banales verdades de mis compañeros de viaje y de mí misma.

A las diez y media de la noche, concluido ya el último cigarrillo, estábamos en algún lugar de Carolina del Sur. Por quinta vez en el mismo día me senté delante de una mujer que inhalaba intensa y profundamente el humo al tiempo que hacía oscilar la cabeza al ritmo de algo que escuchaba a través de los auriculares que llevaba puestos en las orejas. Frente a ella descansaban los restos de un whisky doble. Cuando el Marqués de Revisor vino a avisar de que se había terminado el tiempo de nuestra última sesión, tanto ella como yo apagamos los cigarrillos, pero no nos movimos de donde estábamos. No había ningún sitio adonde ir, y allí, al menos, podíamos respirar el aire impregnado de humo.

La mujer tendría unos cuarenta y tantos años, era atractiva pero parecía fatigada, y mostraba un aspecto desaliñado pero en cierto modo sensual. Dejó escapar un profundo suspiro y alzó la mirada hacia mí.

—¿Va muy lejos?

—A Nueva York —dije—. Y de allí, de vuelta a Londres.

—Yo regreso a Virginia, a mi casa. Mi marido va a ir a recogerme a la estación.

Me contempló con fijeza para ver si comprendía lo que quería decir con eso, y lo que comprendí fue que tenía intención de contármelo.

—Resulta complicado, ¿verdad?

—Por lo general.

Aún llevaba puestos los auriculares, y agitaba la cabeza al silencioso ritmo de la música.

—¿Le gustan el *country* y la música *western*?

Asentí. Me encantan esas perfectas historias de dos minutos sobre amores frustrados. Admiro y respeto su sentimentalismo descarnado. El quejido de la pérdida y el amor humanos. Todo ello banal, pero cierto. Todo aquel viaje podía haber sido un

elepé de country y western.

La mujer se quitó los cascos y me los alargó.

—Escuche esto. Es fantástico. Preste atención a la letra. ¿Le apetece una copa?

Llamó al camarero y le pidió dos whiskys mientras en mis oídos una aguda voz masculina de ritmo sencillo y pegadizo se lamentaba con versos aún más simples de sus desengaños amorosos, del amor que fracasó y de una vida que nunca volvería a merecer la pena. Me dijo que el cantante se llamaba Aaron nosequé. Su rostro era un retrato del sufrimiento emocional que experimentaba; sus ojos desencajados y sus mejillas tensas se estremecían levemente por el esfuerzo de contener el dolor, y las comisuras de sus labios se curvaban en una leve sonrisa de amarga autoconsciencia. Cuando llegó el whisky lo apuré rápidamente.

—¿Está oyendo lo que dice? Escuche la letra. Es todo tan *cierto*. He estado casada diecinueve años. Éste es mi tercer matrimonio. Durante mucho tiempo estuvo bien, pero hace ya catorce años que no logro derribar los muros que nos separan. Es como si viviéramos en planetas diferentes. No sé qué es lo que falló. No éramos capaces de *hablar*. Le dije que quería marcharme. Pasar algún tiempo sola. A él le pareció perfecto, de modo que me fui. Estuve en Nueva Orleans. Quería... encontrarme a mí misma, ¿comprende?

—¿Y la encontró alguien?

Se me escapó. Ojalá no hubiera pasado. Me contempló con mirada acerada y estupefacta.

—¿Cómo lo ha adivinado?

¿Cómo no adivinarlo? Le devolví los auriculares con la voz de Aaron nosequé y ella volvió a colocárselos en las orejas.

—Vaya, sí que es usted perspicaz. Lo ha comprendido. Sí, alguien me encontró. Conocí a un hombre. No contaba con ello. Buscaba sinceramente estar sola. Pero apareció un tipo, un joven. Más joven que yo. Mucho más joven que yo. Pero realmente maduro, ¿sabe? Era como si supiera todo lo que sucedía en mi interior. Mentalmente, era mucho mayor de lo que cabría esperar por sus años. No hicimos el amor. Al menos, no del todo. Me negué. Me preocupaba la cuestión del sida. Quiero decir, que era un hombre al que no conozco, y luego tenía que volver con mi marido. Pero nos sentimos tan cercanos durante esos pocos días... sin sexo, pero tan cercanos como si nos conociéramos de siempre. Era como si se tratara de mi media naranja. Mi otra mitad. Dice que quiere que estemos juntos. Para siempre. Pero no sé... Yo quiero compañía, ¿entiende? Él dice que es amor. El amor auténtico. Es increíble cómo sabía lo que estaba pensando. Bastaba con que yo empezara a decir algo para que él acabara la frase. Daba miedo. Pero no sé. Le dije que no. Le dije que me marchaba a casa. Era tan encantador... Me asustaba lo encantador que era. Volveré a casa y ya veremos qué ocurre. Aguardaré a ver qué pasa. Si tiene que ocurrir, ocurrirá. Él sabe cómo me llamo, y sabe cómo encontrarme. Si sucede, sucede. Eso pienso yo. Por ahora, no veo el momento de llegar a casa. No sé lo que quiero. No sé quién soy.

Me pareció que cantaba las dos últimas frases, tal vez en armonía con Aaron noséqué, que se enfrentaba a parecidas dificultades.

—Caramba, estas palabras... Son tan *ciertas*.

Agradecimientos

Algunas partes de este texto han sido publicadas en *Harper's Bazaar* (EE.UU.), en el *Guardian* y en la *London Review of Books*.

Agradezco a Marjorie y a Merle Turner el tiempo y la compañía que me dedicaron en Oregón, así como la corrección de mis errores en lo que se refiere a los ríos del oeste de Estados Unidos. También doy las gracias a John y Maria Phipps por el oasis que me brindaron, así como a mis anfitriones de Nuevo México. Y estoy muy agradecida al bibliotecario o bibliotecaria anónimo y virtual —aunque, según me aseguran, humano— de la Biblioteca Pública de Newark por su amabilidad y su ayuda al localizar y enviarme la cita de Frank Leslie.

Frederic Tuten y Karen Marta hicieron de Nueva York un lugar aún más vivo y estimulante para el comienzo y el fin de mi periplo. Y muchas gracias por todo a Ian Patterson, quien cambió por completo mis horizontes.



JENNY DISKI (Londres, 1947) ha escrito, entre otras obras, ocho novelas y un libro de relatos. En Circe se han publicado *Mi hermano Stanley* (1997) y *Patinando a la Antártida* (1999). En el año 2003 *Extraña en un tren* ha sido premiada con el Thomas Cook Travel Award y el J. R. Ackerley Award.

Notas

[1] *Doldrums*: nombre con el que se designa una región del océano próxima al ecuador y caracterizada por sus frecuentes períodos de calma chicha, apenas alterados por ráfagas aisladas de viento. Al mismo tiempo, la expresión inglesa «estar en los *doldrums*» se utiliza a veces para indicar que uno se encuentra postrado o deprimido. (N. del T.) <<

[2] *Only the Lonely* [Sólo los solitarios], canción popularizada por Roy Orbison. (N. del T.) <<

[3] *Tub*: expresión coloquial que en inglés significa «gordo, rollizo». (N. del T.) <<

[4] Tardis: nombre que recibe la nave que utiliza el mítico Dr. Who para viajar a través del tiempo en la serie de televisión británica que llevaba su nombre. El Tardis es un aparato entre cuyas características se encuentra la de ser de mayor tamaño en su interior que en su exterior. Asimismo, y aunque puede cambiar de forma para adaptarse a su entorno, suele estar estropeado, lo que le obliga a conservar de modo permanente el aspecto de una cabina telefónica. (*N. del T.*) <<

[5] *Patinando ala Antártida*, Circe Ediciones, Barcelona, 1999. (N. del T.) <<

[6] *Shakers*: secta cuáquera constituida a mediados del siglo XVIII cuyos miembros predicán la posesión común de la tierra. *Albigensians*: secta cátara fundada en los siglos XII-XIII cuyos preceptos condenan como perversa toda posesión material. (*N. del T.*) <<

[7] *Biba's*: célèbre boutique londonense fundada en 1964. (N. del T.) <<

[8] *The Wild Colonial Boy*: canción popular australiana que relata las peripecias de un joven inmigrante irlandés. Curiosamente, aunque la letra menciona en casi todas sus versiones la ciudad de Castlemaine como lugar de nacimiento del protagonista, en algunas de ellas se especifica su procedencia irlandesa, mientras que en otras se omite, lo que podría querer dar lugar a una confusión deliberada con la población homónima australiana. (N. del T.) <<

[9] *Sunset, sunrise*: En inglés, ocaso, amanecer. (N. del T.) <<

[10] *Amish*: Grupo cristiano menonita escindido de la Iglesia luterana cuya existencia se remonta al siglo XVII. Sus miembros conservan un estilo de vida tradicional basado en la agricultura y ajeno en su vida cotidiana a las innovaciones tecnológicas, y aun indumentarias, posteriores a la Revolución Industrial. De origen alemán, cuentan con su propio idioma y observan unas costumbres basadas en el puritanismo y el culto a la colectividad. Sus comunidades se concentran fundamentalmente en el estado de Pensilvania. (N. del T.) <<

[11] *Dirndl*: traje femenino típico de Baviera caracterizado por falda amplia, cintura estrecha y mangas cortas y holgadas. (N. del T.) <<

[12] *Live tracks*: juego polisémico intraducible. En inglés, el calificativo *live* (vivo) significa asimismo «electrificado» al referirse a cables, vías u otros materiales conductores. (N. del T.) <<

[13] *Big Daddy*: Literalmente «Gran Papaíto», cariñosa forma de apelativo familiar por el que, efectivamente, se conoce a uno de los protagonistas de la conocida película de Richard Brooks a la que a continuación se refiere la autora. (N. del T.) <<

[14] *Speed*: literalmente, «velocidad». (N. del T.) <<

[15] *Over easy* y *Sunny side up*: dos modos similares e igualmente tradicionales de preparar los huevos en sartén. (N. del T.) <<

[16] Juego de palabras intraducible con la expresión inglesa «To rat on» (chivarse, delatar). (N. del T.) <<

[17] La autora hace referencia a la conocida teoría política «del dominó», según la cual la caída de un régimen enemigo lleva al sucesivo desmoronamiento de los demás. (*N. del T.*) <<

[18] *Misery*: conocida película de Rob Reiner basada en el libro homónimo de Stephen King en la que James Caan interpreta a un novelista secuestrado por una admiradora de tendencias psicópatas. (N. del T.) <<